
UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01743410 1


LIBRERIA UNIVERSAL
E. GARCIA RICO
DESENGAÑO 29 MADRID

AMAR

con poca fortuna.

NOVELA FANTASTICA, EN VERSO

por

D. GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA.

MADRID, 1844.
IMPRENTA DE D. SEVERIANO OMAÑA.
Calle de Cervantes, núm. 34.

EMPRESA
HISPANO-LITERARIA



INTRODUCCION.

Siguiendo el curso al Tiber cenagoso
que cruza esquivo la ciudad de Roma,
murmurando de imperio tan famoso,
cuyo escombro á su orilla se desploma,
y avergonzado de besar el foso
del castillo *San Angelo*, que asoma
á su márjen las torres eminentes
por verlas junto al cielo en sus corrientes:

Allá donde terminan los collados
que al romano confin aun pertenecen,
y donde empiezan los feraces prados
que las brisas del golfo ya florecen,
hay dos valles umbríos y apartados
que espesos bosques entre sí guarecen,
y á su entrada se encuentra un pobre asilo,
mansion feliz de un pescador tranquilo.

La cuesta que alli guia, en la montaña,
es áspera y fatiga á los viajeros,
que entonces ven en la infeliz cabaña
un magnífico alcázar de hechiceros!
Fecundo el Tiber sus paredes baña:
y el son de sus rumores lisonjeros
al viajador seduce, y le encamina
con fuerza oculta á la mansion mezquina.

Despues de recorrer el *Mar Tirreno*
que traga al Tiber en su seno umbrío,
volvia yo de Roma al campo ameno
una tarde apacible del estío:
el viento suave, del perfume lleno
de las flores que dan guirnalda al rio,
murmuraba en los ramos desmayados
de dos llorosos sauces abrazados.

El solitario albergue cobijaban
entre su verdes y pomposos brazos,
que un toldo espeso en derredor formaban
con mil floridos y flexibles lazos:
De los vientos del Norte, le ocultaban
con tanto afan, que haciendose pedazos,
por demostrar su paternal desvelo,
las ramas le estendian hasta el suelo.

En los troncos veianse esculpidos
dos nombres, diestramente entrel'zados;
de tulipanes secos, y encendidos

un tiempo, con guirnaldas coronados;
pero ya largos años transcurridos,
los tallos solamente allí clavados
se conservaban aun, para memoria
de alguna triste, enamorada historia!

Al pie de los dos sauces, que á mis ojos
dos sombras abrazadas parecian,
vi de una sensitiva los manojos,
que mústios y mezquinos florecian
en medio de un zarzal, cuyos abrojos
tan prodijiosamente se estendian
que, hasta el rústico techo ya trepaban
y el dintel de la puerta enmarañaban.

Iba á arrancarlos, mas juzgué prudente
florecerian con designio acaso,
cuando su dueño, el pescador, consiente
que así embaracen de su choza el paso:
por sus espinas sus amores cuente
quizá, ó las horas de su mal no escaso;
y asi esclamé: «Creced, rudos abrojos,
flores tal vez del llanto de unos ojos!»

Oyelo el pescador. Me abre, en seguida,
la puerta de su casa y de su pecho,
pues, bondadoso y franco, me convida
con su hogar, con su mesa y con su lecho.
Pasé la noche allí; supe su vida,
y él parte de la mia; y satisfecho

de hallar en mí quien bien le comprendiera,
me confió una historia lastimera.

Aquella misteriosa sensitiva
quizá era una mujer enamorada,
que entre aquellos abrojos fiel cautiva
vivia, hasta en la muerte, encadenada.
En los sauces, tambien eterna y viva
estaba una memoria conservada:
eran sombras de amantes desterrados
sobre el tumulto agreste desposados!

»Esos los restos son de mis mayores; »
me dijo el pescador, sus negros ojos
enjugando en las ramas: « sus verdores
«crecen sin duda con su sangre rojos.
«Ay! desdichados fueron por amores!
«Nunca cojieron flores, siempre abrojos!
«Mirad la pobre herencia que guardaron
«al único heredero que dejaron!

«Pues sois poeta, en vuestra hermosa España
«os consiento canteis esta aventura:
«es verdadera, aunque parezca estraña
«por rasgos de un amor que fué locura.
«Variad todos los nombres, la cabaña...
«Ay! por respeto á mi familia oscura:
«Referir los sucesos, sí os permito!»
Al darme un tierno adios, me dió este escrito.



PRIMERA PARTE.

RUJIERO EL APASIONADO.

1.º


ujiero y Eloisa eran amantes
que desde la niñez se idolatraban;
tan finos y constantes
que, segun ellos, antes
de que al mundo vinieran se adoraban.

Eloisa era pálida y morena ,
ardiente y espresiva,
de hermosos ojos cual la noche oscuros;
de mirada dulcísima y serena,
destello al fin de sus afectos puros.
Sus vivos movimientos
el vaiven semejaban de las flores
cuando ceden al soplo de los vientos:
en su voz, los sentidos ruiseñores
sus querellas dolientes aprendian,
para soltar despues en la espesura
los inspirados cantos que la oian,
sin imitar su singular dulzura.
Como la palma del desierto erguida ,
como la estrella del amor hermosa ,
aquella jóven para amar nacida,
era en Roma tenida
no por mujer por vírjen milagrosa.
Pero sus bellas prendas naturales
eran todo su hechizo:
aunque, á decir verdad, por celestiales,
no pudiera soñar otras iguales
ni para un serafin Dios que los hizo.
Y aun con ser tan perfecta la doncella
en Roma murmuraban ,
que otra joya mayor brillaba en ella
que sus gracias divinas que admiraban:
y el caso averiguado
fué, que sin duda relacion hacian
al corazon ardiente, enamorado,

grande, entusiasta, noble y delicado
que en la bella romana suponian.
Verdad es que jamás junto á su puerta
llegó á tocar el infeliz mendigo,
sin que la hallase á su clamor abierta,
y amparo y mesa en su modesto abrigo.
Las doncellas del valle enamoradas
la contaban sus cuitas,
y oyendo sus razones inspiradas,
juzgaban exaltadas
ser ya las horas de su amor benditas.
Los jóvenes galanes
la elejian por tierna intercesora
de sus dulces afanes:
y á fé que por tan linda mediadora,
casi siempre dichosos conseguian,
ó aplacar los enojos
de las serranas bellas que ofendian,
ó por lo menos, ver que les volvian
con blandas iras los crueles ojos.
Eloisa, aquel ánjel de belleza,
de virtud, de inocencia y de ternura,
un defecto ocultaba:
presumia de sí y de su hermosura:
y orgullosa, el aplauso y la grandeza
su corazon vehemente ambicionaba.
La vanidad ahoga la ternura!
De esta jóven, tesoro verdadero
escondido de Roma en las entrañas,
era señor, Rujiero;

jóven de edàd, de aliento caballero,
pero pobre y nacido en las montañas.
Digo señor, porque era de Eloisa
con tanto estremo amado,
que ella misma afirmaba con sonrisa,
que le amaba cual Dios, aunque remisa
llegaba á confesar que era pecado:
y asi no hay que estrañar si se jactaba
de ser su amante y su rendida esclava.
El jóven, á decir lo que pensamos,
puesto que en tal obligacion nos vemos,
merecia su amor, lo confesamos,
y le correspondia con estremos.
Frájil de cuerpo, aunque de talle erguido,
de noble rostro y despejada frente,
de sus ojos el brillo oscurecido
revelaba en Rujiero: «él ha nacido
para amar con locura eternamente!
Entre sus negros lúbricos cabellos
su blanca palidez mas resaltaba,
y eran á fé tan largos y tan bellos,
que mas de una mujer juró que entre ellos
preso en sus redes el amor volaba.
Tambien negros sus ojos y rasgados
cual dos estrellas de divina lumbre,
casi siempre á los cielos levantados
brillaban eclipsados
con lágrimas de oculta pesadumbre.
Y asi es que su tristeza
sordamente, sin duda, devoraba

del pobre jóven la jentil belleza,
por eso su cabeza
sobre el pecho á la tierra se inclinaba:
notándose en su rostro peregrino,
el misterioso sello que se advierte
en los que acaso señaló el destino
para encontrar muy pronto en su camino
la sombra helada de la horrenda muerte.
Por eso, atribuyendo su martirio
á mal de amor profundo y encubierto,
las romanas, queriendo su delirio
merecer, le llamaban blanco lirio
silvestre del desierto.
De Eloisa el buen padre,
y de Rujiero la amorosa madre,
en su enlace gustosos consentian,
y aun desde niños ya los destinaron,
para ver si en sus hijos renacian
los frutos de su amor que se pasaron!

Por qué jemia el infeliz Rujiero
cuando todo en su dicha conspiraba,
y por dichoso Roma le envidiaba?
Por qué con tristes ayes, lastimero,
su contraria fortuna lamentaba?
No era para él afable y cariñosa
como el alba de abril para las flores
su prometida y lánguida Eloisa?
No brillaba para él siempre amorosa
su hechicera sonrisa?

Sus ojos seductores
no eran la clara luz de sus enojos?
No le decian con afan risueño
tan peregrinos ojos,
«mi Rujiero, tú solo eres mi dueño?»
Cual es pues esa sombra que oscurece
los dulces sueños de su amante gloria?
Esperemos, lector, si te parece,
á que lo aclare el curso de esta historia.



2.º

Siga la danza, muchachos,
pues perezosa la tarde,
sin duda al sol entretiene
porque no nos desampare;
y hasta que vino á los odres
y luz á los cielos falte,
y á vuestros pechos aliento,
y á vuestros jiros donaire,
triscad y bailad, zagalas,
bailad y triscad, zagales,
pues aun no sube la noche
de las honduras del valle. »
Asi un anciano decia
con voz reposada y grave,
á un círculo de mancebos
y campesinas beldades,
que cerca de la ciudad
de Roma, en su campo grande,
gozosos se entretenian
en juegos, danzas y bailes.
Pocos son ya los que escuchan

al anciano venerable,
pues los mas, desde un cerrillo
no elevado ni distante,
entretenidos se hallaban
viendo las huestes marciales
que se ejercitan briosas
en mil guerreros alardes,
y en maniobras lucidas
al ruido de los timbales.
Son tres banderas que lleva
de mando el Marques de Falces,
en contra del aleman
y á favor del santo padre,
que los dogmas de Lutero
ardientemente combate.
Las romanas espresivas,
con loco entusiasmo aplauden
los bélicos ejercicios
que los españoles hacen,
y sus ojos centellean,
cual los aceros brillantes
de alabardas y mosquetes
que relumbran por los aires.
Plumas de vivos colores,
bandas, cintas, estandartes
forman un mar encantado
en medio del paisaje;
y el ruido de los corceles,
y el son de los acicates,
y el estruendo de las armas,

y el clamor vivo y punzante
de atambores y clarines
de tal modo las complace,
que sienten salir quemando
de su corazon la sangre,
y corriendo por sus venas
encenderlas el semblante.
Ay montañeses de Roma!
perdisteis vuestros afanes,
la novedad por estraña
cautiva las voluntades.
Mas de uno, visteis entonces,
en pos de un blanco plumaje,
por los ojos de una hermosa
su infiel corazon volarse.
Y mas de uno de vosotros
lloró, que un alma inconstante,
se perdiera en unos pliegues
ó en sus valonas de encaje.
Ya terminó la parada,
y vuelven á sus solaces
los campesinos, y entre ellos
los soldados toman parte,
logrando con sus finezas
su estimacion cautivarse.
Entretanto, las romanas
de un fresco arroyo á la marjen,
cuyas ondas son como ellas
bulliciosas y mudables,
se reclinaron, sin duda

á soñar con los azares
y las glorias de la guerra,
y á sentir sus soledades.
Bajo un dosel que formaban
dos floridos arrayanes
Eloisa toma asiento
y con Rujiero le parte:
pero el jóven no le admite
y á sus plantas viene á echarse
finjiendo que está cansado;
y juzgo que no la engañe,
que de padecer el alma
no es de estrañar que se canse!
Tan bello estaba Rujiero ,
aunque en tan sencillo traje,
por la triste languidez
de sus ojos celestiales,
que muchas de las romanas
se vuelven para mirarle
y esclaman: « Ella es la vírjen
pues tiene á sus pies un anjel ! »
Pronto al dosel de Eloisa
llegaron dos capitanes:
se observa en el uno de ellos
cierta sonrisa que atrae,
cierta majestad que impone
aunque su mirada espante.
Llámase don Luis de Castro ,
casa de ilustre linaje,
y asi la cruz de Santiago

sobre el corazon la trae.
A la izquierda de Eloisa
tomó asiento , sin turbarse;
ella, inmovil le contempla
con un placer inefable,
que está tan cerca de sí
que bien pudiera contarle
del corazon los latidos,
pues conoce que le late.
Mil requiebros la prodiga
el caballero, y mil frases
envueltas entre lisonjas
para que no las rechacen:
y asi consigue le escuchen
con interés, y aun que le hablen
sin el desden con que suelen
las hermosas montaraces.
Verdad es que el capitan
es en amores muy hábil,
y dió mas chascos á hermosas
que cuchilladas en Flandes.
Ademas es un buen mozo,
y por sus prendas , notable.
peina vigotes morenos,
retorcidos y brillantes;
tiene unos ojos azules
de una mirada tan suave
que hasta el corazon se pasan
con su mirar penetrante:
luego , el metal de su voz

es tan dulce y agradable,
y cuenta cosas tan tiernas,
y las dice con tal arte,
que, Eloisa, desconoce
el hechizo que la encante,
mas confiesa ingénuamente
que la hechiza su lenguaje.
  Rujiero sufrió en silencio
largo rato sin quejarse,
y poco á poco logró,
sin que lo notara nadie,
(tan distraida se hallaba
la que pudiera notarle)
huir hácia el bosque umbrío
á lamentar sus pesares.
Al verse á cierta distancia
soltó á los vientos dos ayes,
que él se los dió por perdidos,
pero que el viento que sabe
á dónde se dirijian,
se los llevó de su parte.
Tan cierto es que al alma llegan
ayes que del alma salen!
Volvió Eloisa los ojos,
y miró al jóven, distante;
y aun dicen dió otro suspiro
compadeciendo sus males.
Hizo un esfuerzo, y al punto,
consiguiendo levantarse,
se fué al grupo de serranas,

que están oyendo los viajes
que el otro español alférez
cuenta á un viejo venerable.
Este, al punto la presenta
al capitan, que es don Jaime
de Mendoza, y Eloisa
se sienta junto á su padre:
pero no es para escuchar
los prodigiosos combates;
pues absorta, distraida,
mirando dos tulipanes
que entre sus manos tenia,
las flores bellas deshace,
y una por una sus hojas
las va esparciendo á los aires,
sin escuchar las historias
que cada soldado añade.
De pronto quedó en sus dedos
la hoja sin arrancarse
del último tulipan;
pues sonó en aquel instante
una voz dulce y sonora
que confundir no era fácil
á quien la oyó una vez sola,
tal era de interesante.
Eloisa, recogió
el tulipan, sin quebrarle,
dentro del rojo corpiño
leve prision de su talle;
y sin levantar los ojos

de una sortija de esmalte
que conservaba en su dedo,
por recuerdo de su madre,
escuchó tantos portentos
y maravillas tan grandes,
y amores tan peregrinos
de los moros orientales
en boca del capitan,
que con voz inolvidable
una tras otra enlazaba
sus aventuras en Tánger,
que, en el fondo de su pecho,
se resolvió aquella tarde
á visitar nuevos mundos,
y otros paises distantes,
en que á las mujeres se ama
como á diosas tutelares.

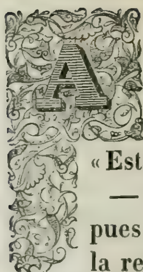
El buen don Luis consiguió
el objeto de sus planes:
pues con intento sin duda
y conociendo el carácter
de la doncella entusiasta,
refirió tan bellos lances,
que su amor embelleció
con colorido admirable,
haciendo que la pintura
á la jóven deslumbrase.

En esto, el Hspero umbrío
por el horizonte nace,
y las danzas se suspenden

y cesan ya los cantares:
y todos en comitiva,
con seis hachones delante,
en triunfo se dirijieron
á Roma la memorable.



3.º

unque un mes se pasa aprisa,
aun no pasó un mes entero
cuando un dia, con sonrisa
dijo al jóven, Eloisa:
«Estás aun triste, Rujiero?
— Esto no es estraño en mí,
pues vivo de mis tristezas:
la respondió, y gozo así,
que á ser tan rudo aprendí
del monte y sus asperezas.
— Celos aun?
— Quién, yo? te engañas.
Puedes tú darme ocasion?
— Qué palabras tan estrañas!
— Tan duras dirás que son:
que quieres, de las montañas.
Pero libre cual los vientos,
y tan claro como el sol,
te diré mis pensamientos,
sin usar de fingimientos
como ese hidalgo español.

Y aunque aqui pueda ofenderte,
lo que siento he de decirte;
que no es medio de quererte,
ni razon de merecerte,
tus defectos encubrirte.
Tú eres vana y orgullosa:
aunque el ser linda y discreta
te disculpe alguna cosa,
la senda es muy peligrosa;
es fácil te comprometa.
Es ciega la vanidad
y el orgullo precipita;
teme por tu corta edad:
si estimas tu honestidad
las alabanzas evita!
No el aplauso te deslumbre
de necios aduladores:
si hoy te miras en la cumbre,
mañana con pesadumbre
quizá en un abismo llores!
Ay! si orgulloso el milano
sobre el ave se desploma!
No dejes mi verde llano,
no fies del cortesano,
pura y sencilla paloma!
— ¿A qué viene ese sermon,
Rugiero, has perdido el seso?
— Ah, perdí mi corazon,
y hoy temo que mi razon
pierda tambien, lo confieso.

— Tu corazon no has perdido,
porque yo me le encontré
y de huésped le he tenido:
sino se halla bien servido
dilo, y te le volveré.
— Ah, tan fácil te sería?
Lo hicieras con esa calma?
— Juzgué que era joya mia
y por eso le tenia
guardado en mitad del alma.
— Qué dices ángel,
— . . . . Cuidado:
Yo el corazon que he querido
como mio le he guardado:
mas dices que le has perdido,
prueba que no me le has dado.
Recóbrale, sí, Rujiero,
que hallazgo no he de pedirte,
ni aun por volvértele entero:
recobrale, no le quiero;
llévate el mio, si has de irte!
Eloisa, asi me gusta,
martirízame, cruel;
á mas de inhumana injusta!
— Y tu querella es tan justa
— Eloisa, me eres fiel?
— Tú no me crees?
— . . . . Te creo!
— Y no lo vés en mis ojos?
— Nó, Eloisa, no lo veo:

porque en tus miradas leo
mil apetitos y antojos.
—Uno solo me desvela,
no te lo quiero ocultar.
Sí, Rujiero, el alma vuela,
y el mundo quiere cruzar,
y ver sus glórias anhela,
— Desque te habló el estranjero
te se hizo Roma insufrible!
Pero, no le amas?
— Rujiero
si mi amor es verdadero
juzgas otro amor posible!
— Cómo yo ya he de nutrir
tu avara imaginacion,
si nada te sé decir,
sino que anhelo morir
clavado á tu corazon!
Y él, te contará victorias
en sus viages y campañas,
recreando tus memorias
con mil brillantes historias
de mil naciones estrañas.
Pues ya despertó tu anhelo
con bellos cuentos de amor,
y te hizo triste este suelo,
ponderándote otro cielo
y otro universo mejor.
Él te ha encantado festivo
con portentosas visiones,

diciéndote quizá altivo,
que tiene un pueblo cautivo
que te rinda adoraciones.
Despues de ese grande sueño
que tú concebiste ya,
cómo he de ser yo tu dueño?
Mi corazon muy pequeño
para trono te será!
— No, tu corazon fiel
es mi mas rico tesoro,
mi mas sublime dosel,
y vale la sangre de él
de entrambos mundos el oro.
Mas, cuando don Luis me habló
del mundo, el campo de Roma
sombrío me pareció,
es cierto, y conozco yo
que su horizonte me aploma.
Te lo confieso, es verdad:
estraña curiosidad
de ver el mundo he sentido,
y solo me he detenido
pensando en tu soledad.
Pero si tú, mi Rujiero,
quisieras ser compañero
de mi peregrinacion!....
— Imposible.
— Qué razon?
— En mi patria morir quiero.
— Turbas tú mis alegrías

predestinandome azares!
— A qué cruzar otros mares?
Lloro yo aqui penas mias,
no busco nuevos pesares!
Mi padre cuando espiró
me contó una triste historia:
ver el mundo deseó,
mal pago el mundo le dió,
bien lo guardo en mi memoria!
Roma ha sido un quieto puerto
que salvó tu juventud;
el mundo es un mar incierto,
y en sus olas siempre ha muerto
la inocencia y la virtud.
— Serias mi consejero.
— Ya lo soy: y para qué?
Qué consigo?
— Mi Rujiero!
— Ah no, seguirte no quiero
pues salvarte no sabré.
Que asi no podré estorvar
tu segura perdicion:
ni yo debo abandonar
mi madre que va á espirar!
Madre de mi corazon!
Pero pues tanto desea
tu alma esa triste partida,
á Dios, á Dios! con bien sea;
y él te conserve la vida,....
aun cuando yo no te vea!

— Conoces mi exaltacion,
sí, Rujiero, bien has dicho;
mas deja ya á mi ilusion,
ó á mi ciego corazon
saciar tan vano apetito.
Y pronto volver espero
satisfecha, y fastidiada
ya del universo entero.
—Y tarde desengañada!
— Mas siempre tuya, Rujiero!
Entonces enlazaremos
los lazos que hoy desunimos.
— Ay si á encontrarnos volvemos!
— No ha de ser si ambos queremos?
— Y si alguno no morimos!
— No hagas por Dios que me aflija!
Rompe ahora este anillo en dos,
deja que un pedazo elija:
toma el otro. Juro á Dios
conservar esta sortija,
Como cadena amorosa
que contigo enlazaré
pronto, al llamarme tu esposa.
— Si me olvidas?.....
— Duda honrosa
mi anillo te enviaré,
en prueba de que he deshecho
nuestros prometidos lazos!
mas vive bien satisfecho:
al salir tu amor del pecho,

se me saltára en pedazos!»
Que amor ha llegado á ser
cual perla en el alma mia;
y si el que anhela coger
tal joya, debe romper
la concha donde se cria;
el que pretenda arrancar
de mi pecho esta pasion,
deberá antes destrozar,
como la concha del mar,
Rujiero, mi corazon!»

. . . .

. . . .

Las veces que se juraron
el amor que se tuvieron,
los vientos lo mormuraron,
mas ni aun ellos lo escucharon;
tan bajo se lo dijeron!
Y boca con boca unida
duráran sus embelesos
no una hora toda la vida,
sin llegar su despedida,
pues no acababan sus besos.
Por último, arrebatados
por un vértigo de amor,
con sus labios aun clavados,
en el valle desmayados
los encontró un pescador.
Y de envidia suspirando,
porque él amaba tambien,

al contemplarles llorando,
con sus lágrimas bañando
de los amantes la sien.
Les hizo volver en sí,
y lijero se ausentó;
diciendo «voime de aquí;
»no sepan que nadie vió
»las glorias de amor que ví!»
Al volver en sí, esclamaron
«¡*Eloisa*!..... ¡*Rujiero* mio!»
y luego se avergonzaron,
y hácia Roma se tornaron
por aquel valle sombrío!



4.°



lavados los tristes ojos
en la gran puerta de Roma,
algunos dias despues,
antes de nacer la aurora
por las azules colinas
que al oriente la coronan,
dos montañeses cambiaban
estas frases cariñosas:
— « Hoy la perdemos, Rujiero!
— Con qué tú tambien la adoras?
— Con delirio!
— Y lo ocultabas?
— Por no aumentar tus congojas;
pues se que me quieres bien,
y ni con tu dicha propia
hubieras nunca comprado
mis desgracias lastimosas!
Pero hoy que eres infeliz
como yo, pues te abandona,
hoy puedo al fin declarar
esta pasion misteriosa!

—Y no la sabe Eloisa?
— Al menos no de mi boca,
aunque quizá de mis ojos
sabrá del alma la historia!
— Ya deben partir, Gonzalo,
el bosque el alba colora:
ya me parece que veo
allá, á lo lejos su sombra!
— La ves con el corazon,
pues nadie en el campo asoma.
Y á donde va?
— No lo sé.
— Y qué busca?
— Qué me importa!
Se que el cielo de su patria
ya su corazon agovia;
se que mis quejas las oye
como importunas ó locas!
Ni mis suspiros la ofenden,
ni mis voces la enamoran,
y un dia, ay Dios! me juraba
que eran dulces y sabrosas
mis palabras, cual la miel
de la colmena olorosa!
— Será don Luis hechicero,
y algun filtro, enjuage, ó pócima
de los infiernos la ha dado
que su razon la trastorna.
— Gonzalo, nació muger,
discreta, ardiente y hermosa,

y crédulas son las mas
á las livianas lisonjas!
Su corazon aunque es puro
como el de blanca paloma,
es orgulloso y altivo
y le deslumbran las pompas.
— Rujiero, no ves un coche?
— Y aun distingo dos personas
en su interior; y una de ellas
es Eloisa, que llora
en los brazos de su padre.
Amor mio mal te logras!
Por que tantas esperanzas
en esa muger me robas!
Por que el árbol de mi dicha
con tan bella flor adornas,
si me impides inhumana
que el fruto feliz recoja!
Adios, prenda de mis ojos,
consuelo de mis memorias,
blanca ilusion de mi vida,
Eloisa encantadora!
Adios, y el cielo reserve
para mi amor las congojas,
para mi sien las espinas,
para tu frente las rosas! »
Asi Rujiero decia,
y tanto el dolor le postra
que en brazos del tierno amigo
lánguidamente se apoya:
en esto el coche cruzaba

con carrera presurosa,
y Eloisa que le vió ,
á un lado inquieta se asoma;
y recojiendo del llanto
que á sus pestañas se agolpa
algunas lágrimas bellas
en un pañuelo, á su boca
se le acerca, y con pasion
le besa tierna y le arroja
á su Rujiero , esclamando
con voz por sus ayes sorda:
« Pedazos del alma son
que llevo partida y rota,
guárdalos tú, mi Rujiero,
y guarda de mi memoria! »
A tan amantes querellas
Rujiero al fin se recobra,
mas solo puede del pecho
arrancar una voz ronca,
que la repite un adios
tan triste, que el monte asombra,
pues con un eco doliente
en su entraña le prolonga.
El coche despareció
por la senda tortuosa,
como una nube que arrastra
una niebla voladora.
Y del polvo la columna
que blanca en los cielos toca ,
poco á poco se dilata

y se deshace en la atmósfera;
como una esperanza dulce
que de mentiras se forma,
á la luz de la verdad,
poco á poco se evapora.
Rujiero mil y mil veces
sus ayes tristes sofoca
con aquel blanco pañuelo,
último don de su hermosa.
Y bebiendo con sus lábios
las lágrimas que le mojan,
ruega á los cielos, se vuelvan
en su corazon ponzoña;
y con arrebato ciego
contra los peñascos choca
con su frente, maldiciendo
su fortuna lastimosa.
Un rio de sangre hirviendo
que de las sienes le brota
inunda el suelo: Gonzalo,
grita « favor » y le logra
de dos buenos montañeses
que del suceso se informan.
Y los tres compadecidos
de su trajedia amorosa,
procurando restañar
la sangre que ya le ahoga,
en sus brazos le conducen,
con ansia tan cariñosa,
cual lleva una madre al hijo

que en sus entrañas se forma.
Pues la pasion del amor
cuando es grande y jenerosa
es en su esencia divina
como es divina en sus obras:
y tan celestial parece,
que asi sus mártires gozan
de todo el mundo, respeto,
admiracion, culto y honra!



5.°

Sentado junto á su madre,
tierna y bondadosa anciana,
en una hermosa mañana
de las mas puras de abril,
Rujiero, restablecido
de sus dolencias penosas,
de sus cuitas amorosas
la cuenta recuerdos mil.

«Yo en las siestas del verano,
(á su madre la decia)
con los claveles tejia
para su frente un dosel;
y al despertar mi Eloisa,
y al verse en medio de flores,
dulces creyó mis amores
como el olor del clavel.

Mil veces, con mis cabellos,
que redes de amor llamaba,
y que ardorosa besaba
con entusiasta pasion,
entrelazando sus rizos

tejia un estrecho lazo,
y al desatarle, un abrazo
ganaba por galardon.

Un dia, cándidamente
se me postraba de hinojos,
y clavándome sus ojos
con espresion infantil,
me decia: «A ver, Rujiero,
cual se dá antes por cansada
tu mirada ó mi mirada!»
Y ella triunfó veces mil.

En las noches del estío,
bajo el sauce de la fuente,
aspirando en el ambiente
los perfumes de la flor,
soñábamos mil delicias
en nuestra amante fortuna,
al resplandor de la luna,
pálida al ver tanto amor!

Mas, desde el primer instante
bien conocí, madre mia,
que aquella jóven seria
de mis males la ocasion:
pues aunque honesta y virtuosa,
y bella y enamorada,
ardia en la desdichada
un voluble corazon!

Era en las cosas mas leves
su veleidad manifiesta:
hoy amaba la floresta,
ó lo alegre del jardin;
mañana, por ser mas triste
preferia el bosque espeso:
mas de todo, te confieso
que se fastidiaba al fin.

La clavellina un instante
ornaba su sien morena,
cuando ya con la azucena
engalanaba su sien:
y no pasaban dos horas
y el tulipan preferia,
y al morir el sol, no habia
flor que la sentase bien.

Unos dias, inocente,
pero enamorada y loca,
con los besos de su boca
me arrancára el corazon;
y otros yerta é impasible,
en mi pecho descansaba,
y ni un ay! me revelaba
su placer ni su emocion!

Via un labrador garrido
cantando cruzar el valle,
y ya alababa su talle

ya lo dulce del cantar;
Y sus prendas, á mí mismo
me ensalzaba con sonrisa,
sin advertir mi Eloisa,
lo que debia penar!

Y la mujer que no advierte
cuando sus elojios matan,
ó las que no se recatan
aunque maten de aplaudir,
esas, ó nunca quisieron,
ó á lo menos su ternura
vierte una luz muy oscura,
que no hace al amor lucir!

Por eso, madre amorosa,
conocí que me perdia;
que mi desgracia seria
el adorar tal mujer:
porque era cosa imposible
el fijar sus pensamientos,
como imposible á los vientos
traba en las nubes poner.

Os acordais, no hace mucho,
en el otoño pasado,
de aquel luchador osado
que en Roma un premio alcanzó?
Pues movida de su esfuerzo,
su destreza, y su pujanza,

dió á su amor una esperanza,
que él ausente ya olvidó!

El arpista de Ginebra
que pasó por aqui un dia,
con su dulce melodía
la inspiró gran frenesí:
y si hubiera reparado
de Eloisa los dulces ojos,
madre mia, mil enojos
me hubieran venido á mí!

Asi es, que entre esos soldados
que arrivaron de Castilla,
no era, oh madre, maravilla
que á alguno quisiese bien.
Una cruz, una jineta
deslumbró su pensamiento!
Ah! por tan duro tormento
dichas los cielos la den!

Pronto hace un año, sí, un año
que dura tan triste ausencia;
tú sabes la gran paciencia
con que su vuelta esperé!
Tú que has visto cada instante
contarle con un suspiro;
ay! que yo mismo me admiro
como aliento conservé!

Yo, madre mia del alma,
con mis desdenes te mato,
yo soy mal hijo, é ingrato
á tu maternal clamor:
yo, que á tus blandas caricias
con llanto y quejas respondo;
yo que mi rostro te escondo
á tus brazos y á tu amor!

Ah! que es vergüenza, á fé mia,
que tú que el alma perdiste,
y que tu sangre me diste
en horas de tanto afan,
te encuentres sin un recuerdo
de mis crueles entrañas,
porque á otras tierras estrañas
todos mis recuerdos van!

Es vergüenza, y lo confieso
aunque bárbaro te aflijo,
y aunque repugne á un mal hijo
decir tan triste verdad,
que yo te jure, señora,
que hoy me atreviera á dejarte,
aunque pudiera matarte;
á ser, ay! su voluntad!

Es vergüenza que te diga
que estoy casi arrepentido
por haber obedecido

á la voz de mi deber.
  Maldíceme tú indignada,
pues no hay maldicion que cuadre,
al que deja amante madre
por una ingrata mujer!

  Mujer que habrá de perderme
si á su amor llego á enlazarme;
mujer que ha de asesinarme
con su ciega veleidad,
  pero á quien mas y mas amo
cuanto menos lo merece;
pues con su amor, me parece
mezquina la eternidad!

  No te asombres, madre mia,
de mi horroroso delirio:
compadece mi martirio:
perdona mi frenesí !
  Bendice tú su hermosura,
aunque ella me precipita;
perdónala, si te quita
cuanto amor yo te debí.

  Solo para ella en el alma
mis sensaciones concentro:
solo ella vive en su centro
junto á la imajen de Dios;
  y entre mi Dios y Eloisa,
cuando el amor considero,

ay madre, encuentro primero
el de Eloisa de los dos!

Pronto hará un año: y si entonces
ninguna nueva recibo,
pobre madre! si yo vivo
tu hogar abandonaré!
Se lo he jurado, perdona:
en Venecia la hechicera
quiza Eloisa me espera!
Si falta, no faltaré.

Que á ser olvido el silencio,
tenia un medio sencillo,
enviándome el anillo
de desengañar mi ardor;
mas, sin duda los placeres
que las horas la robaron,
de su pecho aun no arrancaron
los recuerdos de mi amor!»

Esto Rujiero decia,
y entre los brazos lloraba
de su madre, que calmaba
su violento frenesí,
cuando un labrador entrando,
les presentó con sonrisa
una carta. «Es de Eloisa,
gritó el jóven; Ay de mí!»

Tuvo que apoyar su frente
de su sillon en el palo:
luego esclamó, « Es de Gonzalo:
fue del deseo ilusion! »
Y con mano recelosa,
tímido el pliego tocaba,
que la sentencia encerraba
de su infeliz corazon.

« Madre, quisiera estar solo:
ya sabeis que soy vehemente,
y quisiera libremente
desahogarme, sí, por Dios,
pues no quiero atormentaros,
si son tristes las noticias;
si alegres son, mis albricias
las repartiré con vos! »

Salió la azorada anciana,
tristemente suspirando:
quedóse el jóven temblando,
y el sobrescrito besó!
Rompió el sello; y con la angustia
del que á morir se prepara,
con voz débil, pero clara,
estos renglones leyó:

» Venecia, quince de abril.
» Rujiero, al leer mi carta
» quizá del pobre Gonzalo
» esté en los cielos el alma!
» Penosamente te escribo
» de la muerte con las ansias,
» mas á tu amistad le debe
» mi pecho esta confianza.
» Ven á Venecia, Rujiero,
» mas el corazon prepara
» para un desengaño horrible
» que tus sueños te arrebata!
» A nuestra pobre Eloisa
» costó caro la jornada.
» Mal haya mujer que fia
» en lisonjeras palabras,
» y que á soñados placeres
» tan ciegamente se lanza,
» fiando en el primer hombre
» que sus pasiones halaga,
» porque la promete el logro
» de risueñas esperanzas!»
Rujiero quiso pararse,
mas siguieron sus miradas
devorando aquellas líneas
que su sentencia le trazan.
«Ya nunca puede ser tuya
» tu Eloisa suspirada:
» Don Luis mancilló su nombre,
» y de su padre las canas,

» ayudado del infame
» alferez Lope Moncada! »
Quiso de nuevo Rujiero
la lectura comenzada
interrumpir, pero en vano;
porque el infeliz no alcanza
ni aun á cerrar sus dos ojos
que en aquel papel se clavan,
y sin poder derramar
para su alivio una lágrima.
Por fin concluyó leyendo
estas noticias infaustas.
» A Eloisa arrebataron
» con engaño de su casa,
» don Luis y aquel capitan
» que en Roma le acompañaba
» La muerte fué compasiva
» con el anciano, y sus alas
» estendió sobre sus ojos
» por velarle tal desgracia.
» Cuando el caso he averiguado,
» (pues desde que vine á Italia,
» por tu amor juré servirla
» como el ánjel de su guarda)
» ya el capitan, ó cansado,
» pues las pasiones bastardas
» se conocen en que al punto
» en que se gozan se acaban,
» ó irritado de mirar
» una belleza ostinada

» que si un tiempo le escuchó
» porque noble le juzgaba,
» le aborrecia sin duda
» al verle su fé villana,
» en lo desierto de un monte
» dejándola abandonada
» cumplió con una bajeza
» el principio de una infamia!
» Busquéle antes que partiese
» de Flandes á las campañas,
» y en público le afrenté
» de villano, cara á cara,
» cruzándosela indignado
» de una fuerte bofetada.
» Al otro dia, en el bosque,
» á los destellos del alva,
» clamando justicia al cielo
» las cortadoras espadas,
» en lucha horrible y sangrienta
» nuestros brazos levantaban.
» Feliz yo le dividí
» su sien de una cuchillada
» que le hizo rodar en tierra,
» cual roble que se desgaja:
» mas la punta de su acero
» llegándome á las entrañas,
» dejóme herido de muerte
» en el campo de batalla.
» Rujiero, solo he cumplido
» la mitad de la venganza,

» por eso siento el morir
» aunque la vida me espanta!
» Aun vive, aun vive ese Alferez
» que en tan vil y loca hazaña
» fué cómplice miserable!
» Rujiero, ven y le mata.
» Eloisa está sin amigos,
» errante, prófuga, y falta
» de todo, y á la mercé
» de otro que ose el afrentarla!
» Ven Rujiero á protejerla,
» pues hoy tu favor reclama,
» y á tu honor mas interesan
» su hermosura y sus desgracias.
» Olvida que te ha perdido;
» sus infortunios repara,
» quizá sus penas mitigue
» de los claustros la morada!
» Quizá ganes para Dios
» si aun no se ha perdido, su alma:
» y su amor, purificado
» de Jesucristo en las aras,
» verás que quizá en tu pecho
» algun consuelo derrama.
» Vuela á Venecia, Rujiero,
» que en tu honor deuda es sagrada
» como noble el protejerla,
» como ofendido el vengarla!
» Adios mi Rujiero, adios,
» él por siempre nos separa,

» mas en los cielos, yo espero
» que se unirán los que se aman! »

Hay penas que no se esplican
con razones ni palabras,
y que es forzoso sentirlas
para saber estimarlas.
Las que Rujiero sufrió
desgarradoras y amargas,
á la verdad son de aquellas
que no se logra esplicarlas.
Cada cual se las figure
segun el temple de su alma,
y aunque exajérelas mucho
á la realidad no alcanza.
Solo, al lector le diremos,
que con espantosa calma,
como quien dentro de sí
horribles proyectos traza,
anunció á su pobre madre,
á la siguiente mañana,
que á Venecia se partia
con mejores esperanzas.
Crédulas las madres son
con los hijos que idolatran,
y consintió sin trabajo
en que emprendiera su marcha;
pensando que con la ausencia
las tristezas se acabaran,

ó que quizá amores nuevos
con las bellas Venecianas
consolarian al cabo
al hijo de sus entrañas.
Antes de partir, Rujiero
hizo viniese á su estancia
un niño, que recojió
por caridad en su casa,
precisamente en el dia
de la pura é inmaculada
Concepcion, en que Eloisa
le juró que le adoraba!
Púsole su mismo nombre,
y asi Rujiero se llama,
y el pobre huérfano, á fé
que como á padre le acata.
A este, pues, niño inocente
le dirijió estas palabras:

« A la puerta de un santuario
te puso una madre ingrata,
y sus brazos te ha estendido
esta bondadosa anciana!
Como hermano y de mi sangre
sobre mi pecho descansas,
como hermano y de mi sangre,
veremos como me pagas!
Todo el amor y el respeto
que pueda caber en tu alma,
Rujiero, resérvalo

para consolar sus canas.
Y, si lo que Dios no quiera,
fuese mi ausencia muy larga,
maldito seas de Dios
si á mi madre desamparas! »
  El niño se arrodilló,
y con sus lágrimas baña
la pobre mujer, que ansiosa,
sus dos Rujieros abraza.
El huérfano entonces grita
con voz jenerosa y alta,
« *Parte, hermano, y nada temas*
que mi corazon la guarda! »

  Partió, y dos dias despues,
Rujiero ya atravesaba
por las calles de Venecia,
como una sombra que espanta!



6.°

Tres meses ya pasaron
que á Rujiero impaciente
tres siglos parecieron;
pues sus ojos no hallaron,
aunque á Venecia toda recorrieron,
al vil raptor á quien, tan justamente
sus nobles iras inmolar juraron!
Su talle y su belleza,
su porte y sus maneras tan galanas,
hasta su misma lánguida tristeza
interesó á las damas Venecianas.
Y mil billetes tiernos y sentidos,
el jóven, mereció de la hermosura,
pero nunca prestó blandos oidos
á sus cartas y obsequios de ternura.
Tan solo la memoria de Eloisa
embargaba su triste pensamiento;
y solo una sonrisa
venia amarga á desunir sus labios ,
cuando soñaba próximo el momento
de vengar justiciero sus agravios.
En vanas esperanzas,

asi dias y dias se pasaron,
hasta que al fin los cielos le otorgaron
el término infeliz de sus venganzas!
Rujiero, por la noche iba rondando,
ya del palacio la oriental ventana
sus recónditas salas observando,
ó ya activo espiando
los parques de la noble Veneciana.
Ya en el albergue oscuro
del pobre pescador, con vano anhelo,
fijando sus miradas:
ya en el soberbio muro
del castillo feudal que toca al cielo,
al través de las rejas despiadadas,
buscando aquel arcanjel del consuelo.
Una noche sombría y tempestuosa
en que, segun costumbre, la laguna
recorria en la barca misteriosa
al resplandor siniestro de la luna,
al llegar á una parte solitaria
en que el canal en dos se dividia,
escuchó de repente una plegaria,
cancion de amor que una mujer decia.
Hizo al punto Rujiero
torciese el rumbo á su veloz barquilla
el robusto remero,
y del canal en la arenosa orilla
divisó un torreon negro y ruinoso,
que un oscuro vapor juzgó á lo lejos,
porque arreciando el vendaval furioso

con un grupo de nubes tenebroso
á la luna velaba sus reflejos.
La voz sonora el viento confundia,
sobre la torre con furor silvando;
y el agua del canal que sorda hervia,
tambien un ruido pavoroso hacia
contra el desnudo torreon chocando.
Se estremeció Rujiero
cuando se halló junto á la helada piedra,
pero creyó su amor de buen agüero
que sus manos tocasen lo primero
con unas ramas de silvestre yedra,
queá las grietas del muro, aunque en pedazos,
por las iras del tiempo dividida,
colgaba amante sus floridos brazos,
adornando la torre ennegrecida.
Advirtió que del agua á poca altura
una estrecha ventana
sobre el canal se abria;
y le dió á conocer que no seria
de una cárcel oscura,
sino de alguna noble veneciana
el pabellon feliz de sus amores:
pues que las ondas frescas y sonoras,
como allí en los canales no se alteran,
ni crecen destructoras,
aunque suelen jemir murmuradoras
cuando los vientos del Nordeste imperan,
permiten, por recreo delicioso,
tener las rejas junto al agua pura,

y ver asi á las góndolas surcando,
y en las noches de otoño caluroso,
sentir cerca el ambiente y la frescura
de la brisa que el agua va rizando.
A la pared clavó su atento oido
el jóven, esperando resonase
el misterioso canto interrumpido
que de su duda horrible le sacase.
Por fin, la voz que antes oyó lejana,
de nuevo melancólica se oia:
y acercando su frente á la ventana,
conoció que vibraba tan cercana,
que detrás de los vidrios se sentia.
Pero cerrada con maderas dobles,
distinguir quien hablaba era imposible:
por lo que, resignóse aunque impaciente,
y aunque le era sensible
tener que alimentar; ay! en su mente
vergonzosas ideas poco nobles.

Mas no hay duda; de nuevo se estremece.
Lo que creyó ilusorio no era un sueño:
aunque lo oye, mentira le parece!
Quien ama tiene en disculpar empeño,
cuando á su amor su amante desmerece!

Atronadora risa
llena de pronto el ámbito vacío
de la interior estancia:

y despues de protestas de constancia,
clama una dulce voz, «Ay mi Eloisa!»
y otra responde, «Ay Federico mio!»
El timbre de la voz enamorada,
la espresion singular con que resuena
en el alma aflijida de Rujiero,
le recuerdan su Eloisa apasionada;
la lánguida morena
de rostro voluptuoso y hechicero.
«Tres meses, se decia,
habrán bastado á pervertir su pura
y cándida hermosura?
Es imposible; no es la vírjen mia!
Mas sí; es su acento, suave, apasionado!
Es él, no hay duda: trémulo y sentido
así mi pobre corazon sedujo!
Ese es su acento dulce y estenuado!
Solo su pecho arranca ese quejido
á su placer ardiente arrebatado.
Quien á Venecia por mi mal me trujo?
Mas ah! fué un jénio vengador! Mi acero
contra mi pecho oprimo y no es en vano!
Llegó el dia, Rujiero:
prepara al golpe la robusta mano!»

La tempestad crujía violenta:
el remero, en el mar encanecido,
al son de la tormenta,
le dijo: «Juzgo espuesto,

permanecer mas tiempo en los canales
en noche tan aciaga,
pues aunque no es el riesgo manifiesto,
es fácil con tan récios vendavales
que la barca en la torre se deshaga! »
  No respondió Rujiero,
mas una seña le indicó al anciano
que conocia su reparo justo;
y asi con un bolsillo de dinero
que colocó en su mano,
rogóle diese á sus caprichos gusto.
De razon tan amable convencido;
invocando el remero á la Madona
del náufrago perdido,
de la vela embozándose en la lona,
se echó en la barca al fin medio dormido.
  Las dos personas que en la torre hablaron
un brevísimo espacio enmudecieron,
mas de nuevo las risas resonaron
y los besos de amor se repitieron.
Como serpiente herida,
rujiendo, alzó la vista al cielo airada,
Rujiero; entre su mano estremecida,
besando el hierro del puñal helado.
  En esto una falleba se descorre:
resuenan los cristales,
y abren ya la ventana de la torre
al soplo de los rudos vendavales.
Los amantes, á fé, tienen antojos!
Acaso contemplar desearian

la lumbre aciaga de los rayos rojos
que el firmamento hendian,
por ver si fuego tan mortal vertian
como el amor en sus ardientes ojos!
Porque la guerra cruda
que se hacian los fieros elementos,
en armonía hallábase sin duda
con sus desordenados pensamientos.
La luz del gabinete inciertamente
sobre el canal sombrío se refleja,
Rujiero á un lado se halla, y ya impaciente,
oculto por la sombra enteramente.
Dos personas se acercan á la reja;
una bella mujer su rostro asoma
lánguido, voluptuoso, con sonrisa:
no hay duda es Eloisa,
es la vírjen tiernísima de Roma.
Lo que él sintió ni imajinarse puede:
por compasion en el silencio quede.
Está el galan de espaldas á Rujiero,
que siente junto á sí la larga faja
del dichoso y amante caballero,
que de sus hombros desprendida baja,
quizá por los abrazos
de la mujer, que hiedra cariñosa
le ciñe el cuello con estrechos lazos.
La ocasion se presenta venturosa
de asesinar al seductor villano:
que aunque cóbarde el golpe le parece,
no duda, no, su jenerosa mano,

que muerte infame el que infamó merece!
Tantea el filo del puñal agudo,
sobre las puntas de sus pies se mueve;
su vengadora diestra ya levanta,
y al ir á descargar el golpe rudo
de un beso el estallido le conmueve,
sus ojos turva, el corazon le espanta,
y un vértigo violento le desmaya;
y su cuerpo rodando,
del canal en las ondas se sepulta:
Dios compasion de sus miserias haya!
La tempestad tronando,
tan lastimosa escena les oculta!

Asi en aquellos lúgubres instantes,
ya un beso amortiguado
se robaban alegres los amantes;
ya lanzaban un ay loco y festivo,
ó ya un grito punzante y estenuado,
suspiro ardiente del placer mas vivo!
Y asi pasaron las felices horas,
viendo cruzar las nubes tronadoras,
oyendo el ronco son de los canales
contra las torres con furor chocando;
y el silvo de los recios vendavales
con sus besos lascivos incitando.

Cuentan, que al despuntar la otra mañana,
se despertó el remero,

y al ver su barca sola en la laguna,
esclamó, señalando á la ventana:
« Le han abierto la reja al caballero!
Dios le de á tanto amor buena fortuna!





SEGUNDA PARTE.

LO QUE CUESTA
UN DESENGAÑO.

1.°

En Venecia la hechicera,
la de las pardas lagunas,
en un verjel oloroso
que gayas flores perfuman,
y en un templete que adornan

las clavellinas y murtas,
está una hermosa mujer,
el agua hasta la cintura,
en una pila de mármol
tan blanca, como la espuma
que el Adriático salpica
á las costas que fecunda.
Allí hay divanes de raso,
refrescos, flores y frutas,
y un surtidor que sus aguas
sobre el baño desmenuza,
con un estruendo tan suave
que los sentidos no ofusca,
antes un eco les forma
de melancólica música.
La luz y el aire del cielo,
unas blancas colgaduras
mañosamente arrolladas,
templadamente graduan.
Varias doncellas hermosas,
que, de rodillas, se agrupan
en torno de la sirena,
en su regalo se ocupan.
Perlas del ofir rodean
á su garganta, las unas:
y otras, una rica esencia
que hay en vasijas etruscas
copiosamente derraman
por sus espaldas desnudas.
Varias, con finos cendales

la hermosa deidad enjugan,
que se deja embellecer
risueña, lánguida, y muda.
Al salir del fresco baño,
sobre un almohadon de pluma
muellemente reclinó
su frente pálida y mustia.
Algunos leves suspiros
la brisa á sus labios hurta,
mas, son ayes voluptuosos:
y en tanto su éstasis dura,
en aquel lecho movible,
suavemente la columpian,
para conciliar los sueños
deliciosos que la turban.
De pronto, su dulce voz
á las doncellas pregunta:
«Qué hora es ya, que el sol, apenas
este camarin alumbra?
— Señora, ya no es estraño,
porque en el mar se sepulta.»
Alzóse entonces la dama,
y poniéndose una túnica
y otros adornos sencillos,
arriba y abajo cruza
el templete, silenciosa,
y meditando sin duda.
En tanto, encienden dos lámparas,
ricas de labores turcas,
templada su luz con gasas,

porque suave la difundan.
En esto se oye un silvido,
y por una entrada oculta
en el pavimento, asoma
primero una caperuza,
luego un rostro varonil
poblado de barba rubia,
y el resto, por fin, de un hombre
alto, y de maneras rudas,
cuyo siniestro semblante
á las doncellas asusta.
A una señal, desparecen
como palomas confusas,
á quien un buitre voraz
muestra las garras sañudas.
Poco despues, estas voces
enamoradas se escuchan:

— ¿Cómo tan tarde, señor?
— No me regañes, Eloisa,
pues sabes que no es remisa
el alma para tu amor.
— Averiguasteis por fin!
— Algo averigué.
— Veremos
lo que es.
— Pero antes, cerremos,
que entra frio del jardin.
Te acuerdas el otro dia,
cuánto nuestro amor gozó!»

Un ay! la hermosura dió
que de dolor parecia.
«Esa noche, un caballero,
locura de amor mas necia!
recien llegado á Venecia,
conocido por Rujiero......
— Cielos! será él?...
— Mas que tienes ?
— Un alfiler me he clavado
aqui.
— No hay sangre.
— Me ha entrado
hasta el fondo de mis sienes!
Mal haya esta inutil toca!
— Ya en mi historia me perdiste;
por el susto que me diste
un beso quiero en tu boca.
— Eso es cobraros ruin:
proseguid, señor, primero.
— Mudo seré, y de Rujiero
no sabrás el triste fin.
— Triste.....
— Sensible Eloisa,
todo te inspira interés.
— Estoy tranquila ; no ves
en mis labios la sonrisa.
— Prosigo?
— Sois obstinado.
Tomad un beso, consiento:
pero no deis mas tormento

á mi impaciente cuidado! »
  El Dux apenas oyó
lo que Eloisa le hablaba,
porque un beso la robaba,
que en el corazon la hirio!
— « Pues sabe, Eloisa mia,
que ese galan caballero,
á quien llamaban Rujiero,
á alguna dama servía:
y de tus damas.....
— Señor!....
— Pienso que alguna sería,
pues bajo la torre umbria
le halló ahogado un pescador!
— Será mi Rujiero amado!
— Un puñal la piedra hondaba
que de su mano ya helada,
arrancarle no fué dado.
  Mandé citar al consejo
á todos los pescadores,
y estas nuebas; mas no llores,
supe de Jacobo el viejo.
  Tres meses largos vivió
el jóven, en su cabaña,
mas con vida tan uraña
que casi nunca le habló.
  El veinte del mes que corre,
la noche de nuestro amor,
me declaró el pescador
que le condujo á esa torre.

Y que, á la ventana asido,
sus duras rejas besando,
quedóse el jóven llorando ,
y el gondolero dormido.
— Ah que terrible agonía!
— Estraño fué aquel suceso:
cada risa, y cada beso ,
sin duda nos contaria!
Y aun, á mirar él con calma,
nuestros ardientes abrazos
debió hacérsele pedazos
de envidia rabiosa el alma ! »

Un violento accidente
á Eloisa la conturba,
y cae del Dux amante
entre los brazos convulsa!
Toca el silvato y consigue
que las doncellas acudan,
y á sus cuidados la entrega,
con inconsolable angustia:
que en la torre de san Marcos,
el toque de oracion zumba,
y el Dux espera que entonces
el tribunal se reuna ,
para fallar graves causas
en pro de su gran república.
De la mansion del amor
baja con planta insegura

al tribunal sanguinario,
por una mina que cruza
por bajo de los canales
hasta el lugar de sus juntas!



2.°

En la hermosa embocadura
que da al muelle de los Dalmatas;
en aquella misma tarde,
dos viajeros se trasladan
desde un bergantin velero
á una góndola enlutada,
para poder de este modo
desembarcar en la playa.
Al resplandor que despide
de la linterna la llama,
se ve que es un sacerdote,
y un niño el que le acompaña.
Saltan en tierra, y tras ellos
una gondolera salta
y un remero, y otros dos
quedan guardando la barca.
El sacerdote, la entrega
una moneda de plata,
y asi con voz cariñosa
la dirije la palabra:

— «Podrás hacerme un servicio?
niña.
— Y muchos, si me manda,
y puedo yo complacerle.
— Dios te preserve sin mancha!
Dirijeme hácia san Marcos:
pues debe haber en su plaza
una choza, en donde vive
el hombre á quien esta carta
se dirije.
— Vamos pues:
pronto daré con su casa,
como me digais su nombre.
— Jacobo el viejo es su gracia.
— Mi padre! Es un gondolero?
— Sí.
— Pues vais á mi cabaña.
— Niña, camina lijera:
gritóla el rapaz con ansia.
— Tanto le interesa?
— Tanto,
que en ello intereso el alma!
— En triste ocasion llegais:
mi padre en la carcel se halla!
— Con qué motivo?
— Ay señor!
Esa es historia muy larga!
Mas, en torciendo esa esquina
cerca á divisar se alcanza
nuestro albergue.

— Hermano mio!»
esclamó con voz ahogada
el tierno niño, mirando,
cumplirse sus esperanzas.
— Vamos, Rujiero, cordura!»
dijo el anciano con calma;
y gritó la gondolera,
«Rujiero tambien se llama?
— Tambien: ya comprenderás
el placer que les aguarda.
Sí, en verdad, son dos hermanos
que con delirio se aman!
Y esta ausencia de tres meses,
ya le parece tan larga,
que, á no ser por el cariño
que tuvo á la madre anciana
de Rujiero, que en la gloria
con los mártires descansa,
nos hubiera abandonado
mil veces!
— Sí, sí: es cuanto ama
mi corazon; gondolera,
mi hermano busco. Qué tardas?»
La niña enjuga sus ojos,
y á la puerta se adelanta;
y estrechando al pobre jóven
las manos, asi le habla:
«Confia tú en mi Madona
que al triste no desampara!
Yo lloro preso á mi padre:

el mundo todo es desgracias!
Nuestros dolores partamos
acéptame por tu hermana! »
  El jóven nada responde,
porque corrió hacia la estancia,
en busca de aquel hermano,
que en el sepulcro le aguarda!



3.º

Remero, sigue mis pasos.
— Esclava, donde me llevas?
— A los pies de mi señora
que verte libre desea! »
Y asi en silencio cruzaron
dando vueltas y revueltas,
el gondolero Jacobo
detras de Zaira la armenia,
por la mina subterránea,
hasta encontrar una puerta.
Dan dos palmadas, y á poco
con una solo contestan.
« Pasemos sin miedo alguno
porque segura es la seña. »
Eloisa sentada se halla,
y sin duda les espera,
porque en su falda hay un lirio,
deshecho por su impaciencia:
que siempre esta blanca flor

junto al corazon la lleva,
porque á Rujiero, allá en Roma,
pálido lirio recuerda.

— Eres Jacobo el remero?
— Asi me llaman.
— Es fuerza
me entregues cuantos objetos
en tu cabaña se encuentran,
que de ese jóven, tu huésped
desdichado, fueron prendas.
— Ninguna guardo, señora.
— Jacobo, por Dios, no mientas!
No soy yo el Dux justiciero
que te arranca esa respuesta,
sino una pobre mujer
que á tus plantas te lo ruega!
Tú eres padre, eres anciano,
y asi, en tu pecho se albergan
sentimientos jenerosos
que la ancianidad enjendra,
y que el amor de los hijos
en el corazon fomenta!
Y siendo asi, no recelo
que mi vida comprometas,
y antes la pongo en tus manos
para que mejor me creas!
Yo soy la hermosa romana,
á quien fortunas adversas
apartaron de los valles

en que creció su inocencia!
Yo soy esa desdichada
que amó con pasion tan ciega
ese infeliz, que á la muerte
condujo de amor la estrella!
Por eso, anciano, te pido,
y por la hija que te resta,
que si del pobre Rujiero
memoria alguna conservas,
que síncero me lo digas,
y piadoso me la cedas,
en cambio de los tesoros
que encierre toda Venecia!
— Señora, vuestro quebranto
hasta el alma me penetra,
y á ser posible el serviros,
por san Marcos! que lo hiciera;
pero, solo un pergamino,
que es su voluntad postrera,
guardo oculto.
Dios piadoso!
Su testamento!.... y bien, sea!
Ah, sus últimos recuerdos
al partirse de la tierra!
— Lejos de lo que se ama,
señora, el morir consuela!
Cuando yo estoy sin mi hija,
de buena gana muriera!
— Ve libre, pues: que yo, al Dux
convenceré con mis quejas:

y bañaré sus rodillas
con mis lágrimas acerbas,
rogándole que tu vida
jeneroso me conceda:
que, si aun, una víctima
en las prisiones desea,
me encierre en un calabozo
y me cargue de cadenas;
porque, ni asi pagaria
tu noble y santa fineza!
Ve libre, porque tus canas
responden de tu inocencia.
— Si necesitais un dia
ó mi sangre ó mi cabeza,
decídmelo, porque os juro
que á vuestras plantas la ofrezca!
— Mañana, espero sentada
de la ventana en la piedra,
á tu barca pescadora,
antes que la luna crezca.
Que si mi dueño es tirano
que, aun mis miradas acecha,
y esclava, al fin me aprisiona,
aunque en doradas cadenas,
salir me permite á veces,
á gozar las brisas frescas
del canal, cuando es ya noche,
y no hay riesgo que me vean.
Que pase veloz tu barca
por delante de la reja,

porque hay espias ocultos,
y aqui la vida se arriesga! »
En esto oyeron pisadas,
y la esclava con presteza
guió al viejo gondolero
por la subterránea senda.



4.º

Llegó la noche siguiente,
pero tan clara y hermosa
como lo son en Venecia
las de Otoño casi todas.
Heloisa, en la ventana
de la torre misteriosa,
cuenta á la luna sus pasos
cuando por Oriente asoma.
En vano pide á los vientos
que lánguidamente lloran,
de las aguas del canal
entre las trémulas ondas,
que arrastren del norte frio
los nublados y las sombras,
pues ni un vapor fujitivo
del cielo empaña la bóveda.
Ya se percibe un rumor
muy parecido al que forman
los remos sobre las aguas
cuando lijeros las cortan.
Parece una negra nube

que sobre el canal se apoya,
y que sobre él se desliza
como una negra paloma.
Es Jacobo; hácia la reja,
tan rápidamente voga,
que sin permitirla espacio
de formar una voz sola,
pone en sus manos un pliego,
hiende de nuevo las olas,
y desparece á sus ojos
como una ráfaga sorda
que en el éter vaporoso
fantásticamente flota.
Entonces, entre sus manos
el papel se la desdobla,
y frenética se lanza
para encerrarse en su alcoba.
Besa el escrito, y ardientes
muchas lágrimas le mojan,
y entre lágrimas y besos
algunas letras se borran.
Mas, revistiéndose al fin
de serenidad pasmosa,
á tan funesta lectura
dió principio en esta forma:

Á su querida madre, y á su hermano!
Venecia, agosto, veinte. Testamento.

« Madre infeliz! Pensando en la ternura
» que á tu cariño anjelical merezco,
» á tu sensible corazon confio
» que cumpla fiel mis últimos deseos!
» Aunque en la muerte sin cesar medito,
» como una aurora de feliz consuelo,
» que brillará para mis tristes ojos
» á los que alumbra porvenir tan negro.
» Aun, pobre madre enamorada mia,
» con vida entera y con salud me encuentro,
» si bien, presiente en su alegria el alma
» que ya termina su infeliz destierro!
» Los ánjeles dichosos me rodean,
» cuando mis ojos acaricia el sueño,
» y en él los miro, en derredor cantando
» de mi tranquilo y solitario lecho.
» Sí, madre mia; el corazon me anuncia
» que á Dios le mueve mi martirio eterno:
» alegra el tuyo acongojado y triste
» pues ya se acabarán mis sufrimientos!
» Solo un pesar amargará mi muerte,
» y es, el que quede sin venganza el cielo,
» y el honor de Eloisa con mancilla,
» pues no alcancé á dejarle satisfecho.
» No te estremezcas, ay! si te declaro

» del alma los ocultos pensamientos:
» no era mi loco amor quien me traia
» de la hermosa Venecia al torpe suelo.
» sino un hidalgo y jeneroso impulso
» de socorrer en su infortunio adverso
» á la pobre mujer, que despeñaron
» vanos antojos y apetitos ciegos!
» Por lavar la mancilla de su frente,
» murió Gonzalo en espantoso duelo;
» y el completar su noble sacrificio,
» el fiel amigo encomendó á mi esfuerzo.
» Mas el cómplice infame de aquel crímen,
» jamás, jamás ante mis ojos veo;
» y quedará en el mundo, quien se atreva
» á señalarla acaso con el dedo!
»La honesta vírjen que adoraba en Roma,
»pues ni su nombre á pronunciar me atrevo,
» porque hasta mis entrañas lastimadas
» al recordar su nombre me estremezco,
» ay, la he buscado por Venecia entera,
» con loco afan y enamorado empeño,
»pero nunca, hasta el sol que hoy nos alumbra,
» su misterioso asilo he descubierto!
» Quizá suspire en la desierta torre
» de los culpables calabozo horrendo!
» Quizá en las aguas del canal sombrío
« esté insepulto su cadáver yerto!
» Quizá vogando hácia remotos climas,
» y de esta Italia maldecida huyendo,
» mendíga el pan de la estranjera mano,

» ó esclava, muere entre sus duros hierros!
» Ay! madre mia; su memoria hermosa,
» del alma tierna arrebatar no puedo,
» porque en pedazos se me arranca toda,
» sin que logre robarla ni un recuerdo!
» Ay! madre mia, que el Señor me ha dado
» el don para los hombres mas funesto;
» la mayor de sus grandes desventuras,
» alma sensible y corazon de fuego!
» Por eso yo, desde mi triste infancia,
» soñaba ya mis infortunios ciertos:
» y otra cosa no esperen, los que junten
» fortuna escasa con amor inmenso!
» Ay, si por dicha conociera el mundo
» lo que vale un amor si es verdadero:
» si una mujer tan solo sospechase
» que tantas dichas se atesoran dentro,
» que la virtud, las glorias, la alegria,
» la dulce paz y su feliz sosiego
» son las flores hermosas que producen
» cuando se corresponden los afectos,
» mujer ninguna que inspirar lograse
» tan gran pasion, á un corazon tan tierno,
» con menos que su sangre compraria
» seguro el logro de su bien supremo!
» Acaso, Dios, á cuyos hondos juicios
» resignado y humilde me someto,
» no consintió que las amantes almas
» comprendiesen jamás ese misterio,
» que en Paraiso entonces convirtiera

» este mundo, de lágrimas desierto;
» por no encantarles con tan dulce vida
» que al fin debia perecer tan presto!
» Madre, perdona que contigo á solas
» se desahogue la voz de mi tormento,
» y que por este escrito se derramen
» los torrentes del llanto que contengo.
» Y pues todos escuchan con paciencia
» la débil voz del desahuciado enfermo,
» con paciencia, señora, oye mis quejas:
» es la postrera vez que te atormento!
» Recoje en estas frases tan amargas,
» aunque tan llenas van de dulces besos,
» cuanto puedo legar á tu amor santo;
» sí, madre mia, porque mas no tengo!
» Un papel y unas lágrimas ya frias:
» ay! pobre herencia, á tu cariño dejo!
»Pues mira, aun para darte estas memorias,
» les robo á mis amantes pensamientos
» una parte, que avaro me reclama
» este fiel corazon para su dueño.
» A mi querido hermano, al pobre jóven,
» que pues tiene tu amor, ya no es huérfano,
» á tu ternura maternal, ó madre,
» por desdichado y solo le encomiendo!
» Mis libros y el retrato de Eloisa,
» prenda de amor en venturosos tiempos,
» á Rujiero darás, porque se acuerde
« de su hermano, y tambien de este consejo:
» En los libros, estudie solamente

» lo que importe á su estado y su provecho,
» ó lo que en bien redunde y en servicio
» de los hombres, ó acaso de los pueblos.
» Que los libros inútiles, nos llenan
» el alma jóven de dorados sueños,
» y la verdad amarga nos ocultan,
» con historias sabrosas, que son cuentos,
» dulces, hasta que llega el desengaño
» y el mundo pinta en su terrible espejo!
» Practique la virtud: guarde á su madre,
» como á su relijion, justo respeto,
» que el que es buen hijo, y relijioso jóven,
» á sus pasiones pone un fuerte freno.
» Tema al amor desvanecido y loco:
» jamás se entregue á sus desmanes ciego,
» reserve el corazon, si le es posible,
» y de entregarle, nunca le dé entero.
» Guarde para su patria y sus amigos,
» y su familia, y la virtud, y el cielo,
» la parte principal; que asi, mas santo
» le da, y mas grande y venturoso empleo!
» Que es un tesoro, el corazon, oh! madre;
» díselo muchas veces á Rujiero,
» y el gastar en un dia una fortuna
» ó el confiarla á una mujer no es cuerdo!
» Díle que las respete, y las defienda;
» que las ame tambien, mas sin esceso:
» que se fie en su amor, como se fia
» de el Océano infiel marino esperto.
» Sin olvidar que cruza unos abismos,

» á la merced de los volubles vientos,
» sobre unas olas inconstantes siempre,
» por todo amparo un quebradizo leño!
» Por eso con la brújula camina,
» sin dejar de seguir rumbo derecho,
» y aun, si es posible, por si el mar se encrespa,
» mirando siempre hácia el fanal del puerto.
» En fin, que no ame, como yo he querido:
» y, aunque á decir, oh madre, lo que pienso,
» si naciera mil veces, ay! mil veces
» amára á esa mujer por quien me muero,
» con el mismo delirio, porque juzgo
» mi corazon para su amor pequeño,
» aunque á mi corazon le parecia
» miserable y mezquino el universo;
» encúbrele á Rujiero estas locuras,
» y antes le sirvan de espantoso ejemplo,
» en que su juventud tenga á la vista
» en su infeliz hermano su escarmiento!
» Díle que por mi mano, con sus manos
» cierre un dia tus ojos: y que luego
» vuele á Venecia, por si en ella encuentra
» de mi cadáver los mortales restos.
» Que los conduzca á Roma, y que los junte,
» oh madre idolatrada, con tus huesos;
» y que á la sombra, á entrambos nos sepulte,
» del árbol que cobija á mis abuelos!
» Díle tambien, pues cerca de la muerte
» á perdonarle aun no me resuelvo,
» que al alferez don Lope de Moncada,

»que sigue á Flandes del marqués los tercios,
» Le asesine en la plaza ó en la calle,
» en el palacio mismo, ó en el templo;
» cómplice en la deshonra de Eloisa,
» de mi venganza nómbrole heredero.
» Que la cumpla, por Dios! si es que desea
» descanse en paz en mi sepulcro al menos!
» Adios, madre querida: Adios hermano!
» Guardad bien este adios, pues es eterno!»

Con tanta pena, Eloisa
quedóse muda y absorta:
mas un billete cerrado,
entre los papeles nota;
el confesor de su madre
le firma, *Juan de Verona.*
« Eloisa, amigo antiguo
» de vuestra familia toda,
» cuyo nombre, solo en vos
» baja á la tumba sin honra,
» no debereis estrañar
» el que me interese ahora,
» en ver si tienen remedio
» vuestras desventuras propias.
» Mi carácter de ministro
» de un Dios de misericordia,
» me escita á compadeceros
» y á consolaros me exhorta!
» Hace dos dias no mas,

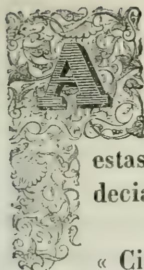
» que hemos llegado á esta costa,
» el hermano de Rujiero
» y yo, buscando en la choza
» de Jacobo, al hijo ingrato
» que por vos nos abandona.
» Por mensajeros veniamos
» de una nueva lastimosa:
» su anciana madre, hace un mes
» que alcanza de Dios la gloria.
» Vuestro padre, hemos sabido
» que de su presencia goza;
» y de Rujiero, encontramos
» ya preparada la losa.
» Tres muertes en corto espacio:
» cuantos desastres, señora!
» Mas, en fin, seré conciso
» pues la brevedad importa.
» Aunque el ser condescendiente,
» mi carácter me reprocha,
» no hallo reparo en cederos
» lo que hoy vuestra alma ambiciona,
» y os envio el testamento
» que es de Rujiero una historia,
» concisa pero terrible,
» amarga, mas provechosa!
» El corazon me predice,
» que bastarán esas hojas,
» á hacer que de vuestros ojos
» el velo al fin se descorra!
» La voz del remordimiento

» entre esos renglones brota;
» escuchadla atentamente
» porque Dios, siempre perdona!
» Solo esta noche aun estamos
» en Venecia: que, á la aurora
» de mañana, hinchará el viento
» de nuestro bajel las lonas;
» en el cual, los nobles restos
» de Rujiero se transportan,
» para darlos sepultura
» donde su madre reposa!
» Si algun dia os acordais
» de esta mi humilde persona,
» en san Pedro, Eloisa, vivo;
» gran monasterio de Roma,
» en el cual siempre se acoje
» á las pobres pecadoras! »

La lectura de esta carta
de tal modo la trastorna,
que el cuerpo desfallecido,
al suelo al fin se desploma.



5.°



l dar las once el relój
de la torre de san Marcos,
en la bóveda sombría
del húmedo subterráneo,
estas palabras medrosas
decia Eloisa á un Bravo:

« Cincuenta doblones valen
de este alfiler los topacios:
tuyos son, pero este pliego
pon al instante en sus manos.
Un momento que se pierda,
frustras mis planes acaso! »
Y la dama desparece,
su leve planta guiando,
con la luz de una linterna,
que apaga al llegar al alto
pasadizo. Ya se encuentra
dichosamente en su cuarto.
« Mañana parten! Es fuerza

todo por arriesgarlo;
Dios mi intencion favorezca
pues en mi auxilio le llamo!
Otro sacrificio horrible;
el último esfuerzo hagamos!
Alma mia, no te ofendas,
por última vez te mancho! »
Y lijera y como loca,
sin duda, por no pensarlo,
de una esencia espirituosa,
apura de un sorbo un vaso.
Se enciende el muerto color
de su semblante antes pálido,
y sus ojos que se animan,
lanzan por miradas rayos.
Blandas sonrisas ensaya:
quita á su seno el tocado,
y sus cabellos desprende,
para que sueltos volando,
al flotar formen un ruido
lascivo, sonoro y vago.
Orna su pecho desnudo
con perlas del Océano,
que en conchas mas peregrinas,
pardiez, que nunca se hallaron!
Como al ceñirse las perlas,
Eloisa estaba llorando,
quien lo observara, creyera
que alli las cuaja su llanto.
« Ya mis sentidos se turban:

venga el Dux que ya le aguardo!
Hermosa estoy, muy hermosa:
no resistirá mi encanto!
Esclava,» gritó á la armenia,
que la acercó un sillon alto,
y un canastillo de flores
á un velador de alabastro:
«Aqui, para el corazon
escójeme el lirio blanco,
que quiere decir, *Las dichas*
pueden renacer acaso.
Ay Rujiero de mi alma!
ahora conozco si te amo;
porque, Dios mio, se logran
tan tarde los desengaños!
Coje una roja laureola
del canastillo pintado,
que significa, *Deseo*
únicamente agradaros!
Pon varias rosas de musgo,
que siempre simbolizaron
los *voluptuosos amores.*
Añade tambien al ramo
la Calendula pluvial
que significa *presajios*:
y yo, los tengo dichosos!
Atalos, formando el lazo
con ramas de esa cizaña,
del *vicio* símbolo exacto.
Trae, esclava : bien está.

Ya está el ánjel coronado.
Vicios y pasiones son
mi verdadero retrato!
Mas calla, sonó un silvido!
Esclava, ponte á mi lado,
y finje que de las flores
me vas la lengua esplicando.
Ya llega..... valor, Dios mio!
Si: reconozco su paso,
como reconoce el reo
al verdugo sanguinario.!»
Cojió unas flores; la Armenia
la imitó, y el Dux llegando,
halló á Eloisa sentada,
con un laurel en sus manos.

« Eloisa.
— Señor.
— Feliz agüero!
Pues el laurel que representa *glorias*
en tus manos está: tan solo espero,
que conmigo repartas tus victorias.
— Hoy venís en estremo lisonjero.
— Y tú estás hoy hermosa cual ninguna.
Retírate ya, esclava.
— La leccion de las flores la ensayaba.
— Basta por hoy: tu vista me importuna.
— No deseche, señor, tu mano esquiva,
esta rama de oliva:

pues airado te veo.
— Me brindas con la paz?
— Sí, la deseo.
— Acércate á mi sien, Eloisa hermosa:
tu dulce amor la calma me destierra;
dame otra flor que esprese misteriosa
de las pasiones la terrible guerra.
— El jeranio de rosa,
noble Dux, significa; *Te prefiero.*
Quieres pues esa flor?
— Ah! sí, Eloisa:
mas, tócala primero
de tus lábios de fuego á la sonrisa.
Y yo, que no he de ser menos galante,
y que ya voy sabiendo de las flores,
merced á tus lecciones, lo bastante
para esplicar de algunas los primores,
te doy el rojo tulipan brillante,
y en su flor, *te declaro mis ardores!*
Toma tambien para adornar tu frente
esta flor que *Inmortal* dicen se llama;
con la que, el corazon jura vehemente,
inmortales recuerdos á su dama.
Mas, dejando esos cuentos prodijiosos,
que solo alivian en la amarga ausencia,
ó cuando no se ven los que se adoran,
gocemos del placer, los que dichosos
vemos correr tranquila la existencia,
gozando de los ojos que enamoran!
— Noble Dux, un favor me has prometido

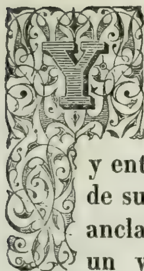
por el cual mil favores te he prestado;
el plazo hoy es cumplido,
y de mal pagador sereis notado,
y nunca de mi amor sereis creido.
—Hoy pienso de esa deuda desquitarme.
— Será posible? Cielos, soy dichosa!
Al fin, Dios mio, al fin podré vengarme!
Morirá?
— Morirá, sí, Eloisa hermosa.
Algun tiempo pasó en el calabozo,
porque era osado, á la verdad, el mozo,
y muy querido de su brava jente
por lo hidalgo y valiente!
Siendo hijo de personas de gran cuenta,
y aun teniendo aqui deudos, era espuesto
el darle muerte oscura y violenta,
sin imputarle un crímen manifiesto.
Pero, llegaron nuevas de la España,
que falta á un pacto, y llama á la campaña
la república noble de Venecia;
por eso, mi poder que la desprecia,
en sus hijos se ensaña.
En el dia de ayer, de mis estados
mandé salir á todos sus soldados:
mas sin soltar tu ilustre prisionero;
ese alferez, don Lope de Moncada
por el que pienso estás interesada!
— Y tanto que su muerte ver espero,
y cuanto antes, señor!
— Tú, cuando quieres?

— Somos tan exijentes las mujeres!
No debes estrañarlo, Dux querido;
(dijo Eloisa, dando á sus razones
un suave y melancólico sonido.)
La venganza, en los nobles corazones,
es grandiosa tambien: soy implacable,
cuanto, queriendo bien, dulce y amable !
De mi infame raptor, ese villano
favoreció la criminal empresa,
y se atrevió á poner su impura mano
sobre mi sien; aun creo que me pesa!
Vió mi lloro y burló de mi despecho;
vió mi virtud, y me insultó atrevido;
clamé, piedad! y me brindó su lecho
impuro y corrompido!
Notando mi valor, con torpe gozo
al tribunal horrible
me delató, como mujer perdida:
y me dejó en el negro calabozo,
sobre la piedra helada é insensible,
maldiciendo su nombre, y de mi vida!
Ya ves si la venganza
será dulce y sabrosa,
á mi gran corazon, hoy que la alcanza,
merced á tu grandeza jenerosa.
— Para gozarla bien, qué necesitas?
pues en matar al hombre que te insulta,
tambien al Dux un gran placer resulta.
— Tan solo, gran señor, que me permitas
que el Adriático golfo atravesemos,

en la góndola oculta;
y que á corta distancia, presenciemos
como el mar en su abismo le sepulta.
— Aunque es capricho á la verdad bien raro,
quiero condescender con tus antojos.
Porque de tu hermosura soy avaro,
y que te la han de deslucir, es claro,
siempre con llanto tus divinos ojos!
— Cúando será?
— Mañana determino,
que se cumpla, bien mio, tu deseo.
— Hoy ha de ser.
— Ya es tarde, me imajino.
— Tres horas faltan para el alba; y creo
no llegará á media hora
el tiempo que se emplee en el camino.
Dispónlo ahora, señor, con gran secreto:
verás que te lo paga mi ternura!
— Eloisa encantadora!
Con tus brazos aqui me lo asegura?
— Con mis brazos aqui te lo prometo!



6.°


a las palomas marinas,
con sus cantos hacen salva
á los destellos del alva:
la noche toca á su fin;
y entre las luces confusas
de su crepúsculo incierto,
anclado se ve en el puerto
un velero bergantin.

Majestuoso se columpia
sobre las trémulas olas,
dejando sus banderolas
entre las brisas flotar.
Haciendo alarde sin duda,
de su velamen vistoso,
cual si se viera, orgulloso,
tan bello en el turbio mar.

En la cubierta de proa
un sacerdote hay sentado,

y un jóven arrodillado
junto á una arca de metal:
estrecha caja que encierra
de Rujiero los despojos,
y en la que, el niño, sus ojos
clava con ansia mortal.

— Niño, por Dios que no llores,
pues es tu lamento vano!
— Nada aconsejes, anciano,
á mi desesperacion!
— Con tu dolor, qué consigues?
— El llanto me satisface,
por ver si entre él se deshace
poco á poco el corazon!

— La muerte anhelas acaso?
— Como un bien la considero.
— Pues, es un crímen, Rujiero,
querer tan jóven morir.
— Cuando es tan triste la vida!
— Se bendice la existencia,
y á Dios se pide paciencia
para alcanzarla á sufrir!

El sufrimiento del alma
su gran virtud acrisola:
el martirio es la aureola
que corona nuestra sien!
— Padre, yo soy niño y flaco,

y asi el dolor me intimida:
dejadme que á Dios le pida
lo que creo que es mi bien.

La pobre mujer anciana
que mi hermano desdichado
encomendó á mi cuidado
con tal ternura y fervor,
bajo cuatro pies de tierra
dejamos perdida en Roma,
donde quizá la carcoma
el gusano roedor!

Rujiero, cumplí tu encargo,
pues yo la cerré los ojos:
y yo, tus santos despojos,
con los suyos uniré!
Pero, despues que asi cumpla
con tan sagrados deberes,
como creo que me esperes,
muy pronto te seguiré!

— Deja tan locas ideas:
para el mayor desconsuelo
reserva piadoso el cielo
esperanzas de placer.
— Un huérfano miserable,
quereis que espere en la tierra?
Pues el mundo me destierra
no debo á él pertenecer!

Si bien lo veis: estoy solo
como al nacer en Sicilia:
vuelvo á hallarme sin familia!
Que no llore quereis vos!
Volvedme la tierna anciana,
que me adoraba cual hijo;
que como tal me bendijo,
al irse al seno de Dios!

Volvedme los dulces brazos
del entusiasta Rujiero,
que apasionado y sincero
hermano fué para mí:
mas que hermano, pues su pecho
me abrió como tierno padre,
el dia en que ingrata madre
me desechaba de sí!

Rujiero, Rujiero mio!
Solo he de poder llorarte:
jamás lograré abrazarte
con amorosa emocion!
Tu blanca sombra querida,
al menos vuelva á este suelo,
á prestar algun consuelo
á mi triste corazon!

— Jóven, al cielo te humilla:
con tantas quejas le insultas;
por sendas nuevas y ocultas

nos descubre su piedad!
Robándote los objetos
que tu corazon mas quiso,
te dió un saludable aviso
para tu felicidad.

Todo aquí es perecedero:
no cifres, pues, tu ternura
en bien que tan poco dura;
mira si es grande leccion!
Que á la tierra no te apegues
el cielo te manifiesta:
— *El desengaño, me cuesta*
la dicha del corazon!

— Tú eres aun niño; bien pronto
vas á cumplir catorce años:
á esa edad, los desengaños
sirven, sí, para enseñar,
pero no nos arrebatan
la paz de toda la vida.
A esa edad, qué no se olvida?
— Lo que yo no he de olvidar!

Breve es la vida: y las penas
conozco que antes la acaban..... »
En esta plática estaban,
en triste enajenacion,
cuando turbó de repente
su misterioso sosiego,

de varias armas de fuego
la horrible detonacion.

Tienden inquieta su vista
á donde el ruido parece,
y pronto se les ofrece
una escena singular:
á largo trecho, una góndola
y una remera falucha,
terrible y sangrientra lucha
emprendieron sobre el mar.

Entre las nieblas confusas
del crepúsculo aun naciente,
encubierta, armada jente
se ve en las barcas cruzar;
y arrojando sus ropajes,
con gritos descomunales,
esgrimiendo los puñales
se intentan asesinar.

A lo lejos, parecia
la masa de aquella jente,
el cuerpo de una serpiente
en perpetua ondulacion:
y ya el círculo crecia,
ya el anillo se estrechaba,
cuando algun hombre rodaba,
herido en el corazon.

Mengua el clamor del combate
y los golpes menudean
de los hierros, que platean
con siniestra claridad;
la maldicion ó el suspiro
del que cae, ó del que hiere,
lánguido en los aires muere,
del mar en la inmensidad.

En la góndola, ni un hombre
queda despues de la lucha;
mas en la negra falucha
aun varias sombras se ven.
Los remeros vencedores,
hienden sangrientas las olas,
murmurando barcarolas
que no se perciben bien.

En tanto el alba nacia
sobre un bosque de abedules,
y ya en las ondas azules
del ancho Adriático mar
brillaban sus resplandores
cuando el capitan ordena,
colocándose en la entena,
las blancas velas izar.

Levan el ancla; y al punto,
se disponen los marinos:
mas, al Dios de los destinos,

al que enfrena el aquilon,
  es fuerza que antes adoren
los piadosos marineros;
pues, siempre son los primeros
en creer su relijion.

  Suben todos á cubierta,
y humildes y relijiosos,
se arrodillan temerosos
del ministro en derredor.
  Este, sus manos levanta
y por su Dios les bendice,
mientras entre labios, dice
una plegaria al Señor.

  Se sigue un canto festivo
á la ceremonia santa:
el capitan, se levanta,
poniéndo mano al timon;
  Y con voz fuerte y robusta,
da, al fin, la señal de leva,
y el viento en sus alas lleva
el disparo del cañon.

  Al lanzarse el buque hermoso,
en el mar azul sombrío,
se oye un ronco vocerío
que muchos hombres le harán:
  y la velera falucha,
veloz se acerca á la popa,

y el alferez de su tropa
pide hablar al capitan.

— Echad, señor, un escala
si aun admitís pasajeros;
que aqui vamos diez remeros,
con mi hija, y una mujer!
A Roma el rumbo llevamos,
y oro nos sobra, á fe mia,
para hacer la travesía :
decidnos si puede ser.»

Al capitan aun dudoso,
rogó el Prelado, al momento;
pues conoció en el acento
á Jacobo: y le estrechó
cordialmente entre sus brazos,
cuando le vió ya en cubierta,
que una mujer medio muerta,
junto al arca descansó.

El niño lanzó un jemido,
y su velo desgarrando,
fué aquella dama apartando
de la caja de metal:
y esclamó, tras un ay! hondo,
que en su boca ahogó la brisa:
— Señor, esa es Eloisa!
Vendrá para hacerle mal!»

No es cierto, gritó Jacobo:
me juró se mataria,
si á Roma no la volvia ,
á un monasterio de Dios!
— Lo que cuesta un desengaño!
dijo el niño, al gondolero:
y Magdalena, á Rujiero;
« ya siempre hermanos los dos! »

El anciano sacerdote,
estrechándole á su pecho
habló al jóven « Dios lo ha hecho,
que perdona al pecador !
Rujiero, descansa al menos:
que si no lo ven tus ojos,
hoy conquistan tus despojos
la querida de tu amor!

Sin duda fue tu memoria
y tu tierna despedida,
la que acaso arrepentida
á Roma la hace volver!
Triunfo fue de tus amores:
porque el amor purifica,
cuando es grande, y santifica
la mas infame mujer! »

Calló entonces el anciano:
dejó el niño con sonrisa

amarga, el cuerpo de Eloisa
sobre el arca descansar.
Quedáronse en gran silencio.
El sol entonces asoma,
y rumbo derecho á Roma,
el bergantin cruza el mar.



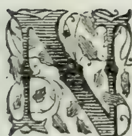


PARTE TERCERA.

VOZ ES DE DIOS
LA CONCIENCIA.



1.°


No muy distante de Roma,
hay una casa sencilla,
medio apoyada en la falda
de una jigante colina;
en cuyo rústico albergue,

vive una honrada familia,
de bienes tan miserable,
como de virtudes rica.
Son dos doncellas, hermanas,
las que aquel recinto habitan;
tan amables como honestas,
tan honestas como lindas:
de un anciano venerable
únicas y tiernas hijas.
Por todos los alredores,
rasgos sublimes se citan
ya de su honesto decoro,
ya de su alma compasiva;
y aun, con ser entre mujeres
pasion natural la envidia,
ninguna lengua villana
se atreve á fama tan limpia;
y antes, encarecen todas
las entusiastas vecinas
del valle, la castidad,
la discrecion, la esquisita
sensibilidad de entrambas
hermosuras: porque afirman,
que sobre rostros mas bellos
la luna en Roma no brilla,
ni sobre canas mas nobles
y de respeto mas dignas!

Si el lector guarda memoria
de aquel Gonzalo, que un dia
pereció en sangriento duelo,

por arrancarle la vida
al que robó tan infame
el honor de su Eloisa;
de aquel Gonzalo, que amante
de su beldad peregrina,
guardó en el alma un secreto,
que sospechó costaria
mil lágrimas á Rujiero,
emponzoñando sus dichas;
sin duda concederá
una compasion mas viva,
á las dos jóvenes bellas,
tiernas hermanas queridas
de aquel Gonzalo, á quien lloran
en su soledad umbría;
y al padre, que se encontró
en su ancianidad prolija,
sin el amor de aquel jóven
su esperanza y su alegria!
Su hacienda se disipó
en manos de la justicia:
pues, los pacientes del muerto,
les persiguieron con ira.
Solo quedó á su miseria,
aquella pobre alquería,
en que escondieron llorosos
su pesadumbre infinita!
Pero las grandes desgracias
despiertan grande enerjia,
y mas, cuando Dios nos hace

un honor de la ignominia!
Su afan y el sudor continuo
de sus noches de agonía,
les hizo vivir alegres,
con el pan de sus vijilias.
Y ya, en sus pálidos lábios
comenzaba la sonrisa
á florecer sus colores,
por no ofenderlos, furtiva;
y ya, sueños apacibles,
allá en las noches sombrías,
se deslizaban rozando
por sus húmedas mejillas;
y ya, en fin, su corazon,
con esperanzas divinas
empezaba á ver curadas
sus muy profundas heridas,
cuando, una cruel memoria,
que allá en su mente yacía
bajo otros dulces recuerdos
si no olvidada, dormida,
vino á desgarrar su pecho
con mas punzadora espina!
En una noche nublada,
de rayos, trueno, y ventisca,
en tanto que el buen anciano
junto á la lumbre dormia,
oyeron sonar un golpe
al porton de su casilla.
La senda que alli guiaba

desde una verde campiña,
únicamente á su asilo ,
por el bosque conducia:
y asi, creyeron que fuese
ó alguna persona amiga,
por la tormenta furiosa,
en los valles, sorprendida,
ó algun pobre pasajero,
que sin rumbo vagaria
desorientado y perdido,
sin saber donde camina.
Llamaron, pues, á Lorenzo
que es su sola compañía ;
mas amigo que criado ,
aunque como tal las sirva;
pues él las adora , como
de sus ojos á las niñas!
Preguntó «quién es» dos veces:
mas, nadie le respondía,
y no divisó ni aun sombras ,
al mirar por la rejilla.
«Sin duda ha sido ilusion!
Os prometo, señoritas ,
que no hay persona viviente.
De lince tengo la vista:
mas , solo noto , á lo lejos ,
los troncos de las encinas.
— Como el huracan no fuese!
le replicó la mas niñá.
— Eso no es posible, hermana,

porque la aldaba es maciza.
— Pues yo, Enriqueta jurara......
— Y yo tambien, Serafina.
— Pues señor, vamos á verlo.
— No basta que yo lo diga!
— Por si es algun brujo, entonces.
— Por las ánimas venditas!
Con diez bandoleros negros
armo jaleo, y aprisa;
mas un brujo; púf, que horror!
De pensarlo me da grima!
— Crees en duendes!
— Si creo.
Los vestiglos me orripilan.
— Mas calla; no ves ahora?
Por bajo de la rendija
de la puerta, está el leon
olfateando.
— Si habria
alguno? Pobre leon! »
le dijo la hermosa Elvira,
acariciando un gran perro
de Terranova, de fina
lustrosa piel, el cual lame
la mano que le acaricia;
y de nuevo aullando triste,
á la puerta se aproxima,
y con sus uñas la araña,
y en sus goznes la rechina.
— «Vamos, leon; jamás tú

equivocaste la pista,
que á media legua, los osos
con el olfato adivinas.
Pones los ojos humildes?
Cimbreas la cola erguida,
y estás dolorido aullando,
y los dientes no rechinas?
Señoritas, abro al punto :
siempre será bien venida
la persona que viniere,
pues del leon es amiga. »
Miráronse un corto espacio
las jóvenes indecisas,
y cerrando la mampara
de la cámara contigua,
en que al amor del hogar
duerme el anciano en su silla,
indicaron á Lorenzo,
que con las llaves venia
y una linterna, que abriese.
Hízolo asi, y á su vista,
al pronto, no apareció
sombra alguna; mas, Camila
vió que el leon en halagos
dolientes, se deshacia ;
y aun, al volverse á sus amas ,
sin duda á pedir albricias,
dejó en sus manos, la sangre
que de su lengua corria.
— Algun herido....... Lorenzo!

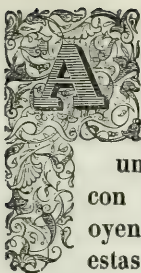
alumbra !
— Sí, y á esta esquina
del porton, un largo manto.
— Es dama?
— El traje lo indica.
— Acerca la luz..... Qué veo!
De Gonzalo la enemiga!....
la perjura de Rujiero,
y de entrambos la asesina!
Maldita Eloisa!
— Sí:
una y mil veces maldita! »
En tanto, el pobre Lorenzo,
veinte veces se santigua
y esclama: « En hora menguada
nos llega la peregrina! »
Solo el leon compadece
aquella infeliz herida,
y con su lengua la besa,
y con su cuerpo la abriga.
Del perro fiel el ejemplo
su obligacion las avisa,
que los males no disculpan
de los deberes que obligan!
Enfrenan los tristes ayes,
y con manos convulsivas,
junto al hogar protector
aquel cuerpo depositan.
Abre el anciano sus ojos,
y con sardónica risa,

esclama con ronco acento:
«Venganza, al fin eres mia!
Arrastra el cielo á mi puerta,
á la orgullosa, y altiva,
del pan miserable mio
porque de limosna viva!
Ella te robó el amor
de tu Rujiero; ella os priva
del hermano cariñoso,
y el hijo me sacrifica!
— Bajo este techo una tnmba
se puede abrir á Eloisa,
en donde ni el aire arrastre
sus criminales cenizas!
— No, jamás: Dios me presenta
cara á cara á mi enemiga,
y asi, de ser jeneroso
me ofrece ocasion propicia!
Lorenzo, debo ser grande!
quien tal gloria desperdicia,
si lo ruega la conciencia,
y lo manda la hidalguía!»
Las amorosas doncellas
besándole en las rodillas,
con tiernas voces gritaban;
«Tus canas serán benditas!
Tu voz, nuestra compasion
heróica, reanima!
Por tanto mal que nos hizo,
bienes sin cuento reciba;

que en el obrar, es forzoso,
que las almas se distingan!



2.°


la siguiente mañana,
en un gabinete estrecho
en que se divisa un lecho
con cortinas de color,
un anciano, y dos doncellas,
con atencion muy profunda,
oyen de una moribunda
estas palabras de amor:

«No maldigais mi memoria,
que ya se acaba mi vida;
y es triste, en una partida
que eterna acaso será,
no merecer á ninguno,
ni una lágrima piadosa,
ni una mirada amorosa,
ó de lástima quizá!

Razon teneis, lo conozco,
de odiarme, y de escarnecerme;

mas, supisteis acojerme
con amable compasion,
  y en esa accion jenerosa
de vuestro pecho ofendido,
la sangre he reconocido
de vuestro gran corazon!

  Capaz sois, hermosas damas,
no solo, ay Dios! de ampararme,
sino tambien de estimarme!
El rostro bello volveis?
  Mostrais los sañudos ojos
para indicar el desprecio?
No importa: yo, vuestro aprecio
sé que dármele podeis!

  No porque yo le merezca;
no porque yo le reclame,
yo, la mujer mas infame,
pues la mas ingrata fuí:
  sino, porque vuestras almas
á la piedad os inclinan,
y porque nunca asesinan
los que protejen asi!

  Camila; pobre hermosura,
que con afecto sincero,
idolatraste á Rujiero,
que por mí te abandonó:
  te debo grandes disculpas;

y antes que llegue mi muerte,
perdon he de merecerte
del daño que te hice yo!

Rujiero, entonces un niño,
solo á tu casa asistia,
solo tus cantos oia
con inocencia infantil;
y, acaso, sin mi presencia,
que hizo vuestro amor pedazos,
formáras tú dulces lazos
con aquel mozo jentil.

Mas yo, por un vano antojo,
te lo confieso, primero;
despues, porque vi en Rujiero
cierta noble frialdad,
puse empeño en conquistarme
galan que me resistia,
pues de ello, se resentia
mi estremada vanidad.

En los bailes del otero,
junto á su frente morena,
rozaba yo mi melena,
rápidamente al bailar:
dando á mis ojos oscuros,
aquella luz de dulzura,
con que sabe una hermosura
rebeldes ojos cegar!

Estrechéle entre mis brazos
en mil festivas mudanzas,
entre el ruido de las danzas,
suspirándole á su sien:
Y al mirarle loco y ciego,
seguir mi rumbo, perdido,
murmurándole á su oido,
con muerta voz *Ay! mi bien!*

Fue ya olvidando tu casa,
y fue asistiendo á la mia,
donde yo, le recibia
con desdeñosa altivez,
pues, mi arrogante hermosura,
del triunfo ya satisfecha,
á nuevas conquistas hecha,
otras buscaba tal vez.

Mas el jóven, toleraba
mis exijencias y antojos,
mostrando en sus negros ojos
tan tristísima ansiedad,
que me obligaba á otorgarle
mil inocentes favores,
y á escucharle unos amores,
peregrinos en su edad!

Fui conociendo sus prendas;
el trato enjendra cariño;
llegó á ser jóven el niño,

bello como un querubin:
las palabras, son del alma
suaves y ocultas prisiones;
nuestros pobres corazones
se apasionaron al fin!

Puse á prueba su ardimiento,
su voluntad, su arrogancia,
martiricé su constancia
con bárbara ingratitud.
Desdenes, iras, antojos,
hasta celos de inconstante,
de todo salió triunfante
su pasion y su virtud!

Mil veces me causó asombro
su amor y su idolatría,
porque, imposible veia
pagarle yo nunca bien:
proponiéndome otras muchas,
ausentarme de sus brazos,
por romper asi unos lazos
que lastimaban mi sien.

Yo no sé, si estaba inquieta
por verme comprometida,
á guardar toda la vida,
para uno todo mi amor:
que, como nací inclinada
á libertades y antojos,

se avergonzaban mis ojos
de ver los de su señor.

« *Esclavas son las que adoran*:
(me decia yo llorando)
» *mejor es vivir gozando*
» *del mundo la libertad;*
» *que no poner velo y trabas*
» *al mas honesto alvedrio*,
» *sin un pensamiento mio;*
» *sin ninguna voluntad!*

» *Sujeta al capricho vano*
» *del que elija por mi dueño*,
» *dispuesta á sufrir su ceño*
» *ó sus olvidos quizá*:
ó su desden ó el desprecio
» *ó la ignominía , ó la afrenta !*
» *La libertad me contenta* ,
» *bien con ella el alma está!* »

Volvia á ver á Rujiero,
y á idolatrarle volvia:
y ya, no me decidía
á dejarle de querer!
Imán tenian sus ojos
que me arrastraban los mios ;
y asi, mis locos desvios
solia al cabo vencer !

Por último, me propuse
correr la Europa primero;
y despues, á mi Rujiero
dar mi mano en galardon;
cuando, ya desengañada
del mundo y de sus maldades,
sus mentidas vanidades
odiase mi corazon.

El destino nos prepara
azares bien lastimosos,
en momentos peligrosos
de incertidumbre y afán!
Cuando yo partir dudaba,
vino á fascinar mi oido
ay! nunca hubiera venido!
un español capitan!

Juró que yo le mataba
y que él por mi amor vivia!
y hasta el alma parecia
conmovido el español:
me prometió ser mi esclavo,
poner un reino á mis plantas,
y darme riquezas tantas
que afrenta fuesen del sol.

Señora de un grande imperio,
y diosa entre sus mujeres,
entre halagos y placeres,

que ni aun podia soñar,
  juró levantarme un trono.
Y yo, de nada dudaba:
lisonjero me adulaba;
yo era fácil de engañar!

  Volé en pos de esas quimeras:
ví el mundo horrible y desierto,
y eché de menos el puerto,
al sentir la tempestad!
  Tarde ya! Mi honra preciosa
naufragó entre sus horrores!
de mis funestos amores
esta es la historia en verdad!

  Mi orgullo me ha despeñado;
la adulacion me ha perdido;
de un padre asesina he sido,
y de Rujiero; ay de mí!
  A tí te robé un esposo:
á tí, un hijo; á tí, un hermano!
A cuantos tiendo mi mano,
á un abismo sumerjí!

  Soy prolija en mis querellas;
mas debo ya disculparme,
porque aqui quiero arrastrarme
por el polvo que pisais:
  Y merecer penitente,
vuestro perdon y el del cielo!

Piedad de mi desconsuelo!
Decidme, que no me odiais!

Camila, cuanto atormento
tu noble pecho bizarro;
que cruelmente desgarro
tu virjinal corazon:
mira mis lágrimas; toca
mi frente ardiendo, Camila:
¿ves el mio como oscila?
Por piedad, sí, tu perdon!»

Enriqueta con sus ayes
desahogó el ansioso pecho,
y de Elvira junto al lecho
se arrodilló la infeliz:
Camila besó sus manos,
y esclamó con triste tono:
«Ay! lo que no te perdono,
que no le hiciste feliz!

Si me le hubieras robado,
porque le hubieras querido,
acariciado y servido,
como á tu Dios y Señor;
mucho lo hubiera llorado,
mas algo te disculpára,
porque, te creyera avara
de hacer dichoso su amor!

— Tienes razon, y por eso
es mayor mi desconsuelo,
porque no disculpa el cielo
delitos de ingratitud:
asi como yo presumo
que cuenta no nos demande,
cuando por un amor grande
no se atienda á la virtud!

No hay perdon para un ingrato
á tan sublimes amores!
No son de Dios los favores
para un corazon cruel!
Ama y serás perdonado,
la voz del Señor nos dijo,
y á los ingratos maldijo;
que es padre del amor él!

Si gota á gota vertiendo
las sangre que hay en mis venas,
pudiera comprar las penas
que causó mi veleidad,
con qué placer la mirára
del corazon irse huyendo,
por ir asi mereciendo
el perdon de mi maldad!

Si con sacarme los ojos,
que el mal se me entró por ellos,
pudiera á los ojos bellos

de Rujiero dar la luz,
con mis manos apagára,
con sangre su rayo puro:
una y mil veces lo juro,
por el que murió en la Cruz!

Enriqueta gritó entonces:
»Mujer, mi llanto embarazas
y el alma me despedazas!»
Camila añadió: «Por Dios!
Todos te compadecemos,
porque infeliz te miramos;
y acaso un dia, podamos
aun ser amigas las dos!

— Amigas? Y qué? Ese pecho
noble, entusiasta, sublime,
podré sentir como oprime
mi infame y ruin corazon?
Dios mio! cuánta vergüenza!
Cuánta humillacion, Dios mio!
Ay, tenlo en la cuenta te fio,
para alcanzar mi perdon!

Y vos, anciano infelice,
á quien yo he sacrificado
el hijo tierno adorado
que me defendió leal!....
— No traigas á mi memoria,
tan triste y horrenda lucha;

— Señor, mi desgracia es mucha,
y es mi destino hacer mal !

Mas á cada instante invoco
su noble y sangrienta sombra;
se me aparece, y me nombra
« *pobre mujer infeliz !*
Y yo le he visto, en mis sueños,
que se sonrie altanero,
porque murió caballero,
con honra, y en buena lid !

Por tu hijo mi llanto corre,
y aun ves húmedo este suelo :
mis oraciones al cielo,
se elevan santas por él !
Porque los ánjeles ciñan
á su sien limpia corona!
Pues Gonzalo me perdona,
no seais vos mas cruel!

— Calla, mujer, cuyas voces
dan miedo y dulzura al alma :
Gonzalo goza la palma
de los mártires de Dios !
Tú le has visto en tus ensueños,
entre arcánjeles dichosos ?
Me basta : y ser jenerosos
nos corresponde á los dos!

Si tu Madona permite
que no acabe tu existencia ,
y de esta grave dolencia
te deja restablecer ,
verás que á Gonzalo imito,
¡ hijo mio ! y que mi encono
es menor que el abandono
en que hoy vas á perecer!

— Mi abandono ?... el mas completo !
Rendida , trémula y yerta,
por Roma , de puerta en puerta
fui pidiendo caridad:
Pero todos al mirarme,
despues de reconocerme ,
gozosos de escarnecerme,
niéganme hospitalidad.

Algunos, los mas amigos
de mi padre desdichado,
asesina me han llamado,
perdida, infame mujer;
y prodigándome injurias
y vergonzosos dictados ,
á golpes de sus criados,
me han hecho á Roma correr.

Del populacho afrentada ,
de su jente escarnecida ,
pálida , muerta , perdida ,

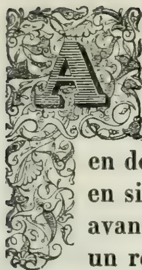
salí de aquella ciudad
  maldiciendo de sus hijos,
de su cielo, y de mi cuna;
y de mi ingrata fortuna,
fiel solo, en guiarme aquí!

Ya ves, que á mis largos males
remedio ninguno alcanza;
y que es feliz la esperanza
de que pronto moriré!
  Sin parientes, sin amigos,
sin hogar, ni honor, sin nada;
de mi afrenta acompañada,
en donde me ocultaré?

— En nuestros brazos, señora!»
La dijo el amable anciano,
estendiéndola una mano
que Eloisa le besó:
  y del placer conmovida,
y de su vergüenza suma,
sobre la almohada de pluma
medio muerta se quedó.



3.°


l apagarse del sol
los últimos resplandores,
siguiendo la estrecha senda
que costea el pardo monte,
en dos caballos cansados,
en silencio, y á buen trote,
avanzan por el camino,
un relijioso y un jóven,
hasta tocar con la puerta
de la casilla del bosque.
Sin duda ya los aguardan,
pues antes de que desmonten,
Camila, y su tierna hermana,
esperan á los señores:
y tambien deben de ser
amigos, pues que con voces
amables, cambian saludos,
que á la amistad corresponden.
Ya se hallan junto al hogar;
mas el relijioso entonces,
viendo el estremo silencio

que á sus amigos absorve,
dijo, con voz reposada,
y ademan sereno y noble :
«Sí, amigo mio, hijas mias:
de lo que medita el hombre,
ya sabeis que solo es Dios
el árbitro que dispone !
Con que Eloisa?...
— Tal vez
no pasará de esta noche !
— Ya recibí vuestra carta.
— Escrita fue por su órden.
Con vos quiere confesarse,
y que Rujiero perdone,
antes de morir, sus culpas !
— Pobre Eloisa !
— Sí, pobre!
murmuró el jentil mancebo:
— Y cómo se halla?
— Conforme
con la muerte, porque acaba
sus infinitos dolores!
— Pues entremos al momento:
que Dios, que al huérfano acoje,
y que á los tristes consuela,
quizá por mi voz se goze
en derramar la esperanza
en su pecho.
— Si ella os oye,
añadió el niño, no hay duda,

que sus amargos dolores
se calmarán; y es preciso
que en su agonía no llore!
Prometedla en nombre mio
y de mi hermano en el nombre,
el perdon!

— Que jeneroso!

— La muerte apaga rencores!
Que suba al trono de Dios,
y lleve las bendiciones
de los que hizo desdichados!
Decidselo.... el tiempo corre!»

Enterneciéronse todos,
admirando el fino porte
del rapaz, y la espresion
de sus ojos brilladores,
y su voz, que quebrantára
la dureza de los robles;
y asi Enriqueta esclamó:
«Hermanos son, se conoce
en la ternura y la fé
de sus ardientes pasiones!»

Camila, en tanto, introdujo
al anciano sacerdote,
despues que este habló en secreto
con el buen viejo don Lope,
en la alcoba de Eloisa.
Le acerca un sillon de roble
junto al lecho, y á la enferma
ayuda á que se incorpore;

y al verla besar las manos
del confesor, con transporte,
se retiró, murmurando:
« ¡ Mi Madona la perdone ! »



4.°

Cuando Camila volvió
de su padre al aposento,
le halló aflijido, en los brazos
del inocente Rujiero,
al cual decia: «Infeliz!
muy infeliz te contemplo,
pues solo te dió familia,
para robártela el cielo!
Pero, jóven, no te aflijas,
que tú no has de quedar huérfano;
aunque hoy sea tan mezquina
la fortuna que te ofrezco.
Por el hermano perdido
dos hermanas te prometo;
que son sensibles te fio,
y te amarán con estremo,
por mozo, y por desvalido,
y porque yo se lo ruego!»
Las jóvenes se acercaron,
y todos tres, en silencio,
cambiaron dulces abrazos

tan amorosos y estrechos,
que harto bien se aseguraban
la verdad de sus afectos.
Rujiero, respondió entonces:
« Vuestra ternura agradezco!.... »
y mas no pudo decirles,
porque le faltó el aliento.
El anciano continuó:
— « Mi pan, mi hogar, y mi lecho
los repartiré gustoso
contigo, noble mancebo;
porque, te he visto capaz
de heróicos vencimientos,
y de virtudes hidalgas
ha de ser cuna tu pecho.
De modo que voy á ser
asi el ganancioso, creo,
pues tendré otro hijo leal,
como aquel Gonzalo muerto!
— Vuestras bondades, Señor,
aqui grabadas las dejo,
porque en lo dulce compartan
lo amargo de otros recuerdos!
Hijo y hermano seré,
en interés y en respetos;
y amparo de vuestra casa,
y de sus males remedio,
si llega un dia, en que pueda
mostraros mi buen deseo;
mas por el pronto, que en nada

necisitais de mi esfuerzo.....
— Qué intentas?
— Dejar á Roma.
— Ahora? A qué?
— A morir mas presto;
ó á buscarme gran fortuna!
— Eres ambicioso?
— Temo
que sí; pero mil ideas
á descifrarme no acierto;
pues, aunque mucho ambiciono,
para mí no lo deseo!
— Pues para quién?
— En verdad,
que ni lo sé.
— Como es eso?
— Creo, sí, que es, por pagar
deudas de agradecimiento.
Jacobo albergó en su casa
á mi hermano.
— Un gondolero?
— Sí: y obró tan desprendido,
que vendió el pobre sus remos,
que eran su fortuna y vida,
y compró el arca de hierro,
en que leal, custodió
los nobles mortales restos.
Y nunca quiso admitirme
tan santo y fatal dinero,
ni por ayes, ni por súplicas,

ni por amenazas; siendo
tan miserable, que falta
le hacia para el sustento!
Si lográra yo, su choza
en un palacio soberbio
convertir; si á Magdalena
pudiera cubrir el cuello,
que con las conchas del mar
ciñe un collar tan grosero,
con perlas, menos hermosas
que sus puros ojos negros;
y tener ricos brocados,
y joyas, y blancos velos
para adornar aquel ánjel,
luz del Adriático puerto,
fuera dichoso, dichoso!
— Mucho la alabas, mancebo.
— Es que Magdalena es bella
cual de la tarde el lucero!
— De tu hermano, por si acaso,
no olvides nunca el ejemplo!
— Esto es todo gratitud!
— Tal lo sientes?
— Tal lo siento.
— Asi hay principios de amor!
— De hermano, sí, lo confieso,
nos le tenemos jurado.
— En fin, del caso no es esto.
Piensas partir?
— Y bien pronto.

— Y vas cerca?
                    — No: muy lejos!
— Y volverás?
                    — Quién lo sabe!
— Qué piensas tú?
                    — Qué no vuelvo!»

Iba á proseguir don Lope,
mas, le colocó el mancebo
en sus lábios una mano,
porque callara mas presto.
Las resoluciones grandes,
en los apuros estremos,
se traslucen en los ojos:
el anciano, conociendo
que el jóven persistiria
invariable en sus proyectos,
volvió á tenderle los brazos
y él se los cojió de nuevo,
llamando «*Hijo mio*!» al mozo,
y el mozo, «*Mi padre!*» al viejo:
y las doncellas, á entrabos
besándoles los cabellos.
Hasta, el Leon, aquel noble
hermoso animal, su cuello
rozando con las rodillas
de su amo y del estranjero,
vino á dar mas interés
á espectáculo tan tierno.
— «El pobre,» esclamó Enriqueta,

ya os reconoce por dueño ;
y os ruegan sus tristes ojos ,
que no nos dejeis tan presto!
— « Fiel Leon , esclamó el niño;
ser tu amigo te prometó! »
y acariciaba , entusiasta ,
al hermosísimo perro,
que con su lengua iba á todos,
sus halagos repartiendo.
En aquel punto, y aun antes
de darse el adios postrero ,
por órden del sacerdote,
entró á llamarles Lorenzo.
Los húmedos ojos, tristes,
enjugan con sus pañuelos,
y componiendo el semblante,
con paso sonoro y lento,
de la infeliz Eloisa
penetraron hasta el lecho,
dejando en sus yertas manos
cada uno de ellos un beso.
La moribunda, entreabrió
sus ojos lánguidos, bellos ,
y estrechando un crucifijo
piadosamente á su seno,
les dijo con voz cansada.
«El perdon me otorga el cielo,
y para morir tranquila ,
tan solo me falta el vuestro !»
Los sollozos mas amargos

á su clamor respondieron ;
el confesor inspirado,
intimó á su voz silencio.
Puso en los labios de Eloisa
un relicario por sello;
corrió las blancas cortinas,
para velar los misterios,
que la relijion inspira
en tan solemnes momentos;
y juzgando que su espíritu
abandonaba su cuerpo,
postróse en tierra, y con él
en tierra todos cayeron ,
en voz doliente entonando
el cántico de los muertos!



5.°



Un cuarto de hora despues,
en el aposento mismo
en que por su alma rezaban
de los difuntos el himno,
resonaron de alegria
locos, tumultuosos gritos,
y entre ellos, una voz grave
que repetia..... «Prodijio!»
Y á fé, que á los mas incrédulos
asi hubiera parecido;
pues, pocos momentos antes,
los ojos vanos, y hundidos,
mustias las blancas mejillas,
como de cárdeno lirio,
la respiracion ahogada
por roncos leves suspiros,
la color muerta, los miembros
descoyuntados, y lívidos,
Eloisa, de un cadáver
era el espectro sombrío!

Mas, en tan breves instantes,
mudanza tan grande se hizo,
que ya un ánjel parecia,
de la gloria descendido.
A sus mejillas de nácar,
vago color, puro y limpio,
prestaba el tinte halagüeño
de un bello alhelí rojizo.
Sus ojos lánguidamente,
en la cruz de évano fijos,
dos estrellas semejaban
de dulce y májico brillo!
Y sus labios, se creyera
ser un clavel de Corinto,
para arrojar mas perfume,
en dos mitades partido.
El blanco seno latía
con movimientos tranquilos,
y el cuerpo flexible y ajil,
se sostenia á sí mismo:
un cambio tan admirable
en solo un momento se hizo.
Entonces, la hermosa enferma
elevando el crucifijo
en sus manos, y al alzarle,
se arrodillaron sumisos
los que allí la rodeaban,
estas palabras les dijo,
con voz serena y sonora,
llena de uncion y de hechizo:

« Milagros son del cielo !
Infame pecadora ,
la mancha del delito,
mi fealdad causó:
mas , bórranse las culpas ,
si el corazon las llora ;
mi corazon contrito
sus culpas ya lloró !

Por eso, el santo brillo
de la virtud hermosa ,
que presta á nuestras frentes
eterna juventud,
ciñó á la frente mia
su aureola gloriosa !
Por eso soy tan bella ,
porque amo la virtud !

Tranquilo el labio, exhala
dulcísima sonrisa,
que sale ya de un seno
henchido de placer ;
por siempre se acabaron
las penas de Eloisa :
hoy nace para Cristo;
hoy cobra un nuevo ser!

Del santo monasterio
las quietas soledades,
darán al alma mia

refujio celestial !
¡ A Dios ! mentidas glorias ;
livianas vanidades ,
placeres engañosos,
gozados por mi mal !

¡A Dios! vanos ensueños,
falaces esperanzas ,
de gloria, y de renombre ,
de dichas, y de amor ;
os dejo ya, del mundo
terribles asechanzas,
que vais siempre espiando
los pasos del honor !

A tí, mi Dios, consagro
el alma , el alma mia ,
que nunca los escesos
del cuerpo consintió:
y aqui, en el hondo seno,
medrosa se escondia ,
mientras mi torpe vida
entre el festin corrió !

Como una pobre esclava,
humilde y vergonzosa,
por no manchar sus alas
vivió dentro de mí :
rasgué mi vestidura,
infame y licenciosa ;

por eso, ya se atreve
á presentarse á tí!

Piadoso sacerdote,
hacedlo en nombre mio;
despues que me retire
al claustro sepulcral,
corred por Roma entera,
mirad que en vos confio,
por mí rogando á cuantos,
ay! pude yo hacer mal!

Procurad que ninguno
afrente mi memoria;
á los que mas me infamen,
pedidles mas perdon,
Y tenga yo el consuelo,
que al referir mi historia,
no haya quien me rehuse
su pobre compasion!

No sintais el que acabe
mi lastimosa vida!
La muerte abre del cielo
las puertas de zafir!
Dichosa yo, que encuentro
al fin de mi partida,
la senda que á la gloria
me puede couducir!

Y ahora, pues Dios me otorga
que me siente á su mesa,
de la sagrada cena
con el divino pan,
dejar purificada
el alma me interesa;
que ya, todas mis culpas
confesadas están!

Dejadme amigos mios:
debo reconciliarme,
revestirme de gracia
para ese gran festin,
en que mezquina esclava,
hoy puedo presentarme
á Dios, á cuya gloria,
no hay principio ni fin!

Calló la hermosa jóven:
y aun todos escuchaban
con relijioso anhelo
su profética voz:
y aun todos, las palabras
dulces saboreaban
de aquel tan suave canto,
perdido tan veloz!

Mas luego, se apartaron
con planta temerosa,
por no turbar del ánjel
el rapto celestial:

pues, de ánjel parecia,
su frente milagrosa,
ceñida de impalpable
aureola inmortal.



6.°


uy pocas horas despues,
cruzaba el oscuro valle,
la corta y fiel comitiva
del sacerdote, que trae
para consuelo del alma
remedios espirituales.
Las campesinas de Roma,
humildes marchan delante,
los ojos fijos en tierra
donde sus lágrimas caen:
y como pisan mil flores,
parece que de ellas nacen.
Algunas, cojiendo vienen
de los silvestres rosales,
los mas floridos capullos
de aquellas rosas salvajes;
y con blancas campanillas,
y amapolas cual corales,
flores que son del *consuelo*
y el *abandono* la imájen,
forman sencillas guirnaldas

con tal destreza y tal arte,
que por hermosas, pudieran
servir de corona á un ánjel.
Cerrando la comitiva,
marchan seis fuertes zagales,
llevando sobre sus hombros
un atahud formidable.
Detrás, rezan los ancianos
con voz temerosa y grave,
sus preces á la Madona,
de los infelices madre!
Pasados breves momentos,
Jesucristo en cuerpo y sangre,
representado en el pan
bendito de sus altares,
sirvió á la triste Eloisa
de manjar divino y suave,
que fortaleció su espíritu
aun enfermo y vacilante!
En tanto, junto á una ermita,
bajo un olmo que la ampare,
con las ceremonias santas,
que por los muertos se hacen,
la negra caja de hierro,
á siete palmos cabales
de tierra, se pisonó;
á la sombra memorable
de la ermita, y del gran árbol
de aquella hondura jigante.
De su tronco, suspendieron

las guirnaldas tutelares,
al compás de dulces cantos
y de tristísimos ayes.
El cesped, roto en la huesa,
se repartieron por partes,
las llorosas campesinas
y sus mas fieles amantes,
cual talisman de constancia,
en recuerdo de aquel mártir!
Al despuntar sobre Roma
el Hespero de la tarde,
ya todos se retiraron
á sus tranquilos hogares.
Solo un anciano y un niño,
arrodillados, delante
de aquel olmo, espeso y alto,
en éstasis mudo yacen.
Pasó la noche; la diosa
de sus dulces soledades,
hácia el occidente fué
acongojada á ocultarse.
Murió el último lucero;
y en el oriente distante,
del alba se dibujaron
las primeras claridades,
y aun en oracion seguian
el ministro venerable,
y Rujiero, el pobre jóven!
Este, esclamó, al levantarse,
mientras escribió en el olmo

con su daga penetrante:

« Rujiero, el apasionado,
cuanto infeliz, aqui yace!
Llorad, los que ameis, al menos
porque en su tumba descanse!»

— Partámonos de estos sitios.
Hijo, el infortunio es grande,
la conformidad precisa,
la vida breve, sus males
transitorios; todo acaba!
— Ay Señor! pero que tarde!
En fin, vamos, que otra luna
no quiero que en Roma me halle.
— Y á donde irás?
— Qué se yo!
— Y qué has de hacer?
— Dios lo sabe!



7.°


amila, y su tierna hermana,
su padre, y Lorenzo mismo,
á pocos dias, amaron
con el interés mas vivo,
con la voluntad mas tierna,
con el amor mas sencillo,
á aquella triste Eloisa,
arcánjel bello y perdido,
por el mundo degradado,
y por Dios ennoblecido!
Fué su dolor tan vehemente;
dió de su inmenso cariño
hácia aquel pobre Rujiero
tan señalados indicios;
fueron sus lágrimas tantas,
tantos sus hondos suspiros,
que temieron muchas veces,
por sus amantes deliquios,
en un ay! ver que á los cielos

se remontaba su espíritu!
Por eso, sus graves culpas
pusieron en el olvido;
y sus desgracias y afanes
en el pensamiento fijos.
Prodigáronla ternezas,
y miramientos tan finos,
que bien pronto con salud
lograron verla, y con brio.
Todas las tardes, volaban
hácia aquel olmo sombrío,
como tórtolas amantes
en rededor de su nido.
Allí, pasaban las horas
en arrebatos continuos,
en súplicas misteriosas,
en inocentes delirios.
Mas, purificada al fin,
la hermosura de sus vicios,
y ya digna de habitar
el claustro de Jesucristo,
Eloisa, decidió
el relijioso retiro
en que pensaba ocultarse
de las miradas del siglo.
Cambió sus tiernos adioses
con sus amables amigos,
y en una tarde serena,
salió por el valle umbrío
en busca del confesor,

con quien unirse convino
en la tumba de Rujiero,
de la estrella al primer brillo.



8.°

Es media tarde, y ya espera
Eloisa á su confesor:
y cuando allí, considera
que está por la vez postrera
en la tumba de su amor;
la yerba fria besando,
se echó; el alma deshaciendo,
en cada suspiro blando:
mas, se levantó escuchando
de pisadas el estruendo.
Tener que apartarse siente
de aquella tumba adorada,
tan pronto, y eternamente.
cual se quedó consolada
al ver á Camila enfrente!
— « De mí no te despedias?
— No: por no martirizarnos!
Mas tú, en mi pecho leias.
— Poco en el cielo confias;
él no quiere separarnos.

Esta es una breve ausencia
que la muerte ha de acabar!
Tengamos ahora paciencia!
— *Voz es de Dios la conciencia* !
por ella se debe obrar! »

Quedáronse arrodilladas,
bajo el árbol abrazadas
de aquella tumba querida ;
y despues, de su partida,
hablaron ya resignadas.
« Ay! yo te envidio, Camila,
el que tú venir podrás
á ver este olmo, que oscila
sobre esta yerba tranquila :
yo no le veré jamás!
Tú notarás florecer
en esas ramas las hojas;
y llegarás á creer
cuando las mires caer,
que tendrán fin tus congojas!
Tú podrás cojer sus flores,
cual don feliz que te envia
el alma de tus amores;
y repetir tus clamores
sobre esa yerba sombría!
Yo, ni las verdes madejas
de ese arbol, quizá podré
divisar desde mis rejas;
mis miradas y mis quejas

en el aire perderé!
Tú me amas, Camila?
— Sí.
— Me has de prometer sincera
que tú rezarás aquí,
y que llorarás por mí,
por si mi llanto aun espera!
Y si en la noche sombría
algun espectro te asombra,
no huyas de él, amiga mia,
que acaso el cielo le envia,
y es de Rujiero la sombra!
Dila, entonces, que yo lloro
en el triste monasterio,
por el alma del que adoro;
y que su presencia imploro
en mi santo cautiverio!
Que, aunque estoy bien resignada
á vivir en el Señor,
que no me deje olvidada;
que en el alma hay reservada
la parte que es de su amor!
Pero ¡ah! que soñando estoy!
A Dios, mi pobre Camila,
el último adios te doy!
El postrero dia es hoy
que mi corazon oscila,
á tu corazon unido!
Ya, separarnos debemos:
no me dés nunca al olvido!

Cúmpleme lo que te pido!
En la gloria nos veremos!
— Aun no llegó el confesor.
—Otro abrazo mas!
— Y cien.
— Ay mi Rujiero! Ay mi amor!
Cuando yo vuele al Señor
cómo he de abrazar tu sien! »

Entonces se oyó un quejido,
del arbol entre las hojas,
tan amoroso y sentido,
que hizo poner en olvido
á Camila sus congojas.
Las dos amigas sensibles,
alzaron sus tristes ojos,
y entre las ramas movibles,
y entre las flores flexibles
apiñadas en manojos,
vieron al dulce cantor
que soltó el quejido blando:
era un pardo ruiseñor,
de aquellas ramas en flor
su frájil nido colgando.
« Qué canto tan celestial! »
esclamó por fin Camila,
con sonrisa anjelical:
Eloisa dijo tranquila:
— « Cierto; es sobre-natural!
Dios sus glorias manifiesta;

y sin duda nos previene,
que para un alma modesta,
hasta el ave en la floresta
dichosos consuelos tiene!
  Si asi acalla tu dolor,
solo un canto misterioso,
no dudes, no, que el Señor,
en el claustro silencioso
te asistirá con amor!
  Que á la gran naturaleza
prestó encantos, que derraman
en el alma, paz, grandeza;
y entusiasmo, y fortaleza,
en los que con fé le llaman.
— Camila, tienes razon:
dulces tus palabras son,
y me atraen como imán!
Dios consolará mi afán,
y su hermosa relijion!
  Mas, no sé lo que sentí
cuando ese canto escuché!
Un eco reconocí,
que muy grabado, ay de mí!
en el alma conservé!
  Adios, ave solitaria,
que desde esas ramas, cuidas
de esta tumba solitaria!
si llega á tí mi plegaria,
y mis lamentos no olvidas,
  tuerce tu rumbo amoroso

hácia mi santa clausura;
que allí hay un bosque frondoso,
junto á un verjel oloroso,
con fuente, sombra y frescura.
  Vuela al menos algun dia
á gozar de tus amores,
junto á mi celda sombría.
Vuelva yo á oir tu armonía
del convento entre las flores!
  Mas, ay Camila, que oí?....
— Que el ave tierna pió!
— Amiga, dijo que sí!
Claramente lo entendí,
que en el alma resonó!
— Siempre persuadirse sabe
lo que un amante ambiciona.
Aunque muy tierno y muy suave
eso fue un trino del ave.
— No, amiga mia, perdona:
  fue la voz de mi amador.
— Sea, pues ella consuela
elocuente tu dolor.
— Sé piadoso, ruiseñor;
vuela al monasterio, vuela!»

  En aquel mismo momento,
el ave lanzóse al viento,
lánguidamente volando,
y aun su rumbo encaminando
á las torres del convento.

« Parece que te obedece, »
Camila, al fin esclamó:
— « Yo no sé, lo que parece;
mas, el alma desfallece
mientras él vuela! » Calló;
y un largo espacio Eloisa,
con ansia siguió su vuelo
y murmuró con sonrisa:
« Ya sobre el sol se divisa;
el ruiseñor es del cielo!
Quizá, nunca volverá!
Para siempre le he perdido!
Mira si deja algun nido!
— Nada se vé.
— No vendrá!
Acaso fue haberle oido.
Sin duda, ave pasajera,
de ese árbol se guareció:
mas su dulce compañera
en otros bosques le espera,
y á sus amores tornó!
Asi, peregrina soy
en este valle sombrío:
y aunque descansando voy,
continuo anhelando estoy
volar al amante mio!
Adios! Camila querida:
si vuelve ese ruiseñor,
dile mi queja sentida,
y que mi amor no le olvida:

pues no olvida un fino amor!
Adios.....
— Adios! En mí fia.
Yo rezaré á tu Rujiero!
Yo invocaré noche y dia
tu ruiseñor pasajero.
— Adios, tierna amiga mia.
Sufrir y vivir!
— Paciencia!
La gloria el martirio alcanza.
— De ganar, con penitencia
el cielo, tengo esperanza!
— *Voz es de Dios la conciencia!*





PARTE CUARTA.

QUIEN BIEN QUISO

NUNCA OLVIDA.

I.

De los sagrados altares,
colgó Eloisa las galas
del mundo, y ciñó á su frente
del claustro las tocas blancas.
Ya, bajo el velo monjil,

sus negros ojos resaltan
como dos vivos carbones
que las cenizas apagan.
Entre los cándidos pliegues
de aquella toca rizada,
que forma un círculo estrecho
á su bellísima cara,
esconde el amor furtivo
tantos hechizos y gracias,
que al ver su linda figura
se admiran todos y esclaman:
« Hoy, ha bajado al convento
» el ánjel de la Esperanza! »

Notable es el monasterio,
sin duda, *de santa Eulalia:*
tanto, por las nobles monjas
de muchas ilustres ramas,
que dan con piadoso ejemplo
renombre y honra á esta casa,
cuanto, porque alli se educan,
con educacion bien santa,
por las mismas relijiosas,
y algunas honestas damas
retraidas ya del mundo
y en el claustro retiradas,
muchas doncellas, que acuden
de todas partes de Italia,
á recibir de estas madres
tan escojida enseñanza.

El monasterio es suntuoso;
y en campiña despejada,
á corto trecho de Roma,
su bosque y jardin se ensanchan
muy cerca de media legua,
rozando con las murallas.
En dos partes, divididas
están sus grandiosas salas;
al mediodia, las madres,
á oriente, las educandas:
y los jardines y el huerto
que en el centro se levantan,
son las barreras de flores
que únicamente separan
de noche, las lindas monjas,
de las bellas colejialas.
Entre estas, hay una jóven
que Magdalena se llama;
hermosa como la luna,
y como su lumbre, casta!
Es hija de un gondolero
y de nacion Veneciana,
y solo hace cuatro dias
que el monasterio la guarda.
Pocos son, pero han bastado
para interesar, á cuantas
en el convento, han cruzado
con la niña dos palabras:
pues su inocencia, y ternura,
y la sencillez con que habla,

cautivan májicamente
y el corazon se la ganan.
Que nadie ve á Magdalena ,
que no confiese le encanta,
y aun antes de conocerla
es ya preciso adorarla.
Eloisa, el primer dia,
que en aquel retiro se halla,
oyó de una tierna jóven
encarecer las ventajas ,
y al punto que se encontró
con su gondolera amada,
corrió á buscar en sus brazos
el consuelo de sus ansias:
y entre besos y suspiros
asi se hablaron entrambas:
— «Tú en el monasterio?
— Sí,
hoy se cumple una semana!
— Y tu padre?
— Con salud!
— Mas cómo de sí te aparta ?
— Dice que soy una perla
y que desea engarzarla,
y que primores y estudios
me harán mejor estimada.
Por eso aqui me envió ;
pero creo que me aguarda,
pues sus dos cartas llegaron
aun húmedas de sus lágrimas!

Él, que llorar no sabia!
Ay padre! mi amor me pagas!
— Bien hizo el pobre Jacobo !
— Vuestra largueza fué tanta
para con él.....
— Mas le debo.
— Que pudo con las alhajas
vendidas, pagar mi dote,
y aqui tres años mi estancia.
Compró en Nápoles la bella,
una guerrera fragata,
que no se las pide al viento
sino que le da sus alas.
Cien hombres armó á su costa,
que su Capitan le llaman,
y del golfo cristalino
recorre el bajel las aguas.
— Qué bandera es la que sigue?
— La del huracan que manda;
porque, Venecia perdida,
ya solo el mar es su patria !
— Por mi la perdió !
— Por vos;
ahora es feliz; esto basta! »

Las dos amigas entonces
con tierno interés se abrazan ,
y hacia el bosque solitario
dirijen su leve planta ;
y allí, bajo unos cipreses ,

asi anudaron su plática:
— Ay! Magdalena !
— Ay ! Señora!
— Escenas del mundo estrañas !
En un pobre monasterio
nos reune la desgracia!
Con la diferencia sola ,
que aqui mis sueños se acaban,
donde tu injenio y talentos
gran porvenir te preparan,
pues tus ilusiones nacen !
El hábito es mi mortaja:
y tú, un dia volverás
del mundo á las pompas vanas !
— Os confieso, que ya al mundo
solo un deseo me arrastra!
— Magdalena, en mí escarmienta:
quien cruza ese mar naufraga!
Y ese deseo es de amores?
— Yo no comprendo su causa.
Pero siento que á un recuerdo
mi sangre toda se inflama :
cruzan por mi mente, sombras
que me fascinan y encantan.
— Y entre esas sombras, alguna
un jóven no te retrata?
— Sí, Eloisa!
— Ay pobre niña!
Eso es amor y me espanta,
porque eres tú muy hermosa,

y tendrás fortuna escasa!
— Yo, señora, nunca pienso
en el dia de mañana.
Dios dispondrá, porque al fin
breve es la vida mas larga;
y si me pierdo, en buen hora
porque la intencion me salva!
Mas, desde el primer instante,
que le albergué en mi cabaña,
juré, ó vivir por Rujiero,
ó morir desesperada.
— Por Rujiero! El tierno hermano
del Rujiero que yo amaba?
— El mismo, Eloisa, el mismo!
Si vierais en mi posada
aquel niño, tan hermoso
como el ánjel de mi guarda,
en su despecho, arrancarse
su cabellera dorada;
rozar su sien por el suelo,
que el llanto acaso aun guardaba
de su hermano; y de rodillas,
con mi Madona de nácar,
herir sus lábios, y en sangre
teñir la efijie al besarla,
su profundo sentimiento
el corazon os ganara!
— Bien su grandeza conozco!
Yo me he arrastrado á sus plantas;
y él ha tendido sus brazos,

á la mujer inhumana
que huérfano le dejó!
Ah! nunca seas ingrata!
— El será el Dios de mi vida,
y yo de su gusto esclava.
Es tan hermoso!

— Sí á fé!

— Como las risas del alba!
— Sus ojos tan dulces son!
— Como el perfume del ambar!
Su boca, partida en dos
es un clavel de Bengála.
— Y atento.....

— Y pundonoroso.

— Y sensible.

— Y entusiasta.

— Adórale Magdalena.
— Ah! sí, con toda mi alma!
— Mas pídele á tu Madona,
que las voluntades ata,
que una vuestros corazones!
Quien debe no siempre paga!
— No cabe en pecho leal
de mal pagador la mancha.
— Me avergüenzas! dices bien,
no tiene escusa mi falta.
Yo debia á mi Rujiero
la sangre de mis entrañas!
— Consolaos.

Mas, qué es esto?

— El toque de la campana
para la clase de física.
— Es decir, que nos separa?
— Venid, y os distraereis,
hay maravillosas máquinas,
por unos lentes, la luna
se ve tan cerca y tan clara,
que aun en su disco se notan
las sombras de las montañas.
Venid.....
— No: que hoy necesito
pensar en mi suerte infausta,
y meditar en la vida
que en este claustro me aguarda.
Pues solo tienen mis ojos
sus cariñosas miradas
para buscar en las nubes
el ánjel de mi esperanza:
y en ese espacio azulado
únicamente se clavan,
por si en su hondura, se encuentran
de Rujiero con el alma!
— Como gusteis, Eloisa;
vuestro dolor no me espanta!
Qué celda os han destinado?
— Mira: la de esa ventana
que está enfrente, y hace esquina
á la selva.
— Es linda cámara.
Nos vemos desde las rejas.

Mas, adios! que la hora pasa.
— Corre, Magdalena mia.
— Vuestra, sí; porque hoy se enlaza
nuestra amistad!
— Que es ya eterna!
— Ni la muerte ha de acabarla!



2.º

Sola estoy ya para siempre
en tan triste monasterio!
Suframos mi cautiverio
con resignada humildad!
Ya no me queda en el mundo
ni consuelo, ni esperanza!
Suframos, pues que se alcanza
sufriendo la eternidad!

Ya me ves blanca y honesta,
Rujiero del alma mia:
tan pura, como aquel dia
en que me juraste amor!
Ya pueden mis tristes ojos
á las nubes levantarse,
y apasionados clavarse
en tu rostro encantador!

Ya pueden con tu memoria
nutrirse mis pensamientos!
Crueles remordimientos

me arrastraron al altar!
Mas, hoy al ceñirme el velo
que á las vírjenes corona,
creo que Dios me perdona,
y que me permite amar!

Creo, que él mismo, me manda
que con honesta locura,
con relijiosa ternura,
inspirándome en tu luz,
justifiqué que era digna
de gozar de tus amores;
pues nacieron de sus flores
mi inocencia y mi virtud!

Cuando me halagó tu aliento
como cariñosa brisa,
cándida y tierna, Eloisa
de Roma el orgullo fué!
Cuando de ella me apartaron
mis apetitos y antojos,
solo maleza y abrojos
en mi corazon hallé!

Sin tu amor, viví perdida;
tu cariño me ha salvado:
ni aun muerto, has abandonado
á la que adoraste bien!
Que, arrancándome á Venecia,
tú, Rujiero de mis ojos,

sobre tus yertos despojos
llevaste mi helada sien.

De nuevo me hallas, Rujiero,
digna ya de ser tu esposa!
Y me gozo en verme hermosa,
por si te merezco así.
Ay! si te fuera posible,
y en tí quedara memoria,
te rogára, que la gloria
abandonases por mí!

Sobre ese sauce, á que el viento
tan dulce murmullo arranca,
pudiera tu sombra blanca
lánguidamente jirar:
y entre sus leves vapores
ceñir mi rostro abrasado,
y con su ropaje helado
mi corazon calentar!

Querria yo en ese tronco,
pues nada tuyo me pasma,
aunque fuese en un fantasma
reconocerte, ay mi amor!
Mas si volver á este mundo
Dios te otorgase, Rujiero,
de un arcanjel hechicero
te diera forma el Señor!

En vano el alma te busca,
que el cielo la tuya esconde;
tu dulce voz no responde
á mi doliente jemir!
« Mas ay! Un eco murmura!
» Es tu lamento?... ¿*Contesta*?
» Es tu sombra invisible!» *Esta*...
decia el eco al morir!

« Oh! Que inefable alegria,
Rujiero, tu voz *derrama*!
El eco respondió...... *Ama*!
« ¿Tú me prometes amor?
¿En qué, objeto he de adorarte?
Mas, qué veo! virjen mia!
el eco no respondía,
era un pobre ruiseñor! »

Dulce cantor de las selvas,
¿eres tú aquel mensajero
que en la tumba de Rujiero
me compadeciste?
— Pí.
El es: piando responde.
Dulce ruiseñor perdido,
quieres mi pecho por nido?
Eres mi Rujiero?....Dí?

Mas, ¡ay! volando á mi lado
tú me acaricias las sienes;

aunque algun recelo tienes
que no te deja llegar :
No temas , pájaro mio,
porque yó, qué daño te he hecho ?
Ven, te guardaré en mi pecho
entre el jazmin y el azahar !

Te colocaré en mi estancia
entre rosas y azucenas;
yo subiré estas arenas
para formarte un jardin !
Huyes de mí? Lo comprendo;
mi celda es mezquino espacio ,
para quien goza el palacio
de esa atmósfera sin fin!

Al menos, nunca abandones
esta vistosa enramada;
y allá, en la noche callada,
suelta tu voz, ruiseñor:
Que una mujer, en su insomnio,
las sienes entre esas rejas,
fiel escuchará tus quejas
melancólicas de amor!

Ella enviará á las brisas
palabras que te respondan,
y que dulces correspondan
á tu lánguido jemir.
Sí, yo beberé en los vientos

tus ayes y tu armonía,
que hoy hacen al alma mia
de afán y placer morir!

Y cada trino hechicero
pagaré con un suspiro,
pues, por tus cantos deliro
con estraño frenesí;
y en tanto, nos verá el alba
á tí, por mi amor cantando,
á mí, por tu amor llorando;
que á Rujiero adoro en tí!»

Quedó Eloisa suspensa,
siguiendo con vano anhelo
el rápido incierto vuelo
del ave inquieta y fugaz;
que alguna vez, revolando,
tan cerca de ella venía,
que de sus alas sentía
el aire, en su ardiente faz.

En una ocasion, lanzóse
Eloisa hacia él, como loca,
y aun le rozó con su boca
las plumas al ruiseñor:
y el pobre cantor del bosque,
ó de sus miradas ciego,
ó abrasado de aquel fuego,
rindióse junto á una flor.

Espantada y recelosa,
alzó al ruiseñor caido,
mirando si estaba herido
con inocencia infantil;
alisó sus leves plumas
con tierno afán y embeleso,
y le dió anhelante un beso,
luego ciento, y despues mil!

Batió el ruiseñor sus alas
para remontarse al cielo,
mas suspendiendo su vuelo
se puso amante á piar:
como si el ave, gozára
en ser ya feliz cautiva
de la hermosa compasiva
de quien se ve acariciar.

Eloisa, en tanto, clamaba
con maternal desvarío:
«Rujiero, Rujiero mio,
¿no has de abandonarme? ¿No?»
Y su clamor repetia
al verle tan estenuado:
«¿Rujiero, te he lastimado?
¿Mi boca, quizá, te hirio?»

Asi en querellas y amores,
entre lágrimas y risa,
dos horas pasó Eloisa

junto al sauce del jardin;
y á no sonar la campana
de oracion, en el convento,
su loco enajenamiento,
aun no llegára á su fin.

Guarda en su mórvido seno
al ruiseñor delicado,
que triste, herido, ó cansado,
inmóvil permaneció:
únicamente al sentirse
sobre tan pura garganta,
su voz lánguida levanta,
que un suspiro pareció.

Eloisa enternecida,
creyendo se lamentaba,
de que ella asi le robaba
su preciosa libertad,
se abrió las tocas, y al aire
le alzó en su mano remisa;
mas, prefirió de Eloisa
la dulce cautividad.

Permaneció muy tranquilo,
echado lánguidamente
en aquella mano ardiente
y trémula de pasion;
como si el nido elijiera
en aquella suave palma,

en la que, el calor de un alma
le atraia el corazon!

Conoció la tierna jóven
que al aire y cielo sereno,
él, prefería su seno.
« Su paraiso está aquí! »
Gritó, delirante y loca:
y añadió, entre mil escesos,
dando al ruiseñor mil besos:
« A su Dios deja por mí! »



3.º

Ya la noche sosegada
del mundo se enseñorea,
y todo en calma y silencio
dormido yace en la tierra.
Las blandas brisas, parece
que mas sonoras se quejan,
y de la fuente el murmullo,
y el rumor de las florestas,
y el eco de las montañas,
y el estruendo de las selvas,
cual vaga música estraña,
sonoramente se mezclan.
Porque el bullicio del mundo,
su encanto entonces no altera,
y se oyen solo las voces
con que la naturaleza,
las maravillas de Dios
agradecida nos cuenta!
Eloisa está pensativa
sobre su lecho, despierta:

pues de hallarse en el convento
la primer noche es aquella.
No es estraño que medite,
quien se juzga prisionera,
y ve la pálida luna,
partida entrar por las rejas!
Quien mira en aquellos muros
de la solitaria celda,
una tumba misteriosa
que antes de morir la encierra!
No es estraño que medite,
quien en el lecho se encuentra,
en que el sueño de la muerte
vendrá un dia á sorprenderla!
Quien ve en sus hábitos blancos
la mortaja que la espera;
y el mundo y sol, al través
de herradas y dobles verjas!
No es estraño, que aun agovien
aquellos muros de piedra
aquel corazon tan jóven,
que su libertad recuerda!
No es estraño, que en sus sueños
las terrenales quimeras
vengan á encantar livianas
su frente calenturienta;
porque en las noches hermosas,
todas las mujeres sueñan,
ó las delicias perdidas
ó las glorias venideras!

y el amor viene á sentarse
del lecho á sus cabeceras ,
y con alas invisibles
sus sienes ardiendo orea.
Tristes recuerdos ajitan
á Eloisa, y la atormentan:
memorias mil lastimosas
de sus fortunas adversas!
En su insomnio, allí en su cama,
delirando se revuelca
como si fueran abrojos
los que sus carnes maceran:
y en su arrebato, se arranca
de su poblada melena
los largos cabellos negros,
que al sol en su brillo afrentan.
Ya por su estancia sombría
un debil canto resuena,
que al momento tranquiliza
sus tumultuosas ideas:
entre sus largas pestañas
quedan dos lágrimas secas.
Es el ruiseñor del bosque ,
que en otra inmediata pieza
unida á la de Eloisa ,
sus soledades consuela.
Entre plantas olorosas
de claveles y azucenas,
rosas, lirios, siempreviv as,
capuchinas y violetas,

tiene un verjel figurado ,
por el que libre pasea,
si bien le impide su vuelo
una red blanca de cuerda.
Capricho fué de Eloisa,
y á diversion tan honesta
ninguna monja se opuso,
ni aun la ríjida abadesa.
Y asi, con las colejialas ,
(obtenida la licencia)
despojaron el jardin
de las mas lindas macetas ,
de las plantas mas crecidas,
y de las flores mas bellas;
y subiendo entre sus velos,
hasta el musgo, y las arenas,
en su aposento formaron
un verjel, con madreselvas
imitando un bosque oscuro;
porque sin duda asi, piensan
que olvidará otros sombríos
el ruiseñor de las selvas,
en cuyo cuidado todas
las educandas se esmeran,
aunque las madres, murmuran
ya de tan locas finezas.
Y como si el pajarillo
su amor pagarlas quisiera ,
aquella noche cantando
se la pasó toda en vela,

y colejialas y monjas,
oyendo, y todas despiertas.
Vino la noche siguiente;
y de Eloisa las penas
volvieron á atormentarla,
cuando en el lecho se encuentra.
Y de nuevo el ruiseñor,
volvió á consolar sus quejas,
y á hacer que en el monasterio,
con sus cantos nadie duerma!
Eloisa, mas que ninguna
enamorada y suspensa,
sigue los dulces acordes,
cuyo sentido penetra.
Mil veces se la figura,
que es una voz la que suena
de un amante, que pregunta,
y que ansía una respuesta.
Y como escucha un jemido
cuando al canto no contestan,
maquinalmente responde,
la entusiasmada belleza,
descifrando los enigmas
de tan peregrina lengua!
Quizá fueron ilusiones,
ó acaso verdades fueran!
Por qué el canto de las aves
no ha de espresar lo que sientan?
Y por que se ha de negar
que las almas lo comprendan,

cuando lo permita Dios,
de su nombre á la grandeza?
Yo, lo creo; mis lectores
harán lo que les parezca;
lo cierto es, que se cruzaban
los cantos, y las respuestas.

— Qué tú me amas, ruiseñor?
— *Quien bien quiere nunca olvida*!
Aunque se acaba la vida
jamás se acaba el amor!
— Habrá perdon para mí?
— Tus lágrimas lo merecen;
y á Dios al fin enternecen!
— Rujiero, que ingrata fui!
¿Queda en el cielo memoria
del infiel que nos engaña?
— Aquí, solo me acompaña
de los ánjeles la gloria.
Mas nos permite el Señor,
á los que mucho adoramos,
que el recuerdo no perdamos
de las dichas del amor!
Y á algun amante consiente
venga á llorar con su bella,
y en una pálida estrella
muestre su pálida frente.
Y ya en la brisa sonora,
y ya en las aguas del lago,
hace, que un murmullo vago

consuele á el alma que adora.
  De modo, que aunque invisibles
parecemos á los ojos,
á vuestras penas y enojos,
bien nos mostramos sensibles.
  — Ay que dulce es tu clamor;
esa sabrosa armonía,
solo del cielo se envia
á un ánjel consolador.
  Tu eres, mi tierno Rujiero,
fiel ruiseñor espresivo?
Ay! por tu presencia vivo,
como por tu ausencia muero!
  ¿Eres tú, mi amor, bien mio,
el que tan dulce me nombra?
No es ilusion la que asombra
el alma en su desvarío!
  — Pregúntalo á tu pasion.
— Ah! me responde que sí.
— Me reconoces tú asi?
— Te veo en mi corazon!
  En él te hallas esculpido;
la sangre no te ha borrado,
y en él estás mas grabado
que cuando mas te he querido!
  Solo un recelo me mata.
— Habla, ¿cuál es tu recelo?
— Que no he de verte en el cielo!
Allí no cabe una ingrata!
  — Ay desdichada mujer!

Esa es la ofensa mayor
que á un Dios de paz y de amor
se puede en el mundo hacer!

Mas solo de una manera
se aplaca al cielo en sus iras!
— Mi ruiseñor, tú suspiras?
Perdida estoy yá!
— No: espera!

Si el amante á quien vendiste
ruega por tí, te salvaste.
— Y tú, por mi amor rogaste?
— Siempre fiel me conociste?

— De modo, que Dios dispone,
en su justicia divina,
que á la mano que asesina,
su víctima la corone!

— Solo asi hay espiacion!
— Qué pocas veces será!
Qué pocas se encontrará
como el tuyo un corazon!

Anjel, que aqui me acompañas;
luz de mis ojos querida;
única flor de mi vida;
Rujiero de mis entrañas!

Te estremeces de contento?
Pues sí, ya el ave perdida
desea ¡ay! arrepentida,
volar á tu firmamento!

Ceñirse las nobles palmas
de las vírjenes mas puras,

dejando estas ataduras
que me esclavizan el alma.
  El cuerpo el infame ha sido;
que yo sé del alma mia,
que en mi cuerpo no vivia
mientras le vió corrompido!
  Yo sé, que ella conservó
su inmaculada pureza;
y que á manchar su belleza
el pecado no llegó.
  Que la carne, á su despecho,
esclava la hizo del vicio!
Conoces mi sacrificio?
Dime si estás satisfecho?
  — Cielo, á donde el sol se asoma
por tus negros ojos bellos;
sí: yo te juro por ellos,
mi enamorada paloma,
  que has alcanzado el perdon
de Dios, al que has ofendido!
Rujiero te ha redimido
con su propio corazon!
  Aunque espacio transitorio,
padece entre horribles llamas;
con tu muerte, si bien le amas,
saldrá de su purgatorio!
  Mas, si en desgracia de Dios
te sorprende el sueño eterno,
para siempre, en el infierno,
os reunireis los dos! »

Acaso nada diria
el ruiseñor que cantaba,
mas ella lo descifraba,
como tierna lo sentia,
dando á sus dulces acentos
la fiel significacion
que á su propio corazon
prestaban sus pensamientos.
Y nosotros que creemos
que siempre imposible hallamos,
todo lo que no alcanzamos,
y descifrar no sabemos;
no hemos de negar que sea
muy fácil al Hacedor,
prestar lengua á un ruiseñor,
cuando en su gloria se emplea.
Pues acaso sus consejos
nos dé misteriosamente,
ó en las sombras del ambiente
ó del rio en los espejos:
y que algun santo mensaje
nos traigan los ruiseñores;
todo consiste, lectores,
en comprender su lenguaje.
En fin, por favor de Dios,
ó por arte del demonio,
sin levantar testimonio,
bien se entendian los dos;
y pues ya se permitia
á Eloisa este misterio,

este diálogo harto sério,
asi entre ambos concluia:

— « Nunca me abandonarás?
— El ánjel soy de tu vida!
— Entre tus alas, dormida,
al cielo me llevarás?
— Tu virtud ha de salvarnos!
— Podrás conseguir de Dios,
que á un mismo golpe, á los dos
llegue la muerte á asombrarnos!
Y que en un solo momento
nuestro corazon se hiele,
y que hasta allí, unido vuele
mi aliento á tu último aliento?
— Quizá el señor lo permita!
— Ah! moriré junto á tí?
Aquella hora en que nací
una y mil veces bendita!
Ven, ruiseñor amoroso,
anjel del Eden perdido,
que por mi pecho, hoy tu nido,
dejas el paraiso hermoso;
ven, y nunca te separes
del alma á que das calor,
pues el alma ¡ay! Ruiseñor,
va esclava de tus cantares!
Ven, amigo, y compañero
de mi pobre sepultura:
moriste por mi ternura!

Moriré por tí, Rujiero!
— De ese modo salvarás
el alma de entrambos.
— Sí!
— No te apartarás de mí
en vida y muerte?
— Jamás!»

A estas últimas palabras,
una luz rosada y bella,
como una aureola leve,
ciñó su blanca cabeza:
y en los vidrios empañados
de la enrejada vidriera,
se miró confusamente,
en su atahud, como muerta;
rodeada de guirnaldas,
de luces y de doncellas,
y un pájaro moribundo
uniendo á su boca yerta!
Y sus ojos se cerraron;
y en su éstasis, de la tierra
creyó volar á los cielos.
La vision pasó lijera;
quizá asi, sus esperanzas
confirmó la Providencia!
Sorprendió el alba á Eloisa
regocijada, y despierta,
ante un Cristo de rodillas;
á su garganta morena

estrechando al ruiseñor ,
que no canta, mientras reza
la jóven , y cuando calla,
con dulces conciertos puebla
del monasterio espacioso
las galerias desiertas.
A poco rato, en su cuarto
muchas colejialas entran,
y por tomar la palabra
unas á otras se atropellan,
consiguiendo, que ninguna,
lo que murmuran comprenda.

— ¡Jesus que noche!
— Los huesos
me valgan de santa Elena !
— Que sueños !
— Qué apariciones !
— Todita , todita en vela !
— Y en la cama habia zarzas.
— Si no he dado dos mil vueltas.....
— Ese ruiseñor.
— A verle?
— Qué hermosísimo !
— Que tersas
sus plumas.
— Ay! me parece
su voz la de un alma en pena!
— Pero muy enamorada
porque de amor me penetra.

— A mí me encanta y me asombra.
— Y á mí me enciende y me hiela.
— Qué quejidos!
— Qué armonía
tan prodijiosa y tan nueva!
— Mientras dure en el convento,
yo apuesto á que nadie duerma.
— Sin embargo, es tan divino
el canto que nos desvela!
— Por una noche; bien..... pase.....
mas, como siga la fiesta!..... »

Siete ú ocho colejialas
son, las que cambian y truecan
sus sonrisas, y cariños,
sus preguntas y respuestas:
y las que, en la blanca falda
de su absorta compañera,
para el ruiseñor mimado,
bollos y vizcochos echan,
acariciándole locas,
y enamorándole tiernas;
aunque este, nunca ha probado
ni manjar, ni agua siquiera:
pues parece, que del aire,
por milagro, se sustenta;
y aun por él, al ir volando,
de luz como un rastro deja
que por el diáfano ambiente
vaga claridad semeja.

Cruzan de nuevo saludos;
y de pronto, como flechas,
al toque de un cimbalillo
desaparecen lijeras.
Quedando solo en la estancia,
platicando con reserva,
con la entusiasta Eloisa
la sensible Magdalena!



4.º

Esta noche, adorada Magdalena,
fué la mas deliciosa de mi vida;
del alto cielo, á consolar mi pena,
bajó la sombra de mi bien querida.
En ese ruiseñor, dulce y serena
escuché su plegaria, enternecida;
y en este lecho, entre olorosas flores,
gocé de sus anjélicos amores!

— Esta noche, Eloisa afortunada,
tambien sus dichas mi esperanza toca,
porque me creo de Rujiero amada,
á cuyos pies humillaré mi boca.
Al través de la reja despiadada,
su mano acariciando como loca,
con las verjas haciéndome pedazos,
el alma mia le entregué en mis brazos!

— La dulce voz del ruiseñor querido
será en el mundo mi único consuelo,

pues él mi gloria, y mi esperanza ha sido,
y mi primer amor en este suelo.
Cuando se eleve á su glorioso nido,
la fiel paloma seguirá su vuelo,
al bosque santo de eternales palmas;
pues son ya inseparables nuestras almas!

— Yo, Eloisa, tambien á mi Rujiero.
por esta cruz que adorna mi garganta,
de amor inolvidable y verdadero
le hice esta noche una promesa santa!
Lo que viva mi bien, vivir espero;
pues mi pasion, aun al nacer es tanta,
que como yerba de su tallo asida
cuando á él le corten, cortarán mi vida!

Qué dulce es el amor correspondido,
y qué triste el cariño desdeñado!
Por qué tan tarde el desengaño ha sido,
cuando mi bien, la muerte me ha robado?
— Consuela tu pesar, ya que á tu nido
baja del cielo el ánjel, transformado
en tierno ruiseñor que te enamore!
Nunca ingrata seré con quien me adore!

— Dichosas en el claustro viviremos,
con la oculta pasion que alimentamos!
— Será un misterio, cuya luz veremos
cuando á los brazos del Señor subamos!
— Cuando el herido corazon mostremos,

porque en silencio aqui le desgarramos!
Dios, que consientes nuestro fiel delirio,
pronto ya, la guirnalda del martirio!



5.°


l dia siguiente, á la hora
en que empezaba la tarde,
en una ancha plazoleta
circundada de rosales,
que se agrupan á los pies
de unos robles seculares,
las colejialas jugando,
en mil honestos solaces,
entretenian el tiempo,
con alegria envidiable.
Hallábanse á lo mejor
de sus danzas y cantares,
modestos, cual lo serian
los de los mismos arcánjeles;
ya coronando de flores
á la de voz mas suave;
ó ya dando muchos besos
á la que era menos ájil,
ó á la que, el pudor, al rostro
mas la atraia la sangre,

cuando, la monja abadesa
se puso de ellas delante,
legando tan de improviso,
que no pudo verla nadie.
Esperó á que las pupilas
en su torno se agrupasen,
y asi, con rostro severo
las dijo, y con tono grave:

« Señoritas, basta ya
de cantos y diversiones:
cada cual á sus lecciones,
que mas útil les será.
Por mi Jesus! que no sé
como hay quien aquí no enferme:
por la noche no se duerme;
por el dia, luego, en pie:
y vuelta á cantos y fiestas,
y asi se pasa la vida!
Cierto, que no es recojida,
ni para niñas modestas.
De hoy mas, solo bailareis
en ciertas festividades;
porque ya, de mis bondades
harto abusais: lo entendeis?
Los cantos...... para los santos
son ofrendas muy queridas:
mas las cosas repetidas,
cansan; prohibo los cantos.
Pedidme antes la licencia,

que yo rijida no soy;
y muchas veces la doy,
y es cargo de mi conciencia!
Mas no acierto á resistir,
nada que sea cantar:
los cantos me han de matar,
pues no me dejan dormir!
Tres noches de gran desvelo,
de insómnio, y de desvarío,
llevo ya: el claustro sombrío
altera un canto del cielo.
Mil melodías estrañas
turban mi calma serena:
parece que un alma en pena,
del hondo de sus entrañas
lanza tan dulces jemidos:
y aunque son tan seductores,
recuerdan tristes dolores
á mis confusos oidos.
De mi celda solitaria
huyo, para hallar descanso,
al bosque, y el aire manso
murmura allí su plegaria!
Recorro el huerto y el valle,
y en todas partes, el viento
me repite aquel lamento,
sin lograr nunca que calle!
Me oculto en mi mismo lecho
por no escuchar sus jemidos,
y aun, tapados mis oidos,

vibra el clamor en mi pecho,
como una voz de agonia
de algun alma que padece;
y el eco se desvanece
solo, al despuntar el dia!
Ese canto celestial,
algun gran misterio augura,
y presajia á esta clausura,
sino me engaño, gran mal.
Esto se va haciendo sério:
hay ya mil lábios impuros,
que hablan de hechizo y conjuros
de mi pobre monasterio.
Vírjen! Defendedla vos,
pues es vuestra santa casa!
Señoritas, esto pasa,
y esto, no lo quiere Dios! »

Miráronse las doncellas
con inquietud, pues no saben,
cual será de aquel exórdio
el estraño desenlace:
y cuando mas se turbaron,
fué, al observar que la madre
abadesa, de una manga
de su hábito del cármen
sacó al ruiseñor, y ufana,
ajitándole en el aire,
entrambas álas sujetas
entre sus dedos, por cárcel,

asi prosiguió diciéndolas,
con severidad notable:

«Parece que Magdalena,
ó Eloisa, ó ambas fueron
las que el ruiseñor trajeron
á este claustro? Enhorabuena.
Su aficion les consentí,
porque, al fin, no era un delito;
mas ya, el escándalo evito,
porque escándalo hay aquí.
No es justo que un ruiseñor
nos traiga asi desveladas,
á vírjenes consagradas
al servicio del Señor:
ni que turbe el blando sueño
de las honestas doncellas,
despertando acaso en ellas
el amor hácia otro dueño.
Y esto, sin duda ninguna,
es lo que ya voy notando;
que estais muchas suspirando,
y distraida, mas de una:
y siempre, la distraccion,
y los ayes encubiertos,
son los indicios mas ciertos
de que enferma el corazon!
Un pobre pájaro, á fè,
gran pérdida no será:
que Eloisa llorará

y Magdalena, lo sé;
mas, aunque aflijirlas siento,
pues las amo, y Dios lo sabe,
el escándalo ya es grave;
y antes que todo, el convento!
Sor Anjela ?
— Qué quereis?
— De la física no es hora?
— En este instante, señora.
— Pues vamos.
— Cuando gusteis.

La abadesa, hizo una seña
para que fuesen delante,
de dos en dos las hermosas
colejialas; de las madres
presididas, porque asi,
con mayor silencio marchen.
Quedóse un poco detrás;
y de unos verdes rosales
arrancó una rosa, pura
cual las brisas de la tarde,
que con gotas de rocío,
abrieron su fresco cáliz.
Pocos momentos despues,
con ademan formidable,
en la cátedra de física
se presentó, haciendo alarde
del ruiseñor y la rosa ,

que en entrambas manos trae
cual víctimas inocentes,
que deben sacrificarse
en gloria y bien del convento,
que dure muchas edades.



6.°

Las bellas educandas se turbaron
al ver á la abadesa en aquel sitio,
como se espantan tímidas palomas
al escuchar del buitre los graznidos
pues sospecharon, al mirar entre otros
aparatos de física sencillos,
la campana y la máquina neumática,
el gran esperimento atroz é impio.
En pie se alzaron; pálida la frente,
los ojos bellos en la tierra fijos,
el seno palpitante, el lábio mudo,
como el reo que aguarda su suplicio!
La abadesa mandó que se sentasen,
y con aire resuelto y decidido,
ocupando la cátedra, aquel dia
de profesora se arrogó el oficio.
« Señoritas, el cielo me permite, »
con voz pausada y penetrante, dijo,
« en un ejemplo natural, y fácil,
» daros un justo y saludable aviso.

» Follaje inútil el rosal sustenta;
» podar sus bellos ramos es preciso,
» porque mejor el jugo se reparta
» entre las rosas que le harán florido!,
» Asi del corazon, vanas quimeras,
» sueños de amor, y estériles delirios
» es forzoso arrancar, porque las rosas
» de la virtud, mas crezcan sin los vicios!
» La honestidad de la doncella humilde,
» sin duda alguna, es el mayor hechizo:
« y la virtud, sino alcanza dicha,
» de la felicidad es el camino!
» No os deslumbreis por la beldad que os pinta
» el arroyo, en sus aguas fujitivo,
» pues van, como sus ondas, los placeres,
» para nunca volver, quizá perdidos!
» Como la flor la juventud se acaba!
» Un sol abrasa su boton rojizo!
» Por un momento de fugaz ventura,
» ah! no vendais un bien que es infinito!
» No hay como Dios: él solo no nos vende:
» él solo, nunca acabará en los siglos!
» El solo, es fuente de eternales glorias;
» sí: solo Dios, de nuestro amor es digno!
» Yo bien sé que Eloisa y Magdalena
» de su historia con cuentos peregrinos,
» han exaltado á mis amadas siervas,
» mis hermanas de amor en Jesucristo:
» por eso, como plática amistosa,
» un consejo de madre les dirijo,.

» y, á su inesperta juventud descubro
» de un vano pensamiento los peligros.
» Cuando mas, lo que alcanzan los mortales,
» á quien mas favorece su destino,
» es, de una vida miserable y breve
» hacerse en este mundo el sacrificio.
» Pero, cuál es el fin? Morir entrambos,
» y acaso del Señor sin el permiso:
» y acaso para siempre desterrados
» *de aquella gloria para que él los hizo!*
» Veis este ruiseñor? Pájaro amante
» á las rosas dirije sus quejidos:
» este es ejemplo del amor humano;
» mirad que diferencia del divino!
» Ya suelto el vuelo al ruiseñor sensible,
» dentro de esta campana que hay de vidrio;
» dejó á su lado la encendida rosa;
» el amante y la amada están ya unidos!
» Observad como juega y aletea
» el ruiseñor, en voluptuosos jiros,
» en torno de esa flor que abre su cáliz,
» para ofrecerle cariñosa un nido! »
Las colejialas se agruparon todas
con el afán mas inocente y vivo,
en derredor de la fatal campaña,
prision de muerte del cantor querido!
Seguian con sus ojos asombrados
al ruiseñor, ahogando sus suspiros;
y sus amargas lágrimas corrian
sobre el cristal en que le ven cautivo.

Ya privado del aire, en ronca queja
modula el ave dolorosos trinos:
« Veis? gritó la abadesa!» Un ay de asombro
de aquellas niñas, respondió á su grito!
« Esa campaña el mundo significa;
» en ella solo con vivir morimos:
» con su respiracion ya se ha viciado
» el aire en ese tubo contenido,
» como se mancha el virjinal decoro
» al contacto de un pecho corrompido.
» Mas observad; la rosa delicada,
» absorve el aire fétido y nocivo,
» y en su cáliz le nutre y descompone,
» y le exhala despues ya puro y limpio.
» Veis? Otra vez el ruiseñor se anima;
» en el rojo boton deja escondido
» un dulce, blando y delicado beso:
» mas, de nuevo emponzoña el aire frio;
» y otra vez, esa flor le da su aliento,
» su aroma, que es su vida ¡Oh gran prodijio!
» por él se abate la inocente rosa:
» Ved si cabe en amor mas heroismo!
» Ambos, ahora, se desmayan juntos;
» van á morir! El ruiseñor su pico
» esconde ya en el cáliz de su amada,
» para espirar, clavado á la que quiso!
» Ya dejan de vivir..... »
— Madre abadesa,
clamó con fuertes voces de improviso
Magdalena, y entró, como una loca,

y al ver el aparato, dando un brinco
se acercó hácia la mesa, contemplando
sobre la rosa al ruiseñor caido.
Rompió de un fuerte golpe la campana;
su quebrado cristal saltó hecho añicos:
y acariciando al ave moribunda,
que al respirar otro aire, dió un jemido,
añadió, arrodillándose: «¡Ay señora!
aqui obra Dios con singular designio:
nos toca respetar la providencia,
y adorar lo sublime de sus juicios!
Eloisa, está espirando.....
— Cómo es eso?
— Entre crueles bárbaros martirios!
Al tocar la campana de la clase,
se hallaba orando en nuestro huerto umbrío;
poco despues, lanzóse entre mis brazos
como herida de un rayo. Los latidos
del corazon menguaban poco á poco:
de pronto se animaban: luego, el frio
de sus entrañas traspasó á las mias,
y con acento agonizante dijo:
Magdalena; la tumba me reclama:
ahora, mi tierno ruiseñor te pido;
mi corazon, para morir le aguarda!
Volé á su cuarto, le busqué en los lirios:
desiertos los halle! Brotó en mi mente,
presentimiento vago, de improviso:
y Dios me iluminó, y aquí me guia.
Morian ambos, ay! á un tiempo mismo!

Corred.... corred. En tanto, con mi aliento
veré si al pobre ruiseñor revivo:
porque, Dios me lo anuncia, de su vida
este fiel ruiseñor anuda el hilo!
Invisible cadena que los ata;
lazo de amor incomprensible y fino;
porque la Providencia no desune,
cuando se adoran bien, muertos y vivos!



7.°

Varias colejialas vuelan
hácia el huerto solitario,
á la infeliz Eloisa
con tristes voces llamando.
Las otras, con Magdalena,
besos, caricias y halagos,
al ruiseñor moribundo
prodigan con entusiasmo.
La abadesa se santigua ;
besa el blanco escapulario,
y en voces sordas murmura
oraciones á los santos.
Todo es estruendo y desorden,
dudas, quejas, sobresaltos ,
lágrimas, voces, lamentos,
ruido, confusion y espanto.
Por fin, Magdalena siente
entre sus trémulos labios,
imperceptible un quejido

del ruiseñor lastimado.
Al mismo tiempo, resuena
en las bóvedas del tránsito,
otra voz desfallecida
de un eco apenas marcado.
Era Eloisa, á quien traen
las jóvenes en sus brazos,
y que en el lecho colocan
del aposento inmediato.
Magdalena esclamó entonces:
« Bien se corresponden ambos!
Ven ruiseñor misterioso ,
alma de un ser adorado ,
bajo esas cándidas plumas
ánjel de Dios sacrosanto
ven, que Eloisa, tu nido
te ofrece ya en su regazo.
Juntos os halle la muerte,
para que pueda acabaros;
pues, si vive en dos mitades
dividida una alma, es claro
que hiriendo á uno de vosotros
solo se lleva un pedazo ! »

Pocos momentos despues
resonaban por los claustros ,
de las hijas del convento,
los dulces piadosos cantos.
Y en dos hileras formadas,
iban todas alumbrando

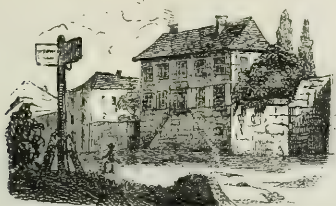
al sacerdote, que viene
con el divino Viático.
Varias monjas, de rodillas,
junto al lecho, están velando,
delante de una Madona
que alumbran seis cirios pálidos.
Eloisa parecia,
sobre aquel virjinal tálamo,
vaporosamente envuelto
entre cortinajes blancos
que ondulan pausadamente,
por la brisa acariciados,
sobre las blancas espumas
la Venus del Océano,
al nacer de aquellas conchas,
que los nácares cuajaron :
ó mas bien, por la modestia,
honestidad, y recato,
que la relijion trazaba
con sus invisibles rasgos
sobre aquel rostro mortal
de hechizos tan soberanos,
semeja la moribunda,
sobre un sepúlcro de mármol,
la efijie de la Esperanza
en su trono inmaculado !
Y aun, al ver el resplandor
impalpable, aëreo y vago,
que, aureola misteriosa,
va por su cuerpo rozando ,

se la debiera tener
por un arcanjel esclavo,
entre aquellas blancas nubes
al paraiso volando.
Magdalena, de su amiga
en el seno nacarado,
como en un nido de flores
colocó su tierno pájaro.
Eloisa, alisó sus plumas
con el ámbar de sus labios,
y cubrió sobre su boca
al ruiseñor con sus manos.
Entonces, los dos, á un tiempo
estremecidos vibraron;
y cual dos cuerdas sonoras
que rotas saltan de un arco,
produciendo un eco agudo,
dulcísimo, tierno y blando,
al fuerte sacudimiento,
como dos chispas saltaron:
y el ruiseñor y Eloisa
cadáveres eran ambos!
Aquellas dos leves llamas
pasan por los techos altos,
y la atmósfera dividen,
y cruzan por el espacio,
y lanzándose á las nubes,
hasta el cielo penetraron!
Todas las monjas, allí
tienen sus ojos clavados,

en la oscuridad perdidos,
arrebolados del llanto,
con la vision suspendidos,
y absortos con el milagro!
A la mañana siguiente,
de Rujiero junto al árbol,
por ser de la moribunda
solemne y postrer mandato,
el cadáver de Eloisa,
bajo el cesped enterraron.
Y Magdalena guardó,
de su amiga por encargo,
del anillo de Rujiero
aquel partido pedazo,
que nunca le devolvió
porque no dejó de amarlo!
Besó la rota sortija,
y murmuró sollozando:
« ¡ Ay! mi Rujiero heredó
la otra parte de su hermano:
veremos, si mi Madona
quiere que el anillo unamos! »
Despues, escondió á Eloisa,
en los pliegues del sudario,
el ruiseñor tambien muerto,
junto al corazon helado.
« Asi se darán calor;
esclamó con entusiasmo:
« Y asi se harán compañia
en el nicho solitario!

Yo he visto sus nobles almas
volar al cielo, cual rayos
de aquel sol maravilloso
de cuya luz se formaron!
« ¡ *Quien bien quiso, nunca olvida* ! »
Verdadero es el adajio ;
si yo muero, dejaré
la gloria , por el que amo!
Y si él antes me abandona,
¡ ay ! tambien su sombra aguardo,
para que recoja el alma,
y á Dios la lleve en sus brazos! »
Si fué vision de las monjas,
ó fué realidad de caso,
el lector se lo descifre
segun le sea mas grato.
Lo cierto es, que en la techumbre
de la celda, se encontraron
dos hendiduras abiertas,
y como de fuego rasgos
que, de la torre en la cúpula,
dos agujeros formaron,
y la bóveda partieron,
las pizarras chamuscando.
Las monjas bien sostenian,
que de las almas al paso
se desquiciaron los techos;
mas el vulgo, que es profano,
y que en Roma aquella noche
sufrió los duros estragos

de una tempestad horrible,
descifró el misterio raro
diciendo : «Que dos centellas,
sin duda, allí descargaron.»
Las beatas, replicaban
con fé y fervor temerarios,
«no habia en el pavimento
de tales centellas rastro.»
Mas, á esto, los incrédulos
respondian con sarcasmo:
«La electricidad no pasa ?
» No pudo en el aire vano,
» la exhalacion deshacerse?
» Ese fué el prodijio raro! »
Yo, á nadie doy la razon ;
cuento lo que allí contaron ,
que asi puede cada cual,
á su gusto descifrarlo,
la verdad queda en su punto,
y amigos todos quedamos.





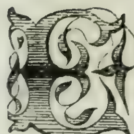
PARTE QUINTA.

LA FUERZA

DE LAS PASIONES.

—•—

1.º

n un salon magnífico y suntuoso
adornado de estátuas y pilares,
en cuyo centro, un pavellon vistoso
cubre una mesa rica de manjares,
resuena un coro jeneral, ruidoso,

:

de mil confusos báquicos cantares,
risas y brindis, que se van perdiendo
de largos besos entre el dulce estruendo.
Las damas mas hermosas de Venecia
están allí, y los mozos mas galanes;
Ulpiana, Tisbe, Neralí, Lucrecia,
Oscár, Gualtero, Contarino, Albánes.
Ya, cada cual de referir se precia
aventuras, fracasos y desmanes;
solo, entre todos, muéstrase severo,
mudo, impasible, el huérfano Rujiero.
En silencio tambien, hay á su lado
tres personas, con máscara sombría
y capuz, talle y rostro disfrazado:
tan misteriosa y triste compañía
al jóven le estremece, mal su grado:
y al querer retirarse de la orjía,
asiéndole del brazo Contarino,
llenó su vaso de espumoso vino.
«Vamos, le dijo, lánguido mancebo,
nos falta oir tu romancesca historia,
ó algun suceso peregrino y nuevo,
que este licor fermente en tu memoria:
grandes son nuestros triunfos, y aun me atrevo
á creer, que mayor será aun tu gloria
en el amor; que habrán dado tus ojos,
á muchas damas tentacion y antojos.
—Sí; que nos cuente el lance mas chistoso!
Esclama el loco Albánes. «No hay escusa;
sépase el pecadillo licencioso,

prorrumpe Oscár, del cual, menos se acusa:
y mejor, cuanto mas escandaloso! »
Tisbe añadió. « De su bondad se abusa;
quizá este jóven desconoce el vicio:
no reparais ese aire de novicio?
— Quizá sueñe un amor puro y sincero! »
con burlona sonrisa descarada,
dijo Lucrecia; y terminó Gualtero
asi, su maliciosa bufonada:
« *Para vivir y amar nació Rujiero*! »
General y ruidosa carcajada
soltaron los alegres convidados,
y un suspiro, los tres enmascarados!
Nadie lo reparó, pues su alegria
en aquella ocasion rayó en locura,
y cada cual, ó daba ó recibia
un torpe beso con pasion impura:
Rujiero vió á una máscara sombría
inclinarse á las otras, con dulzura,
y besarlas tambien, mas sobre el manto;
aquel fué un beso respetuoso y santo!
Indeciso, detiénese un momento:
imájenes siniestras, y olvidadas,
cruzan por su turbado pensamiento:
mas, se repiten locas carcajadas;
sus oidos atruenan voces ciento;
en sus ojos se clavan cien miradas;
las tres máscaras solo no le miran,
y otra vez reprimiéndose suspiran!
El jóven, apurando de repente

el espumoso y delicado vino,
que en su dorada copa, amablemente
le brindaba el gallardo Contarino,
vino á sentarse de Lucrecia en frente;
y con gracejo y tono peregrino,
como quien ya determinado se halla,
gritó con brio: «Acepto la batalla.

Fuera melancolias, que ya veo
es el sufrir ocupacion bien nécia.
Ni creo en el amor, ni en nada creo!»
— Tampoco en el placer?» gritó Lucrecia.
— Tampoco en el placer! Es un deseo:
mientras se alcanza, la ilusion se aprecia;
llega y se goza, y del placer cansada
se queda el alma.
— Bravo!
— No creo en nada!

Oscár tiene razon. Cuando queremos,
sin duda alguna, en el placer soñamos,
que en las caricias tiernas hallaremos
del adorado bien que suspiramos;
por eso, en las hermosas, comprendemos
que mejor nuestra dicha aseguramos;
porque, para saciar nuestros antojos,
el amor se nos entra por los ojos.

Tambien convengo con la noble Ulpiana,
que alguna vez la fealdad se adore:
porque se piensa no ha de ser liviana,
la que no ha de encontrar quien la enamore;
y en este caso, el alma es tan villana,

que sin pararse en cuanto se desdore,
da el nombre del amor, á su *Egoismo*...
y asi, uno y otro viene á ser lo mismo!

A veces el amor, es *Vanidad*:
bien juzga la discreta Neptalí;
se ama el fausto, el honor: y la verdad
que no se encuentra la pasion allí!
Por ostentar, con vana majestad,
poderío y alteza, á muchos ví
esclavos de ese mísero oropél,
infelices, y falsos como él!

Tisbe prefiere á todos los amores
el que se funda en estimar la *Gloria*
del Génio, y del Talento; de sus flores,
queriendo una mitad, por vanagloria.
Mas ay! por disfrutar de sus honores,
ó de ese porvenir bello en la historia,
interesado el corazon, lo que ama
no es otro corazon, sino su fama!

Laura, acierta en pensar, que, por desdoro
de nuestra pobre humanidad avara,
el verdadero amor es el del *oro;*
única cosa peregrina y rara.
Con él, se compra hasta el placer, y el lloro,
la honra, y la virtud, que ya no es cara:
lo digo, por mi nombre de Rujiero;
pienso lo compra todo el vil dinero.

Cual vosotros, en fin, de amor opino:
veo que siempre en interés se funda;
que es de orijen villano y no divino:

que no le hay, donde bien no nos redunda.
Yo le comparo á un jeneroso vino,
fértil raudal que el pecho nos fecunda;
que el mejor, de mas gusto y fortaleza,
es, el que mas se sube á la cabeza.
— « Bravo! » repiten damas y galanes,
— « Amor, es una linda garatusa, »
Oscar le grita: « Ahogue tus afanes
esa copa del suave *Siracusa.*
Cuéntanos, pues, tus romancescos planes,
tus intrigas de amor, « que estás de musa!
— Sí, sí; gritaron todos: « Que los cuente!
— Bomba! bomba!
— Silencio, y que se siente!
— Silencio, sí! » Con voz atronadora,
les respondió un sombrío enmascarado,
levantándose en pie; la cortadora
daga esgrimiendo con alarde osado:
« Silencio, y si tu lengua infamadora
pronuncia un solo nombre, desdichado
de tí!.... jóven audaz, pues, no te miento,
y esa silla es tu féretro sangriento!
Infames, licenciosos venecianos,
hombres adyectos, miserables seres,
que os arrastrais inmundos cual gusanos
entre torpes é impúdicos placeres;
¿por qué ofendeis, cobardes cortesanos,
cuando solo tratais viles mujeres,
el nombre y el honor de vuestros padres,
y la virtud negais de vuestras madres?

¿Juzgais, por una dama licenciosa,
al fausto, al oro, ó al placer vendida,
de la honesta matrona ruborosa,
en cuyo pecho el pundonor se anida?
De la hija amante, de la noble esposa,
que en negra soledad pasan su vida,
de sus virtudes recojiendo flores
para adornar la sien de sus amores?

No busqueis entre inmundas bacanales,
mas que el ludibrio, el vicio, ó la licencia:
pues del Señor las cándidas vestales,
ocultan su ternura y su inocencia!
Reconoced las prendas celestiales
que á la mujer prestó la Providencia:
por débiles, hermosas, desdichadas,
queridas deben ser y respetadas!

Qué dejais para el padre cariñoso
si en la virtud de su hija no confia?
Qué, para el niño, que recela ansioso,
será su madre su deshonra un dia?
Qué para el noble y desprendido esposo,
si ve su infamia en la mujer que cria?
Qué nos dejais, en fin, sobre la tierra,
si la fé de las almas se destierra!

Bajad la vista, sí; yo, ruin pechero,
á todos en honor os desafio;
yo soy, mas que vosotros, caballero
por mis hechos: de sangre, yo me rio!
Dejad á un miserable gondolero,
avergonzaros hoy: si el nombre mio

saber alguno, por vengarse, aprecia,
miradme; soy Jacobo, el de Venecia!
Os asombrais? Rujiero, la vergüenza
que la sangre te agolpa á la mejilla,
prueba, que acaso mi razon te venza.
Si en tu alma aun queda de virtud semilla,
de esos cabellos vuélveme la trenza,
que es padrón de tu infamia, y mi mancilla:
pues no sé como pende de tu cuello,
y no te llega á ahogar ese cabello!
Vacilas? Hoy, el bondadoso anciano,
aun te lo ruega con humilde acento:
que en tí, recuerda al infeliz hermano
que sufrió por amor tal escarmiento!
Ay! si levanto mi ofendida mano
y de ser compasivo me arrepiento;
pues, aunque nieve mi cabeza ostenta,
sangre cual fuego el corazon alienta!»
Rujiero, acariciando la melena
que el gondolero altivo le exijia,
y que en dos broches de oro, cual cadena,
sobre su mismo corazon pendia;
del pecho amante, con visible pena,
á desprenderla al fin se decidia,
cuando, su brazo le detuvo Ulpiana,
rujiendo de ira, como sierpe hircana.
—«Bien hace ese hombre jactancioso, y fiero,
en llamaros infames, viles seres;
y él es, mas que vosotros, caballero,
pues comprende mejor tales deberes!

Nos insulta, decrépito, y grosero,
y cobardes lo ois, como mujeres:
y no hay ninguno que á reñir se lanza
de tanto agravio por tomar venganza?
  Dadme una espada, y cruzaré á la suya,
al menos yo, un acero jeneroso:
y no espereis que el corazon rehuya
á sus golpes, pues téngole animoso.
Y tú, Rujiero, que la daga tuya
tan mal empleas, dámela, y le acoso;
antes que ceda el don de una querida,
á un noble deben arrancar la vida! »
  Estas razones, dichas con sarcasmo,
con arrojo, despecho y enerjía,
despiertan el valor y el entusiasmo,
en todos los galanes de la orjía:
la estrañeza del caso, en mudo pasmo,
absortos y suspensos les tenia,
hasta que una mujer con entereza,
les mostró en su silencio su bajeza!
  Cien dagas por el aire se ajitaron,
y gritos mil de « *Muera el gondolero*! »
por los cóncabos techos resonaron:
Oscár y Contarino, con Gualtero,
sobre las mesas del festin saltaron,
por llegar á Jacobo ; mas, Rujiero
con su tizona les cerró aquel paso,
y asi les dijo, con acento escaso:
  « Dejadme á mí, leales camaradas,
el honor de su muerte merecida.

Olvido deudas de amistad sagradas
pues él tambien las del respeto olvida.
Fueron á mí sus quejas descaradas;
dicterios, que hoy le costarán la vida!
A mí solo, el vengarlos pertenece,
pues, por mi causa, vuestro honor padece!
— No, no!»
— Ea, basta; ó luchareis conmigo
todos. A tí, mucho te debo, Ulpiana:
has vuelto por mi honor, franco lo digo;
dar esta prenda era una accion villana!
Jacobo, ven: de nada me desdigo.
Contaré mi aventura mas galana.....
— Dirás?
— Todo. Y sabrás que tengo....
— Oh mengua!
— Mas largas aun las manos que la lengua!»
Forman un ancho círculo al mancebo,
y este, se arroja con furor insano
sobre Jacobo, y grítale de nuevo;
«Tambien yo miro la vergüenza, anciano,
encender tu mejilla, y no me atrevo
á borrarla tan pronto con mi mano!
— Infame, riñe y calla; al que sucumba,
bajo esa mesa le abrireis su tumba!»
Crúzanse los aceros; mil centellas
saltaron ya de sus templadas hojas,
cuando se lanzan con valor entre ellas,
dos máscaras, con ayes y congojas.
Jacobo grita; «A sus inmundas huellas,

mujer, y tú, hija criminal, te arrojas?
Dejadme, doy á su maldad castigo!...
— Ah piedad!
— Magdalena, te maldigo!»
Contempla el jóven con asombro mudo
su enamorada, y dulce Magdalena,
de quien, le sirve al corazon de escudo
la negra y rizadísima melena:
que, al desprenderse con empuje rudo
la vil careta de la sien morena,
ó del esfuerzo, ó del pavor postrada,
cayó á sus pies á que quedó abrazada.
Jacobo, al duelo á su rival provoca,
y la punta del hierro al suyo ofrece;
mas la rugosa mano, ardiente boca,
con llanto aun mas ardiente le humedece.
Ve á sus rodillas, desgreñada, y loca,
una mujer, que un serafin parece
al arrancarse el antifáz mezquino:
que en ella aun el despecho era divino.
«Piedad, piedad, de la inocente esposa!
Rujiero ya me pertenece hoy dia:
yo debo defenderle jenerosa,
y por su sangre derramar la mia!
Dios me lo manda: obligacion gloriosa
es para mí comprar su alevosía;
yo sé que agravio por vengar te queda,
mas, que mi vida redimirlo pueda!
— «Basta, Señora;» el gondolero esclama,
arrojando su acero hecho pedazos,

y allí, estrechando á la sensible dama
al corazon, sin nécios embarazos:
«Y él desconoce la virtud? La infama?
Él, que la arroja de sus mismos brazos!
Rujiero! por tu hermano, te aconsejo;
que aun, mal no te ama tu Jacobo el viejo!
  Vuelve al cariño de la tierna esposa
que lamenta tu olvido y tus desdenes,
pues, por honesta, pobre y cariñosa,
grande y sagrada obligacion la tienes!
Reniega de esa vida escandalosa,
que apura honor, virtud, salud y bienes!
Maldice de esa infame compañía!
Vendes tu eternidad, por solo un dia!
  Tú, has abierto las fuentes de mis ojos,
que nunca acaso deberán cerrarse!
De mi hija, por tu causa, solo enojos
mi estrema ancianidad puede esperarse!
Casi anhelara yertos sus despojos
sostener, de ese suelo al levantarse.
Mas no: que digo!.... Infame, corrompida,
mi Magdalena, oh Dios, quiero con vida!»
  Lánzase sobre el cuerpo inanimado,
y en sus robustos hombros le coloca;
sobre su yerta frente, su tostado
rostro inclina, al juntar boca con boca.
La noble dama se le pone al lado,
toda cubierta con la negra toca,
y en silencio, diríjense á la puerta;
mas no se hallaba, por desgracia, abierta.

Rujiero, absorto, siéntase rendido,
y entre ambas manos su cabeza esconde;
le llaman, mas, suspenso y distraido,
con un suspiro y nada mas responde:
y en tanto crece el espantoso ruido
y una voz se percibe: «En donde, en donde
se encuentra ese pirata temerario?
— Esbirro, gritan; ese es el corsario!»
Llégase un oficial, con diez secuaces
del alto y noble tribunal sangriento:
tambien con rojos y anchos antifaces
cubierto el rostro, y su villano intento.
Diez bravos son, vendidos, y capaces
de infamias, que ni sueña el pensamiento:
que asi, el Dux criminal los necesita,
en bien de su república maldita.
Entonces, adelántase Lucrecia,
y al sorprendido y viejo gondolero
grita con furia: «Aquel que me desprecia
debe su vida desdeñar primero!
Mientras duraba vuestra arenga nécia,
yo, de los diez al tribunal severo
le advertí, por un paje que servia,
que el Rey de mar se hallaba en una orjía!
— Astucia de mujer,
— Sí, lo confieso.
— Que he de hacer, Enriqueta?
— Es necesario
que obedezcais.
— Yo entre canalla preso:

Y mi hija?
— Yo la guardo.
— Ea, Corsario,
camine listo, y quieta la sin hueso.
Atadle bien, que es hombre temerario.
— Me encadenais?
— Pregunta si se le ata?
Harto ha vagado suelto el muy Pirata!»



2.°

Cuando la noche aun no ha muerto,
y la aurora aun no despunta;
cuando la luz que aparece
y la sombra que se oculta,
en un vapor misterioso
arrebozadas se agrupan,
y entre sí traban y emprénden
vistosa y reñida lucha,
sobre quien ha de ceñir
al mundo sus vestiduras;
en un gabinete estrecho,
y que escasamente alumbran
el resplandor que el crepúsculo
sobre las nubes dibuja,
débilmente se señalan,
en lo interior, dos figuras,
blancas como el alabastro,
y como el sepulcro mudas.
A una ventana, apoyadas,
con grande atencion escuchan
un corto espacio; mas viendo
que ni la brisa murmura,
empiezan este coloquio
en que desahogan su angustia.
— «Padre mio!

— Ingrato esposo!
— Pobre Jacobo!
— En su busca,
partió Rujiero á salvarle!
— Su noble intencion se cumpla!
— Anoche, por vez primera
me habló; y la posada suya
nos brindó. Yo la acepté,
por si su piedad le dura:
mas si conozco, ay de mí!
que mi vista le importuna,
lo tengo ya muy resuelto,
no volverá á verme nunca!
— El ejemplo de Rujiero
su hermano infeliz, le ofusca;
y por Eloisa ingrata,
todas las mujeres culpa.
— Mi enlace le es insufrible:
y no ignoras, cuanto abruma
servir uno de suplicio
al que se ama con fé pura!
Supo que vine á Venecia,
por seguirle, quien lo duda;
se lo escribí, y ni de esclava
me quiso con él. La suma
bondad de Dios le aconseje,
que si hoy mi esperanza burla,
por la última vez!....
— Qué dices?
Enriqueta estás convulsa,

fria!....

— Magdalena; nada:
que esta vez será la última,
que de tener que ausentarse
el hondo martirio sufra!
— Lo dices con una voz!....
— Cierto, como de difunta!
No te sobresaltes! Dios
nuestras miserias escuda:
él me fortalecerá;
mas, es mi desgracia mucha!
— Cuánto tardan?

— Es verdad.
Y dime, sin ser injusta:
no crees, que no hablaba él,
sino el fuerte Siracusa,
cuando mancilló la fama
de tantas mujeres puras,
entre las que está la madre
de aquel Rujiero, á quien nunca,
sin bendecir como á Dios
sus lábios tristes pronuncian?

— Y donde estais vos, señora,
en quien sus iras se apuran,
sin merecer de despecho
voz destemplada ninguna!
Donde estais vos, Enriqueta,
que con bondad y ternura,
abris los piadosos brazos
aun á la rival que acusan

vuestros celos, y fundados,
no debo inventar disculpas,
pues conoceis bien la historia
y de nuestro amor la fuga!
Idolatro á vuestro esposo;
hice por él mil locuras;
y aun reconozco en el alma
que podré hacer otras muchas!
Envidio en vos, el derecho
de llamaros siempre suya,
sin que muestre la venganza
en vuestros ojos la culpa!
Envidio en vos, la razon
de maldecir por injusta
la estrella, que en hora escasa
vuestros lazos desanuda!
Envidio en vos, la justicia
conque podeis en su busca
irle siguiendo, y llorando,
como una esclava importuna,
pero que lleva en su frente
el sello que la asegura
que el mundo no ha de infamarla,
si es que no la disimula!
Porque yo, tengo que ahogar
las voces que se me anudan
en la garganta, y que ¡ ay triste!
de libre mujer me acusan!
Tengo que secar mis lágrimas;
pues, si las mejillas surcan,

van dejando rastro infame
de una pasion, que calumnia
el vulgo de escandalosa,
y de liviana censura!
Tengo, en fin, que padecer
sin fruto ni gloria alguna,
por un amor, que, aunque honesto,
crímen en mí se reputa:
por un hombre, á quien el alma
no ha de repetirle nunca,
« Tus promesas olvidaste,
mas yo jamás fui perjura! »
Llegué á nutrir en mi pecho
una esperanza, fecunda
en ilusiones dichosas;
y hoy, que el alma la vislumbra
como un imposible, al cielo
el ser injusto le imputa!
Rujiero debió ser mio:
tuvisteis mejor fortuna!
— Magdalena bien lo sabes;
á tál no me la atribuyas,
que es mi desgracia mayor!
— Que dices?
                    — Que todos juzgan
la suerte mas venturosa
la que el cielo les rehusa!
Qué me importa el gran derecho
que el nombre de esposa arguya,
si ayer me ofreció su mano,

y hoy, mano y alma me oculta?
De qué me vale, que el mundo
no escarnezca mi amargura,
si mi dolor acrecienta,
ver que la razon me ayuda?
Qué me sirvió en el altar,
que el sacerdote nos una,
si aquel lazo, es hoy cadena
que nos oprime y subyuga?
Mil veces me he imajinado,
quizá el delirio me turba,
que, si en mis brazos no viera
hierros, que á cárcel tan dura
le reducen para siempre,
no desdeñára mis súplicas!
Quien sabe!.... su noble hermano
mártir fué! Morir no asusta,
sino á quien goza en la vida!...
— Enriqueta, qué murmuras?
Vuelve tu helado sudor:
lloras? tu pena profunda
me estremece!
— Ay Magdalena:
la impaciencia, mi ternura!....
Las lágrimas me hacen bien:
son la bonancible lluvia
en que se desahoga el alma,
tras sus tempestades rudas!
Mas, no oyes pasos?
— Y aun veo

entre las sombras confusas
dos hombres.
— Padre !
— Rujiero !
— Tienes ya esperanza !
— Alguna!
Gracias, Madona, te doy:
pues, aunque el alma barrunta
mil lastimosos sucesos ,
hoy su vida me aseguras !
— Enriqueta, un tierno adios,
por si esta plática es la última!
— Y un abrazo; Magdalena! »
Y ambas aparte murmuran:
— « Si ella no amára á mi esposo,
fuera mi amiga la única!
— Estos brazos me han robado,
Rujiero, el que sea tuya ! »



3.°


Ya las sensibles damas consolamos:
pues, solos nos quedamos,
en mi cámara entremos.
— Me place: al fin sepamos,
quien á quien nos debemos:
de agravios y servicios como estamos.
—Yo seré tu deudor, que no hallo paga
que el beneficio inmenso satisfaga,
que en su muerte á mi hermano le prestaste.
— Te pido que mencion de ello no se haga.
— Tu pobre porvenir sacrificaste,
por guardar sus cenizas con decoro!
— Calla, Rujiero. Ves como ahora lloro?
pues desde aquel infortunado dia
en que por él, tambien me lamentaba,
lágrimas á mis ojos les pedia,
y nunca en ellos lágrimas hallaba!
Este llanto consuela el alma mia:
gracias por él, porque llorar ansiaba!
Jóven, mi ancianidad, mi desventura
de tí reclaman compasion sincera:

tú has sido para mí, la mancha impura
que empañó la blancura
de mi inocente y cándida cordera!
Acuérdate del mar napolitano
en que borrasca tan deshecha y ruda
destrozó tu navío:
náufrago ya, mi jenerosa mano,
á la muerte sañuda,
le supo arrebatar tu cuerpo frio.
— Jacobo, sí: te debo la existencia.
— No te exijo la vida: la obediencia
te ruego solo, y que leal tu pecho,
por la cruz de esa espada,
me juré respetar el casto lecho
de tu esposa, infeliz, y enamorada!
Solo te ruego, que hasta el nombre olvides
de una doncella loca.....
— Jacobo, es imposible lo que pides!
— O al menos, que jamás se oiga en tu boca!
Deja que viva en apartada arena,
ó en el centro sombrío de los mares,
ignorando tu suerte, Magdalena;
ya la harán compañia sus pesares!
Y yo, cuando transcurra mas de un año,
si su estremo dolor no se divierte,
con inocente engaño,
la anunciaré la nueva de tu muerte.
— Jacobo, y si la llega el desengaño?
— Imposible, Rujiero; si me juras,
que esquela de tus manos no reciba:

que entre las nieblas de la mar oscura
yo haré que siempre con su padre viva.
Júrame pues, en nombre de tu hermano,
que para tí tan santo considero,
que olvidarás su amor!
— Eso no, anciano.
— Que nunca ya se lo dirás, Rujiero!
— Eso te ofrezco.
— Dame ahora tu mano!
— Toma.
— Insegura y fria,
se estremece ajitada entre la mia!
No es el rubor el que tu frente empaña,
porque intentas burlar mi fé sincera?
— Mi lábio no te engaña,
mi promesa, Jacobo, es verdadera!
— Mas, tú te quedas triste y pensativo?
Qué, tu bizarro pecho
no te aconseja altivo,
digno de tu hidalguía es lo que has hecho?
— Jacobo, sí: mi proceder consuela
un dolor que me parte las entrañas:
no sé esplicarme lo que el alma anhela,
pues cubren mi razon sombras estrañas!
Quiere olvidarlo: y antes que abandones
mi hogar, en que tambien yo te he salvado
de los fieros sayones.....
— Bravamente con ellos has luchado:
en nueva, y grande obligacion me pones!
— Tu vida por mi vida!

— Estoy pagado.
— No es que pretenda yo desempeñarme,
Jacobo, de lo mucho que te debo,
mas, deseo á tus ojos sincerarme,
y á tu pobre hija á disculpar me atrevo.
— Por qué quieres traer á mi memoria
tan liviana aventura?
— Porque presumo que el saber su historia,
consolará tu duelo y tu amargura!
Porque, quizá de la virtud sublime
dudaste de la hermosa Magdalena!
— Es verdad.
— Es un peso que me oprime,
ver que por mí su padre la condena!
Mas, sin razon; honesta, vírjen pura.....
— Nunca infamó mi nombre?
— No, no, anciano!
Ves tranquila y segura
firme en las tuyas descansar mi mano?
—Dios de bondad... Ay, tu clemencia es mucha!
—Quieres saber la historia?
— Sí, sí!
— Escucha!



Piérdense los años
de la vida escasa
como breves sueños

de ilusion dorada.
Siete se han pasado:
maravilla causa,
ver lo presurosos,
que los años pasan,
desde aquellos tiempos
de mi tierna infancia,
que en la ilustre Roma,
niño me educaba!
 Era Magdalena,
jóven colejiala
de aquel monasterio
de mujeres santas,
en el que, Eloisa
espió sus faltas,
ganándola el cielo
penitencia amarga!
El dia, en que todas
las fieles hermanas,
junto al árbol bello
que á Rujiero aun guarda,
el blanco cadáver
llevaron en andas,
porque con su amado
juntos descansáran,
iba Magdalena,
cual la luna pálida,
de dolor transida,
tras la negra caja.
Puso sobre el cesped

funeral guirnalda,
bella por sus flores,
rica por sus lágrimas.
Yo, en aquel instante
ví se desmayaba,
y estreché en mis brazos
su cuerpo, con ansia.
De sus negros ojos,
celestial mirada,
como rayo ardiente
pasó sus pestañas;
ábrelos al punto,
y en mi sien los clava,
que sintió el efecto
de encendida llama.
« Rujiero, mi hermano! »
Ah, ni una palabra
olvidé de aquellas
que me dijo, gratas!
« Rujiero, quien fuera
» como fué ella amada,
» con mejor fortuna
» por poder gozarla!
» Hermano, ¿no envidias
» su horrorosa calma?
» En la tumba al menos,
» sus cuerpos se abrazan!
» La tierra les cubre,
» y en su seno guarda
» sus amores dulces,

» de enemigas sañas!
  » Quizá de su sangre
» clavellinas blancas,
» como fruto oculto
» de su amor, renazcan!
  » Quién fuese, Rujiero,
» como ella adorada;
» con mejor fortuna,
» por poder gozarla! »
  Yo, Jacobo, en tanto
en su honesta cara
con mi amante boca
el llanto borraba.
Al punto se acercan
otras educandas,
y del pecho mio
al fin la levantan,
de mi torpe esceso
escandalizadas;
mas, al despedirse,
con los ojos me habla,
porque son los ojos
la lengua del alma;
y yo, leí en ellos,
« Quien fuera tu amada,
« con mejor fortuna,
« por poder gozarla! »
  Desde aquel instante,
del jardin las tapias
me facilitaron

piadosas escalas.
Nuevos juramentos
de leal constancia,
escuchó la luna
que leal los guarda;
y caricias tiernas,
aunque delicadas
las veló la sombra,
las murmuró el aura.
Y asi, aquellas horas
lijeras volaban,
y las ilusiones
con ellas, livianas!
  Seguí la carrera
marcial de las armas:
tanto por instinto,
cuanto, por juzgarlas
eficaz remedio
contra las desgracias,
que amargar debian
mi pecho entusiasta;
pues asi, soñando
en glorias y hazañas,
era menos fácil
que en amor soñara:
y la vida errante,
bulliciosa, y vaga,
se opone á que sean
las pasiones largas,
inmensas, terribles,

y desesperadas,
como son aquellas,
nutridas con calma,
que nunca del fuego,
por su mal, se apartan!
Y el ver otros usos,
y costumbres varias,
y hermosuras nuevas,
que, por serlo, halagan,
distraen de todo:
y asi, no me estraña
que jentes de guerra,
en todo bizarras,
muden de pasiones
como de posadas;
porque como empiezan
las cosas, se acaban.
Ay! mi grande empeño
fué, ignorar las vanas
locuras, que inspira
la pasion al que ama:
pues en mi memoria,
fija conservaba,
como triste ejemplo,
la trajedia infausta
de mi pobre hermano,
que en la gloria se halla!
Sufria mil veces
por mi vida uraña,
de mis compañeros

insolentes chanzas:
y á sus francachelas
les acompañaba,
de sus torpes vicios
tomando la máscara,
mas, avergonzado
de culpas tamañas.
Oscar, entre todos,
por su injenio y gracia
logró apoderarse
de mi confianza,
y supo el secreto
de mi amor, niñada
entonces, y al cual
avivó él las llamas.
Vino al monasterio ,
por guardar mi espalda
de riesgos y azares,
que siempre amenazan
al que entre peligros
y tropiezos anda.
En fin, una noche
de horrible borrasca,
que sufrió sereno,
clavado á las tapias,
esperando ansioso,
al nacer el alba ,
divisar mi sombra
que á sus brazos salta,
me estrechó á su pecho,

y con una capa
los dos embozados,
porque desgarrada
se quedó la mia
entre las pizarras,
me dijo, me acuerdo,
con voz dulce y blanda:
« Rujiero, no es cierto
que partes mañana,
pues la gran república
te otorga la gracia
de segundo alferez
de la nueva escuadra,
que á buques corsarios
irá dando caza?
— Oscar, bien lo sabes.
— Y dí, no te espanta,
dudar, si la ausencia
mucho se dilata,
que olvide estas citas
la niña adorada,
que asi me aseguras
leal te idolatra?
— Amigo, le dije:
recuerdos de infancia
me hicieron amables
sus dulces palabras:
mas, estoy contento,
pues esto se acaba,
— Y asi te imajinas

poder olvidarla?
— Quien firme desea,
que es lo que no alcanza!
— Tu orgullo no sufre?
Tu noble arrogancia
no ve, en el olvido
cuanto se degrada?
— ¡Quizá; mas qué importa?
Ademas, es tanta
la pasion en ella,
que no ha de olvidarla!
— Ola! «me replica;
todo me lo aclaras.
Qué la has prometido?
— Mientras viva, amarla;
pero, sin delirio,
con ternura santa,
como dos hermanos.
— Ay Rujiero, basta;
como es imposible!
La pobre muchacha,
por tí, ha concebido
locas esperanzas!
— Tal piensas?
— Y acierto.
La harás desdichada!
— Eso me repite
siempre que me abraza.
— Y ella, ¿qué promesas
te juró, insensata?

— Ay Oscár: si fueron
tan dulces, y tantas!
Vivir por mis ojos;
ser de ellos esclava;
besar las arenas
que pisen mis plantas;
seguir mi fortuna
si honor se lo manda,
aunque siempre sea,
tan negra y contraria:
dejar sus amigos,
Venecia, su patria.....
— ¿Tambien el convento?
— Tambien!
— Pues te engaña!
Harto la conozco!
Sus labios no mancha
la torpe mentira.
— Fué burla, y pesada!»
me dijo, riéndose
Oscar: desenlaza
su brazo del mio;
me enseña una carta
de ella, que á otro amante
dirijia.....
— Calla!»
esclamó Jacobo:
pues lo que relatas,
culpa á Magdalena
de acciones bastardas!

— Por Dios, gondolero ;
la historia se acaba,
déjame concluya ;
que el ser tan cansada,
es por que no ignores
de sus circunstancias
ni las mas pequeñas,
para que al juzgarla ,
puedas con justicia
estimar sus raras
bellas cualidades ,
y saber sus faltas.
Terminó en apuesta,
al fin, nuestra plática.
— A que no te sigue
á tierras estrañas,
y alegre abandona
esa solitaria
celda, donde triste
su vida se pasa,
como flor que olvidan
del abril las auras ?
— A que sí: respondo
con loca jactancia,
á Oscar, que sonrie
con sonrisa amarga.
— ¿Y asi, de mi hija
el honor jugabais ?
— Jacobo, confieso
que ha sido una infamia.

Mas, nunca se sabe
lo que amor arrastra,
sino en el momento
en que se separan,
con sospechas ciertas
de que ya no se aman,
dos, que se juraron
que se idolatraban!
Por mi pensamiento
cruzaron galanas
mil y mil memorias
de la colejiala.
No era ya una niña
temerosa y cándida,
ruda cual la arena
de sus ricas playas;
era ya la jóven,
vírjen sobre humana,
ánjel en lo honesto,
mujer en las gracias:
discreta, virtuosa,
cuanto apasionada.
Conocí el tesoro
que se me quedaba
tras sus duras rejas,
para mí tan blandas.
Las sospechas ruines
de que me burlaba:
el glorioso triunfo
de mi loca hazaña;

mi pasion, mi orgullo......
todo me incitaba:
el rapto dispuse,
con astucia y maña.
Resistió la jóven,
con virtud bien rara,
súplicas, querellas,
ruegos y amenazas,
y á todas mis voces,
llorando, clamaba
«Mi afrenta no temo;
ni á mí me acobardan
los riesgos seguros
que se me preparan:
siento la deshonra
de las nobles canas
de mi padre anciano:
pues, sé que le mata
de su Magdalena
la traicion bastarda!»
En fin, exaltado,
blandiendo la espada,
la grité: «O me sigues
ó aqui se me clava,
y mi corazon,
pronto despedaza!»
Ciega, de mis manos
lanzóse á arrancarla:
no dió ni un quejido,
ní vertió una lágrima,

solo añadió: ¡ Oh padre ,
te soy muy ingrata ! »
— Pobre Magdalena !
A tan viles tramas ,
que mucho cediese
tu inocencia incauta!
— Dejó el monasterio,
y á pocas jornadas,
pisamos el último
confín de la Italia.
Oscár que nos sigue,
entonces me abraza,
y de sus enredos
mil, me desengaña !
Me jura, que amores,
y esquela, eran falsas ;
leal Magdalena,
su amistad hidalga :
y su único objeto
volverme la calma,
poniendo en mis brazos
quien me la arrebata ;
y echándose en ellos,
con sonrisa esclama:
« A no ser por esta
injeniosa traza,
que te hizo, por celos
y orgullo, robarla,
no respirarias
las brisas de Francia,

solos, mano á mano
viendo las montañas,
mas bellas, por cierto,
que la estrecha jaula
en que esa paloma
prisionera estaba! »
  De Oscar me avergüenzan
las libres palabras:
vuestra hija, las oye
como yerta estátua:
cae de rodillas,
las manos levanta,
y tan tristes quejas
á los aires lanza;
« A donde me llevas?
que suerte me aguarda! »
Mi conciencia entonces,
en silencio me habla
« A la afrenta, al crímen,
tu víctima arrastras!
y el remordimiento
roe mis entrañas!
— « No es un seductor
vil quien te arrebata;
respondo: es un jóven
bien digno de lástima,
á quien la esperiencia,
no el honor le falta!
Ni al vicio humillante
tu amor te degrada,

ni á mí me permite
mi conciencia hidalga,
ser de tu deshonra
é infortunios causa!
Y asi, reconozco
que esta fuga estraña,
pues sin terminarse
tanto nos espanta,
solo desventuras
y mal, nos presajia! »
Oscar me aconseja;
de mostrarnos trata,
que el amor deslices
mayores consagra:
mas yo, decidido,
le interrumpí: « Calla
por favor! La venda
que el placer formaba,
los remordimientos
de mi sien la arrancan.
— « Sí; añadió vuestra hija;
« mi pasion, no acaba,
mas sí el loco esceso
que la hizo villana.
Solo me arrepiento
de obrar con infamia,
no del amor mio,
que mi orgullo causa! »
Y con el acero
de mi misma daga

de sus negros rizos
cortó esta lazada.
« Tómala: me dijo,
» porque en ella, esclava
» mientras tú la quieras
» te encadeno el alma! »
Desde ese momento
pende á mi garganta!
— « Rujiero, esa trenza,
sí, debes guardarla;
pues fué don precioso
de virtud. »
— Con calma,
prosiguió ella hablando:
« Vencerse es hazaña!
Vuelveme, Rujiero,
vuelveme á mi patria:
y aunque ya en mi nombre
quedará la mancha,
mi virtud, al menos,
sé que me acompaña!
— Hija de mi vida!
Y despues? acaba!
— Jacobo, despues,
volvió á santa Eulalia;
mas allí, temiendo
denigrar la fama
del gran monasterio,
negaron su entrada
á la pobre jóven!

En una cabaña
de Roma, modesta
mas de jente honrada,
(del padre por cierto
de la que hoy se llama
mi esposa, Enriqueta)
halló abrigo y franca
amistad, por ser
yo quien la llevaba:
y allí, mas de un año
ha vivido, hasta
que supe el destino
del bajel pirata
y pude escribirte.
Mas, hácia esta estancia
se dirije alguno!
— Sí: Rujiero, gracias!
De mi corazon
un peso levantas,
que, te lo aseguro,
me le destrozaba!»



4.°

Lorenzo, que es lo que pasa?
— A lo que he podido ver
un bravo ronda esta casa;
y aunque á entrar no se propasa,
sospechas debe tener.
— Como acuchillar se vieron,
por tantos enmascarados,
aunque no nos conocieron,
con justicia presumieron
que eramos los convidados.
Yo, al lance les decidí
diciéndoles, « que esa dama,
pues nos ha afrentado aquí,
vea, que vuelven asi
los hidalgos por su fama!
Dejar libre es necesario,
á ese pobre gondolero:
que si él habló temerario,
no ha de obrar como un corsario,
un noble y buen caballero! »
Yo conocí tu razon,
Jacobo, en lo que me heria
tu acento en el corazon;
y asi pagarte queria,
aunque dura, la leccion!

— Rujiero! Bien lo enmendaste.
Olvídese.
— Aun me avergüenzo!
Cuando á casa acompañaste
á esas señoras, Lorenzo,
ningun espia encontraste?
— Ninguno.
— No hay ocasion
de temer.
— Ola! El Leon
gruñe entre dientes.
— Sí, sí.
Con cautela, á este balcon
te asoma.
— Ya veo allí
otros dos bravos.
— Rujiero:
si está en peligro mi vida,
no te venga por mí, mal.
— Yo mando aquí, gondolero:
lo entiendes? Salvarte quiero,
y perderme. A un oficial
de la armada, no es posible
allanen la casa.
— Temo
de ese tribunal terrible!....
— En fin: al último estremo,
aunque me fuera sensible
salieses por tan vil puerta,
la vida es lo principal.

De esta casa al fondo, abierta
hay, á una calle desierta,
una ventana: un canal
cruza por bajo.
— Ya estoy.
— Los bravos, esta salida
quizá no sepan.
— Te doy
mil gracias! Oh, jóven! hoy
dos veces me das la vida!
— Y Magdalena?
— Te fio
respetarla como hermano!
— No verla es mejor; confio.....
— Bien; Enriqueta, al navío
haré te la vuelva, anciano.
A los bravos quiero hablar
por si mejor desvanezco......
Jacobo..... te he de salvar!
— Jóven, tu amor te merezco
porque te lo sé pagar!



5.º


Nos parece indispensable,
para mejor entendernos,
esplicar sucintamente,
los anteriores sucesos
relativos á esta historia,
desde el dia en que Rujiero
dejó en casa de don Lope
y encomendada á su celo,
y á la amistad de sus hijas
á Magdalena: partiendo
él á la armada, á servir
de subteniente el empleo:
tranquilo ya, pues estando
la abadesa de por medio,
Jacobo no ignoraria
de su hija el rapto, ni menos,
el asilo hospitalario
en que él la alvergó; pudiendo
venir su padre por ella,
cuando se hallára dispuesto
ó á perdonarla, ó á dar

á su desliz escarmiento,
Cruzó dos años el mar,
y en cien combates y encuentros
con los piratas, ganó
tres heridas, y un ascenso,
y buen renombre, y gran fama
de esforzado y de resuelto.
Recibió, al fin de aquel año,
una carta, en que el atento
don Lope asi le escribia:
« Si le es favorable el viento
» al bergantin que conduce,
» hoy á Magdalena, creo
» que dentro de cinco dias
» la abrace Jacobo el viejo.
» Del tal pirata ignorábamos
» el rumbo y el paradero;
» las esperanzas perdidas
» de hallarle vivo ni muerto.
» Al fin nos ha escrito, y largo;
» y hay tan piadosos consejos
» en la carta, que, al corsario
» no le conozco, y le quiero!
» Ha acompañado la esquela
» con mil regalos y obsequios
» para mí y para mis hijas,
» por nuestro amor y desvelos
» para con su Magdalena,
» á quien perdona. En el puerto
» de Nápoles, con su buque

» la espera: allí iré yo mesmo
» á llevársela á sus brazos.
» Adios! Nos falta consuelo!
» Como á hija la queria;
» que encuentre á su padre siento!
» Camila va á retirarse
» de monjas á un monasterio;
» y asi, yo, con mi Enriqueta
» únicamente me quedo.
» Ambas me dán para vos
» mil cariñosos recuerdos,
» y no hay dia en que no lloren
» porque estais en otro suelo! »
El jóven, guardó esta carta
con tierno afán en su pecho;
mas desde aquel mismo instante
triste se quedó, y suspenso.
Cuando gritaba el vijia
« *Una vela!* » iba el primero
sobre cubierta, y temblando,
pálido, afiijido, incierto,
sus miradas dirijia
al bajel contrario, al cielo
rogándole, se llevase
el de Jacobo muy lejos!
Pues su deber le mandaba
ahorcarle en la entena; y tierno
su corazon, le decia:
« *Es padre de la que quiero!* »
Por último, recibió,

al año siguiente, un pliego
dirijido desde Roma,
y el sello del lacre negro.
Le abrió, y encontró un billete
reunido á un testamento,
entrambos del buen don Lope:
concebida en estos términos
la carta..... « Amigo, hijo mio;
» pues mi cariño, y mi techo
» aunque pobre, te los dí
» cuando te ví solo, y huérfano:
» necesito de tu apoyo:
» y aunque en los años mancebo,
» en la honradez, y en el juicio,
» anciano te considero!
» Corta es mi herencia; á Enriqueta,
» hija mia! se la entrego:
» y á tí, por su curador,
» tutor, y amigo, la dejo!
» Sola se queda en el mundo:
» Camila ha tomado el velo:
» el Leon no tiene lengua,
» ni ciencia el pobre Lorenzo!
» Tú solo, puedes salvarla;
» me la amenazan sus deudos:
» has prometido ampararme;
» moribundo te lo ruego! »
El jóven, agradecido,
pundonoroso en estremo,
se decidió á dar á todo

pronto y leal cumplimiento.
Pidió licencia en la armada,
pretestando hallarse enfermo,
y la obtuvo fácilmente,
en atencion á sus méritos.
Voló á Roma: halló á Enriqueta,
besando un cadáver yerto:
lloró sobre él; cumplió en fin,
cuantos deberes supremos
la relijion y el dolor
recomiendan. Su talento,
consiguió allanar obstáculos:
y ya amable, ya severo,
puso en claro mil negocios,
hasta entonces, sin concierto:
recuperó gran hacienda,
y partidas de dinero
con que aseguró á Enriqúeta
su porvenir, que era incierto.
Ella era hermosa y amable,
y aun conservaba en su seno
del tierno niño la imájen,
como la de un ánjel bello!
Volviole á hallar ya galano,
jóven, militar, apuesto;
con heridas, y con cruces
de honor, por blason al pecho.
Le vió buen hijo; leal
amigo: fiel consejero;
prudente, obsequioso, amable,

y, en fin, le amó con estremo,
con locura; como se ama
cuando es el amor primero,
y le educa una alma ardiente,
y una cabeza de fuego!
El jóven vivió con ella,
sin embarazo; creyendo
mas fácilmente atender
asi, á todo; mas, el pueblo
dió en murmurar: sus hablillas
dieron lugar á otros cuentos,
hasta que un dia, le habló
el sacerdote, diciendo,
« Que estaba comprometido
á buscar algun remedio
al grave mal que causaba.»
Quiso informarse, y bien presto
le desengañó Enriqueta,
que se arrodilló pidiendo
su honor, y su estimacion.
— Pues qué, yo las comprometo? »
esclamó, admirado el jóven.
— Me señalan con el dedo;
me llaman vuestra querida!
— Basta, señora..... Qué puedo
hacer, porque vuestro honor
y nombre, queden ilesos?
— « Rujiero, » interrumpió el digno
relijioso..... « El rostro bello,
ved, de esa cándida vírjen!

Su honestidad, su respeto,
aun no bastan á encubrir
que os ama; y asi, comprendo
que este no solo será
un enlace por convenio,
sino por inclinacion.
— Qué decís? Un casamiento!
— Sí......
Yo, que dudo de todo,
y mas de un amor eterno! »
añadió en voz baja.
— Asi
la salvais!
— Asi me pierdo!
— Su padre os la encomendó
pura y con honra; y yo pienso
que ni en apariencia, vos
querreis la pierda?
— Os confieso!... »
Enriqueta se desmaya.....
En fin, solo advertiremos,
que el jóven se persuadió
del amor hondo y secreto
que inspiraba: que, escuchando
del sacerdote el acento,
consintió en sacrificarse,
y obedeció sus consejos:
que quiso al muerto don Lope,
cumplir asi caballero
la palabra de dejar

su fama y nombre bien puestos.
Por consolar la doncella,
se casó: y á poco, inquieto,
de abandonar á su esposa,
fué su deber, el pretesto.
En una ocasion, herido
vino á curarse á Palermo;
allí le seguió Enriqueta,
á quien trató con despego,
por primera vez; y al punto,
sin restablecerse, huyendo
de sus caricias, volviose
á la armada. Su silencio
confirmó á la tierna jóven
su desvío. A poco tiempo,
pensó en pedir su retiro:
le alcanzó; fijó su asiento
en Venecia, mas sin dar
noticia ninguna de ello
á su mujer; y aunque, al cabo,
llegó Enriqueta á saberlo,
vaciló en ir en su busca,
de ofenderle, con recelo.
Triunfó su amor: arribó
á Venecia; allí su injenio
la sujirió un noble rasgo
de ternura y miramiento;
alquiló humilde posada
para ella, y para Lorenzo,
y para su inseparable

Leon, el castizo perro:
y á Rujiero estas seis líneas
le dirijió: «Esposo, y dueño:
» si acaso, para serviros
» de compañía, ó consuelo,
» necesitais una esclava,
» á vos como tal me ofrezco!
» Mas, para no importunaros,
» vuestras órdenes espero.»
Reconoció el noble jóven
el digno comportamiento
de Enriqueta, y respondió:
« De que esteis aqui me huelgo;
» y yo iré en persona, hoy mismo,
» á pagaros lo que os debo!»
Mas aquel dia pasó,
y otro, y ciento; y tras aquellos,
otros muchos; y olvidóse
de su oferta, ó puso empeño
en no cumplirla: y entonces,
bailes, orjías y escesos,
eran los que le servian
de villano pasatiempo.
Por esta época, á Venecia,
Jacobo llegó, trayendo
muy enferma á Magdalena,
por ver al mas hábil médico.
La casualidad les hizo
ir á la fonda derechos,
donde Enriqueta moraba;

y allí, anudaron de nuevo
su amistad interrumpida,
la hija del gondolero
y la desdeñada esposa:
y allí, el pirata, encubierto,
veló por su Magdalena,
y su restablecimiento,
á quien de una fiebre aguda
de contajiosos efectos
logró salvar, derramando
el oro. Del triste lecho
la vió salir, y al instante,
volverse al mar fué su anhelo.
Mas aquella última noche,
al ir al buque con ellos,
por darles su despedida,
Lorenzo y su ama, vieron
á Rujiero entre otros varios
cortesanos palaciegos,
entrar en un salon público:
y por instintos diversos,
de amor, despecho y venganza,
de disfraces se valieron,
y al banquete penetraron,
no sin algunos tropiezos.
Allí fué donde, entretanto
que ya se llevaban preso,
á Jacobo, hizo á su esposa
amable recibimiento
el jóven: la consoló;

la encomendó, con anhelo,
velase por Magdalena;
dando al criado Lorenzo
las señas de su posada,
las llaves de su aposento,
y aun al Leon un halago:
echándose á correr luego
con sus camaradas locos,
él, acaso, el menos cuerdo,
á darse de cuchilladas
por salvar al prisionero!



6.°


a el sol ha muerto: la noche
va á empezar y borrascosa;
á una azotea, elevada
con mucho sobre las otras,
todo el cuerpo acolgajado
hácia adelante, se asoma,
cubierto, un hombre. Es Jacobo:
un largo anteojo se apoya
en la mejilla, con ansia;
y con su mano nerviosa
hace seguir á Lorenzo
que en el andén se coloca,
(mientras, tambien con reserva,
en la ancha capa se emboza)
la direccion de un objeto,
que ya divisar no logra,
sino en parte; y estas voces,
el viento silvando ahoga:
— ¿No vés un águila blanca,
á la luz de la farola,
que ajitada en mil vaivenes,

parece una estrella roja?
— La luz, la veo.
— Y, no alcanzas
á distinguir en la popa,
el águila?
— Nó.
— No vés
las tres negras banderolas
del gallardete?
— Tampoco.
— Y con ese anteojo? Toma.
— Ahora, sí: el águila de oro;
las tres banderas que flotan,
como negras llamas; sí.
Es tu navío? ... Y ahora
amaina las velas!
— Trae:
dame ese cristal.... Zozobra
el buque..... Bien! Si tan pronto
todo el velamen no doblan,
pardiez, que el navío vuela
á estrellarse con las rocas!
Cielos!.... Se alejan!.... Es cierto:
su salvacion está sola
en ponerse en alta mar,
á la mercéd de las ondas!
Maldito Levante!.... Ah! sí
cada vez mas récio sopla!
La embarcacion desparece,
y en tierra asi me abandonan!

Quizá una semana, un año,
quizá perezca en las olas
mi bajel pirata, y nunca
vuelva por mí !.... Otra vez torna.
Vuelve á alejarse!.... Ya, nada
se divisa: todo es sombras! »
Torrentes de lluvia caen:
zumba el trueno; el viento azota
la frente del gondolero
que sobre el pecho se agovia.
Lorenzo quiere alentar
su desconsuelo y congoja;
mas, es mortal su quebranto,
y asi su intencion no logra.
De pronto, en el aposento
entra una mujer. Su boca,
en las manos del anciano
con un suspiro se apoya:
Jacobo, en él, reconoce
alguna pena muy honda,
y abre sus ojos, y vé
que es de Rujiero la esposa.
Esta, le intíma silencio,
con una mano; y con otra
le atrae, porque la siga;
diciéndole con voz sorda:
« Tienes valor?
— No me falta:
mas, tu palidez me asombra!
— Para todo?

— Para todo.

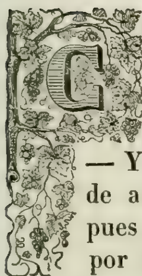
— Aun para ver tu deshonra?

— Calla!.... Sí.... y para vengarla!

— Silencio, y sígueme ahora!»



7.º


on que cres de otra mujer,
y á mí me juraste amor?
— Era una deuda de honor,
y fué el cumplirla un deber!
— Y cuando á mí me arrancaste
de aquel monasterio, ay triste!
pues mi honor oscureciste,
por qué por él no miraste?
— Porque á tí te idolatraba;
y en el remedio que habia,
la muerte cierta veia
del amor que me halagaba!
A Enriqueta nunca amé,
por eso la he dado un sí.....
— Por el que yo te perdí!
— Mi corazon te guardé!
— Tu corazon no le veo!
— Mas, bien le sientes latir!
— Quizá me pueda mentir,
ó le inspire otro deseo!
Ay! que indisolubles lazos
con otra mujer formaste,

y entre ese nudo dejaste
nuestro amor hecho pedazos!
Libre tú, luz de mis ojos,
ausentes, desde muy lejos,
aun llegaban sus reflejos
á alumbrar nuestros enojos;
y una risueña esperanza,
aunque con su brillo incierto,
nos dirijia hacia el puerto
de la bienaventuranza!
Mas, si hoy tu lábio me nombra,
aunque con ansia secreta,
verás delante á Enriqueta,
como vengadora sombra!
Si un ¡ay! me quieres enviar,
como un recuerdo, en tu boca,
ella, temeraria, y loca,
le conseguirá apagar!
Dirijirás tus miradas
á los mares de Levante,
y ella se pondrá delante
porque en sí queden clavadas!
Rujiero, en tu mismo lecho,
aun si sueña tu ilusion
que estrechas mi corazon,
te hallarás junto á su pecho!
Calla, mujer peregrina,
pura, enamorada estrella,
pues tu doliente querella
parece que me asesina!

Sabes lo que me ha perdido?
El ejemplo de Rujiero:
y su fín tan lastimero,
por haber tanto querido!
Cuando, por burla, ó de risa,
la encareció sus primores,
entonces cojió las flores
del amor de su Eloisa:
mas, cuando amó como un loco,
y en sus ojos lo notaron,
entonces ya le arrancaron
la flor de amor poco á poco!
Vino el desdén y el desvío,
el desprecio, el abandono:
y aun, al morir, «La perdono!»
esclamó el hermano mio!
— Pobre mártir!
— Magdalena:
yo, aunque no te lo mostraba,
con delirio te adoraba!
— Eso es verdad? Cuánta pena
me hubieras; ay! evitado,
si allí me lo confesáras!
— Temí que me abandonáras
en viéndome apasionado.
— Yó..... yó? A delirios sujeta,
dicen, que está tu razon:
sí, es verdad, pues mi pasion
afrentas así?
— Enriqueta

me amaba con frenesí;
su honra, cuentan, mancillé,
y á su padre, que lo fué
en la bondad para mí,
en el lecho de la muerte,
juré mirar por su honor;
le cumplí, aunque con dolor,
mi palabra de esta suerte!
Mas, como yo me creia
que era el casarse, cadena
tan pesada; ay Magdalena!
que cualquier valor rendia;
y que, amores, ilusiones,
placeres, muertos quedaban,
en cuanto se sujetaban
con tan duros eslabones,
preferí con esta dama
el enlace, porque asi
pude conservar, aquí,
las ilusiones del que ama.
Y aun, de hechicera sirena
puedo juzgar que es tu canto:
y que da perlas el llanto
de tus ojos, Magdalena;
y que por ellos asoma
la aurora de un sol que admiro;
y que es dulce tu suspiro
como el de tierna paloma!
En fín, aun puedo creer
que eres el alma perdida,

que, dicen, es nuestra vida,
la mitad de nuestro ser:
  la hermana, que allá en el cielo,
ánjeles quizá los dos,
me dió, al desterrarme Dios,
por compañera en el suelo!
  — Rujiero mio, me falta
fuerza, para resistir
el fuego, que á consumir
todo el corazon me asalta!
  Ah! que tus suaves razones
el alma me han desgarrado,
y en su fondo han despertado
mis mal dormidas pasiones!
  Ya su fuerza poderosa
me infunde un gran desvarío!
Rujiero, Rujiero mio,
ah! cuánto envidio á tu esposa!
  No creo, no, que tus brazos
fueran pesada cadena
para tu fiel Magdalena;
ni hierros, tus dulces lazos!
  Por llegar á poseérte,
no dejára de adorarte,
quien mas debiera estimarte
por poder mas conocerte!
  Y antes, con la posesion
de un bien, cuando es verdadero,
se hace eterna, mi Rujiero,
la dicha del corazon!

A entrambos nos has perdido,
cuando tu mano la has dado!
— El alma te he reservado!
— Esclava del cuerpo se ha ido:
con los brazos que la diste
el corazon la entregaste!
¿Por qué no te le arrancaste,
si me amabas cual dijiste?
— Magdalena idolatrada;
ya me desengaño: es cierto,
debí, sin duda, haber muerto,
despues de dejarla honrada!
Mas, su esclavo no he de ser:
con don Lope, que es difunto,
á un exajerado punto
he llevado mi deber.
Harto le he pagado ya:
su hija huérfana ví,
y pobre; hoy, solo por mí,
con honra y bienes está:
que me dejen es razon,
al menos, la libertad
de guiar mi voluntad
á gusto del corazon.
Venecia he de abandonar:
audaz surcando las ondas,
al mar donde tu te escondas,
al fin, yo sabré llegar.
Entre un abismo, y el cielo;
á la merced de las olas,

porque sepan ellas solas
nuestro amoroso desvelo,
viviré alegre, forzado
de alguna de las galeras
con que las moras riberas
corre Jacobo, el restado;
por sí, mi sangre vertiendo
por él, calmo sus enojos,
al decirle, «que en tus ojos
le voy esclavo sirviendo!
Que en la mar honda y sombría
me dé sepulcro ignorado,
ó me llame su hijo amado,
pues que serlo merecia!»
Rujiero, hermosa esperanza:
dulce ilusion de un poeta!
Y la sombra de Enriqueta,
no vés, que entre ambos se lanza?»
— No; os engañais; no es su sombra!
gritó una mujer, entrando,
los amantes separando
con un ademán que asombra;
tanto era noble, severo,
imponente y relijioso.
«Escúchame, ingrato esposo!»
dijo al absorto Rujiero:
mientras confusa, y turbada,
cual de un espectro delante,
Magdalena, agonizante
cayó en tierra arrodillada:

« Qué te hice yo, para serte
tan insufrible y odiosa?
Qué culpa tuvo tu esposa,
culpada solo en quererte?
No te basta, de tus brazos
ponerla siempre apartada,
que, con alma despiadada,
haces la suya pedazos?
Si dejas su compañia,
habita en la soledad,
pues del lecho la mitad,
Rujiero, Rujiero, es mia!
Y es un sacrílego robo
el que en prestarla me hicieras;
y afrenta, que no debieras
á la amistad de Jacobo!
Si te cansa mi prudencia,
mi honestidad, mi recato,
porque al fin, á un hombre ingrato
todo apuro la paciencia,
lejos viviré de tí,
pues sabes que hacerlo sé,
y que ya me resigné,
aunque tanto padecí!
Pero, al menos, te merezco
estimacion y decoro,
sino por lo que te adoro,
porque sin culpa padezco!
Bastardos son tus amores
con esa mujer infame,

que asi merece la llame
la que vendió mis favores!....
— « Señora! » gritó con pena
la hija del Gondolero:
y con gran furor Rujiero;
« No afrenteis á Magdalena!
— No la disculpes: no alcanza
perdon á su liviandad!
— Enriqueta, ten piedad!
— Porque alientas la esperanza
de mi jóven, ciego esposo,
que, al fin, es solo mi dueño,
pintándole el fácil sueño
de un porvenir venturoso?
Crées que yo sufriré
que otra que yo le disfrute?
Que nadie me le dispute?
Pues, solo es mio!
— Lo sé.
Me abres los ojos, ahora:
locas son las ilusiones;
la fuerza de las pasiones
arrastra fascinadora!
Cedí á un vértigo amoroso,
y á un pasajero delirio;
no cause yo tu martirio:
no te robaré tu esposo!
— Magdalena!
— No, Rujiero:
obra como mas te cuadre;

en los brazos de mi padre,
de tí, defenderme espero!
— Detente!
— Déjala huir:
y pronto, que cruce el mar.
— Magdalena!
— Os debo hablar!
— No; yo la quiero seguir.
— Respeta mi desconsuelo.
— Ay! solo atiendo á su amor!
— Vedme á esas plantas, señor!
Tened piedad.
— Vano anhelo!
— Basta pues! » dijo Enriqueta
poniéndose erguida, en pie:
«Por fuerza lo alcanzaré,
á ver si se me respeta!
— Qué decis?
— Soy vuestra esposa,
y la ley hoy me autoriza.....
— A nada! Se me esclaviza?
Rompamos ley tan odiosa!
El vínculo del altar,
que es de Dios, supremo rey,
existirá; el de la ley
se puede bien desatar:
y hoy mismo nos desunimos!
— Un divorcio!
— Asi veremos,
si libres obrar podemos:

harta paciencia tuvimos!
— Rujiero.
                    — Hoy haré se escriba
la demanda.
                    — Por piedad!
— Ley será mi voluntad.
— No será mientras yo viva!

———

— Jacobo encubierto! Y vos?
Como cobardes espias
acechándome los dos?
— Por descubrir, vive Dios,
que tú, á entrambos nos vendias!
  Su lecho, infiel, desonraste:
su virtud escarneciste;
de mi bondad te burlaste,
y mis canas infamaste,
y á Magdalena perdiste!
  Con una dama, altanero,
con una doncella, infame,
con ambas, mal caballero,
villano, y ruin embustero,
es forzoso que te llame!
— Anciano, infeliz anciano:
tu voz, tu muerte fulmina!
— Tu orgullo, jóven, es vano:
valor no tiene la mano
del que cobarde asesina.
  Bien á Rujiero pagaste
el amor que le debiste;

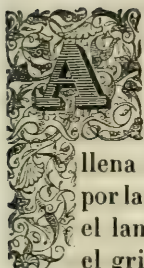
la honra que de él heredaste!
Que pronto que te acordaste
que víl bastardo naciste!
— Por Dios! Jacobo: es mi esposo!
— Es el torpe seductor
de mi hija: el engañoso
mónstruo, que á un padre dichoso,
roba ventura, y honor!
Rujiero, serás maldito
de la que llamaste madre!
— Calla! Sangre necesito!
— Mi hija afrentas? No es delito?
Vén, y asesina á su padre!
No hay trégua yá, no hay perdon.
Verter la sangre, es mi afán,
de tu infame corazon!
Las manchas de mi opinion,
con ella se lavarán!
Mi voz notas quebrantada,
mas, aun tengo el brazo fuerte;
el alma determinada;
pronta, y cortante la espada;
y un gran derecho á tu muerte!
— Vida por vida nos dimos,
conque nada nos debemos!
Olvídese lo que fuimos:
recúerdese lo que vimos,
y en morir no dudaremos.
— Rujiero!
— Apartad, señora.

— Jacobo! Sois padre vos:
por Magdalena os implora!....
— Imposible.
— Aqui se llora!
Idos presto, ó vive Dios!
— Jóven, su llanto respeta,
que á mas de tu esposa, es dama.
¡Ah! mi venganza completa
será por vos Enriqueta!
— Rujiero! Jacobo!
— Aun clama?
Quiero matarle ó morir!
Idos, señora. Mis ojos
se turban! ¿Quereis salir?
Bien pronto podreis venir
de un muerto por los despojos! »
Mas, viendo la suspension
de su esposa, y que con lloro
aun clamaba. « Compasion! »
la hizo salir del salon,
sin respeto á su decoro.
« Tu sangre espúrea se advierte:
gritó Jacobo: y consiento
que la trates de esa suerte,
porque te espera la muerte,
sin salir de este aposento! »
Rujiero con risa insana,
cierra la puerta, y arroja
la llave por la ventana;
la lámpara veneciana

coje, apaga su luz roja,
y al instante, fiero amaga
á Jacobo. « Aqui tu daga! »
— Tu acero hallé....
— Vive Dios,
que para uno de los dos
por siempre esta luz se apaga!
— Ya que estas lenguas usamos,
ea, palabras ahorremos,
que el tiempo desperdicianos!
— Pues en las sombras lidiamos,
ninguno nos conocemos! »



8.°


y! con rencor furioso
ya emprendieron la lucha!
Del salon espacioso
el ámbito vacío
llena el crujir del uno y otro acero:
por la parte esterior, tambien se escucha,
el lamento filial de «Ay padre mio!»
el grito de pasion de «Ay mi Rujiero!»
Magdalena, la hermosa,
y Enriqueta infeliz, la tierna esposa,
á la insensible puerta,
á sus clamores y á sùs golpes, yerta,
se agrupan con afán, desesperadas:
ya con furor gritando,
ya con pesar llorando,
ya del terror quedando anonadadas.
Se disputan, con ansia que estremece,
el mirar por la hueca cerradura;
mas, el salon, en su interior, parece
por lo lóbrego, vasta sepultura.
Alguna chispa que al saltar, fulgura

en las armas, entrambos combatientes,
les hace ver, cual sombras que se ajitan;
que sobre sí, á la vez se precipitan,
y jiran, cual fantasmas transparentes.
Mas, ya notan bien claro, el comprimido
resuello de dos hombres, sin aliento:
luego, un silencio sepulcral que espanta;
y de las armas al chocarse el ruido;
y el rechinar de la pesada planta
que, al embestir, retiembla el pavimento.
Ahogada queja entre sus lábios muere:
imprecaciones de furor sofoca
el rival que es herido, y el que hiere:
el duelo horrible hácia su fín ya toca:
pues que rendidos del mortal combate,
no el corazon, el cuerpo les abate.
« Piedad, piedad! » entonces les decian,
la hija triste, y la esposa inconsolable:
« ...*dad* ...*dad!* » los altos techos repetian;
y dándose los hierros, respondian
al eco moribundo y formidable!

En tanto, por las piezas interiores
confuso estruendo, cual de jente armada,
resonó: por los largos corredores,
con hachas encendidas,
turba de bravos penetró hacinada.
El capatáz, al ver las doloridas,
bellas señoras, que á sus pies se abrazan,
y la puerta cruel bañan con llanto:
al mirar, que los rizos despedazan

de la negra melena,
cual heridas serpientes
por el suelo arrastrándose con pena,
rozando el polvo con sus puras frentes;
se detuvo asombrado. Los sayones,
á tierra inclinan dagas y puñales,
y humeantes hachones;
y adivinando los tremendos males
de aquellas dos mujeres, tan hermosas,
con silencio elocuente,
escuchan sus querellas lastimosas:
pues, la desgracia, y la virtud, son cosas
que acata el vicio, y honra, aun quien no siente!
A sus ruegos, los bravos, al momento
se lanzan á romper del aposento
la misteriosa puerta. Al arrancarla
de sus goznes de hierro, desquiciados,
y cuando á punto están de derribarla,
despues de mil esfuerzos ostinados,
oyen un grito ronco y plañidero,
que de terror les hiela las entrañas;
y como si cayera un roble entero,
desgajado, de altísimas montañas,
un cuerpo rudo, con tremendo empuje
choca contra la puerta,
que estremecida cruje,
y con fracaso horrible queda abierta.
Blanca nube de polvo les circunda:
la roja sangre un rio
forma, y sus pies inunda:

de un roto corazon salta espumosa;
los sayones alumbran esta escena.
Abrazando un cadáver; « Padre mio! »
suspiró moribunda Magdalena:
la delirante esposa,
al hombre que en el centro aparecia
del gabinete oscuro,
como pálida estátua, repetia:
«Vive y te haré feliz, yo te lo juro:
vive, Rujiero, Dios del alma mia!»
y arrebatada de su amante esceso,
perdió el sentido, al ir á darle un beso.
El jóven, insensible,
ni la oye, ni piadoso la levanta;
su mirada terrible,
mucho lastima, y mucho mas espanta!
Mudo, contempla su sangriento acero;
y entre la negra chusma de sayones,
al pálido fulgor de los hachones,
en medio de sus víctimas, Rujiero
era el retrato horrible, y verdadero,
del ánjel infernal de las pasiones.
El jefe de los bravos, con un gozo
que en su acento brutal se traslucia,
al jóven dió su mano, temerario,
como á un igual; gritando: «Hidalgo mozo!
Camaradas; aquel que nos decia,
que á la noble república vendia,
mintió, pardiez: la prueba es el corsario;
su sangre ha hecho correr el caballero.

Ved la ancha herida: hasta el calado pomo,
debió esconderle el hierro en las entrañas.
El tribunal os premiará, Rujiero,
tan gran servicio, cuando sepa, cómo
hicisteis la mayor de las hazañas!
Al palacio del Dux: pues en las redes
cayó el marino lobo,
pienso, que nos darán ricas mercedes
á los que presentemos su cabeza:
que, aunque muerto, Jacobo
es, por mi vida, inestimable pieza! »
Cargan con el cadáver del pirata,
y en confuso tropél desaparecen
los bravos, entre loca griteria:
con sonrisa insensata,
el desdichado jóven, les decia:
« Aun dos víctimas hay!... muertas parecen:
quitadlas sí, de la presencia mia! »



9.º

Durante aquel dia entero,
hubo escenas horrorosas
entre Enriqueta, Rujiero,
y Magdalena: y prefiero
callarlas, por lastimosas.
Ya otro sol amanecia,
y el jóven, aun blasfemaba:
la gondolera, aun jemia;
y la esposa, que aun rezaba,
aun sus quejas repetia.
«Lorenzo, mi único amigo,
pues ya todos los perdí:
de mi existencia maldigo!
— Por Dios!
— No sé lo que digo:
mas quiero la muerte, sí!
— Morir tan jóven y hermosa!
— Para él solo, ansiaba yo
mi hermosura milagrosa!
Mas, aborrece á la esposa;
y ella, por su amor vivió!

De sus lábios lo escuché
en su horroroso delirio !
Me rechazó..... le rogué;
y esclamó, « No ; alejate ,
« mujer, que eres mí martirio!
Mi mano manchada está,
y tú fuiste la ocasion:
un mar de sangre ves ya,
que por siempre apartará
del tuyo mi corazon!
Por tí, debe maldecirme
la que idolatré por madre.
y por tí, vendrá á escupirme
en el rostro, y á pedirme
Magdalena, á su buen padre!
Por tí, en su trono divino,
clamará aquel tierno hermano
que me concedió el destino; »
« Te desconozco: asesino
de mi protector anciano! »
La vida, en fin, me es odiosa
por tí: tu amor, insufrible:
y del sepulcro la losa ,
tan pesada y horrorosa,
á tus lazos, preferible!
Si en vida no puede ser
nuestra suerte el desunir,
la muerte lo podrá hacer:
que yo no espero vivir,
para tanto padecer! »

Sus palabras no he olvidado:
por ellas me he decidido!
Sacrificarse á su amado,
es de un corazon honrado,
y de un amor bien nacido.
Que no prueba el adorarse,
tan solo el corresponderse;
sino, el llegar á olvidarse
de su bien, por acordarse
del bien que á otro puede hacerse!
— El sacrificio es terrible!
Meditadlo.....
— Basta ya.
— Señora..... será posible?
— Quizá de mi amor, sensible
entonces, se acordará!
Estoy resuelta.
— Señora!
— Lorenzo, de tí me fio.
Entre Magdalena ahora.
— Quiere partir á la aurora.
Quizá no!.... Valor, Dios mio!



10.

Ven, Magdalena bella,
ven ; aunque me ofendiste,
siempre querida fuiste
del corazon leal.
Mil penas me has causado,
mas, yo te las perdono:
yo siento tu abandono;
yo lloro por tu mal!
— Enriqueta, en lo noble
te reconozco ahora:
la crueldad desdora
un grande corazon.
Yo te ofendí, sencilla,
mas, nunca te he ultrajado:
tu pecho he lastimado,
mas nunca tu opinion!
— Ya no eres mi enemiga;
mártir de unos amores,
en cuyas puras flores
un áspid se anidó:

áspid, que alimentado
en tu inocente seno,
con su mortal veneno
tu dicha emponzoñó!
Eres la honesta jóven,
húerfana desdichada,
del mundo abandonada,
pues sola estás ya en él:
mas, un dulce refujio
te queda, en una amiga,
si el cariño te obliga
de tu Enriqueta fiel!
— Junto á tan bello arcanjel
viviera yo con calma,
si hubiera aun para el alma
ilusiones de amor:
ya, para mi acabaron
las glorias de la vida:
te doy mi despedida,
para un mundo mejor!
— Magdalena.....
— Enriqueta!
— Comprendo el gran secreto,
que en tus lábios, sujeto
contiene mi amistad.
Yo soy eterno escollo
que á tu dicha se opone?
— El cielo te corone
con su felicidad;
pues yo te la deseo.

— Me pagas mi ternura;
mas, noto la amargura
tus labios contraer.
— Padre del alma mia!
Padre de mis entrañas!
Es cierto, no te engañas;
para mí no hay placer!
  La amargura y el llanto
son ya la pobre herencia
que hacen de mi existencia
un martirio sin fin!
  Al menos, me consuela
que no ha de durar mucho!
— Magdalena, que escucho?
— Modesto serafin,
no creas que mis manos
han de estinguir mi aliento,
pues sé, que mi tormento
mi vida ha de acabar!
— A tu mortal quebranto
ningun remedio alcanza?
— Ninguno.
                    — Y la Esperanza!
— No tengo que esperar!
  Flor débil y agostada,
del arbol desprendida
á cuyo tronco asida
mi tallo vi crecer,
  ya, solo me sostienen
la vida, mis congojas;

últimas, secas hojas,
que el viento hará caer!
— Yo te daré consuelos.
— Con mis pesares vivo!
Ya, en el placer, recibo
dolorosa impresion:
porque, hace se distraiga
el alma, en lo que siente,
debiendo eternamente
llorarlo el corazon!
— A Dios! A Dios, entonces!
— A Dios! Tú me disculpas?
— Magdalena, tus culpas,
tambien lo son en mí.
Tus ojos se cegaron
por otros ojos bellos,
y yo, ¡ay de mí! por ellos
tambien ciega me ví!
Su garbo y donosura,
entrambas adoramos:
las dos, nos declaramos
esclavas de un señor!
Cual tiernas pasionarias
un mismo sol seguimos:
igual crímen tuvimos;
y el crímen fué el amor!
El mio, aunque tan breve
gozó de un dulce sueño;
esposo, amante, y dueño,
con afán le llamé.

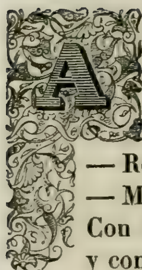
El tuyo, no ha alcanzado
gloria de amor ninguna:
amaste sin fortuna;
quizá yo te la dé!»

Cambiaron un abrazo
con pasion delirante,
y Enriqueta, al instante
despareció de allí:

La pobre gondolera,
viéndola huir, murmura:
«Ella, tan sin ventura,
¿cuál podrá darme á mí!»



11.


un te encuentro!
— Rujiero!
Adios!
— Me has calumniado!
— Respeta mi dolor!.. Padre adorado!
— Maldecido de tí! vivir no quiero!
Con él tan amorosa,
y conmigo tan fiera y rigurosa?
Qué pronto se acabó tu idolatría!
— No: no debo escucharte!....
— Detente, ah! sí, dulce enemiga mia;
porque quiero á mi vista avergonzarte.
Oh! que bien que mi amor te conocia!
Cuáles las pruebas son de tu ternura?
Abandonar, por juego, una clausura,
y arrepentirte, al verte entre mis brazos?
Arrancarte del alma apasionada,
como se arroja inútil vestidura,
tu fiel cariño, porque entre otros lazos

viste mi noble sien encadenada?
Luego, tu santo amor, fué el egoismo?
y éste de sangre...
Adios!
profundo abismo.
qué dices, nos separa eternamente.....
— Calla! Del cielo escitas la venganza!
— Magdalena, ese abismo, es solamente
mi enlace; en el que se ahoga tu esperanza!
— Rujiero, yo creí te merecia,
sino cariño, estimacion y aprecio!
— Mio tambien tu corazon creia:
eras mujer, creyéndote, fuí nécio!
El alma, por tu boca, me mentia!
— No contenta, Rujiero de olvidarte,
sí, debo escarnecerte:
sin piedad, maldecirte:
deber es mio el desear perderte,
y la vida pedirte,
y ante Venecia toda deshonrarte!
Deber es mio noble, y sacrosanto,
gozarme en tu vergüenza, y tu martirio,
y por tu sangre, al fin, vender mi llanto;
pues, te confieso en mi cruel delirio
que..... Rujiero!... que nunca te amé tanto!
— Anjel mio!... Ah! perdon!
— De que te adoro
dán testimonio vivo
las lágrimas que lloro.....
— Que yo guardo en mi boca cual tesoro!

— Sangre es del corazon con que lo escribo!
Por tí, por tí, doncella sin recato
he sido; amiga infame, hija maldita,
pues de mi padre al matador perdono!
A todos, por tu amor, mi amor fué ingrato!
Adios!
El alma ya te necesita!
—Es de Enriqueta! Adios! Yo te abandono!»
Al intentar Rujiero,
detener á la honesta fujitiva,
Lorenzo entró, gritando lastimero:
«Corred! Es imposible sobreviva!
— Quién?
—Vuestra esposa! En el canal sombrío,
desde su cuarto se arrojó.
— Dios mio!»
esclamó Magdalena, que se lanza
por la escalera, repitiendo, ansiosa:
«Esa era la fortuna lastimosa
que prometió Enriqueta á mi esperanza?
Triste principio para ser dichosa!»
Rujiero, con Lorenzo la seguian;
criados, y remeros,
con fuertes voces, acudir hacian.
Ya todos llegan al canal, lijeros:
clavan sobre él tristísimas miradas,
y aun ven sus aguas turbias, y ajitadas,
poco á poco su círculo estendiendo,
en la orilla muriendo,
poco á poco, las lentas oleadas.

« Vuestro es cuanto poseo :
mis remeros, muramos por salvarla!
—Amiga!. Allí.. Su cuerpo! Ah! es mi deseo!
— Magdalena! no debes aun llorarla!
Templa tu inmensa pena:
el cielo me lanzó sus maldiciones!
Ay! del que no refrena
el instinto feroz de las pasiones!





PARTE SESTA.

LA FLOR
DE LA ESPERANZA.

1.º

Allá, en Nápoles la bella,
del golfo á la misma orilla,
hay una granja sencilla:
Magdalena vive en ella.
  Cuando enferma á su hija vió,
en joyas, si bien se aprecia,

con que comprar á Venecia,
Jacobo la regaló:
  y por recreo, esta quinta,
que entre flores se levanta,
y que al mar cede su planta,
porque en su espejo la pinta.
  Seis meses allí pasó,
como triste desterrada;
de su Rujiero apartada,
que de sus recuerdos, nó!
  A su padre, y á su esposa,
cuyo cadáver sombrío,
quizá el canal llevó al rio,
y el rio á la mar hundosa;
  como holocausto, y tributo,
de que su memoria honraron,
vivir ausentes juraron,
mientras durára su luto.
  Mas, con cariñosas cartas,
mensajeras de amor ciertas,
de sus pasiones, no muertas,
se dieron señales hartas!
  Véd, en esa torre erguida
á que el mar sirve de almena,
á la triste Magdalena,
leyendo asi, enternecida.
  « Esta es del quince de enero:
que enamorado escribia!
Me acuerdo; fué, al otro dia
de dejarme aquí Rujiero!

« Has visto, blanca paloma mia;
» cuando la tarde muere en el mar?
» Pues, es mas suave el ¡ay! que envia
» para tu boca, mi gran pesar!
» Has escuchado la brisa errante,
» cuando suspira sobre la mar?
» pues, en sus olas, la voz amante,
» dulce murmura mi gran pesar!
» Ves, cual se alegra, al sol que asoma,
» la playa umbría que espanta el mar?
» Asi, tus ojos, dulce paloma
» alegrarian mi gran pesar! »
Nacidas de su alma son
estas voces: mas bien flechas,
pues se me clavan derechas
en medio del corazon!
Esta es del quince de abril!
Y aun, ajada de sus besos!
De sus estraños sucesos,
aquí, me refirió mil!
« Alma de mis entrañas, Magdalena:
» el cielo para siempre te asegure
» la blanda paz que gozo. Amada mia,
» todo á mi gusto, y por mi bien se cumple!
» En sueños, me parece que te veo,
» como un vapor, que al derredor discurres
» de mi lecho: tu aliento con mi aliento,
» algunas veces, el amor confunde!
» El placer me despierta, y aun, tu sombra,
» como un rayo de luz, rápida se huye,

» y percibo el rumor de tus pisadas,
» y que tus blancas vestiduras crujen.
» Anoche, aun conservaba, ay sí, en mis lábios
» de un blando beso el celestial perfúme:
» ayer, sobre mi frente, una guirnalda
» de margaritas cándidas y azules!
» Eres tú, vírjen mia enamorada?
» Quizá, bien mio, por gozar, te ocultes,
» de mi sorpresa y mi placer; ó acaso,
» mientras el luto en nuestras almas dure!
» Gracias por tu desvelo, y tu cariño!
» Anjel, ah vuela, y que tu amor me escude;
» pues, por no lastimarte, las desgracias
» de mí se apartarán, viendo que sufres! »
Una guirnalda de flores!
De un beso perfume blando?
Rujiero estaba soñando!
Ardientes son sus amores!
« De Nápoles recibo ahora tus cartas:
» luego no estás aquí? Mi incertidumbre
» has hecho renacer por un momento.
» Mas ahora no; no intentes que lo dude!
» Te debo la existencia: los parciales
» de Jacobo, no creas los acuse,
» han jurado vengar la aciaga muerte
» de su buen capitan: quien la ejecute,
» recibirá mil doblas; ayer noche,
» uno, escaló á mi cuarto: un rudo empuje
» me despertó y un grito. Vi tu sombra;
» un pirata cobarde, que al fin, huye,

» un puñal en el suelo. Ah! Magdalena:
» mi vida es tuya, anjelical querube!
» Has comprado á Lorenzo? Inutilmente,
» joyas, dinero, entre sus manos puse;
» solo porque vendiera tu secreto:
» es él hombre cruel! Ay! nada supe!
» Mas, á qué mis delirios, cuando ha poco,
» que otro tan cierto desengaño tuve!
» Hice á Civitta-Vecchia, un corto viaje:
» sobre cubierta, al son del mar que ruje,
» ó la ilusion, ó el sueño me postraron,
» y en un vaivén, al mar lanzóme el buque.
» Yo iba á morir entre las olas, cuando
» «Favor!» gritó una voz: era tan dulce!
» y á esa voz acudieron los remeros,
» y Lorenzo :, esa voz, no disimules,
» fué de tu corazon grito amoroso!
» Pavor el mar á todos les infunde:
» mas, el noble leon, el fiel amigo,
» antes que yo por siempre me sepulte,
» se lanza al mar, aullando, y forcejeando,
» y muerto de fatiga, fiel me acude;
» y á entrambos en la lancha nos salvaron:
» me lo contó Lorenzo. Loco, andube
» por todo el bergantin. Dos estranjeras,
» al fin, confiesa el capitan, conduce:
» mas, ni sus nombres revelarme quiso,
» ni sus señas; y exíjeme le jure
« no las molestaré, por descubrirlas.
» yo se lo prometí. Porque asi encubres

» la mano que derrama el beneficio
» sí, cual Dios, en las obras te trasluces,
» y como al sol, la claridad te vende
» aunque te ciña el manto de las nubes? »
Para halagar mi memoria,
finjió esta historia completa.
Tiene el alma de poeta
Rujiero; sueña en mi gloria.
Trata, asi, de encarecer
como debiera yo obrar.
Con talento singular,
me recuerda mi deber.
Me quisiera enamorada,
como su sombra finjida;
y á Magdalena, con vida,
cual Magdalena soñada!
Esta es la carta de ayer:
creí, al leerla, morir;
porque vino á destruir
mis ensueños de placer?
» Vuelve la desconfianza
» á nutrir mi corazon;
» tú me amas, con la esperanza
» de ver, si mi mano alcanza,
» quien tiene mi corazon!
» Nada me has sacrificado;
» Si del convento has huido,
» por mi amor no les has dejado!
» Si mi enlace has perdonado:
» pronto te has arrepentido!

» Por no ofender á mi esposa,
» me abandonabas contenta:
» y me culpabas, quejosa,
» por que mi mano dichosa,
» pidió venganza á una afrenta!
» En fin, todos tus amores
» han sido muy ponderados:
» todos quejas, y primores
» en palabras; todos flores:
» mas, no hay frutos sazonados!
» Quien ama, debe arriesgar
» cuando tenga que perder:
» lo que mas llegue á estimar:
» su conciencia; su deber:
» aun, su honor! Esto es amar!»
Ah! Rujiero!.... hasta el honor?
Pues no te basta la vida?
Clava tu daga homicida
en mi alma, por amor!
» Los seis meses de esta ausencia
» acaban hoy; y mañana,
» me verás en tu presencia!
» En tus ojos, mi sentencia
» voy á leer. Ah! se humana!
» Es un delirio, un furor,
» el amor que por tí siento!
» Sabes, que tengo valor:
» que cumplo mi juramento?
» pues bien: mi *muerte*, *ó tu honor*!»
Olas del mar que llevais

el llanto de Magdalena,
alzad los montes de arena
por si entre ellos me arrastrais!
Las borrascas levantad,
indomables aquilones,
rudos, como las pasiones
de nuestra amorosa edad;
y abridme en su negro centro
insondable sepultura,
donde, al menos, duerma pura
y honrada, como me encuentro!
Cielos! allí, hácia Occidente,
á donde brilla la luna.....
percibo.... no hay duda alguna....
Es una barca con jente!
Al doblár el golfo estrecho,
parece que tarda asoma,
como una negra paloma
que vuela herida en el pecho.
Corazon; este latir
el pecho me va á romper!
Es de espanto? Es de placer?
Es..... que le miro venir!
Quizá distingue mis brazos,
que hacia él, se van facilmente!
Quizá le lleva el ambiente
mis suspiros, en pedazos!
Rujiero; mi dulce amor:
Cielos! Es él mi asesino?
Bien aqui me lo previno:

ay! ó su *muerte*, ó *mi honor*! »
Ya tocan la blanca playa :
llegan á la quinta.... es cierto!
Esa es su voz; ya han abierto!
Que hacer ?..... Mi estrella mal haya!
— Magdalena! »
— El turbio mar
sepultó á Rujiero un dia!....
— Magdalena! »
— A qué dudar?
Entre su muerte y la mia,
no tengo que vacilar!



Ya la luna, entre blancas estrellas,
á Occidente, fugáz descendia;
arrancando á la noche sombría
de las nubes el negro capuz.
¡Oh! cuán dulce, templada y serena,
sobre el golfo despunta la aurora!
La infeliz Magdalena, que llora,
la contempla, y maldice la luz.
Del jardin entre flores ajadas,
se reclina la jóven tan bella;
á sus pies, voluptuosa querella
la repite el felíz seductor:
con sus rizos, las lágrimas seca,
que la pobre hermosura derrama:

con sus besos fogosos inflama
de sus labios el muerto calor.
« Anjel bello, amoroso, y sublime:
no desmayes la lánguida frente,
que es mi aliento, suavísimo ambiente
que hasta el alma te va á acariciar!
Nuestros goces envidia la tierra,
pues murmuran, en doble concierto,
con sus blandos rumores, el puerto;
con sus dulces estruendos, el mar!
¿No despiertas, divina paloma,
á mi ardiente, y tiernísimo arrullo?
¿De mis ayes al suave murmullo,
no respondes con loca pasion?
¿ Qué es la vida? *El placer! Los amores!* »
Goza, pues, sus delicias, bien mio:
de los besos al blando rocío,
siempre flores dará el corazon!
— Mi Rujiero! Si vés quebrantada
esa débil y blanca azucena,
ya, qué importa que brisa serena,
en su cáliz, suspire de amor?
Si ese frájil jazmin, de las ramas
ha arrancado la furia del Noto,
ya, qué importa, si el tallo está roto,
que se riegue la cándida flor?
¿Qué le importan las risas del alba,
á tu pobre, infeliz Magdalena;
jazmin roto, tronchada azucena,
que entre el polvo vendrá á perecer?

Esa luz, es mi antorcha de muerte,
porque alumbra mi luto, y mi afrenta!
Me he lanzado á su mar turbulenta,
y en sus ondas me anega el placer!
— Anjel mio, tus lábios se hielan!
— Eres tú venturoso en mis brazos?
— Flores son tan suavísimos lazos!
— Ay Rujiero!

— Leal serafin:
de tus ojos el brillo se anubla:
de tu seno, el latir no se siente:
se desmaya tu pálida frente!.....
— Es mi vida que toca á su fin!
— No: imposible! Mi luz... tú, mi arcanjel!
Ah! conozco tu atroz sacrificio!
Por mi amor, con el manto del vicio....
mas, no cabe en tu gran corazon!
Creo en tí: tus virtudes respeto:
reconozco tu fé jenerosa!
Creo en tí, mi dulcísima esposa;
sí, mi esposa, si alcanzo perdon!
— Ay de mí! Tus palabras consuelan
mi agonia horrorosa..... Me muero!
y adorándote siempre, Rujiero;
y orgullosa, en perderme por tí!
— Magdalena!

— Cedí á tus amores,
por guardar esa sangre querida:
mas, sin honra, imposible mi vida!
Moribunda en tus brazos caí!

— Oh suplicio!
— De plantas nocivas,
he apurado un activo veneno!....
— Infeliz!
— De este modo, en tu seno
al postrarme el delirio de amor,
yo sabia, que nunca afrentada
se alzaria mi sien á ese cielo;
porque, aun tiempo, buscaba en el suelo,
una tumba á mi vida, y mi honor!
Desdichada! Favor!....
Te perdono!
Te bendigo: te adoro..... Anjel mio!
Será el último..... Un beso!.... Ya frio?
en mis lábios la muerte le heló!
— Magdalena!... Acudid... Magdalena! »
y á un cadáver ciñendo sus brazos,
sin lograr desprenderse sus lazos,
desmayado de espanto, cayó.



Tres noches han pasado!
Entre las rosas del verjél florido,
la tierna Magdalena han sepultado!
De horrible pesadilla atormentado
Rujiero, asi: clamaba dolorido.
« Lorenzo, allí: le ves? Su voz me nombra:
ya se evapora en el macizo techo!

Ay! su jigante sombra
cruzó, rozando con mi mismo pecho.
Aun, del pavor le siento estremecido!
— Fué un delirio, señor!
—Qué horrible ha sido!
Entre cárdenas nubes,
del cielo descendió mi pobre hermano,
sostenido por cándidos querubes.
Su herido corazon, con dèbil mano,
ansiosamente, y trémulo oprimia,
porque toda la sangre se le huia:
una gota cayó sobre mi frente,
y en fuego abrasador trocó la mia!
De espanto lanzé un grito,
y de dolor; Rujiero, lentamente
me hablaba, y me miraba de hito en hito.
» Ingrato jóven, tu has desgarrado
» el noble pecho que te acojió:
» yó, con mi nombre te dejé honrado;
» y en tí, mi sangre se deshonró!
» Sí: te enjendraron torpes pasiones,
» hijo bastardo de un amor ruin;
» pues, en lo infame de tus acciones,
» tu espúrea raza se nota al fin!
» Santos consejos te dí en herencia;
» mis desengaños eran leccion:
» comprar pudiste gran esperiencia,
» sin dar la dicha del corazon!
» Dime, Rujiero, de Dios maldito,
» ¿Tan torpe ejemplo jamás te dí?

» ¡Ay! mis amores fueron delito
» por ser tan ciego su frenesí;
» pero mostraban en su nobleza,
» ser puros rayos del sol de Dios:
» que, pasion grande, y ruin bajeza,
» siempre enemigas viven las dos!
» Quien cede fácil á sus deseos,
» lo que idolatra es.... su placer:
» asi, se ciñe viles trofeos,
» la virtud, la honra de una mujer!
» Quién, fuerte, lucha con la flaqueza,
» gana, en el triunfo, torpe padron:
» honor, renombre, virtud, pobreza,
» nunca se ofenden ni en tentacion!
» En Dios, te dije, pon la esperanza,
» que en él no cabe la ingratitud:
» no que tuvieses desconfianza,
» de la inocencia, de la virtud!»
» En ese mundo, centro de horrores,
» de los incrédulos nunca esperé:
» pues, en el alma, brotan las flores
» solo del árbol de nuestra fé!
» Tú, no la tienes: á la conciencia,
» cerraste, altivo, tu corazon;
» luz, con que aclara la providencia,
» las densas sombras de la pasion.
» Hoy, de tu estirpe, dejenerado,
» á tu Dios mismo vergüenza dás!
» A gran clemencia, no hay gran pecado;
» mas, para el tuyo, no la hallarás!

» A Dios! No basta llorar un crímen,
» gritando luego, « piedad Señor! »
» Ciertos delitos no se redimen;
« nunca se espian culpas de honor!
» Del alma arranco, por esta herida,
» tu imájen! Nada, entre los dos!
» Porque recuerdes mi despedida,
» *Toma mi sangre!* .. Adios! Adios! »

Ay! aun me quema en la frente!
— Calma, señor, tu afliccion:
de tu desesperacion
es un sueño, solamente!
Mas, pues formas tanto empeño,
esta vision en creer;
crée tambien la de ayer.
— Ah! es verdad! que hermoso sueño!
En mi lecho de dolores,
ví de Enriqueta la sombra;
no, cual espectro que asombra,
sino cual ánjel de amores.
» Pobre Rujiero! me dijo.
« Arrepíentete y espera:
» por la sangre que vertiera
» de Dios el único hijo:
» el que el mundo redimió
» de mas horribles pecados;
» de tus crímenes pasados,
» perdon, tu esposa alcanzó!
» De tus espinas y abrojos

» se ceñirá la corona,
» pues, su alma amante, blasona
» de padecer por tus ojos!
» Si tan grande espiacion,
» no redime aun tu delito,
» tú, al menos, serás bendito:
» para ella la maldicion!
» Rujiero tén confianza.
» Arrepíentete y espera;
» pues de una fé verdadera,
» en flor nace la Esperanza! »
Luego, con feliz sonrisa,
añadió: « Porque me creas,
» quizá hará el cielo, que veas
» el milagro que Eloisa.
» Adios! Si no te despierta
» de un beso casto, el rumor,
» te le doy. No pide amor!
» Es, el beso de una muerta! »
Ay! me despertó con él:
no hay duda, un ánjel seria,
mas yo, en mi boca sentia
el perfume de un clavél.
Vuelo al jardín: nada ví:
sin flores la sepultura;
ningun ruiseñor murmura!
Dios no se acuerda de mí!
Con amarga contricion
regó mi llanto la arena;
á Enriqueta, y Magdalena,

pidiendo á voces, « Perdon!
  Si el ver su alma desterrada,
en una imájen querida,
me otorga el Señor, mi vida
dejo á la suya enlazada.
  Sí: se lo he rogado á Dios,
y en el placer que he sentido,
pienso me lo ha concedido;
juntos, el morir los dos,
  como Eloisa y Rujiero!
Mi fé me da confianza:
pues la flor de mi esperanza
nació del dolor sincero!



  De la tierna Magdalena,
en la pobre sepultura,
Rujiero, con amargura,
jimiendo, y orando está:
  junto á la cruz, en la arena,
ninguna flor se levanta:
solo la adorna una planta,
marchita, y sin hojas yá.
  Una sola, de una rama,
queda trémula y pendiente;
con sus besos el ambiente
la ajita, sin compasion:
  Rujiero observa, con ansia;
y á cada vaivén de la hoja

un hondo suspiro arroja,
pedazo del corazon!
« Alma enamorada mia,
que para darme consuelo,
dejaste el hermoso cielo,
donde eras ánjel de luz!
Tú, mi esperanza aseguras,
y el perdon de mis errores,
pues me ofreces tus amores,
junto al tronco de esa cruz!
Hoy cumple el noveno dia,
en que te perdí, bien mio;
de mis lágrimas un rio
tus cenizas fecundó:
y como rama de oliva,
que estorva á Dios la venganza,
esta *flor de mi esperanza*,
de tu sangre floreció!
En su aspereza, recuerdo
de tu vida la amargura:
en su flor pobre y oscura,
lo escaso de tu placer!
Y en verte, asi, avergonzada,
estender tus verdes lazos
de esa cruz hácia los brazos,
tu virtud, y tu deber!
En lo pronto que cayeron
tus leves floridas hojas,
recuerdo, las mil congojas
que te agostaron en flor!

Quizá, hasta un hondo secreto,
mi pecho, en tu flor presume:
tu vivirás sin perfume,
porque has muerto sin honor!
Temes la risa del alba,
del sol el fecundo rayo,
la blanda lluvia de mayo,
las frescas auras de abril:
todo te aterra, y conmueve,
pudorosa sensitiva,
y á todo se muestra esquiva,
tu pobre planta jentil!
Verdad es, que te ha burlado
el hombre en quien has creido;
que en el corazon te ha herido,
el que el alma te robó!
Justo es que todo te ajite,
y te estremezca, y te asombre;
pues fué tan infame, el hombre
que tanto te mereció!
Ya, su amor es puro, y santo,
grande, sublime: y creyera,
que, si mi esposa viviera,
pobre infelice mujer!
conociendo lo sagrado
de un cariño tan sincero,
en que te amase Rujiero,
se formaria un placer!
Juntos vinieramos ambos,
á llorar sobre esa arena,

por la paz de Magdalena,
sacrificada por mí!
  Mas, ah! tan dulce consuelo
á mis dolores no alcanza;
pobre flor de mi esperanza,
perdona la invoque aquí!
  Mas en el alma, resuena
la voz del remordimiento,
cuando pienso en el momento
en que mi muerte vendrá!
  El porvenir me intimida:
y mi perdicion me inquieta;
porque, mi pobre Enriqueta
mi sangre reclamará!
— No, Rujiero; nunca, nunca!
— Anjel, ó mujer.... quién eres?
— Enriqueta!
                — Qué me quieres?
— Dar remedio á tu afliccion!
— No eres su sombra?
                — No: aun vivo!
Por tí, me he sacrificado,
porque la hubieses llamado
señora del corazon!
  Mas, el cielo no consiente
que por un torpe camino,
se llegue á un feliz destino!
— Y me quieres perdonar?
— En Venecia, yo, en tus sueños,
con flores te he coronado;

de un puñal te he libertado,
y de las ondas del mar!
— Ah! tu virtud reconozco!
Tu grandeza me acobarda!
Cierto: es ánjel de la guarda,
la mujer que adora bien!
  Tu perdon me tranquiliza:
ya puedo morir sin pena!
Adorada Magdalena,
un punto, el vuelo detén!
— Que dices, Rujiero mio?
— No vés vacilante, y floja,
en esa rama, una hoja
trémulamente oscilar?
  Pues, asi el alma vacila
aquí en mi pecho!
                    — Oh tormento!
— Una oleada de viento,
su hoja, y mi alma, va á arrastrar!
  Al cielo lo he prometido:
juntas irán nuestras almas,
para ceñirse las palmas
de los amados de Dios!
— Imposible!
              — A Magdalena
debo seguir en su vuelo:
que á nuestros cuerpos, el cielo
dió un alma partida en dos!
  Ay!
        — Piedad: esposo amado!

— Ay de mí!
— Al moverse esa hoja,
exhala ayes de congojas
que el alma llevan tras sí!
Yo con mi seno la guardo
de las ráfagas del viento!
Rujiero, ni con mi aliento
la estremeceré!
— Ay dè mí!
— Al volvérmele á mis brazos
me le arrebatas, Dios mio!
— No sientes ese aire frio?
Ay! » A las nubes alzó
el viento, entre remolinos
de polvo, la frájil hoja:
la esposa, al jóven se arroja,
y cadáver le encontró!





De todos estos trájicos amores ,
dignos, por cierto, de mejor fortuna ,
sentiria ignorasen mis lectores,
ni aun por lijera, circunstancia alguna:
Enriqueta, sufriendo sus dolores,
sin esperanza de placer ninguna,
volvióse á Roma, á su paterno asilo,
cuna inocente de su amor tranquilo!
El roble secular, que de Rujiero
y Eloisa la tumba sombreaba,
sirvió de hoguera á ejército estranjero,
que el romano confín ya conquistaba.
Derruida la ermita: era un otero
el cementerio, que antes cobijaba
las cenizas sagradas y preciosas,
reliquias de la muerte lastimosas.
Compró Enriqueta todo aquel terreno;
labró un modesto albergue, en que vivia:
y abriendo al campo el escondido seno
donde Eloisa, y su amador yacia;
con fé profunda, y ánimo sereno,
como, quien santa obligacion cumplia,
al lado de estos mártires difuntos ,

puso á Rujiero y Magdałena juntos!
Dos verdes sauces, á la nueva aurora,
se alzaban ya sobre el fecundo suelo,
y entre música blanda y seductora,
se abrazaban, con lánguido desvelo.
El vulgo opina, que en sus ramas llora
un ruiseñor, que se remonta al cielo,
cuando sonrie el alba hácia el Oriente,
y que en las sombras, canta dulcemente!
Nació el segundo dia, y ya de abrojos
vasto zarzal, el campo embarazaba:
y el pueblo, sin dar crédito á sus ojos
su admiracion, con voces, desahogaba!
Trémula, al pié, como quien sufre enojos,
una planta sus flores le enlazaba,
pues desgarrarse el corazon no esquiva,
del zarzal, una tierna sensitiva!
Quizá, la siempre apasionada esposa,
postrer ofrenda de su amor tirano,
trasplantarlos allí mandó piadosa:
esto, á las jentes afirmar, es vano:
ya la llaman la casa milagrosa,
comentando el suceso sobre-humano:
para mí, lo admirable, eran sus cuentos,
porque esplicaban bien tales portentos.
Todos veian, en los sauces bellos
á Eloisa y Rujiero, entrelazados,
al volarse á su Dios: del cual destellos
fueron por sus amores: y ostinados,
en los zarzales, se creian ellos,
de otro Rujiero ver simbolizados,
el ingrato desden, y la bajeza;
que arroja el vicio espinas y maleza!
En la flor sensitiva, á Magdalena

creian recordar, pues que se hiere
con los abrazos del que amó, y serena,
le dá su jugo, y porque viva él, muere;
que, por Lorenzo, la funesta escena
supieron todos, con razon se infiere;
y ahora pueden juzgar ya mis lectores,
si descifraban bien estos amores.

Cuando, tras largos años, Enriqueta
rindió á su Dios el postrimer aliento,
corrió la jente, á averiguar inquieta,
que nueva flor marcaba otro portento:
nada su muerte recordó! Discreta
cuentan, que una mujer gritó, al momento:
« Ella, era la virtud: ya no me espanta;
no hay semilla en la tierra de esa planta! »

En fin, Lorenzo, falleció de anciano:
el fiel Leon, quizá de agradecido,
pues, no queriendo pan de estraña mano,
sobre las tumbas espiró rendido!
De Enriqueta un sobrino, aunque lejano,
de aquella casa el heredero ha sido:
y este era el pescador, que, por memoria,
me confió tan peregrina historia!



Al Sr. Dn. Ignacio Garcia Cabrero.

Su sincero amigo
Greg.o Romero Larrañaga.

Poesias.

Se venden en Madrid, en *el Liceo Artístico y Literario;* en la librería de *Sanz*, calle de las Carretas, y en el *Gabinete Literario,* á 20 rs. vn.

En las provincias á 24, franco de porte, haciéndose los pedidos por conducto de las Administraciones de Correos y librerías corresponsales del Gabinete Literario.

G. Romero y L.



POESÍAS

de

DON GREGORIO ROMERO Y LARRAÑAGA,

PUBLICADAS

BAJO LOS AUSPICIOS

del Liceo Artístico y Literario

DE MADRID.



MADRID: 1841.

IMPRENTA DE D. VICENTE DE LALAMA,

calle de las Huertas, núm. 8.

DEDICADAS

A mi amigo

DON MARIANO ROCA DE TOGORES.

Gregorio Romero y Larrañaga.

INFORME.

SEÑORES:

En pocas ocasiones con tanta confianza, en ninguna con igual placer, he venido en nombre de la junta gubernativa del Liceo, á pediros la venia para llevar á cabo lo que, no perteneciendo claramente á sus atribuciones, debe de estar sujeto á vuestra superior intervencion.

Nuestro apreciable colega D. GREGORIO ROMERO Y LARRAÑAGA intenta dar á la prensa una coleccion de sus Poesías, y alentado con la benévola acogida que muchas de ellas han obtenido en nuestras sesiones, quisiera autorizar con el respetable nombre del Liceo las obras mismas que ha escrito bajo su influencia, y que ha leido en su tribuna.

Esta sola circunstancia pudiera hacer que pareciese á alguno redundante la recomendacion de un libro dado por la corporacion misma que ha recibido con aplauso una tras otra todas sus páginas. Y aun en el caso de recomendarla, no faltaria quien tachase de innecesario vuestro permiso, en asunto en que ni las constituciones ni los intereses del Liceo están comprometidos: pero en concepto, señores, de la junta á cuyo nombre hablo, no es lo mismo aplaudir una á una las poesías de un joven apreciable, que recomendar por escrito la coleccion de todas ellas: aquellas palmadas, hijas á veces de verdadero entusiasmo, otras de sincero asentimiento, lo son no pocas de mera cortesanía, y siempre de un afecto somero y transitorio: las dá la sociedad, las recibe el poeta, y una y otro las olvidan presto: por el contrario, las recomendaciones de esta especie deben ser dictadas por la severa imparcialidad, son hechas, no por una tertulia, sino por el cuerpo respetable que vosotros representais, y deben calificar y comprender, no al autor, sino á la obra. Nuestros aplausos, circunscritos al salon del Liceo, se apagan instantáneamente en sus bóvedas; nuestros escritos se dirigen al público, y al porvenir: por eso nuestra responsabilidad es mayor, por eso

nuestra honra literaria depende de la justicia de nuestros juicios, de la mesura de nuestras razones, y por eso, en fin, la junta gubernativa ha creido que solo á vosotros competía; á vosotros á quien están confiados los intereses de la corporacion y que debeis mas cuidadosamente vigilar sobre aquel tesoro, para todo hombre preciosísimo, para los artistas inestimable, bien supremo que difícilmente se consigue, y que nunca, una vez perdido, se recobra: la buena opinion y el respeto público.

Pero en nuestro entender, señores, si el nombre del Liceo dará autoridad á los versos del señor Romero, no será menor el crédito que de ellos reciba. Vana y fútil seria esta corporacion, si se limitase al entretenimiento infructuoso de una sociedad alegre, si de cuando en cuando no brindase al público con estos sazonados frutos, dignos por cierto de mejores tiempos. ¿Y quién sabe, por otra parte, si los que tan bellos y delicados nos presenta el señor Romero, no se hubiesen marchitado en flor bajo influencias menos apacibles? ¿Quién sabe cuál hubiera sido su suerte, si no hubiesen crecido sus primeros tallos en la dulce temperatura del Liceo, donde los huracanes políticos no penetran; si no hubiesen obtenido desde muy

temprano el esmerado cultivo de cien amigos, que admiraban su fragancia y su lozanía: si no los hubiese, en fin, oreado el aura deliciosa de aplausos gratos al genio del poeta, al corazon del jóven, al pundonor de todo hombre?

Examínense las composiciones de Romero. En las primeras, poco anteriores á la fundacion del Liceo, se notan al par que las buenas prendas que distinguen al autor, las malas tendencias que la escuela francesa comenzaba á la sazon á poner en moda entre nuestros literatos. El poeta es en ellas, como en todas, fácil y armonioso en la versificacion, tierno y delicado en el pensamiento, pero alguna vez vago en su espresion, y no del todo limado en el lenguaje.

¡Quién sabe sin el constante estímulo, y el premio que encontraba en nuestros salones, cuál hubiera sido el fruto de sus talentos! Quizá Romero mismo hubiese ofrecido sus obras á la implacable podadera de una crítica desatentada, que confundiendo los defectos de la época con los del individuo, hubiese secado su naciente ingenio; ó quizá mas bien arrastrado por el huracán que levantan al principio las tormentas literarias, hubiese buscado en mayores sacudimientos los ruidosos aplausos que su alma

generosa necesitaba. Romero, oprimido por la crítica, no hubiese osado escribir; Romero, impelido por la moda, hubiese corrompido su gusto.

Felizmente no ha sido asi; nuestro estimable colega ha encontrado en el deseo de sobresalir, un estímulo necesario á toda alma postrada por la melancolía; en los aplausos de palmas amadas una recompensa que su corazon tierno y sensible habia sin duda menester; y en el instintivo buen gusto de una sociedad culta y numerosa, un correctivo de amaneradas doctrinas. Los clásicos hubiesen hecho de él un tímido imitador de Ovidio ó de Garcilaso; los románticos lo hubiesen tornado un delirante, á la manera que allende el Pirineo se usa; el Liceo ha contribuido á hacer de Romero un Poeta.

Los cortes, alguna vez estravagantes, de su primera versificacion, la diccion oscura, fueron poco á poco desapareciendo, y en cambio, ¡cuánta gala en la elocucion! ¡Cuánta delicadeza en las imágenes! ¡Cuánta pompa en el lenguage! ¡Cuánta naturalidad siempre, cuánta ternura en casi todas ocasiones, cuánta profundidad, en fin, en muchas de sus obras! A los ensueños pavorosos sucede la pintura sublime de la naturaleza; á los insanos arrebatos las altas verdades filosófi-

cas; á las mentidas hipérboles de un corazon que se agita á sí propio, la tierna melancolía, la pasion dulce y patética que inspiran blandamente al poeta los objetos sencillos que le rodean, y los sentimientos que le mueven íntimamente.

Si vosotros, como yo y como el Liceo entero, no hubieseis visto á nuestro compañero animarse lenta y maquinalmente con vuestros aplausos, y cobrar en ellos fuerza para tornar de nuevo un dia y otro á deleitaros y conmoveros; si vosotros, digo yo, no hubieseis visto crecer sus buenas prendas de poema en poema; imprimirse mas y mas en cada uno de ellos las bellas calidades que le caracterizan; desprenderse de los amaneramientos de la moda; y formarse al cabo un estilo propio, y un género peculiar á él solo, de ternura y melancolía, verdaderamente inspiradas, me tomaria yo ahora la libertad de recordaros alguna de las composiciones que esta obra contiene.

Leeria *La aventura nocturna*, una de sus primeras canciones, ó *La noche de tempestad*, y las compararia con los bellos romances de *El de la cruz colorada* y *Una noche en Granada*, dignos de nuestros mas galanos escritores del siglo XVII. Os haria luego notar la viveza de imaginacion, la delicadeza, el

númen con que hablando de *La hoja marchita*, ó de *La Amapola*, junta al florido estilo de nuestros dramáticos la profunda melancolía de los líricos estrangeros. Os detendria, por último, en la composicion á *La Misa del Gallo*, en que el poeta, desviándose del género festivo y jugueton á que convida el título, se remonta á la contemplacion de las verdades austeras de nuestra fé, y halla en la historia del cristianismo entonaciones altas á par que claras, poéticas y piadosas, distantes en gran manera de la amanerada hinchazon que ahora llaman sublimidad.

Pero todas estas composiciones han merecido ya la aprobacion del Liceo, y aun sobre el mérito de muchas de ellas ha pronunciado ya el tribunal, á todos superior, que estiende su jurisdiccion á los pasados como á los presentes, el público. El vá ahora, señores, á juzgarlas de nuevo, y á fallar con mayor conocimiento; pues que examinando juntas las obras todas del autor, decidirá si ha correspondido con una marcha constante, con una perfeccion progresiva á las esperanzas que infundió al principio, y á los aplausos que siempre ha obtenido. El público vá á examinar de un golpe el sendero todo que el autor ha recorrido, y vá á pedir cuenta al *Poeta* de la indulgencia que adelantó al joven.

La junta gubernativa á su vez, aguarda confiada y respetuosa este fallo; y si lo dá por su parte favorable, menos se apoya en su propio limitado saber, que en el respetable informe de la seccion de literatura. Sin embargo, al dirigirse á vosotros por mi conducto, debe añadir, que en su concepto el libro sujeto ahora á vuestro exámen, es no solo fruto de una imaginacion aventajada, sino de una sociedad entera. Que el público verá sin duda en estas poesías, que si el Liceo no es, como ningun cuerpo colectivo, capaz de hacer una obra que tenga unidad en el pensamiento, y armonía en sus partes; es sí poderoso para fomentar la aplicacion de sus individuos, para sacarlos del retiro en que una modestia mal entendida los encierra muchas veces, para mejorar sus instintos literarios y artísticos, para ponerlos á cubierto de modas efímeras, y para inculcarles, en fin, el buen gusto que dura solo en todos tiempos, y se estiende á todos los paises.

Por estas razones, pues, la junta gubernativa cree que lá delegada debe permitir á D. Gregorio Romero y Larrañaga publicar sus poesías bajo los auspicios del Liceo. =Madrid 1.º de julio de 1841.=Mariano Roca de Togores.=Señores de la Junta delegada del Liceo.

Al público.

LA JUNTA DELEGADA ha concedido al joven poeta D. Gregorio Romero y Larrañaga el permiso de publicar sus Poesías, autorizándolas con el nombre del Liceo. El favorable juicio que su escogida sociedad ha formado de ellas anteriormente; la eficaz y unánime recomendacion de la Seccion de Literatura, y el informe de la Junta gubernativa, han decidido á la delegada á prestar su asentimiento en esta ocasion, deseando por su parte estimular el ingenio, y premiar, aunque escasamente, el talento y la laboriosidad de uno de los aventajados jóvenes que cuenta en su seno.



A CRISTINA.

(Esta composicion se insertó en el Album de S. M.)

Preparad lienzos, pintores,
disponed vuestros pinceles;
entusiastas trovadores,
entonad trovas de amores,
que se cambian por laureles.

Alzad las frentes radiantes
hasta el sol, padre del dia;
que, aunque jóvenes, gigantes
pareceis, pues sois atlantes
de la hermosa patria mia.

Y vos venid, mi Señora,
entre corazones fieles,
y olvidareis en buen hora
con la fiesta bullidora
vuestros recuerdos crueles.

Harto esos ojos miraron
las ruinas de las campañas!
Harto con lloro pagaron
la sangre que derramaron
los hijos de sus entrañas!

Bastante se ha estremecido
vuestro pecho al escuchar
el moribundo quejido
de tanto infeliz perdido;
bastante fue el suspirar!

Recread vuestras miradas
en brillantes paisages,
en catedrales pintadas,
ó en nubes tan imitadas
que al sol le roban celages.

Y en vez de gritos que espantan,
os adormezca el placer,
de esas bellas cuando cantan;
ángeles mas bien que encantan
bajo formas de muger.

O con cantigas de amores,
los poetas inspirados
alivien vuestros dolores,

y se embote en tantas flores
el aspiz de los cuidados.

Y á fé que no desdeñeis
al poeta que suspira,
pues en sus labios vereis
el mundo que goberneis
sin rebozo y sin mentira.

Que su voz ha de espresar
el eco de su sentir,
que en el alma ha de vibrar;
y ó no han de saber cantar
ó no han de saber mentir.

Todo aqui es grato y dichoso;
venid, sentireis solaz
y un envidiado reposo;
ni está bien un rostro hermoso
sino en medio de la paz.

Y vuestro pecho, Señora,
dulce será cual la brisa
de esa Italia encantadora,
que entre sus galas, aun llora
perdida vuestra sonrisa.

Y dulces las sensaciones
serán de esa alma brillante,
cuyas tranquilas pasiones
brotaron, con las canciones
de Metastasio y del Dante.

Vuestra mente se inflamó
tambien en paz y en ternura,
que Petrarca os la inspiró
cuando á la márgen del Pó
lloraba su desventura.

Y si todo en vos dulzores
y mansedumbre respira,
dejad vanos resplandores:
venid entre trovadores,
venid á escuchar su lira.

Esa corona luciente
apartad; os sienta bien,
os ensalza dignamente,
es bello adorno en la frente,
pero es pesada tambien.

Y mas hermosa con ella,
no, Cristina, no lo estais;
que aunque alumbra como estrella,
la viva luz que destella
pardiez que vos se la dais.

Venid sin esa corona,
que os puede en la sien herir
si tan firme la aprisiona;
si tanta punta eslabona
no os ha de dejar dormir.

Dejadla un breve momento,
en que solaceis el alma
de ese eterno pensamiento:

si alivia tanto tormento
solo un instante de calma !

Y por si ofende á una diosa
brillar sin su digno emblema,
aunque no en tanto preciosa,
por lo menos tan hermosa
no os ha de faltar diadema.

No de diamantes preciados,
ni de vistosos joyeles
de perlas mil engarzados,
sino de verdes laureles
á la gloria conquistados.

Esos, Reina, no perecen,
que cada vez mas gloriosos
y lozanos reverdecen,
porque sus semillas crecen
en los pechos generosos.

Y siempre brillan con gloria,
y nada empaña su esmalte;
los hizo eternos la historia,
y ha de faltar la memoria
para que esplendor les falte.

Esa que admitais suplico
por corona, nuestras palmas;
honroso don os dedico,
y aun por su engaste el mas rico,
pues va, Señora, con almas.

Al ver que adorna esa frente
el lauro que consigamos,
inflame el delirio ardiente
de la gloria, nuestra mente,
y á sus altares corramos.

Y pronto, lo afirmo fiel
por poeta y español,
con tanto verde laurel
hemos de alzar un dosel
que anuble la luz del sol.

Defender su reina, es cosa
que aunque no fuera un deber,
lo hará un alma generosa;
bastára que sois hermosa,
sobrára que sois muger.

Abril.—1838.





EL ARBOL DEL AMOR.

Hay una planta en el mundo
que con el hombre nació,
que crece en sus pensamientos,
que brota en su corazon;
que con él se hunde en la huesa,
que fue legado de un Dios:
planta con flor inodora;
por nombre se llama AMOR.
Placeres y desvarios
forman sombra en derredor
de la planta, que refleja

su vivísimo color.
Sus hojas son ilusiones,
desconfianza y temor:
su semilla son deseos;
sus frutos la posesion.
Promesas forman sus flores;
brillantes, si ciertas son:
desvanecidas y mustias,
sin frescura y sin olor,
cuando vanas y mentidas.
Desdenes abren la flor,
y la dan gala. Desprecios
la arrollan como Aquilon.
Sus verdes tallos se inclinan
cual dorado girasol
al rayo que las anima,
y al blando influjo de un sol.
Ese sol es la muger,
y sus bellos ojos son
los que hacen que brote erguida,
ó abrasan su corazon.
Son sus aguas esperanzas,
y á su riego bienhechor
jamás se agosta en sus flores
el deslumbrante verdor.
Con estenuado murmullo
el arroyo seductor
se pliega y besa sus hojas,
y hace eterno su frescor.
En medio de la corola
y en el blando corazon
de la planta, brota oculto
un gusano roedor.

Los celos, que sordamente
clavan su duro aguijon,
en el cáliz que corroen
con venenoso licor.
El niño que en frágil cuna
ni aun vé el discurso de un sol,
el gérmen de amor ya tiene
en su infantil corazon:
el joven sus esperanzas,
el hombre su posesion,
y hasta el anciano al sepulcro
lleva un recuerdo de amor.

Agosto.—1837.





EN LA MUERTE

DE MI AMIGO

Don Miguel Cabrero.

SONETO.

Baja enlutada con mortuorio velo,
En blanca nube, atribulada Diosa,
Y de flores corona yerta losa,
Que baña con llorar de desconsuelo.
Es el alma virtud, que desde el cielo
A bendecir desciende cuidadosa
la tumba solitaria, do reposa
Su mejor amador su fiel modelo.
«Ha muerto un hijo predilecto mio.»
La Deidad dice, y con buril luciente
«Miguel Cabrero» graba sollozando.
«En mí su nombre eternizar confio.»
—Despues besó la huesa tristemente,
Y se tornó á las nubes suspirando.

Mayo.—1836.



Alcalá de Henares.

I.

¿Es un vapor inmenso que se pierde
Entre el pardo crepúsculo del dia
Aquella masa oscura?
¿O el ancho pico amarillento y verde
De una montaña altísima y sombría
De jigante figura?



¿Allí hubo un tiempo la opulenta villa?
¿Allí los lares de la gente mora?
¿Fue sobre esa montaña,

Dò á S. Bernardo entre las nubes brilla
La santa cruz, que anuncia que á otra aurora
Ciudad será de España?



Ni chapiteles hay á la moruna,
Ni árabes torres de punzon calado,
Vistosos miradores;
Tocas que brillen con la media luna,
Recios fortines, velador soldado,
Ni bélicos clamores.



Dos peñas son las únicas señales,
Los memorandos restos que quedaron
Donde fue la ciudad:
Y semejan dos losas sepulcrales,
Que allí los huracanes las posaron
Sobre la eternidad.



Una generacion y otras cayeron;
Villa opulenta de memoria hermosa,
¿Dónde estás la Alcalá?
O en su velo las nubes te envolvieron,
O del monte en la entraña tenebrosa;
Pero no existes ya.



Nadie llora tus moros lidiadores,
Nadie acuerda tus lienzos victoriosos,
Tu eminente poder:
Tus poderosos reyes triunfadores,
Y sus leyes, sus códices preciosos
Se undieron con tu AYER.



Hoy solo un cerro considera el hombre,

Y apenas mide con su vista escasa
Su inmensa elevacion;
Y ni un recuerdo consagró á tu nombre,
Y por tu ruina indiferente pasa
Con yerto corazon!



Y en tanto que estás triste, pavorosa,
Como un sepulcro abandonado y frio,
Sin pompa, sin valor:
Esa otra villa se levanta airosa
Con torres mil, con mágico atavío;
Con vistoso color.



Mas para el alma triste del poeta,
Ella es solo una sombra, una ilusion,
Sin recuerdos, sin gloria;
Y tú, grande, magnífica, perfeta,
Llena de lauros mil, de ostentacion,
Sublime á la memoria!



Y aun si ella hermosa á los viajeros brilla,
Es porque tu blason, tu nombre hereda,
Esa nueva Alcalá;
Mas nunca, no, te servirá en mancilla;
Que es, cual bufon que se revuelve en seda,
Y mas lástima dá!



II.

Pintan las torres brillantes
de tersa pizarra oscura,
sobre una atmósfera pura
Su delicado punzon.
Y entre pardos edificios,
aunque breves años cuenta,
como nube cenicienta
se eleva la poblacion.



No tiene ramblas ni fosos.
Mal segura y defendida,
es una reina caida,
sin vasallo, y sin señor.
De pardas torres que forman
su coronada muralla,
del tiempo la mano airada
ya deshizo el ceñidor.



Allí en la plaza hay un templo,
hoy iglesia de María;
y entre la infiel morería
sin duda mezquita fué.
Ancho lienzo por un lado
de piedra bermeja y dura,

de berberisca estructura,
ostenta su orgullo en pié.



El resto informe que tiene
la Santa iglesia Cristiana,
de forma pobre y villana,
es mengua de su valor.
Y parece ruin, mezquina,
junto al lienzo levantado,
borron á su manto echado,
esclava al pié de un señor.



Aqui pálida, amarilla,
con lúgubre magestad,
se vé la Universidad
de muy bizarra labor.
Emporio de ciencias nobles,
Recuerdo de añejos fueros,
monumento de Cisneros,
y de un artista esplendor.



Allí está su biblioteca:
de Orán la llave enmohecida:
allí la enseña rompida
del célebre Cardenal,
Cuelga cual lámpara oscura,
y cubre un lienzo empolvado,
la que otro tiempo al soldado
sirvió de antorcha triunfal.



Y al olvidado estandarte,
allá en la tarde callada,
del viento mansa oleada

agita, al morir la luz:
Yo he visto entre el pliegue oscuro,
al sombrear el estante,
un noble espectro jigante
que viene á velar su cruz.



Por otro lado, entre escombros,
la blanca luna ilumina
los restos de parda ruina;
un alcázar, ¿quién verá?
Pasó el magnate orgulloso
que á su rey no dió su silla;
la luna en la tumba brilla
de don Tello de Alcalá!

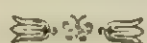


Sus jardines ¿qué se hicieron?
¿Què sus muelles cortesanas?
Paredes negras, villanas,
y terrible soledad
Quedan de tantos palacios;
y en un ferrado porton,
solo un gastado blason
carcomido en vanidad.

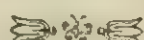


En vano corren mis ojos
por los negros chapiteles;
en vano buscan laureles
que adornen un pedestal.
Ni hay mármoles con su nombre;
ni en una tumba olvidada
tosca corona labrada
á su renombre inmortal.

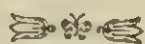
Mezquina tu patria ha sido,
CERVANTES, con tu memoria;
mezquina fué con tu gloria,
que su gloria hermosa es ya.
Y aunque te dió pobre cuna
te estrañó cuando tu vida;
en tus cenizas te olvida,
ingrata fué tu Alcalá.



Tan solo alli se descubre
entre la sombra importuna,
ancha catedral moruna;
mas no hay aromas ni luz.
Ni hay cánticos, ni plegarias
en sus salones sagrados;
ni hay estandartes colgados
sobre el punzon de la cruz.

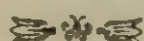


Es cuanto queda en la villa
que de sus timbres nos hable:
mas no has de ser memorable
por lo que tienes de allá.
Nó son bastante á tu gloria,
ni á restaurar tus blasones,
un colegio con cañones,
ni un San Diego de Alcalá.

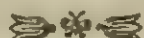


Poco merece ese VAL,
esa Vega, ese CHORRILLO;
poco vale ese castillo
parodia de los de ayer.
Nada ostentan tus hidalgos;
poco brillan tus cristianas;

ah! ya no hay moras Sultanas,
diosas de amor y placer!



No hay almenas, ni astillero,
ni recio feudal castillo;
ni el cadalso y el cuchillo
pendiente de torreon:
ni zambras ni encamisadas,
ni bohordos ni torneos;
ni amorosos galanteos
de peregrina invencion!

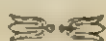


No hay dorados miradores
con verjas de plata, y gules;
ni hay celosías azules
de fantástico girar,
Con albaca y clavellinas,
enramadas seductoras,
donde platican las moras
que gustan de enamorar.



III.

Esa cueva que cruza por tus montes,
Que sus hondas entrañas profundiza,
Acaso los tesoros de Witiza
Encierra, ó el moruno potosí.



Y esa cuesta Zulema, tan cantada,
Con su pendiente erguida y fabulosa,
Solo te puede dar sombra medrosa
Que no hay mineros, ni Zulema allí.



En vez de capacetes y turbantes
Y de tocas rolladas de moriscos,
Cruzar se vé sobre tus pardos riscos
Pobre rebaño ó rápida perdiz.



Y en esos llanos do se alzó un palenque
Y un rey murió, que el bruto precipita,
Hoy se levanta una amarilla ermita,
Consagrada al patrono de Madrid.

Besa el Henares la jigante falda
De la ciudad antigua en quien medita,
Y sordo, y manso, su corriente agita
Cual suspirando un eco de pesar:



Pero al chocar en el opuesto lado
Donde se eleva la moderna villa,
Parece intenta combatir su orilla
Que es tradicion que un tiempo ha de inundar.



Vives, ciudad, cual viejo aventurero
Que no blandió su enmohecida espada;
Como fea matrona mal tocada,
Sin un velo que oculte tu hediondez:



En blanco dejas las gastadas hojas
Que un nombre te sellaron en la historia;
El tiempo, robador de la memoria,
Ha escrito OLVIDO en tu empolvada tez.

Diciembre.—1838.



EL DE LA CRUZ COLORADA.



ORIENTAL.



Dime tú, el rey de los moros,
el de los bellos jardines,
el de los ricos tesoros,
el de los cien paladines,
el de las torres caladas
con sus agujas labradas,
el de alcatifas morunas,
el rey de las medias lunas,
de los reyes soberano,
el de la Alhambra dorada,

el de la hermosa Granada,
¿en dónde está mi cristiano
el de la cruz colorada?



Bellos tus moros Gomeles,
y diestros son en la zambra.
Discretos son tus donceles
si platican en la Alhambra:
para las justas mañeros,
para la liza guerreros,
para cabalgar airosos,
enamorando amorosos,
modelos en lo galano
y en su apostura estremada;
pero algo falta en Granada,
y es mi donoso cristiano
el de la cruz colorada!



Trovas discretas de amores
tus granadinas merecen,
mas tienes tú trovadores
que esas bellas engrandecen.
Entre los bailes morunos
dispuestos como ningunos;
en los adufes sonoros,
no hay otros como esos moros,
que es su estilo cortesano.
Pero ¡ay! que fuera Granada
mas hermosa y celebrada
cantándola mi cristiano
el de la cruz colorada!

Empavonados arneses,
tocas de grana, almaizares,
de plata finos paveses,
y bordados capellares,
y marlotas con borlones,
y tunecinos jubones,
y en sedas paños labrados
por turbantes y tocados,
realzan el aire ufano
de tu juventud preciada;
pero ¡ay! que falta en Granada
la banda de mi cristiano
el de la cruz colorada!



Aqui del Dauro y Genil
tus bridones corredores,
esos de estampa gentil,
esos que son los mejores,
me admiran esos corceles
guiados por tus donceles,
ó en las ramblas piafando,
ó por las calles ruando,
dóciles siempre á la mano.
Pero ¡ay! que falta en Granada
la airosa yegua alheñada
de mi perdido cristiano
el de la cruz colorada!



Cautivo está entre cerrojos?
Dime, moro, si es tu esclavo;
si vierten lloro sus ojos,

si merced le harás al cabo,
si te duelen mis dolores
y sus tempranos amores,
si puedo pagar sus prendas!
¡Ay! aunque esclava me vendas,
á mi deshonra me allano;
iré á tu harem enlutada.
No seré mas desdichada
que si pierdo mi cristiano
el de la cruz colorada!



Yo soy la flor de Sevilla;
y en Jerez, donde nací,
me llaman su maravilla,
y aqui en Granada la Hurí.
No puedo darte, rey moro,
el alma, que es del que adoro;
mas si en lo hermoso soy perla,
tú, sultan, debes tenerla
cual joya á tu fausto vano:
como lámpara estimada
en tus serrallos colgada.
¡Ay! salve yo mi cristiano
el de la cruz colorada!



Atento el sultan la oyó
y la dice con mesura:



En el cerco de Antequera
prendí ese cristiano yo;

era su Alcaide, y él era
el que mas moros mató.
En tanto que fuese vivo
juré tenerle cautivo;
mas tu amor templa mi saña,
que en muger es cosa estraña
guarde fé quien ama en vano!
y diera yo mi Granada
por verte de mí prendada,
como lo estás del cristiano
el de la cruz colorada.



Hermosa, enjuga tu lloro;
lluvia es que empaña tu sien;
sensible soy, aunque moro,
y espléndido soy tambien.
No quiero por ser piadoso
me ofrezcas don tan precioso:
peleo yo con mi alfange;
mas consentir este cange
fuera un tráfico villano.
«Abran la torre ferrada,
»y á esa muger desolada
»entréguenla su cristiano
»*el de la cruz colorada.*»



Las órdenes del sultan
cumplen siervos guardadores;
ya está libre el capitan
con su bella y sus amores.
«Bendito seas el moro,

»el de los palacios de oro,
»y harenes para el placer:
esclamaba una muger,
mientras corre en su alazano
con su cautivo abrazada.
«Bendito.....» calló turbada
porque la abraza el cristiano,
el de la cruz colorada.

Enero.—1838.





YA TENGO AMOR.



I.

Pasó de mis años tiernos
la edad hermosa perdida;
ya han marchitado mi vida
las nieves de veinte inviernos.



Veinte años ya de existir
sin saber de una existencia!
Vivir en la indiferencia,
es en la nada dormir.



Mas en mi sueño profundo,
al lejos vi los placeres,

entre el oro, las mujeres,
y entre las pompas del mundo.

—

Fácil y ancha era su entrada,
al que anheló conseguirlos,
pero despues para huirlos,
miré la puerta cerrada.

—

Solo podia salirse
de espinas por una senda;
los ojos iban con venda,
era imposible no herirse.

—

Allí el que menos gozaba,
decia que lo engañaron,
y á los que mas disfrutaron,
aun mucho mas les pesaba.

—

Temí poderme engañar
tambien, y pasé dormida
de esto que se llama vida
veinte años sin despertar!

—

Un inesplicable ardor,
un feliz presentimiento,
me anunciaba otro momento....
Ya vivo. Ya tengo amor!



II.

Ya bendigo ese sol puro y ardiente,
con su rosada luz;
ese cielo de nácar, trasparente
de delicioso azul;

—

Porque su luz fantástica ilumina,
con su templado albor,
la blanca sien de la mujer divina
que adora el corazon.

—

Ya bendigo esa noche solitaria,
de luto y confusion,
y esa lámpara triste y funeraria,
esa luna de amor.

—

Porque su faz magnífica y sublime
me acuerda su beldad,
y un blando sello al corazon imprime
de lánguido solaz.

—

Porque en su quieta y plácida dulzura,
recuerdo su sentir;
su corazon de angélica ternura,
su hechizo para mí.

—

Esas flores que esmaltan las praderas,
con su aroma y color,
retratan sus sonrisas hechiceras,
su aliento encantador.

—

Inútil yerba las juzgaba un dia,
ahora son, mujer,
corona hermosa, en que feliz ceñia,
mi amor sobre tu sien,

—

Ese viento agorero que silvaba
con lóbrego mugir,
que al alma indiferente despertaba
de su yerto dormir,

—

Le juzgo un mensajero cariñoso,
que en eco gemidor,
lleva *mi ay* en sus alas vagoroso,
y lo cuenta á tu amor.

—

Y las aves me encantan cuando trinan;
y el agua en su rodar,
y en su ruido las hojas me adivinan:
todas me hablan de amar.

—

Todo era confusion el mundo oscuro,
tinieblas, perdicion.
Todo era soledad. Su aroma impuro
me ha prestado el dolor.

—

Mas de ese triste apartamiento umbrío,
donde infeliz viví,
sin esperar.... indiferente, frio,
he volado hasta tí.

—

Y en quieta, hermosa y plácida morada,
el mundo se tornó;

y en armonia dulce y encantada,
porque ya tengo amor!

III.

Desde mi estancia triste y solitaria
observo atento el firmamento umbrio:
absorto en ella el pensamiento mio,
lejos del mundo, se remonta allá.
Lejos del mundo, que la vírgen mia,
imágen es de la que el cielo habita;
pura como los ángeles, bendita,
como la vírgen que sin mancha está.

—

Bella como es el lloro de la hermosa,
ardiente como el genio del poeta,
¡ay! se presenta á mi memoria inquieta,
como un ensueño del feliz amor!
Me parece una luz en el desierto
del caos tenebroso de mi vida:
un ángel de placer que me convida
para olvidar mis horas de dolor!

—

Sonó un reloj.—Desapareció mi encanto
al fúnebre zumbar de su campana.
Son las cinco en la noche. Si mañana
podré su son tristísimo escuchar!
Silencio y soledad en mi aposento!
Imágenes augustas de la muerte,
siempre enlazadas á mi triste suerte!
Siempre un placer seguido de un pesar!

Vuela un minuto, y volarán las horas:
Los años son sepulcro de los años;
en sus hojas de polvo, desengaños
lee el mortal de que ha de perecer!
Que todo pasa en nuestra inútil vida,
todo vuelve á la nada, á ese vacío
que no comprende el pensamiento mio.
¡Qué! ¿Todo, todo, ha de dejar de ser?

—

El compás de esa péndola me aterra;
quiero parar su movimiento.—En vano.
Pasa otro instante y otro, y mas cercano
me encuentro á mi sepulcro y mas y mas!
Y ella tambien, el ángel de mis dichas,
mi dulce amor, mi vírgen prometida....
¡Ella morir! La que me dió la vida!
Ella morir!....—Tú Dios la salvarás!

—

Espera, vírgen mia, en sus bondades.
¿No ves quemado el tallo de las flores,
del invierno aterido á los rigores,
y por abril mas bellas florecer?
¿No ves morir, y rebrillar mas puro
ese sol bienhechor, padre del dia?
¡Cómo solo el mortal pereceria
para nunca jamás ya renacer!

—

Tén confianza, sí; renaceremos
junto al sublime trono del señor:
eternamente allí nos amaremos,
allí tambien, que Dios es todo amor!

Noviembre.—1838.



LA NOCHE DE TEMPESTAD.



Muge el cierzo embravecido,
impetuoso
desgaja la añosa encina.
El rayo con su silbido
de fulgor baña horroroso
la colina.



Cruza el ave revolando,
plañidera
suelta su voz sepulcral.
Y en tanto sigue tronando
y con ímpetu lloviera
mas fatal.

Mil centellas cruzan luego;
el granizo
cae fuerte y aterrador.
El bosque se prende en fuego,
y su resplandor rojizo
dá pavor.

Inundada la campaña,
y los pinos
chascados del Aquilon,
al suelo ruedan con saña:
y crecen los remolinos
y el turbion.

En aquella noche oscura
de tempestad,
tan tremenda y espantosa;
se desliza una figura,
cual sombra en la oscuridad,
vaporosa.

Un relámpago cruzára,
y lucieron
dos ojos negros, brillantes,
que en pálida, bella cara,
noble fuego despidieron
insinuantes.

Negros cabellos flotaban
por su frente,
dulcísima, varonil,
que los vientos azotaban:
su ademan era imponente,

muy gentil.

Jubon de paño ajustado,
sombrerillo
con plumas, capa bordada
lleva el joven estasiado,
que trepaba en un tordillo
sierra alzada.

A cada paso el corcél,
tropezando
en las quiebras de las peñas,
esponia á su doncel
á despeñarse, rodando
por las breñas.

Y mas á mares llovia,
y mas fuerte
el granizo rebotaba:
y mas el frio crecia,
y al mancebo deja inerte
que cantaba.

Por airados elementos
combatido,
sufriendo ventisca y hielo:
absorto en sus pensamientos,
remontábase embevido
hasta el Cielo.

Era su cielo y su diosa
Leonor.
Y aunque imposible lo via,

en noche tan tempestuosa,
que la estrecha con ardor
se fingia.

Tambien que siente su mano
temblorosa.
Por pensar en su hermosura,
dió el mancebo en un pantano;
que en amor no es rara cosa
tal locura!

El caballo se encharcó,
abrumado
de su peso y del llover;
y de un trueno que aterró,
y de un rayo deslumbrado
se vió caer.

Entre el cieno y lodazal
el caballo se enterrára,
y el mancebo viajador
por siempre quedó mortal;
y su sepulcro encontrára,
creyendo encontrar su amor!

Agosto.—1836.





Cancion del Pescador.



I.

«Boga altiva por los mares
mi barquilla pescadora,
que no teme el cierzo airado,
ni el embate de las ondas.
Una caña
es mi delicia,
mi contento

navegar;
mis placeres
el estruendo
que mugiendo
forma el mar.
Y del cielo
la luz bella,
y la hermosa
pura estrella,
desde el barco
silencioso
con reposo
contemplar.
Ageno de pesares,
mi dicha forma los serenos mares;
en ellos fué mi cuna,
á ellos debo mi próspera fortuna.
Ni otros bienes ansío
para descanso mio,
que una choza en la playa,
una adorada esposa por consuelo,
y por amigo al cielo.
Adormido
en débil tabla,
y un abismo
en derredor,
como en lecho
de delicias,
yo descanso
sin pavor.
Mis aromas
son el aura,
que respiro

su frescor;
y por velo
tengo al cielo,
que me cubre
protector.
La serena
paz que envía
concilia
mi quietud;
y mis párpados
se cierran,
recreándose
en su luz.
Tranquilo al alba despierto;
el rocío de la aurora
mi rostro tiene cubierto.
Y cual bálsamo
suave,
se dilata,
por mi ser;
y revive
mis sentidos,
que renacen
al placer.
Veo la faz hermosa
del puro sol naciente;
fiel señalar del Dios omnipotente
la mano poderosa.
Con el alma
conmovida,
yo me humillo
ante el Señor;
y la ofrenda

de mi vida
le consagro
con fervor.
  Y percibo
allá entre el viento,
cual el eco
de su voz:
so las nubes
que es su asiento,
me bendice
el Hacedor.



II.

  Ya la tarde se adelanta
y el Héspero brillador,
entre nubes sonrosadas
á la noche precedió.
  Ya derrama el negro manto;
el dulce navegador
sus redes tiende en la barca,
y ya vuelve á su mansion.

Parda nube se amontona:
el bramido de los vientos
pone espanto;
y el pescador luego entona,
en armoniosos acentos,
triste canto:=

«Boga, barca, boga
»al puerto feliz,
»que amor y sosiego
»te esperan allí.
»Boga, que los mares
»parecen hervir,
»y abismos presentan
»de horrores sin fin.

»Las ondas al cielo
»su negra cerviz
»levantan bramando,
»y vuélvense á hundir.
»El fúlgido rayo
»traspasa sutil,
»con fuego horroroso,
»de Ocaso al Zenit.

»Un buque naufraga
»fuerte bergantin,
»es el mas velero
»que jamás yo vi.
»¡Cuál sube á los cielos
»el ronco plañir!
»Hundióse por siempre....!
»Dichoso de mí

»Que en tanto altanero
»mi leño infeliz,
»resiste á su furia,

»navega gentil.
»No, barquita mia,
»no te ofende á tí
»del Dios la venganza,
»que no le ofendí.
»Las ondas se amansan
»en torno de tí;
»los vientos se enfrenan,
»que temen te herir.
»Boga, barca, boga,
»al puerto feliz,
»que amor y sosiego
»te esperan allí.»
Asi dice:
Y traspasa sin temor
del negro mar los furores;
y al descubrir en la celeste esfera
los hermosos colores
del Iris bonancible,
de nuevo entona el pescador sensible:
«Ya distingo la cabaña
»do feliz paso mi vida;
»llorando está mi querida
»desque de ella me ausenté.
»Vuela, céfiro ligero,
»dí á la hermosa, luego dilo,
»que ya torna su Batilo
»tan amante cual se fué.



III.

Inclinándose
á la orilla
con el remo
ya tocó ;
Y amarrando
la barquilla,
salta en tierra
muy veloz.
Y gozoso
á su casilla
se dirige
el pescador.
Limpia mesa
le esperaba,
frutas secas,
pan de flor;
y una torta
que incitaba
por lo blanca,
y por su olor.
Y una hoguera
que lucía,
y en la choza

despedia
apacible
su calor.
Y donosa
una doncella,
mas hermosa
que el amor;
que á su seno
le estrechára,
y con mano
cariñosa
le limpiára
su sudor:
y en la frente,
codiciosa,
le besára
ruborosa,
sin mentira
y con ardor.

Feliz se sienta á cenar;
es cosa digna de ver;
no se cansa de admirar
los ojos de su muger,
ni el vino que ha de libar;
y bebe hasta enloquecer
y no cesa de mirar.

Y sus ojos
encendian
á la bella
de rubor,
y en silencio
la pedian
recompensa

á tanto amor.
Y la hoguera
que alumbraba,
diz que entonces
se apagó,
y entre sombras
sus placeres
inocentes
confundió.
Al nacer
del nuevo dia,
cuando el sol
puro brilló,
en el seno
de la esposa
recostado
se veia,
con la frente
sudorosa
al amante
pescador.



¡Quién no envidiará el estado
del feliz navegador.....!

Marzo.—1837.



A MI AMIGO

D. Antonio María Esquivel.

En esas playas amenas,
deleitosas y serenas,
á donde el sol del Oriente
viene á robar á Occidente
el oro de sus arenas:



En las florestas sombrosas
de la encantada Sevilla;
que con guirnaldas hermosas
le ciñen siempre de rosas
al Guadalquivir la orilla:

En donde está la Giralda
y el regio Alcázar del Moro,
y al pié, tendida en la falda
de aquel campo de esmeralda,
la parda *torre del Oro*:



En esa ciudad de amores,
de ilusiones y de bellas,
en donde eternos albores
le roban al sol las flores,
y á la luna las estrellas:



En donde campos, llanuras,
arboledas y sombríos
prados, valles, espesuras,
montañas altas y escuras,
arroyos, fuentes y rios



Tan hermosos se os ofrecen
en cualquiera lontananza
á los ojos, que parecen
cual ilusiones que crecen
mentidas por la esperanza:



Y tanto se aumenta al vello
la suspension y el hechizo,
que muchos juzgan si en ello
quiso Dios poner el sello
de lo mas grandioso que hizo:



Allí, donde es doble vida
gozar la vista y sentidos,
solo hay un alma abatida,

sin lumbre, ciega, afligida,
que los lamenta perdidos!



Porque para hacer mayor
su tormento y padecer,
quiso el angel tentador
sufriese el mayor dolor,
perdiendo el mayor placer.



Oid la amarga querella
de su ansioso corazon:
si el alma es facil rompella,
sin duda pedazos de ella
sus tristes lamentos son.



«¡Ay del que vida y favor,
y felicidad mundana
sacrifica al esplendor
de aquella esperanza vana
que alienta el nombre de *honor!*



»Desventurado de aquel
que en tales renombres sueña,
que ve en el cielo un laurel,
y por atreverse hasta él
de las nubes se despeña!



»¡Ay de aquel que conociendo
que su vida es polvo inerte,
que va al olvido cayendo,
prefiere encontrar la muerte
que le eternice muriendo!

»¿Para qué la inspiracion
brota aun gigante en el alma?
Del genio la exaltacion,
del númen la creacion
por qué aun me brindan su palma?



»¿En la eterna noche escura
en que vela mi memoria,
por qué con tanta hermosura
deslumbra la estrella pura
del porvenir de mi gloria?



»¿Por qué me dás pensamiento,
Señor, de tanta osadía,
cual es sentir como siento,
que el mundo no es buen asiento
para almas como la mia?



»Levanta, mi Dios, te ruego
tu tremenda maldicion
del triste olvidado, y ciego:
vuelve á mis ojos el fuego,
ó apaga mi corazon!



»Y si ya de tal olvido
mi nombre á salir no alcanza,
de ese sol que ya he perdido,
un rayo ardiente te pido
que abrase tanta esperanza!»



Infelice se querella
asi su alma en su afliccion;
y si es posible rompella,

no hay duda, pedazos de ella
sus tristes lamentos son.



Alienta, Esquivel, alienta;
no es un vano desvarío
él que tus fuerzas sustenta;
á la abrasada tormenta
sucede el sol y el rocío.



Aun no se habrán marchitado
de tu juventud las flores;
si tus fuentes se han secado,
sus cáuces han desatado
de llanto los trovadores.



Fértiles serán tambien,
porque son de amigos fieles;
y como te quieren bien,
fecundarán en tu sien,
siempre verdes tus laureles.



Si ya no vés el camino
que hácia el porvenir te guia,
y si ya débil, sin tino,
hácia aquel rumbo divino
hoy no aciertas como un dia,

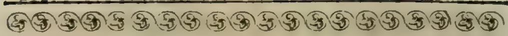


No importa, que ya tu planta
pisó el trono de la gloria:
tu frente augusta levanta,
que inmortal tu nombre canta
con sus cien lenguas la historia.

Y asi, infeliz, no receles
se desprendan de tu sien,
pues no los ves, tus laureles:
descansa; los guardan bien
tus muchos amigos fieles!

Abril.—1840.





LA MUERTE.



Ansioso busca entre la lid guerrera
Su fin el bravo, mas se siente herido,
Y al juzgarse mortal, entristecido
Sus ojos vuelve á la natal ribera.
Desde su angosta y miserable estera,
Entre miseria torpe confundido,
El avariento á su tesoro unido,
La triste muerte con pavor espera.
El amador por su beldad querida,
La madre por el hijo, el tierno hermano
Por la adorada hermana de su vida;
Todos su yugo tiemblan inhumano.
Todos la aguardan con pavor y susto,
Solo á su vista se sonrie el justo!

Diciembre.—1836.



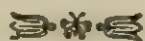
LA VIDA OSCURA.



(Imitacion de Fr. Luis de Leon.)

—

Tengo, Fabio, una gruta
Entre dos peñascales escondida,
Donde mi alma disfruta,
De sustos defendida,
Y de ambicion, un nuevo ser de vida.

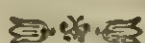


No hay relucientes jaspes,
Ni vasos de oro con primor labrados,
Ni perlas que al Idaspes
Robáran mis pasados
Abuelos, en el crímen abezados.

Tan solo la embellece
El tardo caracol, con variada
Concha, que resplandece
A la luz, que dá entrada
La yedra por mi mano entrelazada.



Dosél de terciopelo
No oculta mi cabeza, ni tapices
Arrastran por mi suelo,
Mas piso los matices
Del clavel, y me cubre el alto cielo.



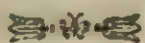
Las horas se deslizan
Al amor consagradas con dulzura,
Y jamás me horrorizan
Fantasmas en la oscura
Noche, que anuncian triste desventura.



Al despuntar la Aurora,
En el arbol la dulce Filomena
Con su voz me enamora,
Y mi alma se enagena
De la Natura al ver la grande escena.

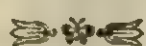


Y cuando tú, soñando,
Sobre tu pecho miras los aceros
Del enemigo bando,
Estoy yo en los oteros
En torno de mis cándidos corderos.



No costosos manjares
Se sirven en mi mesa, limpia y pobre;
Mas, libre de pesares,

Quiero que en ella sobre
Apetito, y mi calma no zozobre.



Tu lira las hazañas
Canta del griego valeroso Aquiles,
Y yo de verdes cañas
Con flauta, en los rediles
Presido alegre danzas pastoriles.



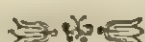
Ven, Fabio, si quisieres,
A gozar de la dicha que poseo;
Los honestos placeres
Serán nuestro recreo,
Y ejercer la virtud comun deseo.



Llega, engañado sabio,
Llega á la gruta de los peñascales,
Beberá aquí tu labio,
Entre ocultos cristales,
La ciencia de hacer bien á los mortal



¡Oh gruta placentera!
¡Almo reposo y mi feliz seguro!
¡Quién hay que no te quiera,
Si en ti se anida el puro
Placer, en un estado tan oscuro!



Lejos de mí sospechas,
Vanos deseos, sórdida avaricia;
Y si acaso me acechas,
Tú del mundo codicia,
No turbes de mi gruta la delicia.

Pobre tumba levante
Cabe ella, la amistad á mis despojos;
Y atento el caminante
Observe por sus ojos,
Virtudes sepultadas entre abrojos.

Diciembre.—1837.





EL CABALLERO.

Se esconde la blanca luna
confusa y amedrentada,
cuando en el oriente oscuro
rayando aparece el alba.
Entre nieblas se distinguen
las alturas empinadas,
y las torres gigantescas
en las nubes se retratan.
Vénse salir las ciudades
cual del fondo de la nada,
mecerse las arboledas,
reverdecer la campaña.

Entre variados celajes,
que tiñen púrpura y nacar,
el sol hermoso nacia
sobre riscosa montaña,
cuando un airoso mancebo
cubierto de todas armas,
hácia un castillo arabesco
silencioso caminaba.
Monta un alazan boyuno;
es su corcel de batalla;
de fuego la sangre tiene,
y los arneses de plata.
Terrible y triste se ostenta
el paladin que cabalga;
los pesares de su pecho
publican sus negras galas;
su edad el bozo naciente,
y sus suspiros que amaba.
Tambien son negras las plumas
que sombrean su celada,
y en el creston del almete
al viento ondulan rizadas.
En la túnica que oculta
su fuerte cota de malla,
y en sus finos rapacejos
confuso el sol se retrata.
Era de color oscuro
y siniestro de venganza,
de un amarillo sombrío,
sombrío como su cara.
Sus negros ojos rasgados
lucen cual pálidas ascuas;
su mustio brillo descubre

no tiene el pecho esperanzas;
mas su entrecejo y sonrisa
espresan celos y rabia.
Es bizarro en su apostura,
gallardisimo en su traza,
bello su semblante, y fiero
seducia y aterraba.
Sueltas las riendas preciosas
sobre el cuello de su alfana,
su vista fija en los cielos
el paladin suspiraba.
Sudoroso y fatigado
paróse el bruto en su marcha;
inmóvil quedó el mancebo,
y cual si fuera una estátua
apoyado en el arzon,
miró correr la mañana,
sin sentir la lumbre ardiente
de un sol de estio que abrasa,
ni en su pecho enamorado
el peso de su coraza.
Pardiez quien de amores sepa
no lo juzgue cosa estraña!
Una vuelta del corcel
hizo resbalar la lanza,
y en la frente hirió al mancebo
y en su sangre la bañára.
«Sangre me cuestas, María,»
dijo con voz apagada.
Una lágrima ardorosa
de su pupila resbala,
y distrayendo al guerrero
le hace proseguir su marcha.

Espolea su bridon,
cercano llega á el alcázar;
un vijía dá el alerta,
el puente rápido baja;
chillan las puertas de fierro,
entra él de las negras galas,
y el caballero amador
pensando siempre en su dama.

Agosto.—1839.





La Cita en el Mar.

Ya la luna
se avecina,
luz divina
baña el mar.
Vén, hermosa
pescadora;
vén, ya es hora
de vogar.

En el cielo
las estrellas

vierten bellas
su fulgor:
Sus destellos
vivos, rojos,
en tus ojos
son de amor.

Ya la brisa
de Occidente
blandamente
bate el mar:
Y las ondas
vá besando,
con su blando
suspirar.

Muere el sol;
los orizontes
con los montes
confundí:
Ya no hay luz,
la noche pasa,
y es escasa
para mí!

De las aves
los arrullos,
los murmullos
de la mar,
Los suspiros
de las hojas,
son congojas
por gozar.

Lanza el pájaro
marino,
dulce un trino
vibrador,
Y oye el ave
solitaria
la pregaria
de su amor.

Y aun las nubes
vagorosas,
temerosas
al pasar,
Al rozarse
débilmente
se las siente
enamorar.

Vén, no tardes
pescadora;
vén, ya es la hora
del favor.
Ves la luna
y las estrellas,
pues con ellas
se huye amor!

Vén, quizá
su lumbre vana
ya mañana
no has de ver:
Y al morir
esas estrellas

muere en ellas
tu placer!

Vén, que se huyen
ya del cielo.
Dá consuelo
al pescador.
No asesine
tu tardanza
la esperanza
de su amor!

Agosto.—1840.





El Halcon.

Libre otra vez, y sin prision te admiro
Ave sublime de la oscura Creta,
Surcando por los cielos de zafiro,
Globo de blanco tul;
Y mi arrobado espíritu se encanta,
Al remontarse en tu atrevido vuelo:
Y hasta esa hermosa nube se levanta
de trasparente azul.

Halcon glorioso en los anales de oro,
Allá en la edad de romancescos fueros;
Ave que al Dios que se transforma en toro

Pudiste merecer:
   Grato recuerdo de hazañeras lides,
Allá en los tiempos de marcial pujanza;
Tú coronaste el hombro de los Cides,
Débeste envanecer.

   Halcon feliz, la coronada villa
Del ilustre Fernan tú ennobleciste,
Cuando del feudo libertó á Castilla
Un corcel y un azor.
   Y ese pueblo vestido con tu gloria
Te vé cruzar sobre sus pardas torres,
Sin consagrar un ay! á la memoria
de tu heredado honor!

   Entonces sí, las opulentas damas,
Ofrecian la nieve de sus cuellos
Bajo tus pies, cual nacaradas ramas
En que posases tú:
   Y con sus manos, la vistosa espuma
Crespar solian de tus blancas alas,
Preciando en mas la plata de tu pluma,
Que el oro del Perú.

   Y del hidalgo el humildoso page
Con paños de oro tu cerviz pulia,
Tu corvo pico y lúbrico ramage
Dejando cual cristal.
   Y aunque te hacias leve con las damas,
Al pesar sobre el guante del guerrero,
Sus brazos fuertes, como flacas ramas
Doblabas colosal.

Antes el rey de cazas y festines;
Ahora en esa admósfera perdido;
Antes blason de ilustres paladines
Y su encanto y su amor:
Y ahora solitario en las llanuras,
Vagando combatido por los vientos:
Atomo imperceptible en las alturas!
Pero libre y señor!



Libre sí, como en las cumbres
de esa gigante montaña,
que con sus torrentes baña
turbulento el ancho mar.
Donde la egipcia columna
puso el Hércules Trajano;
grabando atrevida mano
«Ya no hay mundos que surcar!»



Tú, señor de esos espacios,
pudiste burlar los mares,

penetrando ocultos lares
y desmintiendo su augur:
  Tornando aquí por trofeos,
aun salpicadas tus plumas,
con las brillantes espumas
de los cristales del Sur.

Tú calaste la alta nube
que sirve de basa al cielo:
tú remontaste tu vuelo
hasta coronar al sol:
  Que como un hijo del viento,
alas del Noto vestías,
con que raudo discurrías
todo el confin español.

Entonces sí que eras grande,
sobre las nubes erguido,
entre los vientos mecido,
con libertad y poder
  De rasgar del Firmamento
esa nube parda y densa,
llegando á la sombra inmensa
del vacío y del no ser!

Pero tan cerca del sol
no es mucho te deslumbráras,
y que el fausto ambicionaras
de la opulenta ciudad:
  Llorando pronto en los lazos
del cazador que te engaña,
tus nubes y tu montaña,
perdidas por vanidad.

En vano despues el viento
prestaba impulso á tus alas:
del campo en vano las galas
y del sol el rebrillar.
¡Qué valen ay los encantos
de sus pintados celajes,
si tus vistosos plumages
ya allí no pueden volar!

O solo un instante breve
se holgará allí tu esperanza,
pues vás al aire en fianza
y es la tierra tu prision.
Suena á tus plantas un grillo
que vá contando tus penas;
y aunque de oro, son cadenas
y te acuerdan lo que son!

En vano olvidarlo intentas
entre el crugido del viento,
ó del rayo violento
entre la ronca esplosion:
Que del cascabel sonoro
jamás te se aparta el ruido,
que vá contando á tu oido:
«Volverás á tu prision.»

Y entonces ya, por venganza,
cebaste la garra fiera,
en la garza mas ligera
que por tu nube cruzó.
Venganza que tú sentias,
ejecutando á despecho,

que noble nació tu pecho,
y el matar no es noble, no!

Y es prueba de tu nobleza,
sin tratar de huirte lejano,
volver humilde á la mano
la presa á depositar:
Queriendo librar al viento,
de tu fianza prestada,
ó con tu pluma manchada
á tus verdugos culpar.

En vano despues las damas
con sus bórdados cendales,
borran las rojas señales
que ensangrientan tu collar;
Y en vano aplausos te ofrecen
infanzones y donceles,
mientras sus manos crueles
tu grillo hacian sonar.

En vano luego aliñaban
puliendo tus ricas plumas,
porque de nuevo presumas
de su pompa y brillantez;
En la vistosa alcandára,
colocándote entre flores,
para fingirte verdores
que te robaron, pardiez!

Pues por término, los pages
con paños que sedas tejen,
y que perlas entretejen,

ceñíante el caperuz.
   Rey sus cantos te decian,
y á tu pié sonaba un grillo;
y volvíante á un castíllo,
á vivir sin ver la luz.

Soñaste entonces los campos
de tus florestas hermosas;
y las fuentes deliciosas
del apartado espesor:
   Y el verde ramo del sauce,
en cuya copa mecido,
fué tu columpio y tu nido,
y la mansion de tu amor!

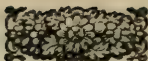
Soñaste entonces las auras
de tu apartado orizonte,
cuando el Olímpico monte
en sus cumbres te anidó:
   Que, ó fué una nube tu cuna,
ó lo fué el monte divino;
te llaman: «El Peregrino,»
porque el hombre la ignoró.

Pues bien, ya has vuelto á tus nubes
y á tus perdidas montañas:
ya tuyas son las campañas
y del sol la claridad;
   Olvida añejas usanzas
de deslumbrantes honores:
bien lo sabes, los mayores
no valdrán tu libertad!

Ave noble y generosa,
tú heredaste la hidalguía:
te bastó la compañía
de tantos buenos á fé.
Y perpetuado en tu raza
tal blason ya considero,
pues te miro caballero,
y en tus espuelas se vé.

Si alguna vez ofuscado
por tu desvanecimiento,
aun tu loco pensamiento
pide al mundo admiracion;
Sin que te vendas, no olvides
la inspira ya tu nobleza,
tu hermosura, tu grandeza,
y hasta tu nombre de Halcon.

Octubre.—1839.





AL ACTOR

D. Carlos Latorre.



Aun vibra el eco de su voz doliente.
Y en mi oido tiernísima resuena;
Dulce como el murmullo de la fuente,
Que derrama su lánguida corriente
Con grato son por la menuda arena!
Aun refleja en mis ojos su mirada
Llena de afan, de amarga pesadumbre;
Y el alma, en sus destellos abrasada,

Aun se siente ofuscada
Del resplandor de su brillante lumbre!
Aun brota de mis párpados el llanto:
Y aun con mis ayes se estremece el viento;
Y se comprime el corazon de espanto,
Y de dolor se inflama el pesamiento!
Aun oigo de su loca carcajada
El ruido lastimero y penetrante;
Y mi sangre aun helada,
Se agolpa al corazon acelerada
A sostener el ánima espirante!
Porque nunca sentí lo que al mirarte,
Sublime actor, de inspiracion divina;
Ni alcanza nunca en su poder, el arte
A dominar como tu voz domina.
Porque el genio vibraba en tus acentos,
Y su voz poderosa
Suspiraba en tus hondos sentimientos.
De su inspirado fuego era la huella
La que miré en tu frente generosa;
Y la hermosa centella
Que en tus ojos ardia,
La que inflama del genio la luz bella.



Honor del suelo de la patria mia;
Orgullo y prez de la española escena,
Gloria, gloria á tu nombre,
Y al talento inmortal, que en tí su vena
Vertió rica de encantos y armonia:
A ese talento que labró de un hombre
Una deidad que nos consuele hoy dia.
Yo envidio tu poder! Ver cual las hojas

Que tiemblan en el arbol vacilante,
Temblar un pueblo entero en tus congojas,
O verle en tu alegria delirante!
Pensar que de ese mar tan proceloso
Las encrespadas olas,
Que huellan hasta el trono poderoso,
Vienen despues á doblegarse solas
Ante las plantas del actor glorioso!
Conocer en sus almas alto imperio;
Dominar de mil gentes los sentidos;
Descórrer de sus hondas sensaciones
Con una voz el singular misterio.
Triunfar de sus frenéticas pasiones;
Llevar á un pueblo inmenso, arrebatado
En pos del entusiasmo y del talento,
O hasta dejar su pecho destrozado,
O hasta henchirle de gloria y de ardimiento!
Yo envidio ese poder! Yo amo esa gloria!
Y en tí, sublime actor, ya la admiraba
Cuando en cantar soñaba
Los nobles hechos de la antigua historia
De mi patria querida;
Que en tí encontró la imágen mas preciosa,
Que á su muerto poder le diese vida.
Porque el arte, en tu mente prodigiosa,
De aquellos dulces tiempos que pasaron,
El retrato magnífico escribia;
Y los antiguos siglos encontraron
En tí quien sus destellos reflejára,
Y diera luz, á lo que ya harto avara
La muerte entre sus nieblas envolvia.



Hijo de Osian, yo te seguí á los montes,
Y me hiciste soñar con los gloriosos
Bardos, de los confusos orizontes
De Morvèn, vaporosos.
Hasta en tu acento y espresion, creia,
Y en tu porte y semblanza que veia
Al noble Oscar, al que adoró Malvina;
Al mismo que en la tumba religiosa
De Fingal suspiraba,
Bajo el rumor de la sagrada encina.



Contigo traspasé por la famosa
Ciudad de Tebas; y en tu sien proscrita
Vi la raza de Labdaco maldita.
Conocí al matador del fuerte Layo;
Al parricida cruento
Que los dioses hirieron con el rayo:
Al Edipo infeliz, que en su tormento,
Abrazado á las prendas de su vida,
Antes de abandonarlos,
Los lares de su patria tan querida
Con llanto y flores iba á coronarlos!
Cada accion, cada voz, cada mirada
Triste, sentida, lúgubre, inspirada,
Tan al vivo á mis ojos lo mentia,
Que por verdad el alma que lo via,
Sin duelo lo lloró despedazada!



¿Mas á qué señalar entre tus glorias
Ninguna por mas grande, cuando han sido
En ti tan señaladas las victorias,

Que tu genio inmortal ha conseguido?
Tu patria nunca las pondrá en olvido:
Ella se goza altiva en tus memorias,
O noble actor, orgullo de mis lares!
Mira, Maiquez, Lekain, tu amado Talma,
Hoy consienten cortar de sus altares
Para tu sien la inmarcesible palma;
Ya que no alcance en mi entusiasmo el alma
Sino á escribir tu nombre en mis cantares!

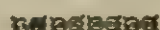
Mayo.—1841.



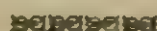


PRENDA DE AMOR.

Mi vida, la hermosa de lánguidos ojos,
De brillo hechicero, de luz celestial;
Aquella que tiene los labios tan rojos,
Que afrenta la grana y el limpio coral.



Mi niña, la hermosa, de tez transparente,
Que cruza cual nácar la vena sutil,
La de alma fogosa, morena de frente,
Garrida de talle, cual palma gentil.



Asi Dios florezca tus años tan bellos,
Con flores hermosas y frutos de amor,
Y en pago una trenza de hermosos cabellos
Al fin te merezca mi amante dolor!

Octubre.—1840.



SUS OJOS.

En el templo del Señor
entré á buscar dulce calma,
y allí, muger, perdí el alma,
y allí conocí tu amor.

—

Pura, fantástica, hermosa,
ante otra Virgen de hinojos;
virgen la de bellos ojos,
eras del templo la diosa.

—

Con modesta compostura,
tu frente inclinada al suelo,

cual descendida del cielo
me pareció tu hermosura.

—

¿Por qué, si bella naciste,
tan joven, y tan tranquila?
¿En tu corazon no oscila
un amor? ¿Nunca quisiste?

—

¿Por qué, muger celestial,
no anhelas sentir su fuego?
Vivir en tanto sosiego,
es dormir sueño mortal!

—

Abre tus ojos, muger,
á ese amor tan delicioso:
no ambiciones mas reposo,
que el descanso del placer.

—

Aquella inquietud ardiente,
aquel divino anhelar,
aquel tierno suspirar
que agita lánguidamente.

—

Cuando tus ojos clavados
en tu bien, como en el cielo,
pierdan la idea del suelo
tus sentidos conturbados:

—

Cuando en un mar de dulzura,
en otros ojos perdida,
con su lumbre estremecida,
anegada en su ternura;

—

Respirando el fuego hermoso
que revela su inquietud,
vivas absorta en su luz.....
solo es dulce ese reposo!

—

Sí, tus ojos, virgen mia,
sus divinos resplandores,
son fieles inspiradores
de mi joven fantasía.....!

—

A torrentes verterán
las delicias y el placer:
abre esos ojos, muger,
de amor al plácido afan.

—

Que abrasen con tierno hechizo;
que encanten con su dulzura:
ojos de tanta hermosura
Dios para el placer los hizo.

—

¡Qué bellos serán, muger,
en su convulsa agonia!
¡Qué ardorosos, virgen mia,
anegados en placer!

—

¡Qué gratos en su dolor!
¡Qué hermosos siempre, señora!
¡Cuánto mas bellos que agora
cuando enloquezcan de amor!

—

Cuando ardientes, cariñosos,
lánguidos, mústios, sin vida,
prueben un alma perdida

en ensueños voluptuosos!

—

Yo, que adiviné su encanto;
yo, que entusiasta nací,
algo, muger, merecí
en ello y en querer tanto.

—

Mírame con blando ardor,
muger, la de ojos tan bellos;
en trueque, toma por ellos
el alma de un trovador.

Julio. — 1840.





JULIA!

Goza esta vida engañosa;
dura tan poco esta vida!
Menos que dura una hermosa,
menos que dura una rosa;
no pierdas tu edad florida!



Si llaman sueño al vivir,
porque engaña debe ser;
que no es mi amargo sentir
un sueño, ni tu existir,
ni tus encantos; muger.

O sueño lo han de llamar
sin duda por ser tan breve:
ó acaso, porque el gozar
es solamente soñar
en lo que el alma se embebe!



Pero en fin, pues que nacemos
á este sueño condenados,
mientras vivimos, soñemos,
y al menos asi gocemos
placeres aunque soñados.



Pero vos ni aun lo soñais,
y muda impasible agora,
ni el mañana adivinais,
ni tributo al mundo dais,
y se lo debeis, señora.



Julia, ese sol brillador
¿por qué presumes que brilla?
Porque renazca la flor
al rayo consolador
que fecunda su semilla.



¿Por qué tan bella la luna
y tan vivas las estrellas
doran la sombra importuna?
Porque no fueran tan bellas
no habiendo tiniebla alguna.



El rio corre y murmura,
para vestir de esmeralda
la verdecida llanura,

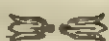
y de esta la alfombra pura
sirve al río de guirnalda.



El arroyo creador
con su son lúgubre y blando,
aunque busca el espesor,
por servir al viajador
vá, aunque oculto, susurrando.



Y vierte áljofar la Aurora
sobre la flor marchitada,
y el ambiente la enamora;
que sin sér útil, señora,
no existe en el mundo nada.



Si la luna y las estrellas,
y el rio y el alba pura
sirven á cosas tan bellas,
tú, mas divina que aquellas,
¿vivirás en noche oscura?



¿Por qué tan bello color
le presta el lirio y azar
á tu rostro encantador?
O es para inspirar tu amor,
ó para inspirarte á amar!



¿Por qué tan pura en tu sien
es la modestia, señora?
¿Por qué tu honesto desden,
para parecer tan bien,
tu faz de pudor colora?

¿Por qué tu mente se agita
cuando en Ovidio se inflama?
¿Por qué cuidosa medita
y juzga espresion bendita
la que con amor se llama?



¿Porqué del seno el ardor,
y el lánguido suspirar
de ese pecho encantador?
O es para inspirar tu amor,
ó para inspirarte á amar!



No puedes, no, disponer
de tu existencia, mi vida:
hermosa hubiste nacer,
nacida para el placer,
aunque por tu mal nacida!



Dios al crear una bella,
producir quiso una estrella,
que alumbre la noche oscura
de esta vida de amargura,
y consolarnos con ella.



Legar quiso una deidad
por su guardadora al hombre
que adore en su voluntad:
pues es su diosa, en verdad,
la muger con este nombre.



Porque una muger hermosa
en un destino sombrío,
es la esperanza de rosa;

es cual la brisa amorosa
para el quemado escampío.



Cual el rocío á las flores;
para el cielo el arrebol,
de mil pintados colores:
para el hombre sus amores,
su Dios, su vida, su sol!



Y tù, Julia; mi ilusion,
la mas hermosa entre aquellas
que las mas hermosas son,
la de hielo el corazon,
y los ojos cual centellas;



Deja sentir tu alma ardiente
y tu ilusion exaltarse;
goza tu brillo presente,
que las flores de repente
suelen sin abrir quemarse!



Goza esta vida engañosa;
dura tan poco esta vida!
Menos que dura una rosa;
menos que dura una hermosa:
ah! no la llores perdida!

Octubre.—1839.





Al pié de su Celosía.

ORIENTAL.

Pálida luna serena
en cielos azules brilla:
sobre el creston de una almena
flota una enseña amarilla.
Detrás de sus verjas de oro
medrosa escucha una Hurí:
bajo la verja está un moro
que canta su amor así:
«La de los ojos de fuego
que al sol le roban su luz,
la que desdeña mi ruego,

perla del suelo andáluz:

La Hurí que ofrece el Profeta
en nuestros cielos de ofir,
bello ideal que el poeta
suele entre glorias fingir:

La que aman tantos donceles,
la que envidian tantas moras,
la de labios cual claveles
y risas encantadoras;

Sombra hermosa del placer
que miro entre ensueños de oro,
la que adiviné al nacer,
la que desde niño adoro;

Unico ser de mi vida,
la mora de mis amores,
¿por qué estás, dime, ofendida?
¿Por qué me muestras rigores?

¿Algun pechero villano
tal mengua en tu fé me hizo?
Será algun perro cristiano,
ó un alarbe fronterizo.

Dicen que cuento favores
que no te lós merecí,
que enseño prendas y flores.....
mal haya quien miente así!

Cuidoso estoy por sabello,
y te juro, mi sultana,
que ha de pagar con su cuello
tal bastardía villana.

No es por mi vida doncel,
y te ha mentido por Dios;
dejaré de ser Gomel,
ó nos habremos los dos,

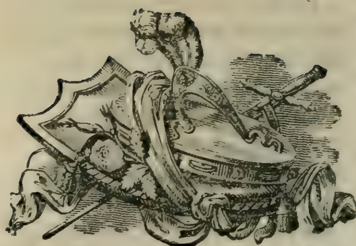
Sultana del alma mia,
¿y tú por qué le has creido?
En toda la moreria
tu Zaide es bien conocido.
No por sedas ni colores,
ni en zambras ni en invenciones:
que el recordar sus primores
no es de cuerdos infanzones:
Por lo que soy conocido
es por guardar un secreto,
por no mostrarme ofendido,
que el disimulo es discreto.
Porque á las moras no ofendo
y las miro con mesura;
porque su porte defiendo
sin ofender tu hermosura.
Otras, bella, te dirán
si tengo prendas cabales,
y á fé no te mentirán,
que en ello juzgan parciales.
Pregúntales..... pero no,
que en ello me ofenderias;
tu pecho me disculpó,
sino, no me escucharias.
Tres años te sirvo, hermosa,
en juegos, zambras y cañas,
con tus colores de rosa.....
y son por tí, no te engañas.
Tres años pasé á tus rejas,
tú bien lo sabes, señora;
ni aun el aire oyó mis quejas......
poco habla quien bien adora.
Sabrás que te amo, sultana,

por los ojos con que miro,
mas no por mi voz liviana
que á lo mas lanza un suspiro.
Quien así supo esconder
tanto delirio hasta ahora,
quien bueno supo nacer
y de raza valedora:
¿Ha de vender tus favores?
Ah! no conocen á Zaide!
Pues bien sabrán los traidores
que soy de la Algaba alcaide!
Quien guarda presos cristianos
y guarda torres alzadas,
guarda deseos profanos
y palabras destempladas.
El rey Chico en mi confia
su Algaba, por mi valor:
que guardo bien, vida mia,
¡ay! tú lo sabes, mi amor.
Cuando la luna nacia,
cuando el alba despuntaba,
al pie de esta celosía
tus muros siempre rondaba.
Muéstrate afable, sultana,
la de mis ojos señora:
abre esa ojiva ventana,
muestra á mi noche tu aurora!
Abre esa verja, mi diosa:
gloria de un moro andaluz:
mire tus ojos, hermosa,
que absorto vivo en su luz!»



Suspirando, calló el moro.
Con toca mongil velada,
abriendo las verjas de oro,
salió la Hurí suspirada:
Y arrojándole un liston
verde como la esperanza,
dijo á Zaide, con pasion:
«El discreto mucho alcanza.»

Agosto.—1837.



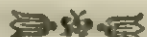


A LA PAZ

DE LOS ESPAÑOLES.



Gloria, entusiasmo, inspiracion ardiente
Batallan en mi joven corazon:
Para espresar, no bastan, lo que siente,
Gloria, entusiasmo, anhelo, inspiracion.

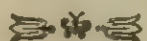


No cabe en cuanto encierra el sentimiento.
Solo sabrá lo que es la humanidad:

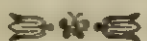
Aun apenas lo abarca el pensamiento.
¡Quién concibe las glorias de la Paz!



¡Paz! repetidlo, ilustres castellanos;
Olvido á las injurias, paz, union.
No hay enemigos ya, todos hermanos;
Todos unos: España la Nacion.



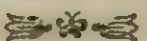
¿No proclamais el nombre prodigioso?
¿Sola dejais la voz del trovador?
¿Cómo llegar su acento poderoso
Del septentrion al polo abrasador?



¿Cómo contar á la asombrada tierra
Los rasgos de nuestra ínclita nacion?
¿Cómo sabrá que nuestra infanda guerra,
Una palabra terminó: «La Union!»



¿Quién les dirá que el brazo que estendieron
Los nuestros para hacerse mil pedazos,
Al noble impulso de la paz rindieron,
Llegando solo á prodigarse abrazos?

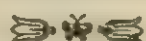


No, no lo creerán: tanta grandeza
Ciudad ninguna en sus anales vió:
Ligarse sí, á rivales con nobleza,
Y aun perdonarles..... abrazarles.... no!



Al ver egemplo de valor tan raro,
Debió pararse y escribirle el Sol:
Mas sí lo creerán; creerlo es claro,
Al saber que era ejército español.

Pobres ancianos, virgenes llorosas,
Que perdido mirais vuestro sosten;
Huérfanos tristes, míseras esposas
Que en duelo y luto suspirais tambien:



¡Paz, paz! Ah llegue el eco delicioso
Cual bálsamo suave de placer,
Y vierta en vuestro seno congojoso,
Esperanzas sin fin de nuevo ser!



Dad vigor á mis cantos, ciudadanos,
Mis ayes de placer los ahogarán.
Gritad conmigo: «¡Paz! ¡Todos hermanos!»
Quién me diera la voz del huracan!

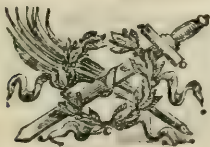


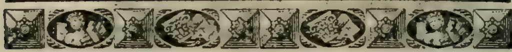
Mas sí, aunque débil sonará terrible
En donde quiera que ilumine el Sol.
¿Quién no la escuchará siendo sensible?
¡Quién no la cantará, si es español!



Entre diosas la paz se os asegura,
Isabel y Cristina, ¿no las veis?
¿Dudareis de su amor, de su ternura?
No habrá huérfanos, no, madres tendreis!

Setiembre.—1839.





La demanda del Frontero.

A vos en Castilla el Rey,
el que fablan josticiero,
mercé vos pide un frontero,
mercé que es josticia en ley.

Tenedes por servidor
(é non lo merece el sello)
un hijodalgo, D. Tello,
de Castrojeriz señor.

Ese de Castrojeriz
con los homes zizañero,
con las damas fallaguero,
el menos bravo en la liz;

Sepádes que tuvo antojos
que non los debió entojar,
ca tentó de captivar
á mi dama con sus ojos.

Le advertí, é non se cuidó,
en falagalla él seguia;
le fablé en su demasia,
é bien audaz me fabló,

E aun me hubo de denostar;
de solo á solo le reto,
—Vueso plazo non aceto
(me dijo) catad medrar.

Sin mote, é por nombre Ortiz!
non vos quiero por rival;
un ruin frontero, non val
D. Tello Castrojeriz.

Ansina, Enrique, nobleza
si me he de medir con él,
que menos con un doncel
non puedo haber igualeza.»

E viéndome aun querelloso
«Cresced primero, rapaz,»
dijo, é firióme en la faz,

que aun lo cuento vergoñoso.

Fágame á mí su grandía
doncel, para entrar en liz,
con el de Castrojeriz,
é vengar su alevosía.—

Marzo.—1837.





D. SANCHO EL DE PEÑALÉN.

ROMANCE HISTORICO.

Sobre alcatifas de Persia
de finisimos bordados,
recostada en los andenes
de su gótico palacio,
en pláticas de amor dulce
y en tiernísimos halagos,
folgaba Doña Placencia
con el noble rey D. Sancho.

La pálida faz desvia
de los amorosos brazos,
lánguida exhala un suspiro,
y sus ojos anublados
de placer inconcebible
en el mancebo fijando,
con ternura deliciosa
que revela sus encantos,
asi dudosa decia:
—¿Es un delirio abrasado
que fascina mis sentidos,
ó un sueño de amor acaso
lisonjero, engañador?
Mas no, no es fatal engaño;
yo siento el corazon mio
junto al vuestro, palpitando:
cual respiro el fuego ardiente
que destilan vuestros labios,
y cual se inflaman los mios
al amoroso contacto!
Al cielo por fin le plugo
volver á anudar los lazos
que con cadena feliz
un tiempo nos estrecharon!
Mas, ah! que temo perderos,
y tiemblo funesto el hado,
que cuando dichas anuncia
precursoras son del llanto!
Ah! nunca, nunca la aurora
torne su luz á los campos,
las sombras solo dominen,
eterno sea su manto.
Vivir por siempre quisiera

sumerjida en mi letargo
de amores, que temo, ay Dios!
del sol los primeros rayos.»
De nuevo su faz reclina
en el pecho sollozando,
y mas hermosa aparece
á los ojos del amado.
Sus temores asegura,
imprime un ósculo blando
precursor de mil delicias
que los esposos gozaron.
Las nubes un denso velo
en torno forman opaco,
y de ellas desciende amor
sonriendo junto al tálamo;
su faz la luna escondia
medrosa, de no turbarlos,
y solo se oyen suspiros,
de placer un eco lánguido.
Suena un guerrero clarin
en las bóvedas del patio,
y la voz de un centinela
y la marcha de un caballo.
Doña Placencia sonrie
con triste desden amargo;
turbáronse sus placeres,
mal haya el destino infausto!
A cada ruido temblára
como la hoja en el arbol:
una llave rechinó,
retumban armas y pasos;
acércase un escudero,
detrás venia un armado.

Es Nuño Diaz, famoso
biznieto de Lain Calvo,
deudo y pariente del rey
y en Castilla Adelantado.
Nada dice el caballero,
y presenta con recato
un billete, y en pié espera
las órdenes de su amo.
—Es creible, Nuño Diaz!
Contra mí tal desacato!
Lo oisteis vos?—Si señor,
de boca de vuestro hermano.
—¿En qué punto han de esperarme?
—Mañana, junto á los llanos
de Peñalén.—Y son muchos?
—Veinte lanzas, y otros tantos
flecheros; qué, aunque disponen
alevosa muerte daros,
con pretesto de la caza,
esperan ponerse á salvo
con las tropas, si por suerte
se descubriera el engaño.
—Pues yo juro por mi vida,
y lo juro á fé de hidalgo,
terrible escarmiento hacer
en los cobardes villanos.
Mengua será la piedad,
daréle muerte á mi hermano;
si la sangre le perdona
yo rey no he de perdonarlo.
Mañana al Infante espera
su suplicio en un cadalso,
y á doña Hermesenda ingrata

por toda su vida un claustro!
Mas quiero antes sorprenderlos
en el infame atentado.
—Que, señor, no recelais....?
—Nada recela D. Sancho,
conmigo vá mi valor
y el esfuerzo de mi brazo;
ademas, cuento con vos
y otros valientes hidalgos,
que fieles me son en mucho.
Mandad pongan mi alazano,
previniendo de camino
al page de armas Montalvo,
me disponga en el instante
las coracinas y el jaco,
que á mayor seguridad
oculto pienso llevarlo.
Y vos escojed cien lanzas
de los guerreros mas bravos,
y no descuideis, buen Nuño,
que todos vayan armados:
Adios.» Partió el caballero,
y el monarca torna al lado
de su esposa, que azorada
le mira con sobresalto.
—¿Os quieren ya separar
de mi amoroso regazo?
—Señora, no receleis,
por corto tiempo me parto.
Dispuse una cacería
el dia de hoy con mi hermano;
si asi no fuera, conmigo
holgárame de llevaros.

—Ah, señor! huid las fiestas!
Entre grandes aparatos
peligra siempre la vida
de los buenos soberanos.
Vos teneis mil enemigos
encubiertos y malvados,
y hay personas de real sangre
que aspiran á vuestro mando.
No es combatir cuerpo á cuerpo
en lid abierta, D. Sancho,
cuando pelea el valor
y se miran los contrarios;
no á alarbes y sarracenos
el yugo imponer de esclavos,
ni teneis que rendir muros
ganando el terreno á palmos.
Mas temible es vuestro arrojo;
intento mas temerario,
confiar en la palabra
de corazones bastardos.
Ni os basta ser prevenido,
que lleva siempre el villano
la máscara sobre el rostro
y el hierro oculto en su mano.»
Cesó aqui Doña Placencia,
y el escudero llegando
presentó las coracinas
y de acero el limpio casco.
Ufano se arma el mancebo,
brillan sus ojos airados,
y recibe de su esposa
el formidable venablo.
—Adios, le dice, señora,

el cielo vela en mi amparo,
en él confiad, adios;»
y parte al darla un abrazo.
Las bocinas y las trompas
resuenan en los terrados,
y el relincho y pisoteo
de los corceles gallardos,
que desquiciar parecian
los techos embovedados.
De jinetes y monteros
un escuadron vá marchando;
entre todos se distingue
la bravura de D. Sancho:
orgulloso al aire ondea
su móvil plumage blanco.
Ya se ocultan en el bosque,
ya no se vé su penacho,
mas aun parece una estrella
el hierro de su venablo.
Cesó de brillar; entonces,
Doña Placencia, temblando
vió descender al guerrero
un buitre voraz de lo alto.
Su esperanza se desmaya,
en vano su pecho, en vano
escusar quiere el temor
que le infunde tal presagio;
mas, «aun es tiempo, se dice,
aun podrá vivir, corramos;»
y rápida desparece
y convoca á los criados.
El rostro hermoso se cubre
con alfareme delgado,

del cuerpo las bellas formas
con la toca y mongil sayo;
ligera monta la reina
en un revuelto castaño,
y seguida de los suyos
se lanza á galope largo.
Ya del fatal Peñalén
distinguiera los barrancos
y altas peñas, que su nombre
hizo célebre aquel año.
El sonar de las bocinas
repite el eco lejano,
y un ruido de armas terrible,
y un clamor que puso espanto.
Aguija mas su corcel,
que volaba como el rayo:
en parda nube de polvo
dos ginetes, disparados
como flechas, avanzaban,
que no hay ojos á mirarlos.
Diz que son los fugitivos
Doña Hermesenda y su hermano,
y que al pasar por la reina
dijo el cruel: «Me he vengado.»
Lanzáronse á perseguirle
tras de él algunos soldados:
inútil era su empeño,
que el temor guia sus pasos.
Ibanse ya los monteros
en torno suyo agrupando;
Nuño Diaz venia entre ellos
con semblante mesurado.
—¿Qué nuevas hay, y mi esposo?

—Señora, un triste fracaso.....
—Ah! no.... que quieren decir
en vuestros ojos el llanto
y el terror que en todos miro!
Nada me oculteis, lo mando.
—Señora, murió!—Ay de mí!
—Murió, mas será vengado!
—¿Dónde ha sido? Por piedad,
presto, llevadme á su lado.
—Señora, es casi imposible
subir al cerro empinado.
—Llevadme!» Nuño obedece
con pesar á su mandato,
y sosteniendo brioso
de la reina el débil paso,
sube por las rudas breñas
con apoyo del venablo.
Al llegar á la alta cumbre,
su vista cierra el soldado,
y tembloroso señala
á las peñas con la mano.
La reina desventurada
cayera en mortal desmayo,
al ver el lívido rostro,
y deshecho y destrozado
el cadáver de su esposo,
en el sangriento peñasco!
El ave fatal entonces
cruzó otra vez revolando.

Marzo.—1840.





LA MARIPOSA.



Tiende fugaz las brilladoras alas,
Pintada Mariposa:
Torrentes de su luz te presta el cielo
Para esmaltar el lujo de tus galas.
Coronas florecidas te dá el suelo
Para tu sien hermosa,
Y el ancho espacio sus inmensas salas,
Para estender tu vacilante vuelo.



Salve, Reina y Señora de las flores,

Hija del Sol, hermana del ambiente!
Los cierzos bramadores
Pasaron ya; la brisa del oriente
Dulce y templado su calor envia,
Blanda acaricia el manto de tu frente.



Pasó la escarcha de la noche fria,
Los hielos y nevadas:
Ya cada vez que el sol nos presta un dia,
Se vén crecer las mieses apiñadas,
Los árboles vistiendo sus ramages,
Y por los ondos valles,
Y las tendidas calles,
De praderas y hermosas esplanadas
El cesped destrenzando sus follages;
Y á la par retoñando
Arboles, plantas, flores,
De mágicos colores
Tan pintoresca alfombra salpicando:
Como regazo blando
Con que naturaleza la convida,
A la hermosa estacion de los amores,
A la alba bella, del abril florida.



Lució la primavera,
Las horas son de tu existencia breve;
Gózalas, ay, pintada Mariposa,
Antes que vuelva á aparecer la nieve!
Para entonces, hermosa,
Polvo serán tus galas
Y las flores tambien que son las bellas,

Con que tu amor regalas.
Y á la par sacudidas
En turbios remolinos por el viento,
Os dejará perdidas
En estrañas riberas,
Sin que conceda al triste pensamiento,
Ni aun guardar las reliquias bendecidas,
De las que vieron, ay, sus primaveras!
Goza, pues, hora en tus dichosos dias
De amor y de su hechizo:
Apura tú sus dulces alegrias,
Dios las hermosas para amar las hizo!
Sonoro rueda el rio,
Los vientos mansamente
Suspiran en las ramas del sombrío;
Cantan las aves, zumban las cascadas,
Ensordece el torrente,
Cimbrean las lejanas enramadas,
Brilla radiante el Sol, sereno el cielo,
Pacífica la atmósfera, y la tierra:
Todos muestran su amor: tiende tu vuelo,
Y ama, pues todo en el amor se encierra!

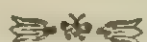
Abril.=1839.





LA INCONSTANCIA.

Hora desciende el sol al Occidente,
Y en la gigante sierra descansando
La inmensidad de su dorada frente,
Y en raudales de fuego iluminando
Del ancho mar las azuladas olas,
Vá con dolor los límites pasando
De sus queridas playas españolas.



Sobre otras enramadas y jardines,
Vá á destellar su lumbre bienhechora;

Del Oriente los mágicos confines
Los pasos sienten de su roja aurora.
Del polo abrasador hasta la estrema
Mústia rejion del Septentrion helado,
Descansa la magnífica diadema
Del sol, de su universo enamorado.
Y el mundo, aunque á su luz vive y respira,
Y de sus glorias por señor le aclama,
Inconstante en su rumbo, se retira
Del blando influjo de su ardiente llama;
Y trueca por la noche, y por su duelo,
El grande amor de ese gran Rey del cielo.

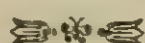


Ved de la luna el faro misterioso,
A cuya luz el mundo se adormece,
Entre sueños de amor y de esperanzas:
Y contemplad que ese su disco hermoso
Contínuo mengua, y de contínuo crece,
Emblema hasta en su albor de sus mudanzas!

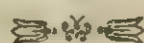


¡Cuán bella es sobre el mar, la luz perdida
De las blancas estrellas temblorosas,
Cuando riela su lumbre, estremecida
En las sonantes ondas bulliciosas:
Y entre la blanca espuma salpicante
Que humilde besa el peñascal jigante,

Sentir los melancólicos jemidos
De los serenos vientos, adormidos
Entre las frescas conchas de esmeralda
Que el mar semeja con su riza espalda!
Mas al verse ese mar tan majestuoso
Y tan sublime en su feliz reposo,
Por ostentar su estraño poderio,
Presumió de pasar por mas grandioso
Si alarde hacia del furor bravio.
Y cediendo á la voz de su inconstancia,
Pidió á los vientos que inconstantes fuesen;
Y los vientos lo fueron, con jactancia
De que los occeanos se rindiesen.



El cierzo brama en el peñon desnudo;
El Noto audaz y el Aquilon violento
Con saña atroz y con impulso rudo
Arrebatan las ondas cenientas,
Que los mares indómitos cedian
A los furiosos vientos que mujian,
Al abortar sus pálidas tormentas.



Montes de espuma, oscuros remolinos
Hasta el eter purísimo del cielo
Se abrieron en la lucha anchos caminos:
Tembló la faz del estendido suelo;
El sol veló su macilenta lumbre;
Y en sus tumbos el mar sobre la playa,
Ufano con su hermosa pesadumbre,
Himnos de gozo á su inconstancia ensaya.



Recuerdo en este instante, la historia misteriosa
De dos verdes palmeras, y quiéroosla contar:
Porque del seno mismo de la constancia hermosa
Veais la inconsecuencia sus alas desplegar.



«Una palmera jóven (refiere el fiel Pontano,
«De Alfonso Rey de Nápoles ilustre preceptor,)
«Crecia en las llanuras de Brindis, y lejano
«Su amante, otra palmera, de Otranto entre el verdor.



«Mostrábase ella estéril, y lánguida y marchita,
«Su juventud moria, sin dar fruto su flor;
»Y en sus ramajes bellos juzgábase maldita
«Del sazonado dátil la celestial color.



«Una mañana, alzando su majestuosa frente
«De flores coronada, sobre los bosques vió,
«A mas de quince leguas, en la llanura, enfrente,
«De Brindis la palmera que en vano idolatró.



«Al hondo de la tierra con su raiz clavada,
«Sin alas que pudieran su corazon llevar,
«Bajo la fértil sombra de su palmera ansiada,
«Al Céfiro le dijo con triste suspirar:



«Lejos del bien que adoro desamorada muero;
«O seca mis ramajes pomposos de verdor,
«O dá pronto á mis flores el fruto ¡ay Dios! que espero,
«Porque es muerte la vida que pasa sin amor!

«El Céfiro llorando con ella sus dolores,
«Voló hacia la palmera que al lejos vió crecer;
«Y el oro de sus ojas, y el polvo de sus flores
«Guardó en sus blancas alas con cándido placer.

«Y revolando ufano hasta el ramaje umbrio,
«De la feliz palmera que aguarda con afán,
«Vertió sobre su tronco, el singular rocío
«En el que tantas glorias significadas ván.

«Sintióse un dulce estruendo en Brindis y en Otranto;
«Los bosques se ajitaron con lúbrico temblor:
«Y la dichosa amante, su fruto de amaranto
«Mostró por vez primera entre la tierna flor.»



Tal cuentan el misterio de Céfiro y de Flora;
Mas quién presumiria que emblema de tal fé,
Fuese ese raudo Céfiro que asiste y enamora,
A cuantas lindas flores en los pensiles vé!

Ya pasa suspirando junto á la blanca rosa,
Y prende de su cáliz un ay! al resvalar;
Ya ajita entre sus brazos la madreselva airosa,
O ya de la azucena quiere en la sien posar.

Ya rompe, en sesgo jiro, el doble manto espeso
Donde la fiel violeta recata su pudor:
Ya clava estremecido un combulsivo beso,
Sobre la clavellina, roja con su color.

En fin todas las flores le ofrecen blanda cuna
Al burlador amante que inconsecuente, infiel,
Rie de su inconstancia, y cuenta que no hay una
Entre las flores todas, que se defiende de él.



Las aguas de ese arroyo pacíficas saltaban
Sobre el mullido césped con ruido desigual,
Y al peregrino errante la sed apaciguaban
Del sofocante polvo de algun yermo arenal.



Llevólas su inconstancia á despeñarse en rios,
Que amenos fecundaron crecida poblacion:
Cansadas de su curso, y con mayores bríos,
Pararon en torrentes de ruina y destruccion.



Por fin al mar entraron, pero aun alli mayores
Fueron de su inconstancia las fuerzas á crecer;
Y á nubes aspiraron, y en forma de vapores
Hasta el cenit treparon la atmósfera á envolver.



Mas ah! todo desciende tan pronto como sube!
Sobre un yermo escampio el turbion se rompió,
Y ni arroyo, ni rio, ni torrente, ni nube,
Nada fueron sus ondas, el sol las consumió!



Decidme, aun de esas aves, ¿por qué la alegre tropa,
Cuando las dulces brisas comienzan del abril,
Viene á los altos bosques de nuestra rica Europa
A enamorar las aves de su feraz pensil?

Y luego sin curarse del cariñoso nido,
Ni del columpio verde del sauce protector,
En que cantó sus dichas entre el placer perdido,
Inconstante los huye por un clima mejor?

La tórtola llorosa, con su clamor constante,
Que ajita de las selvas la triste soledad,
Siendo su dulce arruyo tan hondo y penetrante,
Y el son de su querella tan lleno de bondad;

¿Por qué no nos conmueve como la voz sonora
Que exala en varios trinos del Delta el gran cantor?
Porque es uno el lamento con que la triste llora,
Y es el mas inconstante cantando el ruiseñor!



Si de los bienes mayores
que nos ofrece la tierra,
ha de ser pension forzosa
que tan inconstantes sean,
acaso no son los males
tan grandes como aparezcan,
por la razon de no ser
los bienes como se sueñan!

Que en fin, á llorar sus cuitas
el corazon no se niega:
y aun la constancia en sentirlas
le acostumbra á que las sienta;
pues aunque no las repara
el largo dolor que aqueja,
el padecer de continuo,
conduce á que menos duelan.
Pero ceñirse hoy coronas
sobre la frente soberbia,
y oir mañana á las plantas,
el rumor de las cadenas:
brindar hoy en el festin
la copa del dulce nectar,
y el cáliz de amarga hiel
apurar la noche mesma;
grabar con sangre en el alma
de otra alma la imágen tierna,
y al renacer de otra aurora,
sentir que las sombras llevan
el ídolo, destrozado
el corazon en que lo era,
ese es tormento mayor:
y esa varia inconsecuencia
desde la gloria al martirio,
el suplicio que mas pesa!
Porque del placer la luz
cuando en el dolor refleja,
enturbia sus rayos mas,
y dá mas hondas tinieblas,
y nos duplica el sentido,
y nos mengua la paciencia!
Y hablándose de inconstancia,

hablar del amor es fuerza,
y en donde el amor preside
hablar de las damas bellas.
Mas no temais que su nombre,
en mis trovas desmerezca,
que á la par de trovador,
que soy galan se me acuerda;
y hoy tienen muy de su parte
la justicia y la defensa.
En mal hora los que aclaman,
contra su honor, y en su mengua,
que en lo mudables parecen
las damas á las veletas.
Pensáran los muy menguados,
que hubieron madres entre ellas;
y que otro pago pedian
sus maternales ternezas!
Pensáran que sobre el mundo,
acaso ni un hombre alienta
que contando veinte eneros,
no haya, al menos cuando sueña,
soñado con la muger,
como en un angel, que en vela
por el valle de amarguras
le ha de abrir fácil la senda!
Si tampoca fé guardaron,
guardarán mayor reserva,
para profanar la fama,
de quien débil se confiesa;
y en querernos destruir
nuestras hermosas creencias!
Si yo creo en sus virtudes;
yo fio de sus promesas,

que son para mi sagradas
las que por amor se truecan.
Yo vivo con sus recuerdos :
sus esperanzas me alientan,
y antes juzgo falte el sol,
que esperanzas que son ciertas;
y tal fio, porque sé
que el ser noble á tanto empeña!
Un corazon como el suyo
en que el entusiasmo impera;
tan tierno, como el suspiro
que entre los labios se quiebra:
tan grande como ese Dios
que á su imájen se las crea:
un pensamiento en que bulle
la ilusion y la grandeza,
no es trono en que pueda alzarse
esa inconstancia proterva!
¡Algunas veces olvidan!
Acaso asi lo aparentan;
ó es acaso que no amaron,
y su desengaño encuentran.
¡Algunas veces nos venden!
Confiéselo quien lo sepa,
que yo en juzgar lo mejor
juzgo que hay mayor nobleza!
Mas aun dudándolo, entiendo
que las que acaso nos vendan,
á costa de una venganza,
la infelicidad se mercan!
¿Qué quereis? Que aun desdeñadas
rindan el cuello en la arena,
y del carro del tirano

sucumban bajo las ruedas?
No, que el imperio es igual!
No hay dominador; ni reinan
sobre el solio del amor
mas que unidas dos cabezas.
No es inconstante quien muere,
còmo ellas mueren de penas!
Si son pocas, estas sobran
para honrar á las que restan;
y para hacer que en su obsequio
la sorda envidia enmudezca.
Respira, mujer, respira,
con orgullo y con soberbia,
pues yo sostengo que vales
mas que cuanto el orbe encierra.
Y no receles por débil
que mi acento no se sienta,
que la voz de la razon
todo el universo atruena!

Marzo.—1841.





A LAURA.

Cancion.

Feliz un dia
Nada creia
Que de mi alma
La blanda calma
Perturbaria.
Ay, Laura mia!
La halagüeña ilusion pasó ligera

Cual nubecilla que arrebata el viento,
En pos la dulce paz sentí el tormento.

Yo la alegría
Que amor envia
Nunca he querido,
Siempre he temido
Su alevosía!
Ay, Laura mia!
Inútil al amor es resistirse,
Tu fiel amiga que el querer condena
Ligada está á su bárbara cadena!

Su copa impía,
Oculta cria
Hez ponzoñosa,
Mas yo ardorosa
La consumia.
Ay, Laura mia!
De entonces ya del infelice pecho
El sosiego se huyó, la blanda calma,
Y en su vez duras penas siente el alma!

De la alquería
Donde vivía
Huyó Ramiro,
Por quien suspiro,
Por quien vivia!
Ay, Laura mia!
Mi desden le alejó, mas ya amorosa
Le llamo sin cesar, que entre sus brazos
Formar ansío mis dichosos lazos.

Ah! si este dia
Que el alma ansia
Llegar no miro,
Si, por Ramiro
Me moriria!
Ay, Laura mia!
Cuanto menos le amé mas le idolatro;
Lo juro ante la luna misteriosa,
O un sepulcro á mi amor, ó ser su esposa!

Abril.—1840.



EL PAJE DE LA BANDA.



CUENTO.



I.

De púrpura y nacar hermosos celages,
La faz adornaban del astro del dia,
Su carro á Occidente fugaz descendia,
El rayo postrero vertiendo de luz:
Brillaban dorados los altos ramages,
De bosques sombrosos que exhalan frescura,
Y hermosa, esmaltada la estensa llanura
Que llaman *la Vega* del suelo andaluz.
A un lado presentan las ondas brillantes
Que sordas chocaban con tardo zumbido,
Un plano horizonte, semeja encendido
Un lago de fuego de inmenso grandor.
Alli de Alpujarras los cerros jigantes

Sus crestas erguidas clavando en el cielo
Cual blancos fantasmas velaban el suelo,
Su sombra estendiendo de opáco color.
En tanto, en la altura, el rostro velado
De pálidas nubes, fantásticas, bellas,
La sien coronada de hermosas estrellas,
La luna medrosa su faz desnubló.
Un tardo galope, sonoro, pausado,
El viento en sus alas distante mormura:
Se aumenta, se acerca, pasó la espesura,
Ginete un armado la vega cruzó.
Revuelto morcillo, las crines cual oro
Cabalga un mancebo de ardor varonil,
Su rostro era bello, su talle gentil,
Su bozo naciente, temprana su edad.
Anubla sus ojos rasgados el lloro,
Que allá en las estrellas clavados tenia,
Su diestra en la lanza, y un alma que ardia
Allá en los encantos de vírgen beldad.
Jubon encarnado sus hombros ceñia,
Cubriendo las armas que viste el ginete;
Son rojas las plumas que ondea el almete,
Colores que aprecia su tierna Isabel:
Que corre por verla su afan descubria;
Su noble apostura, su pecho animoso;
Sus lánguidos ayes, su amor delicioso;
Su clase, las galas del rico doncel.
Allá entre las ramas de selva fragosa
Sus torres levanta murado castillo;
Suspira el guerrero, paró su morcillo,
Y airoso desmonta del noble troton.
El sitio recorre..... un niño reposa
Tranquilo debajo de un sauce dormido.

—Hernando, le grita. Despierta, y rendido
Se humilla á sus plantas el tierno garzon.
—Levanta mi Hernando.—Señor.--En mi pecho
Tu pecho descanse..... ¿Veré mi hermosura?
--Lo juzgo imposible.--¡Cruel desventura!
¿Qué dices?--D. Nuño sospecha, señor.
Contino hay espías que están en acecho,
Y tantos desvelos aun mas que de amigo.....
--¡Ay triste!--Sospecho tan solo.--Maldigo
Su raza: seria!....—El es su amador.
--Mi saña reprimo. Pensarlo es mancilla:
Y aquese era el home, leal fazañero,
Que al verla sin bienes ni amigos, sincero
La dió en sus castillos morada y solaz!
Y noble se dice, é hidalgo en Castilla,
Y santas las leyes de honor atropella,
Y piensa que valen, en pura doncella,
Tesoros tan viles, tan rica horfandad!
Aun sangre de buenos mis venas inflama,
Aun vive en mi pecho honrada altiveza,
Por mas que se encumbre, de un vil la cabeza
Está so las plantas de un hombre de honor.»
El Page temblaba, que en mucho le ama:
Sus ojos azules mostraban dulzura;
Calmóse el guerrero, y asió con ternura
La mano del niño.—«Yo fio en su amor!
El tiempo es llegado: sus pruebas espero.»
Sacó de su guante un pliego rollado;
«Si un dia su Enrique la ha sido adorado,
Su vida ó su muerte la toca elegir.
No dudo me ayude tu afecto sincero.
—Mi dicha y mi vida la diera por vos.
--Lo sé, buen Hernando.... Acércate... Adios!

«Mi vida ó mi muerte,» se lo has de decir....
Si acaso consiente..... El sitio es aqui.
Ya todo á la marcha dispuesto estará.
La ronca campana las tres contará,
Y entonces...--Lo entiendo, lo entiendo, señor.
--Si no está resuelta. ¡Ay! llora por mi,
Mi Hernando.--Señor, fiad en la suerte!
--No olvides decirlo: «mi vida ó mi muerte.»
«Adios.» Al galope partió el corredor.



II.

La antigua gótica almena
sobre los bosques asoma
su dura frente morena,
cual si llevara con pena
la lumbre que el sol desploma.
En fuego el Cenit se inflama,
fuego es el valle y el monte,
y cual fosfórica llama
en rayos mil se derrama
desde el quemado horizonte.

Bajo una encina sombrosa
de un apartado jardin,
soñando sueños de rosa,
de amor medita una hermosa
en su ausente paladin.
De pronto se conmovió;
al ver que se acerca un page,
mas despues se sonrió,
que á su Hernando conoció
que á darla viene un mensage.
--Una esquela para mí?
¿Le has visto? Feliz Hernando!
Que me olvidabas creí.»
Dijo, y con gran frenesí
besó el pliego suspirando.
«Partir á la nueva aurora!
¿Mas dónde huir?—A Aragon,
responde el page, señora.
--¿Y mi tirano?--En buen hora:
armas tiene y corazon
D. Enrique.--Enrique mio!
--Como su lanza ninguna;
maguer faltárale el brio,
á quien vos amais, yo fio
que bien le sobra fortuna.»
Era tan tierno el acento,
y del page la espresion
revelaba un sentimiento,
que Isabela tuvo intento
de aliviar su corazon.
Y con sonrisa, la boca
su mano al page cubrió;
él con sus labios la toca;

era paga, aunque era poca;
ella suspira, él calló.
»Despues de mi Enrique amado
en ti fundo mi esperanza.
—Señora, esclamó aun turbado:
¡ay! es bien afortunado
el que á serviros alcanza!
Mas ya olvidásteis la esquela!
—No en verdad. No fue olvidalla;
solo el temor me desvela
si por ser para Isabela
alguna desgracia se halla.
«Amor te espera conmigo;
huye un tirano celoso:
(leyó), maguer buen amigo
nunca valiera el abrigo
de los brazos de un esposo.
»Villano debe de ser
quien atenta á tu pudor;
tú eres hermosa y muger;
él liviano y con poder:
peligro corre tu honor!
»Nuestra venturosa huida
la noche debe encubrir;
habrá una lancha escondida
bajo la reja partida
que besa el Guadalquivir.
»Alguna prenda, Isabel,
si tú consientes, me envia,
sino, mi muerte.» ¡Quién! él.
¡Yo su muerte! ¡qué cruel!
Al que es luz y gloria mia!
Una prenda!..... pronto Hernando.»

--Ya del page las miradas
estaban adivinando.
--Aquella banda ?» Volando
se alejan ya sus pisadas.
  Flotaba al aire el cabello
al perderse entre laureles;
buscando el sol lo mas bello,
lucia mas en su cuello
que en sus ricos oropeles.
  Mágico al amor llamaron,
y fué con razon bien creo,
pronto los pasos sonaron
del page, y aun tal volaron
cual de Isabela el deseo.
  Entre la undosa espesura
y las rosaleras bellas,
apareció su figura,
que por llegar se apresura;
sus ojos eran estrellas,
  Su tez lozana encendida,
transparente cual la grana,
y su color florecida,
dejára en verdad corrida
la rosa de la mañana.
  Su luenga blonda guedeja
daba luz y tornasol
á una dorada bandeja,
que oscurecida se queja
de que otro la robe el sol.
  Y entre el movido ropage,
y entre las rosas y flores,
corriendo aparece el page,
como el Dios de los amores

que vuela á dar un mensage.
  Llegó delante la hermosa
y se quiso arrodillar,
que la creia su diosa,
y si el creerlo es fácil cosa
dirá quien sepa de amar.
  Isabela lo impidió,
y el page, medio inclinado,
el presente la ofreció,
y con sus ojos habló
como quien dice, «he triunfado!»
  Entre risueña y llorosa,
sentida y apasionada,
con espresion deliciosa
sus ojos clavó la hermosa
sobre la banda encarnada,
  Y en la sien cándida y pura
del entusiasta rapaz,
cuya inspirada figura
es la de un ángel de paz
adorando la hermosura.
  «Toma, Hernando: su Isabela
para él la tejió. En el oro,
por si mas su amor consuela,
dile que oculto se vela
entre sus randas mi lloro.
  Que en ella mi sien dormia,
y el latido de mi pecho
con sus pliegues comprimia,
y que estrecha el alma mia
en aquese lazo estrecho.»
  Y haciendo á la banda un nudo,
á su Hernando la entregó,

que triste, lloroso y mudo,
haciendo un corto saludo
de su presencia partió.
«Lloraba! dijo Isabela,
cuando le vido ausentar,
sí, tierno amor le desvela!
Mi gratitud no la anhela
y esa solo puedo dar!»
Apenas esto decia,
huyó, pues sonó cercano
de ronca trompetería
el clamor: de cetrería
regresaba el Castellano.



III.

Trémula llama rojiza
despide lámpara etrusca,
colgada de un ancho techo
de un salon á la moruna;
cubren los lienzos, tapices
de trasparentes figuras,

flamencas por los colores
de su brillante pintura.
Labradas son en madera
las caprichosas molduras
que forman el pavimento.
Damascos lènguos ocultan
cuatro ventanas ojivas,
y el suelo alcatifas turcas.
Hay un sitial de respaldo
con escudos en las fundas,
bordadas armas en plata
del Castellano que ilustran.
Y allí en su cóncabo asiento
cual en honda sepultura,
entre las pieles de un manto
y de roja caperuza,
asoma un rostro amarillo
y dos ojos que deslumbran,
imágen de un ser que alienta
y que un cadáver figura.
A poca distancia, en pié,
se vé la parda armadura
de un jigantesco soldado
que le observa con mesura.
Silencio reina en la estancia
y negra sombra confusa,
que apenas en luz bañaba
de un hogar la llama turbia,
que entre cenizas quemadas
sus tardos rayos circula,
crujiendo las secas chispas
que rechinantes se cruzan.
Revolvióse el Castellano

y asi al soldado pregunta:
--¿Qué ha sucedido, Rui-Pero?
--Felices nuevas os doy:
solo ha finado el barquero,
y lo siento por quien soy.
--¿Y el caballero?--Una llave
la reja le pudo abrir;
que allí le llevó una nave
surcando el Guadalquivir.
Subió á la reja, y entró.
--¿Y despues?--Como ordenásteis
salí cauteloso yo
y le dije: «ya acabásteis,»
al barquero: y fué tan fiel
y temoso, que el venablo
fuerza fué probase en él,
que yo sin razon no hablo.
Al momento con Ferrán
dejé remar la barquilla,
y á costa de poco afán
amarrada á la otra orilla.
—Segun eso está encerrado
y no ha de poder salir?
--Tuviera que hacerlo á nado,
y es ancho el Guadalquivir.
--Pienso que fuera mejor
acercando la barquilla.....
diez soldados de valor.....
que no falte tu cuchilla.
--Entiendo.--Harás de barquero.
--¿Y en bajando?—Han de morir.
—Tambien obrará mi acero.
Su tumba?...--El Guadalquivir.

IV.

En su estancia silenciosa
está sentada Isabel,
y en actitud respetuosa
junto á los pies de la hermosa
arrodillado el doncel.
—¿Y no te han visto subir?
--Nadie, mi vida.—¿Y agora?
—Por esta reja partir,
que esa lancha protectora
nos pasa el Guadalquivir.
Alienta, Isabela mia,
la de los ojos de fuego;
antes que amanezca el dia
los campos de Andalucía
ya no han de escuchar tu ruego!
Noble soy en Aragon,
y deudos cuento y vasallos
que sustenten nuestra union:
huyamos de esta prision;

prontos están mis caballos.
  Una vez entre mis brazos
al fin gozarás de calma,
sin riesgo de arteros lazos:
que solo, hermosa, á pedazos
se quita á una vida el alma.
  Y tú lo eres de mi ser,
alma bella y bendecida,
aun mas que el alma, muger;
pues hasta en ti llego á ver
el porvenir de mi vida!
  --Enrique, tanta bonanza
despues de tanto sufrir!
Recelo infausta mudanza,
que brilla mas la esperanza
cuanto mas pronta á morir!
  Temo que soy desdichada
y que grabo tu destino
con mi suerte malhadada.
--¡Mi existencia!.... No, mi amada;
como estrella en mi camino,
  Tu luz me debe alumbrar
al borde de los pantanos,
y nunca me ha de faltar.
Aunque débiles tus manos,
Isabel, me han de ayudar!
  Grabada tu imágen bella
en el alma, ya morir
es imposible; que al vella,
tan solo por no ofendella
pardiez que no me han de herir!
  --Tus pláticas amorosas
me seducen y enamoran,

que son dificiles cosas
no parezcan deliciosas
esperanzas que se adoran.
Partamos, Enrique mio,
mi númen consolador:
entre tus brazos me fio.
—Isabel, tuyo es mi honor.
Altura no tiene el rio;
Fácil sin riesgo seria
descender si quieres.--Sí.
Quien solo por ti moria,
¿qué hará viviendo por tí?
—Huyamos, paloma mia!



V.

En lúgubre soledad
escasos momentos pasan,
cuando el page Hernando entró
con ansiedad en la estancia.
«Señora»! Ya son perdidos!»
esclamó, y á la ventana
se asoma, cuando dos ayes

de esos que parten el alma
llegaron hasta la suya,
helándole las entrañas.
«Piedad, bárbaros , teneos!
Redoblan sus cuchilladas!...
Enrique cayó! Tú ¡oh noche!
¿por qué no alumbras su infamia?
Y ella tambien....! por los aires
ondea cual móvil ráfaga
un blanco tul, que se aploma
chascando sobre las aguas!
Los han arrojado, ¡ay triste!
Sepulcro tus ondas claras
les serán, Guadalquivir;
tus arenas su mortaja!
Oh bárbaros asesinos,
yo les vengaré!» No acaba,
porque sintió de otro acero
dividida su garganta.—



La noche siguió serena,
las brisas quietas y blandas,
con azul puro los cielos,
las estrellas esmaltadas,
qué poco llora natura
cuando los hombres se acaban!

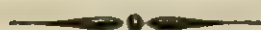
Solo sensibles murmuran
del Guadalquivir las ramas,
que doblegando hácia el rio
sus tallos, forman las palmas
de dos mártires de amor,
víctimas de una venganza!

Febrero.—1838.





MISTERIO.



¿Dónde huir de ti mismo, pensamiento?
¿Dónde dejar de razonar contigo,
Si llevas tu tormento,
Y tu propio castigo,
En lo que á tí te inspira el sentimiento?
¿Cómo apagar la abrasadora llama
Que tu ilusion entusiasmada enciende?
¿Cómo dejar de oir la voz que clama,
Y allá en el hondo de mi pecho, inflama
La sangre toda que mis venas hiende?
En vano te defiende

La modesta razon con mano fria:
Y en vano vierte un bálsamo oloroso
Sobre la llaga que en tu seno hacia!
Hay veces en que el mal mas riguroso
Es el remedio, y el querer hallarle,
La ocasion mas segura
De procurarse el daño:
Que en este oscuro valle de amargura,
Tormento que es tamaño
Pensar en remediarle,
Las penas apresura,
Y el remedio mas cierto es no buscarle!
Si á tan funesto estado
El destino te fuerza violento,
Obras desacertado
En sufrir como sufres, pensamiento!
Recoge de memorias peligrosas,
De recuerdos tristísimos y amargos,
Copia abundante y llena;
Y de todas las lágrimas preciosas,
Que en esos años largos,
De amor eterno y de insufrible pena
Derramó el corazon entristecido,
Compón un solo olvido.
Mas, si vives, ingrato, decidido
A padecer, pensando en tu tormento,
Y á pasar en congoja tu existencia,
O presta al corazon mas sufrimiento,
O guarda para tí mayor paciencia!
Es cierto, te querellas justamente,
Fiel pensamiento mio:
Oigo tu voz que grita sordamente
Porque la obligan á silencio impío.

Sufre, sufre callando,
Es fuerza padecer, y que lo ignoren:
Es fuerza que los ojos rebentando
Por derramar sus lágrimas no lloren!
Tranquila y apacible
Debe la frente aparecer serena;
Aunque aqui en mis entrañas,
La inmensa herida, el desengaño horrible
Desgarra con sus manos y envenena!
Es forzoso que el labio balbuciente
Sofoque, á su pesar, hondos gemidos;
Y que el latir del corazon vehemente,
En vuelcos comprimidos
A los hombres encubra lo que siente!
Y no basta que triste y silencioso
Uno apure la hiel de sus dolores;
Preciso es consumir la copa impía
Y el jugo de sus heces ponzoñoso!
Es preciso que al mundo y sus honores
Se rinda adoracion con alegria!
«Mis estremos, mi angustia, mi martirio
»Son por amor,» el corazon diria,
Mas el vulgo increyente burlaria
De la estraña ocasion de su delirio!
No podrá persuadirse, que unos ojos
Roben la luz, á los que en ellos vieron
Su sol de vida y de esperanza hermosa:
Y de su fuego celestial despojos,
Ay! á su llama con placer murieron
Como muere la tierna mariposa!
No concibe que el beso de una boca
Llegue á abrasar el corazon de un hombre,
Y hasta un suspiro que á su faz no toca!

Jamás comprenderá, que alcance el nombre
De una muger á herir, cual hiere un rayo;
Que su mágica voz, pueda en sus sones
Prestar á las pasiones
El desfallecimiento del desmayo,
O la furia de rudos aquilones!
Ni entenderá tampoco
Que un hombre, que es sensible, y que no alcanza,
Si pierde la esperanza,
La vida pierda ó que se vuelva loco!
Por eso á las miradas de la gente
Estúpida y profana,
Es delirio el amor, y es un demente
Quien por seguir su inspiracion ardiente,
Del mundo olvida la exijencia vana!
¿Y qué razon la sociedad espone
Para ver los arcanos de mi pecho,
Y burlar de mi hermoso desvario?
Decid, ¿con qué derecho,
Traba á mi libre voluntad le pone?
Mi pobre corazon es todo mio!
Si el mundo pide adoracion, tributo,
Yo no le puedo dar sino desvio!
Si entre sus galas, flores y brillantes
Escarnio hiciese de mi pena y luto,
Yo de su pompa y vanidad me rio!
Si no hay en sus salones elegantes,
Ni al lado de sus muelles cortesanas,
Un apartado asiento
Donde pueda apoyarse el que padece,
No sentiré sus etiquetas vanas
Dejar de ver, ni tomaré á contento
Hallarme en sus festines. No apetece

Mi corazon el ruido tumultuoso
De sus alegres fiestas, ni ambiciona
El fausto y la grandeza,
Aunque de ellas no se huye temeroso
Del monte enmarañado á la aspereza,
Do á soledades tristes se abandona:
Ni merecen mi afán, ni mi estrañeza.
Todo sin gloria y sin placer lo admiro;
Cual pasajero incierto,
Que al contemplar un valle delicioso,
Roba al placer un lánguido suspiro
Que le desahoga el alma: mas cuidoso,
Al reparar un arenal desierto
En pos de las sombrosas arboledas
De aquellas alamedas,
Recuerda que es la tierra una posada,
Camino transitorio
Que conduce á la patria deseada,
Y al ver que todo en ella es ilusorio,
Clava en el cielo su feliz mirada!
Mas siempre entre estas nieblas del camino
Suele brillar consoladora estrella;
Angel de guarda, espiritu divino,
Que en forma de muger nos acompaña.
Mi corazon la vió: su lumbre bella
Es la que solo en mis tinieblas sigo.
Si su albor es mentido, ella me engaña!
Ella es la diosa que con fé bendigo,
Y sujeto á su imperio,
Quiero morir cuando su luz se acabe!
¡Solo en la muerte, es cuando el mundo sabe
Comprender que hay amor, y en él misterio!

Octubre.—1840.



SUSPIROS.



Pasó mi niñez hermosa
con sus fantasmas de rosa;
edad feliz, deliciosa,
que ya nunca ha de volver!
Aunque entonces mis sentidos
vivian en paz dormidos,
suspiros dejé vertidos,
de inocencia y de placer!

Cuando ya mis verdes años,
de funestos desengaños,
padecieron, ay! los daños
que hasta entonces ignoré,
Lágrimas tristes y á mares
me arrancaron mis pesares,
y la voz de mis cantares
con mis suspiros ahogué!

Cuando ya la edad florida
de hermosas flores vestida,
las puertas de oro á la vida
me abrió con el tierno amor;
Aunque gozé sus encantos,
fueron tales mis quebrantos,
fueron mis suspiros tantos,
que di un ¡ay! por cada flor!

Y aunque tan joven mi aliento,
si remonto el pensamiento,
al porvenir que presiento
y que mis ojos no vén;
Distingo entre los vapores
de mil confusos colores,
las sombras de los dolores
que he de suspirar tambien!

Y asi hasta el fin de la vida,
cuando del cuerpo partida
el alma, al fin se despida
para su hermosa mansion,

Aunque entonces imajino,
será de placer divino,
irá hasta ver su destino,
suspirando en su ascension!

Abril.—1840.





Un sueño de otro sueño.

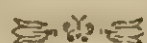


Era bella al morir por occidente
La luz del sol, entre celages de oro;
Era hermosa la tarde, y el ambiente
Rico en frescura y perfumado olor.
Era estenuado el resvalar del rio,
Era sonoro el murmurar del viento;
Era sublime el pensamiento mio
Porque soñaba en su ilusion de amor.



Inspirada mi joven fantasia
Con la imágen de un angel que adoraba,

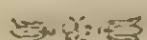
Muy mas bella que el Sol que se perdia
En lecho de esmeraldas y zafir;
  En un sueño de lánguidos amores
Embebecida el alma se exaltaba;
Rico como las galas de las flores,
Suave como su trémulo crujir.



  Yo soñé que te via sobre el lecho;
De tu luenga melena el negro rizo
Velaba undoso el nacarado pecho,
Envuelto entre el ligero ceñidor:
  Tu cutis celestial de rosa y nieve
Era en tersura y brillantéz cual nacar;
Y tu cintura transparente y leve
Como la sombra de fugaz vapor.



  La faz serena en actitud graciosa,
El estendido párpado cerrado,
Pálida y mustia la mejilla hermosa,
Trémulo el seno en convulsion cruel;
  Cruzaba el pecho su estendida palma
Cual sujetando un corazon fogoso,
Que en saltos comprimidos, toda el alma
Librar queria de la carcel de él.



  La blanca sien, la palidéz cubria;
El labio sonriendo vacilaba;
La diosa del placer en su agonía,
No era, no, tan divina al suspirar!
  Dos lágrimas, cual perlas, sus pestañas,
Como un puro rocío florecian:
Y el estremecimiento en sus entrañas,
Se hizo al través del ceñidor notar.

Otra vez suspiró, y enardecida
Creyó clavar un regalado beso,
Sin duda en otra sien favorecida
Que el sueño mentiroso la abultó:
Pero solo las brisas codiciosas
Robaron aquel beso á sus amores;
Y cual de frescas y fragantes flores
La esencia por las salas se estendió.



Lloraba al pié de la hermosura inquieta,
Sus deliciosos sueños devorando,
Mudo, agitado, el infeliz poeta,
Bebiendo con los ojos el placer.
Quiso atreverse á descansar su boca
Sobre aquella hechicera que dormia,
Y el paso cuerdo, y la esperanza loca,
Llegóse al lecho con turbado ser.



Los entreaviertos labios de la hermosa
Trémulos del amor y del suspiro,
Respiracion pausada y voluptuosa
Exhalaban, con lánguido temblor:
Y entre el puro carmin, cándidas perlas
Aquella concha del placer mostraba,
Que al que amante lograse merecerlas,
Rico tesoro le guardaba amor!



Tambien temblaba el corazon del mozo:
Cuenta despues, que el miedo que tenia
Era que es fuerza le matára el gozo
Si estrechaba en sus brazos tal muger.
Mas ¡ah! la muerte que á gozar convida,
Mas que le aflige, al amador consuela!

Por muerte tan feliz, tan triste vida!
Dichoso aquel que muera de placer!



Sus labios en los labios se apoyaron
De aquel ángel de amor y de delicias,
Pero el beso en su boca no clavaron,
Porque antes el poeta despertó.
Aun guarda el triste, en su ilusion dormida,
De sus sueños la imágen venturosa:
Y aun atribuye el conservar su vida,
A que aun sobre su boca no besó!

Julio.—1840.





EL ALBA.



Del alba el héspero hermoso
su mágica luz dilata
con reflejo temeroso,
por el cielo pavoroso
que baña en tintas de plata.



Ya entre sombras y vapores
la oscuridad se deshace,
y en estenuados colores,
refleja los resplandores
del alba pura que nace.

Ya las torres aparecen
con su figura y labor:
ya los montes se engrandecen:
ya los árboles se mecen
cual mar de oscuro verdor.



Corona el oriente umbrío,
una banda de escarlata:
por el ancho praderío,
ondea rodando el rio
cual móvil cinta de plata.



Y vaga en formas estrañas,
que mueve agitado el viento,
la niebla de las montañas,
el humo de las cabañas,
que blanquea el firmamento.



Y esmalta la vega umbría
que es un trono de esmeralda
con sus cambiantes el dia:
verde manto parecia,
y las flores su guirnalda.



Y los cerros jigantescos,
y móviles arboledas;
los punzones arabescos,
los chapiteles chinescos,
y vistosas alamedas,



Entre las sombras errantes
y entre las luces, perdidos,
de los albores brillantes,

forman vistosos cambiantes
que seducen los sentidos.



Entre nubes de oro y grana,
que ostenta el cenit de rosa,
como deidad soberana,
despunta ya la mañana
entre aljófares hermosa.



¡Qué pura está la alborada!
¡Qué sereno es su arrebol!
¡Cuál mueve al alma inspirada
la blanda luz estenuada
que tiene al nacer el sol!



Todo es placer, todo es vida;
todo anuncia el despertar
de esa aurora bendecida:
todo al encanto convida,
y á mi me escita á llorar!



No amaneció para mi
ese tranquilo arrebol;
que estoy ausente de tí!
Desque tus ojos perdí,
no he visto brillar el sol!



Que es un prisma el corazon,
que tristes ó encantadores,
de gloria ó de perdicion,
segun siente la ilusion
descompone los colores!

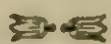
¡Cómo ha de lucir vistoso
ese sol, de un Dios traslado,
ni su hechizo prodigioso,
si está mi pecho amoroso
de noche eterna cegado!



¿Cómo pueden ay! lucir
esas nubes nacaradas,
en esos cielos de ofir;
esas ráfagas pintadas
en ese azul de zafir;



Si mi vírgen del consuelo,
mi morena deliciosa,
la que es para mi mi cielo,
me tiene en mísero duelo
por mi ausencia lastimosa!



Para templar mi tormento
respiro esta dulce brisa,
y alivio en mi afán no siento;
era mas suave el aliento
de su estenuada sonrisa!



La luz que esa aurora envia
en vez de quietud dá enojos:
no es esa la luz del dia,
la que en tus ojos nacia,
que son ay! mi luz tus ojos!



Ni espero la sombra oscura,
ni impaciente la alborada;
para mi inquieta ternura

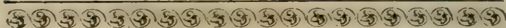
no amanece el alba pura
de tu beldad suspirada!



Y en tanto á tus brazos vuelo,
vivo en noche solitaria:
que acorte mi amargo duelo
continuo le pido al cielo,
en mi amorosa plegaria!

Setiembre.—1838.





Mi querer.

Los que aman, en dos ojos brilladores
O lánguidos que miren desdeñosos,
O en labios abrasados, codiciosos,
Que revelen placeres seductores,
  O en radiantes y mágicos colores
Que encienden los semblantes ardorosos,
O en escuchar suspiros voluptuosos,
Gozar creyeron plácidos amores.
  Yo, empero, mas delicias he encontrado
En lo tranquilo del mirar sereno,
O en rostro que el pudor haya velado
  Con sus cándidas alas, ó en un seno
Que al mirarme, oscilando con decoro,
Diga en silencio: «Tú eres el que adoro!»

Abril.=1840.



AVENTURA NOCTURNA.

Las dos de la noche
marcaba un reloj:
el triste sereno
cantaba: «Las dos.»
Velava las calles
opaco vapor.
De nuevo agorera
resuena la voz
con eco punzante:
«Lloviendo y las dos.»
Caia á torrentes

el agua; un farol
en lóbrega calle
su incierto fulgor
despide; la sombra
de un bulto bañó.
Sus pasos fugaces,
el sordo rumor
que el rõce formaba
de un brusco ropon,
la lluvia cayendo,
y aquel resplandor
que causa pavura
del triste farol,
espectros, sus sombras
fantásticas son.
Un lio de cuerdas
el hombre veloz
desprende, y el ruido
de un arma sonó.
Crujian los hierros;
un cuerpo ondeó
al aire: trepaba
á oscuro balcon.
Despues una lima
rozaba; su son
tristísimo heria
con eco de horror.
Un vidrio se quiebra,
la lima paró;
rechina la aldaba;
con gozo feroz
el hombre sus dientes
tambien rechinó:

abierto tenia
el alto balcon.
Cuando él penetraba,
el viento apagó
la luz mortecina
del yerto farol.



La pieza es tinieblas,
de pronto un fulgor
escaso aparece;
se aclara; osciló
un rayo de fuego;
temblaba el ladron!
Despues una sombra
fugaz se mostró,
fantástica, bella,
un sueño de amor.
Hácia él una joven
se lanza veloz.
al seno le estrecha:
:

un ¡ay! de pavor
siguióse al abrazo,
la luz se cayó.
Votaba el bandido
bajando la voz:
«Sus brazos cadenas
me son. Voto á brios!
Pardiez la rapaza
buscó á su amador!»
Luchaba aunque en vano;
jamás consiguió
desasir sus brazos.
Un nombre se oyó
clamar, y un silbido;
pausado rumor
despues en la calle.
La cuerda crujió....
Trepaban. «Maldito,
primero soy yo!»
Un hierro relumbra,
un cuerpo cayó;
un charco de sangre
el cuarto inundó.



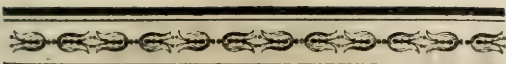
El otro embozado
ya llega al balcon.
«¡Qué miro!..... está abierto!
Julia! Sí, su voz
escuché..... mi Julia!»
Violento turbion
con la helada lluvia
su rostro azotó.
Mirando á lo oscuro
sentia pavor:
á fuer de atrevido
penetra. Cubrió
sus pies algo frio;
tropieza, cayó.
Un grito, uno solo
de rabia lanzó.
De dentro gritaron
á un tiempo..... «Ladron.»
Y el hombre primero
cual leve vapor
ante él desparece;
salta del balcon.
Jesus y mil veces
que trueno que dió!



Un reo de muerte
anuncia el pregon;
inmenso gentio
la plaza ocupó.
Relumbran los sables,
se escucha el clamor
del agonizante
que grita: «perdon.»
El reo camina;
ni el bozo cubrió
su labio entreabierto
que implora á su Dios.
Retumba el tablado,
un gozne crujió;
un grito espantoso
que la gente dió,
anuncia que ha muerto.
Gigante un hombron
sonrie al verdugo
con gesto feroz.
«Así pasa el mundo
yo la hice, él pagó!»
Dijo, y se perdiera
en la confusion.

Febrero.—1838.





LA TORMENTA.

Cual negra faja cenicienta nube
La cresta ciñe de la alzada sierra;
La niebla opáca entre vapores sube
Y enluta el cielo y la aterida tierra.

Por las desiertas bóbedas tronaba
Con bronco son que encrudecia el viento;
Y un eco triste y gemidor volaba
Del valle hundido al alto firmamento.

De la lluvia en los densos remolinos
Graznando vuela el rápido Alcotán,
Y las peñas enormes y los pinos
Desgajados arrastra el huracán.

Ya es el mundo una nube cenicienta,
Un caos de tinieblas y de horror:
Y esa tremenda voz de la tormenta,
Ay! no me agita cual tu voz de amor!

El tronco añoso de la vieja encina
Sus secas ramas protector me abanza,
Y al duro embate de Aquilon se inclina:
El arbol, cae, y lleva mi esperanza!

Y arrecian mas los torbellinos densos,
La fuerte lluvia, el rayo asolador,
Y por los cielos lúgubres é inmensos;
El trueno se dilata aterrador.

Ese trastorno universal que hendia
De la tierra el jigante corazon,
Ay, se convierte en canto de armonía,
En el alma al dejar su vibracion!

Como en ella sonar los vendabales,
Ni la ronca y deshecha tempestad,
Si su imájen con rasgos celestiales
Grabada tiene como luz de paz!

Tu eres vírjen de gloria y de esperanza,
Eres angel de amor y de dulzura,

Estrella de consuelo y de bonanza,
Y muger de dulcísima ternura:

Y asi aunque el mundo entre esterminio y fuego,
Y horrores mil confunda Bercebú,
Aqui en mi corazon solo hay sosiego,
Pues mi universo para mi eres tú!



Ese tronar pavoroso
que estremece el firmamento;
esas centellas que cruzan
como fugitivos fuegos,
é inundan de luz horrible,
precursoras de un incendio;
ese chocar azaroso
de los encontrados vientos,
no son de muerte señales,
ni de esas nubes el velo
es triste paño mortuorio,

Y el sepulcro el universo!
Son los mandatos sublimes,
los magníficos portentos,
de un ser que los séres cria
con su poderío inmenso.
Tiemble de horror y quebranto,
el ruin y mezquino pecho,
que llama juez iracundo,
al que es un padre benéfico;
y comprende cual venganzas
sus celestiales misterios!
Empero el ánima mia,
no abriga esos sentimientos,
ni vengador llamar puede,
al que adora justiciero!
Sin comprenderla, adivina,
como quien comprende en sueños,
que esa tormenta furiosa
está escrita en los decretos,
de un Dios misericordioso
de mansedumbre y consuelo!



¡Quién sabe si esas lluvias que inundaron
Con sus turbiones la espaciosa vega,
Que entre sus crespas hondas se llevaron
La renaciente flor:
A otros campos mas fértiles y hermosos,
Secos, quemados por el Sol que abrasa,
Les tornarán mas frescos y abundosos,
Mas ricos en verdor!

Yo he visto, sí, de la escabrosa altura,
Con estrépito horrísono, las peñas
Desquiciadas rodando á la llanura!
Me sentí estremecer!
Y en su rodar, al tronco envejecido
Traspasado del rayo en otro tiempo,
Que aunque frágil, se alzaba carcomido,
Chascar en su caer.

Amenazaban desplomarse en ruinas,
Esos toscos peñascos de la cumbre:
Será, mi Dios, que acaso los destinas
Para un uso mejor!
¡Quién sabe si el cimiento religioso
Formarán de una santa hospedería,
O de algun monasterio suntuoso
Consagrado al señor!

Ese arbol corpulento, sin frescura,
Sin sombras, cual mancilla en la pradera
Solo podia en su roida hondura
Las sierpes abrigar:
Quizás ahora en techo hospitalario
Su blanda llama al viajador consuele:

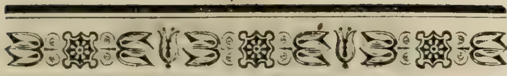
O en la ermita del pobre solitario
Alumbre su rezar!

Ese tronco, es verdad, ese es florido,
De brillante color, de sombra hermosa,
Gala del prado ameno, y lo ha partido
Tambien el bendabal!
Dispensó al leñador del hacha dura;
Asi mas pronto de él labrará el hombre
Objetos de interés..... su sepultura......
Su tálamo nupcial!

Tú, poderoso Dios, que allá en los vientos
Tu carro asientas sobre nubes de oro;
Que enfrenas los sañudos elementos,
Lanzas la tempestad;
Yo adoro, yo bendigo esos despojos
Que permite tu gran sabiduría,
Y absorto elevo mis humildes ojos,
Y creo en tu bondad!

Julio.—1838.





UNA NOCHE EN GRANADA.

La luna brilla esmaltada
en cenit de azul y rosa:
el aura es suave y templada;
la noche quieta y hermosa,
como es hermosa Granada!

—

Embozado en su alquicel,
con la mano en su mechón,
está un anciano Gomel,
en el pardo chapitel
de un gótico torreon.

—

A guisa de quien medita,
los miradores acecha

del parque que Zayda habita:
si de allí sus ojos quita,
los clava en su aguda flecha.

—

«Virgen bella de Granada,
»esclamó el viejo Gomel;
»hermosa desamorada,
»dejas mi pasion burlada,
»yo te he de dejar sin él!»

—

Entonce un reloj sonando,
puso á sus palabras fin:
sus ecos broncos zumbando
ván de la Alhambra rodando
á la torre de Albaicin.

—

Se oyen las nueve; tambien
se oyó en el Generalife
de un trote el tardo baiben:
en gallardo palafen
abanza un moro Alarife

—

Monta una yegua alazana,
como á la usanza española,
viva, ardiente y jerezana;
ornada en franjas de grana
desde el copete á la cola.

—

Y entre el morado almayzar;
y el rojo alquicel del moro,
y la noche y su trotar,
parece el blanco espaldar
luz azul con nubes de oro.

Aunque es el trage de villa,
y vá de paz el ginete,
la lanza en la cuja brilla,
y doble pluma amarilla
sobre el creston del almete.

—

Y sangre tiene en el velo
que le pende de la toca;
y es porque viene de un duelo,
y torna á ver á su cielo,
que adora con ansia loca.

—

Llegó á los hierros dorados;
y entre la enramada verde
que forman tiestos pintados,
miró entre lienzos delgados
que un blanco rostro se pierde.

—

Inmóvil paró el corcel,
y saludó con mesura:
tentó su flecha el Gomel;
abrió la reja al doncel
y así le habló la hermosura:

—

«Tu mi vida, mi señor:
»por fin te miran mis ojos,
»mi Celin, mi dulce amor!
»¿Qué me traes por despojos
»en tu hierro triunfador?»

—

Y él respondió enardecido;
«traigo un alma apasionada;
»tu amor en ella esculpido;

»y del cristiano vencido,
»traigo esta cruz encarnada.

—

»Tu imágen fija en mi mente
»como un recuerdo de gloria;
»tu toca orlada á mi frente:
»tu banda al cuello pendiente
»y en el alma tu memoria!

—

»Toma esta cruz encarnada,
»y de fleco á tus vestidos,
»sirva de alfombra preciada
»á tu planta delicada,
»en señal de tus rendidos.»

—

El mástil alzó acerado,
el moro: la hermosa saca
su brazo, en perlas cuajado,
entre ramas que hay de albahaca,
en un búcaro labrado,

—

Cogió Zayda aquella cruz;
celoso el Gomel que acecha,
disparó al moro andaluz:
«Yo muero, dijo, mi luz!»
Su pecho partió una flecha.

—

Desmayóse ella; y en tanto
de adufes sonó en la Alhambra,
y de añafiles el canto;
que por vencer al rey Santo,
juega el rey Moro una zambra.

Diciembre.—1839.



SU SEPULTURA.



A LA MEMORIA

de Don Pedro Luis Gallego.



Respira, corazon; del llanto ardiente
Rompe y desata la abundosa vena;
Respira corazon, la voz doliente
Desahogue el peso de la amarga pena!



Ah! cual se clava la punzante espina
Del acerbo dolor sobre mi pecho!
Si á padecer el cielo nos destina,
Corazon, á llorar tienes derecho!



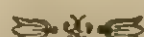
Tan luengas son de la existencia amarga
De duelo y de pesar las tristes horas,
Que aun la vida mas breve, es ya tan larga,
Que apura hasta las lágrimas que lloras!



Y cuando se las pide acongojada
El alma, á nuestros ojos por consuelo,
Secos los halla, y su pupila helada
Y encharcado en las lágrimas el suelo.



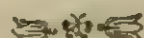
Tú no puedes llorar, corazon mio:
El caudal se agotó para tus flores!
Terrible fué tu juventud; tu estío
Aceleraron tristes sinsabores!



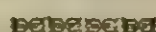
Hueca está mi pupila, el labio helado,
Pero ardiente y audaz el pensamiento:
El corazon, ay triste! traspasado,
Pero vivo y fogoso el sentimiento.



Supla la voz de queja y pesadumbre
En endechas tristísimas al llanto.
Ya nace el sol, ah! caiga de su lumbre
Un rayo que haga fulminar mi canto.



Lejos están, distantes las arenas
En donde el musgo y la verbena crece,
Puro el rocío las esmalta apenas,
Y el aura sorda los follages mece:



Entre la yerba que la escarcha enfria,
Socabada, en el fondo á una espesura,

Se representa ver mi fantasía,
Una cruz y una humilde sepultura.



¡Descansa en paz! La eternidad le anida:
Pasó á dormir el sueño de la gloria!
La losa dice: «Aqui empezó su vida,
Y acabó para el mundo su memoria!"



Sensible corazon, tu lo desmiente;
Muestra su imájen en el alma impresa:
Amistad la grabó con llama ardiente,
Sus rasgos solo borrará la huesa.



Aqui grabada está cual joya santa,
Prenda de amor, recuerdo de delicias:
Cual ilusion divina que me encanta,
De mi primera edad con las caricias!



Esos de amor recuerdos que pasaron,
Y de dulce amistad gloria perdida,
Hondas semillas en el alma echaron
Que son las flores de mi amarga vida.



Aun su aroma dulcisimo enamora,
Al través de la tumba que le esconde!
Aun oigo el eco de su voz que llora
Y á mis lamentos de pesar responde!

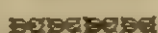


Yo olvidar tu memoria! ¿Qué, se olvida
La tierna juventud, los dulces sueños
Con que el amor nos enlazó en la vida
Y al par nos hizo de su imperio dueños?

Las lágrimas primeras enojosas
Que esperanzas burladas nos compraron
Se olvidan, ni las manos cariñosas
Que con ingénuo afán las enjugaron?



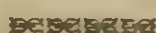
La amable voz que consoló mis penas,
Dejará de sonar nunca en mi oido
Como el canto de májicas sirenas,
Entre ecos dulces de placer perdido?



¿Los claros rios, las sonoras fuentes
Dejarán de mostrarme en sus cristales,
El tierno amigo que ciñó á mi frente,
En juegos mil, laureles inmortales?



¿Cuándo cruce la márjen del pantano,
Por cuyo fondo catarata hirviendo
Se despeña veloz, como su mano
He de olvidar que me iba sosteniendo?



¿Cómo, cuando refleje en la laguna,
Mecida entre las algas, cenicienta
La débil luz de la naciente luna,
Que envuelve entre sus nubes la tormenta,

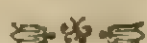


Podré olvidar que él murmuraba ansioso
De una muger el nombre, y que soñando
En gozarse en las dichas de un dichoso,
Lo decia en mis brazos suspirando?



¿Y que si récia tempestad crujia,
Y un arbol protector nos cobijaba,
Su corazon de escudo me servia,

Que contra el mio de placer saltaba !



Nunca lo olvidaré, que hondo recuerdo
Dejó en el alma, y tan impreso en ella
Y tan íntimo ya, que si le pierdo
A pedazos será sacarle de ella !



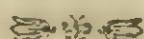
Nunca lo olvidaré : de sus virtudes
Fiel en mi pecho guardaré el retrato.
Para mi viven aun ! Ah ! no lo dudes !
¡ Maldito el hombre á la amistad ingrato!



Ellos si te olvidaron. De tus glorias
Dejar pasaron los acentos huecos,
Y apenas en tu tumba resonaron
De tu renombre los perdidos ecos.



Y á fé que tu le mereciste un dia,
Bello y sublime al porvenir del mundo :
Y á fé, que de tu ardiente fantasía
Sonó la voz hasta el confin profundo.



Trovas, cantigas apacibles, tiernas,
Llegaron á escuchar muchas hermosas,
Y por sus gracias que dejaste eternas,
Tu sien ciñeron de inmortales rosas.

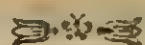


Pruebas de afán, de cariñoso anhelo,
Te mereció tu padre : el tierno amigo
Franca amistad : el infeliz consuelo ;
El triste amor, mi corazon testigo!

Aun vibran los acentos melodiosos
Que electrizando el corazon sensible,
Producian los tonos armoniosos
De tu música suave irresistible.



Un Rosini, Mayerber, Cimarosa,
Bellini, el inmortal, te entusiasmaron!
Adivinaste el arte prodijiosa
Y juraste llegar donde llegaron!



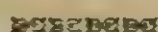
Cortó á tu rumbo el atrevido vuelo
La muerte injusta, y te enclavó á la tierra:
Pero tu nombre remontó á su cielo,
El cuerpo en prendas tu sepulcro encierra!



No te lamentes del injusto olvido
En que reposa humilde tu memoria:
Cuando en el mundo el genio se ha perdido,
Se le encuentra mayor allá en la historia.



Ella será contigo justiciera,
Y volverá por tu olvidada fama:
Y aun sabiendo que amor te mereciera
Será indulgente, que es hermosa y dama.



Ay! aunque lejos tus cenizas yertas
Se ocultan á mis lágrimas fervientes,
Y en soledades lúgubres, desiertas,
Se niegan á mis cánticos dolientes!

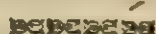


Aunque en tu mustia sepultura, umbría,
Que besa el Tormes respetuoso y lento,
Doblar no puedo la rodilla mia,

Ni cambiar mis suspiros por su viento :



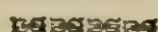
Aunque de puras y aromosas flores
No alcanzo á coronar con mano afable ,
El lecho en que descansan tus dolores ,
Y en que seria el mio inconsolable ;



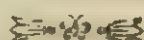
Aun sabrá la jigante fantasía ,
Cruzar la inmensidad del firmamento ,
Y penetrar hasta la selva umbria
En alas de mi altivo pensamiento !



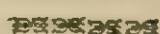
Verter de duelo el abundoso llanto ,
Besar la cruz que tu sepulcro enseña ,
Grabar tu nombre entre el espeso manto
Que el musgo enreda á la silvestre peña!



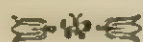
Fingirse que en la tumba solitaria
La sombra vé del generoso amigo ,
Que acude á la tiernísima plegaria
Para llorar de gratitud conmigo.



Creer que entre las auras vaporosas
El eco de su nombze vá sonando ,
Y en melodías dulces y amorosas
Al pecho inspira su consuelo blando!

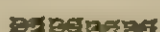


Figurarse que brotan los rosales
Bajo la cruz que fúnebre platea ,
Y que besan los dulces manantiales
La tumba que en sus aguas se sombrea !



Todo esto puede el fuego violento

Crear de la ardorosa fantasia,
Y yo en mi mismo corazon lo siento,
Lo dudaba verdad, mas yo lo veia!



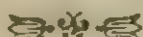
No olvidaré, lo que, ni en sueño olvido.
No seré á tu memoria indiferente!
De vivir en quien no es agradecido,
Hasta el alma mas baja se arrepiente!



Noble nació la que en mi pecho mora,
Si ha enmudecido en el primer momento,
Es que era débil aun la voz que llora,
Y ella queria su robusto aliento.



Aliento que tronando poderoso
Por el confin de nuestra patria al menos,
Fiel recordára tu renombre honroso,
Y escitára el aplauso de los buenos!



Ya al fin sonó mi cántico doliente,
Y juzgo que él me escusará contigo:
No tendrá, no, el estruendo de un torrente,
Pero sí la espresion de un tierno amigo!

Setiembre.—1840.





La Ancianidad.

¿A quiénes se alzaban los grandes varones
De Grecia y Atenas; su gente altanera
Que el yugo impusieron á estrañas naciones,
A quienes doblaban su frente guerrera
con digno ademán?
¿A quiénes dió Roma su pompa y honores:
Llamó venerables sus padres un dia?
A quiénes la gloria de ser senadores;
El ser patriarcas á quién concedia
La ley de Abrahám?

Ancianos buscaron de blanca cabeza,
De frente serena, de barba crecida:
Ancianos humildes, de noble entereza,
Por cuyas arrugas se viese escondida
La austera piedad!
Que en forma de anciano, al Dios representan
Señor de los mundos, señor de los mares,
Señor de los hombres: á aquel que sustentan
Los cielos inmensos, cual pobres altares,
A tal magestad!



Un tiempo la blanca sutil cabellera,
Juzgábase un velo que encubre un altar:
El viejo era un mártir cansado, que espera
Aqui en este mundo su tumba encontrar,
Y allá ser feliz.
Tambien hoy se acata el nombre de anciano:
Tambien hoy se juzga diadema estimada,
Corona mas rica que el oro profano,
Las canas que ciñen la sien despejada
Del viejo infeliz!



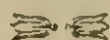
Tambien hoy se juzga que su alma es un trono
De puros afectos, que puros están,
De orgullo, falsía, vileza y encono;
Do algunos mundanos, perdiéndose ván,
Recuerdos de amor.
Tambien hoy su frente, se mira cual cuna
En donde reposan pasiones dormidas:
Y honestas virtudes su mancha importuna
Borraron, encima dejando esculpidas
Señales de honor.

III.

Llega el hombre á esa edad en que pasaron
Los sueños de placer que le arrobaron,
Las delicias de amor que le encantaron;
La ilusion se perdió.
Se vé y contempla cual cadáver frio;
El ayer, el mañana es un vacío:
Sobre su pecho el desengaño impío
Sus cadenas tendió!



Edad en que hasta el céfiro le advierte,
El frio de las alas de la muerte;
Que despues de esta suerte hay otra suerte
Le indica su penar!
Edad en que á morir todo convida:
Que ó bien corona una piadosa vida,
O la espía si acaso fué perdida
En rápido gozar.



Edad, que la razon su fruto ha sido:
El escarmiento el premio conseguido;
Y en que el hombre se juzga despedido
Del mundo como actor.
Edad que en los recuerdos se alimenta,
Que su vivir por desengaños cuenta;
Y en admirar se goza la tormenta,
En puerto salvador!

III.

No es la edad para gozar,
aquella edad tan hermosa
con tantos sueños de amar;
pero es la edad mas dichosa,
para la muerte esperar!



Terrible fuera el querer
como quisieron un dia:
ver tanta hermosa muger
prometiendo aquel placer
que allá en los cielos se cria;



Tener tan viva pasion,
entusiasmo tan vehemente
en el viejo corazon;
y la audaz inspiracion
ser tan fogosa en la mente!



Ah que insufrible seria
en aquella edad cansada!
Qué tormentos causaría!
Cuánto el mortal sufriría!
Antes todo, y despues nada!

Otros cantando de amores,
y de esperanzas livianas:
él suspirando dolores!
Ellos ornados de flores,
y él ya cubierto de canas!



Del placer en la corriente
ellos su sien refrescar:
y él quemado en sed ardiente,
con los labios en la fuente,
y sin llegarla á alcanzar!



Y asi al banquete sentado
mirar rodando el licor,
entre el beso delicado,
ellos muriendo de amor,
viviendo él desamorado!



Martirio inmenso sería;
mas en esto fué piadosa
del tiempo la mano impía;
y en cada instante que fia
nos roba un sueño de rosa!



Y á cada instante otro afán,
y á cada instante otro anhelo,
todos perdiéndose ván:
hasta apagarse el volcán
entre cenizas de hielo!



Y entonces ya no desea
el anciano, ni suspira;
ni loca su mente crea,

ni ya alimenta otra idea
sino que el que nace espira!



Feliz se juzga en la vida,
de vuelta ya un peregrino
hácia su patria querida:
la muerte está en la subida,
la gloria al fin del camino!



Venturoso es en su estado,
y es dulce su ocupacion,
pues solo le dá el cuidado
de guardar en pecho honrado
la paz de su corazon.



Como débil fué al nacer,
débil es cuando perece
el hombre, flaco en poder;
mancilla de humano ser
que en sí tan poco merece!



Aquel crepúsculo incierto
que le anuncia cuando nace,
le precede cuando muerto,
de pardas sombras cubierto.
Aquel en luz se deshace,



Y alumbra hermosa la vida,
y su rosada mañana:
este es luz oscurecida,
en densa niebla perdida
que envuelve noche cercana!

Aquel anuncia el placer,
y abre la berja dorada
de la vida y del querer:
este la puerta enlutada
nos abre para el no ser!



Ah! pobre anciano olvidado,
tu nombre yo cantaré,
que me es tu nombre adorado,
bendecido y respetado;
anciano mi padre fué!



Aunque abatido se inclina
tu semblante macilento,
yo acato tu faz divina,
pues miro en ella la ruina
de un antiguo monumento!



Veo en ti, piedra olvidada,
que aunque ya es muro ruinoso,
de una ermita abandonada,
hay en la losa gastada
cierto emblema religioso!



Veo un mártir pecador
que en vivir purga el delito
que hacer pudiera mayor!
Blanca y profanada flor,
pero de un jarro bendito!



Veo en ti, un libro sagrado
que el desengaño escribió,
que la esperiencia ha estampado:

y aunque confuso y borrado,
la verdad comprendo yo.



Edad mil veces dichosa,
para morir sin dolor!
Edad para mi envidiosa!
Si es necesidad forzosa
perecer, cuando mejor!



Para la tumba de horrores
dispuesto encuentras tu pecho;
y de tus obras mejores,
ya hiciste copia de flores
para hacer blando aquel lecho!



Y asi tu fin, siempre ha sido
sueño que embarga un dolor!
Triste canto, suspendido
por la brisa: un ¡ay! perdido,
que al fin recoje el Señor!

Agosto.—1838.





La Hoja marchita.

CANCION.

Volad, pensamientos tristes,
y no pareis en el suelo,
que si es vuestra cuna el cielo
justo es que al cielo subais:
El alma tambien procura,
al encumbrarse en vuestra ala,

ver si su aliento se exhala
y á su patria la tornais.

—

Para mis altos intentos
es pobre carcel la tierra,
y mezquino cuerpo encierra
un alma tan celestial.
Aire y cielo me sofocan
en este espacio vacío,
que al jigante desvarío
no basta un mundo mortal.

—

Hasta el trance en que adormido
en brazos de los querubes,
sobre el trono de las nubes
beba el aliento de un Dios;
Dejadme, señor, lamente
los lazos que me encadenan,
y que á vivir me condenan
tan apartado de vos!

—

¡Maldito el hombre que siembra
semilla de tiernos años,
para cojer desengaños
que el fruto dán del dolor!
¡Maldito el hombre que vive
por ver si el placer alcanza
y halla hermosa la esperanza,
pero la halla siempre en flor!

—

¿Qué importa que las tinieblas
de mi dolor, luz radiante,
haga oscilar un instante

á mis ojos el placer;
 Si esa centella engañosa
no guia al fanal del puerto,
sino á un abismo encubierto
en brazos de una mujer?

—

 ¿Qué importan los dulces ayes
con que la atmósfera puebla,
entre el vapor de la niebla
voz que suspira de amor;
 Si son de sirena astuta
los voluptuosos cantares,
que arrollan luego en los mares
al pobre navegador?

—

 ¿Qué importa soñar la vida
entre los lánguidos brazos
de una mujer, cuyos lazos
te jura eternos serán;
 Si al par que tu seno abraza
dobla tu sien que desmaya,
cual serpiente que se ensaya
sus presas á devorar?

—

 Dejadme, por Dios, dejadme,
desengañadas pasiones,
si estas no son ilusiones,
es la verdad bien cruel.
 Dejadme esperar al menos,
que en el fondo de esa copa,
ha de hallar por fin la boca
licor que no amargue á hiel!

—

¿Cómo vivir, si á los hombres
los juzgo falsos, villanos;
si al ir á estrechar sus manos
siento el hierro de un puñal?
¿Si en sus ojos bebo el odio
que á sus iguales alcanza,
y en sus voces de esperanza
solo esperanza de mal?

—

¿Cómo vivir quien dudoso
de la mujer desconfia,
y halla en sus labios falsía
y en su pecho ingratitud;
Quien juzga mengua su llanto,
y sus caricias mentira,
y hasta en sus gracias le admira
que haya imájen de virtud?

—

Y no es porque el alma ansiosa
no sienta tan triste sueño,
y no forme firme empeño
sus prendas en admirar;
Que hubo un tiempo por su dicha
que las juzgó verdaderas,
puras, ardientes, sinceras;
mas ya le hicieron dudar!

—

Es imposible, imposible:
quiero engaños ó ilusiones
aun cuando amargas lecciones
la clara verdad me dé.
Pero al menos tenga dudas,
sueñe esperanzas y amores,

y entre espinas halle flores,
y entre dudas tenga fé.

—

Y si al corazon no es dado
ni aun de engañarse el consuelo,
al menos acorte el cielo
tan funesta espiacion:
Que sin gloria é ilusiones
aun el paraiso eterno,
no es preferible á un infierno
en que hubiese la ilusion!

—

En tanto corren las horas
y los dias ván pasando,
y los años ván volando
y arrastran la muerte en pos.
Aun cuando nada me encante,
aun soy feliz, sino pierdo
el lisongero recuerdo
que guarda el alma de vos!

—

Esta hoja pobre y marchita,
por vuestra mano cortada,
con mis suspiros quemada
sin aroma y sin verdor,
Es talisman peregrino
que consuela mis dolores,
ni para mí entre las flores
hay otra tan bella flor!

—

Ella escucha mis plegarias,
aunque en silencio elocuente;
en ella apoyo mi frente

que se estremece al tocar.
Bajo el corazon la pongo
como santo relicario,
y en sus pliegues un sudario
quisiera el alma encontrar!

—

Entre los yertos dobleces
de su marchitado manto,
halla cabida este llanto
que nadie quiso acojer.
En ella oculto mi rostro
cuando en mi fiebre deliro,
y ella acoje mi suspiro
estremecida en placer!

—

Ella es mi amiga y mi amante,
porque pienso que la adoro;
es el único tesoro
que acaricio con ardor.
Y aunque náufrago en la vida,
feliz el alma se cuenta,
porque salvó en la tormenta
de una hoja seca el amor!

—

¡O tú, quien quiera que seas,
si á cerrar llegas mis ojos,
cuando mis yertos despojos
pida el suelo para sí;
Yo te suplico que dejes
junto al corazon clavada,
esta hoja seca y ajada
que asi se lo prometí!

—

Y si aun quebrantan mi tumba
por codiciar la mortaja,
por ser tan pobre esta alhaja
me dejen por compasion;
Que por ser sin duda tantas
las lágrimas ¡ay! que encierra,
harán brotar á la tierra
la flor de mi corazon!

—

Y si hay entonces quien llore
por el cantor desdichado,
y en algun pecho olvidado
aun vive un recuerdo de él;
Venga á mi túmulo triste
el que asi me compadezca,
y bese la flor que crezca
de mis lágrimas de hiel!

—

Mas si nadie dá un suspiro
á mi tumba solitaria,
ni hay quien rece una plegaria
por un mártir del amor;
Entonces tumba y cenizas
queme un volcán con su lava,
y aun tale el sitio que en estaba
un torrente asolador!

Febrero.—1841.





EL SOLITARIO.



En un escabroso risco
que sobre altísimas peñas,
á las orillas del mar
alza su desnuda cresta,
en el pico de una roca
de color amarillenta,
de un ermitaño cansado
la pobre ermita se eleva.
Era diciembre. Empezaba
la mañana. Turbulenta

la mar rugia espumosa;
el septentrion aglomera
mil nubes pardas, cargadas,
por el occidente. Truena
con prolongado estampido
en las bóvedas inmensas,
y el eco lúgubre, agudo,
entre las rocas desiertas
se repite, y se confunde
con las olas que amedrentan.
Inundan de fuego cárdeno
las fugitivas centellas
aquel páramo de horrores
y de abrasadas arenas.
Al lejos rápido cruza
un bergantin de Ginebra;
deshechos sus anchos lados,
roto el timon y la entena,
y cual paja desprendida,
y que un torrente despeña,
hasta las nubes se cala
y en los abismos se anega,
y en cada embate parece
nadar la nave desecha.
Clamores suben al cielo,
que escucha el anacoreta;
plegarias son al Eterno
y al que rige las tormentas;
súplicas de amor humildes
que sus piedades desdeñan,
pues mas furiosas entonces
las ondas sus ayes llevan!
Se vé á la luz de los rayos

la despejada cabeza
del anciano, y de su frente
la tranquilidad serena;
sus canas blancas parecen
símbolo de su inocencia;
sus ojos azules brillan
cual dos pálidas centellas,
y baña su faz rugosa
el lloro de penitencia.
De hinojos en el peñasco,
tendia sus manos trémulas
al firmamento. Los pliegues
del hábito que blanquea,
y ondea el viento en la roca
cual mágica triste enseña,
al suspirante ermitaño
le dán una forma aérea,
y parece descendido
genio de beneficencia,
que con su santa oracion
angel es de providencia.
En vano son sus lamentos
y cantos fúnebres eran,
pues se hunde el buque, y naufragan
los infelices que lleva!
Entre los restos perdidos
que envuelven las ondas negras,
cual pesarosas de ver
que su crueldad ostentan,
un blanco bulto arrojaron
hácia el creston de las peñas,
y aun diz que oyó sus suspiros
entre el huracán que truena,

que los que parten del alma
hieren mas que las tormentas!
Baja del risco, y cuidoso
el ermitaño contempla,
de un náufrago niño hermoso
la despejada cabeza,
que entre los mares sombríos
brilla cual lucida estrella.—
«Flor que sin crecer, te agostas;
y la mia, inútil, seca,
ha de ver nuevas auroras!
(esclamó el anacoreta).
La muerte á un infeliz niño,
y vivir quien la desea!»—
Un ay! postrero escuchó,
y al ver sus ropages cerca,
invocando al Dios que adora
se arroja á la mar soberbia.
Es un combate terrible
el de los ayes y quejas,
y el rebramar de los vientos
cuando las nubes se estrellan.
Los bultos ruedan asidos,
y entre el hábito blanquea
la cabecita del niño;
parece durmiendo en ella,
cual en sepultura humilde
flor que brota cenicienta.
Ya se ocultan, ya aparecen,
ya de la orilla se alejan,
y entre un turbion espumoso
los sumergió la tormenta:
y cual si ufanos los mares

hallàranse con sus presas,
mansamente ván rodando,
su silvo el Abrego enfrena,
y al azotar tempestuoso
de las aguas en las peñas,
sucede el lánguido son
de sus tumbos en la arena.

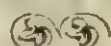
Marzo.—1838.





A.........

Pasó en mi mente rápido y hermoso
Angel de amor purificando el alma:
Lánguido y bello, en ademan airoso,
Cual se alza mustia marchitada palma.

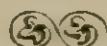


Blanco cendal cual trasparente velo
Ocultaba sus formas celestiales;
Era divinidad del desconsuelo,
Triste y hermosa entre sus duros males.

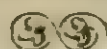
Finas memorias de perdidos bienes,
Gratos recuerdos de olvidado amor,
Impresos brillan en sus blancas sienes,
Pálidas ya como la muerta flor.



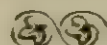
Bellas, ardientes, lánguidas miradas
Descubren el sentir del corazon:
Cual brillarán, de amores inspiradas,
Si tan bellas las torna su afliccion!



Tardos suspiros comprimido el pecho
Lanza cediendo al duro padecer.
Quién le tornára amante y satisfecho!
Quién oyera un suspiro de placer!



Fuera en sus lábios de encendida grana
Un eco de la gloria el suspirar;
Brisa fragante en plácida mañana,
Fuego que hierve entre agitado mar!



Que á mares, sí, de su hechicera boca
Las delicias resvalan y el placer;
Y yo pensaba en mi esperanza loca
De sus sabrosas ondas el beber!



Y allí anegarme en deleitoso olvido,
Y allí morir de celestial ventura,
¡Nave sin vela, entre el placer perdido,
Despertar en la yerta sepultura!

Noviembre.—1839.



Rosa.

¡Oh dulces prendas por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios queria:
Juntas estais en la memoria mia,
Y con ella en mi muerte conjuradas!

GARCILASO DE LA VEGA.

En corazon de cera á sus alhagos
Las ilusiones de mi bien grabadas
Selló tu amor y las borró tu olvido.
¡Oh dulces prendas por mi mal halladas!

Al libar, no el aroma de tu boca,
Sino la hiel que el desengaño cria,

Tristes y amargas pareceis, memorias,
Dulces y alegres cuando Dios queria!

Llenas de amor tus pláticas suaves,
Las prendas de tu fè, tirana mia;
Tu jurada pasion, tus esperanzas
Juntas están en la memoria mia!

Dejadme al menos, en mi triste lecho,
Soñar con glorias por mi mal pasadas,
Sino es que estais gozando en mi despecho,
Y con ella en mi muerte conjuradas!

Diciembre.—1840.





LA ROSA.

(A la Señorita R. P.)

I.

Rosa entre espinas nacida,
flor hermosa,
de mi bella tan querida;
fiel recuerdo de su vida
y recuerdo de su amar:
Flor de un dia sin mañana,
triste rosa;

de mi bella soberana
eres en lo bella hermana,
y en lo frágil del durar!



Blanca gota de rocio
se divisa
sobre tu cáliz sombrío,
que baña en su aroma frio
y en su gérmen matinal;
Y en tu hermosura y tu gala,
blanda brisa
por tu seno se regala,
y entre tus hojas exhala
su perfume virginal.



Y cantan los ruiseñores,
y suspiran,
gozándose en tus colores,
y en torno tuyo las flores
te rinden adoracion.
Que por ser entre ellas diosa,
flor, te admiran.
Pobre rosa, pobre rosa!
No abras tu corola airosa,
ó teme tu destruccion!



Ese sol que te ilumina,
rosa amada,
que á tu color purpurina
un blando rayo destina
y tu sien quiere esmaltar;
Y esa tu tinta de raso
delicada,

suavísima ahora, acaso
antes que se hunda en su ocaso
con su lumbre ha de abrasar!



Y sobre tu planta erguida,
por las brisas
dulcemente estremecida,
por las aves aplaudida
como diosa en el vergel;
Tenderá su inmundo lecho
sucia oruga,
sobre ese caliz deshecho,
ó algun reptil al acecho
plegará entre ella su piel!



Tú no debiste nacer,
pobre flor,
pues para ti no habrá ayer,
y has de tornar al no ser,
con el sol que te dá luz!
Por eso eres tan querida
de mi amor,
pobre rosa desvalida!
Tu muerte empieza en tu vida!
Naciste en el atahud!

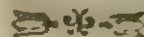


II.

Tambien entre las flores hay fortuna;
Unas crecen en plácidos vergeles,
Y al blando sol, y á la modesta luna
Alzan su fresca sien:
Y las mece la brisa en los jardines
Y ornato son de damas y donceles,
O en las trovas de amantes paladines
Celebradas se ven.



Otra cabe una charca pantanosa,
Mustia y ajada entre espadañas brilla;
No hay blanda brisa ni alborada hermosa
Para la triste flor.
Sufre del septentrion los vendabales,
Y del rayo la ráfaga amarilla
O la arrastra por hondos peñascales
Torrente bramador,



Otra sobre un collado florecido:
Otra sobre una tumba solitaria;

Otra crece del templo destruido
En el cortado altar.
Y en tanto pasa la mañana hermosa
De su existencia mísera y precaria:
Viene otra aurora, se abrasó la rosa;
que corto es su durar!



III.

Cuán vario es el destino de las flores
Que mano impía arrebató en la rama:
Su perfume y sus mágicos colores,
Do quier el aura plácida embalsama!

En los búcaros finos del banquete
Blando regala su apacible olor.
En voluptuoso, oscuro gabinete,
Los sentidos embarga al amador.

Una rosa tambien fúlgida y bella,
Es un adorno á un fúnebre atahud;

Un dia fué el tocado en la doncella,
Y hoy cubre el paño de su negra cruz!

A la modesta faz de la velada
Una rosa destina el Himeneo.
En las tocas de virgen consagrada
Prende otra rosa el cándido deseo.

Fiel holocausto en el altar de plata,
Es un don al eterno de cariño.
Otras veces el viento la arrebata
De entre las manos con que la aja el niño.

Mas ah! su encanto y su vistoso alarde
Siempre es de un dia corto, sin *mañana*!
Y ha de morir, cuando la parda tarde
Que ya se pierde entre la sombra vana!



IV.

Por eso, rosa querida,
una muger que te ama

y siente tu corta vida,
y ver tu gala perdida,
te arrebató de la rama.



Y entre su seno de amores
creyó conservarte pura,
y con brillantes colores,
que ella tambien guarda flores
allí, y están con frescura.



Mas no bastando su ardor,
de sus labios cariñosa
prestarte quiso el calor,
y te besó con amor;
quien fuera entonces la rosa!



Y tú, mustia, marchitada,
lánguidamente morias
de sus besos abrasada,
y á su volcán ofrecias
tu muerta corola helada.



Es lo que no comprendí,
y ha quedado sorprendida
el alma desque lo ví;
¿cómo te dá muerte á ti
lo que á mi amor dá la vida?



Rosa..... tu fin fué marcado,
y nada vence al destino!
Tambien yo estoy aplazado,
y si algo mas he durado,
es ser mas largo el camino!

Febrero.—1841.





LAS SOMBRAS.

A Paulina y Julia

(En su viage al Pirineo.)

¿Son sueños ilusorios y mentidos
De mi audaz y fogosa esaltacion,
O recuerdos que viven esculpidos
Con fuego en mi sensible corazon?

¿No es cierto que partieron las hermosas
De la Luctecia al májico confin?

Pues qué, ¿serán sus sombras vaporosas
Las que cruzan las calles del jardin?



Yo las escucho entre las blandas brisas,
Que agitan los ramajes de la flor:
Y los murmullos de las dulces risas,
Que suspira su acento encantador.



Veo cruzar por las etéreas salas,
Allá en la noche, por el cielo azul,
Blancos fantasmas de lucientes alas,
Que las nubes envuelven en su tul.



Oigo el crujir de su sonante vuelo,
Siento flotar los rizos de su sien;
Y aun al través del vaporoso velo,
Perlas sus ojos relucir se vèn.



Cruzan, y pasan, y en fugaces giros
Vuelan, se agitan, tornan á cruzar:
Y lanzan sordos, trémulos suspiros,
Que aqui en el alma vienen á espirar!

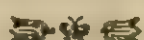


Tristes mis ojos deslumbrados giran
En pos de la magnifica vision:
Mudos mis labios á su vez suspiran
Por ver si hay en las sombras corazon!



Las hojas de los árboles sonoras,
Mansas zumbando en desigual baiven,
De la alta noche en las serenas horas,
Ay! me parecen suspirar tambien.

Y en medio de tan quietas soledades,
Mas y mas duda ansiosa la ilusion,
Si mentiras las juzgo, y son verdades,
O si al verlas verdad, mentiras son!



En fin, si sueños las aborta el alma,
Con sombras quiero por mi bien soñar:
Que bien compensa la soñada calma
El tormento que siento al despertar!



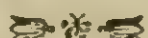
Pasad, pasad, brillantes torbellinos,
Llenos de gloria, de ilusion, de amor:
Mostradme del placer anchos caminos
Aunque todos me lleven al dolor!



Pasad fantasmas trasparentes, bellas,
Coronadas de mirto y de laurel,
Dejad impresas vuestras leves huellas
Sobre mi corazon, que os sienta en él!



Confundid vuestro aliento con mi aliento.
Venid á respirar cerca de mi,
Si espíritus no sois, que el pensamiento
Aborta en delirante frenesí.



Angeles sois sin duda de consuelo,
sombras errantes que vagando vais;
Ráfagas desprendidas de ese cielo,
Que las nieblas de mi alma iluminais!



Amigas cariñosas é invisibles,
Que al triste bardo acariciais la sien:
Deidades tenebrosas y sensibles,

Imágenes sin cuerpo de algun bien!



Sombras, venid: cercad mi fantasía
Con vuestro aereo, mágico vapor:
Al menos vuestra alada compañía
Distraerá mi soledad de amor!



Sin duda que tambien os invocaba
Como consoladoras de su afán;
Sin duda con vosotras se estasiaba
En sus sublimes cánticos Osian.



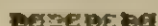
Y al veros blancas, vaporosas, lentas,
Pasar rozando su exaltada sien,
Por fadas os cantó de las tormentas,
Por diosas de las nieblas de Morvén.



Sin duda que abrazado á sus cadenas,
Taso infeliz, entre las sombras vió,
Vaga en reflejos, diseñada apenas,
La hermosa que en su carcel le asistió!

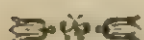


Sin duda el desterrado de Florencia
Cuando su infierno colosal pintó,
Vió pasar en tan negra trasparencia
Las diabólicas huestes que creó!

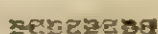


Y sin duda tambien sombras veia,
Cuando inspirado de ilusion feliz,
Abortó su jigante fantasía,
Los prodigiosos rasgos de Beatriz!

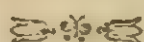




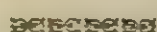
Y allá en Vaucluse, la gruta solitaria,
Cuando Petrarca, por su Laura fiel,
Suspiraba tiernísima plegaria,
Rompiendo sus coronas de laurel,



Sin duda que mil sombras la laguna
Entre sus pardas brumas levantó,
Que al tibio albor de la amarilla luna
Semejaban la Laura que perdió!



Siempre fuisteis amigas cariñosas,
Sombras errantes que vagando vais,
Y aparentando imágenes preciosas,
Con su recuerdo el alma consolais!



Yo cual aquellos bardos inspirados,
Soy, aunque humilde, ardiente trovador!
Yo tambien lloro amores olvidados:
Yo tambien he nacido en el dolor!



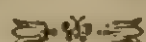
Venid: rozad por mi megilla ajada,
Con vuestras alas de inspirado son:
Ah! que me toque vuestra frente helada
Aunque yerto me deje el corazon!



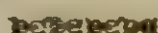
Envolvedme en los májicos vapores
En que mecidas vais del huracán!
Mas cielos! son del alma los fulgores?
¿Y mis sombras queridas donde están?



Imágenes sin cuerpo de algun bien!



Sombras, venid: cercad mi fantasía
Con vuestro aereo, mágico vapor:
Al menos vuestra alada compañía
Distraerá mi soledad de amor!



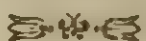
Sin duda que tambien os invocaba
Como consoladoras de su afán;
Sin duda con vosotras se estasiaba
En sus sublimes cánticos Osian.



Y al veros blancas, vaporosas, lentas,
Pasar rozando su exaltada sien,
Por fadas os cantó de las tormentas,
Por diosas de las nieblas de Morvén.



Sin duda que abrazado á sus cadenas,
Taso infeliz, entre las sombras vió,
Vaga en reflejos, diseñada apenas,
La hermosa que en su carcel le asistió!



Sin duda el desterrado de Florencia
Cuando su infierno colosal pintó,
Vió pasar en tan negra trasparencia
Las diabólicas huestes que creó!

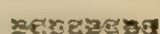


Y sin duda tambien sombras veia,
Cuando inspirado de ilusion feliz,
Abortó su jigante fantasía,
Los prodigiosos rasgos de Beatriz!

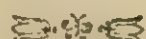




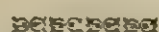
Y allá en Vaucluse, la gruta solitaria,
Cuando Petrarca, por su Laura fiel,
Suspiraba tiernísima plegaria,
Rompiendo sus coronas de laurel,



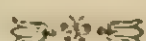
Sin duda que mil sombras la laguna
Entre sus pardas brumas levantó,
Que al tibio albor de la amarilla luna
Semejaban la Laura que perdió!



Siempre fuisteis amigas cariñosas,
Sombras errantes que vagando vais,
Y aparentando imágenes preciosas,
Con su recuerdo el alma consolais!



Yo cual aquellos bardos inspirados,
Soy, aunque humilde, ardiente trovador!
Yo tambien lloro amores olvidados:
Yo tambien he nacido en el dolor!



Venid: rozad por mi megilla ajada,
Con vuestras alas de inspirado son:
Ah! que me toque vuestra frente helada
Aunque yerto me deje el corazon!



Envolvedme en los májicos vapores
En que mecidas vais del huracán!
Mas cielos! son del alma los fulgores?
¿Y mis sombras queridas donde están?



Se buyen? Tened, tened; parad el vuelo:
Mirad que el alma me llevais en pos!
Sombras, volved: si remontais al cielo,
Volved aun otra vez, otra por Dios!

Enero.—1841.





Su Nombre.



Despide la luna pálida
débil reflejo amarillo,
sobre un ruinoso castillo
que en cumbre alzada se vé.
Parece á su rayo trémula,
la sombra informe y jigante
su vestidura ondeante
que ciñe del monte el pié.



II.

Ese nombre que suena en mi oido
Como el arpa del bardo inspirado;
Que mi labio pronuncia estasiado,
Que me innunda de inmenso placer!
Que ya eterno y con letras de fuego
Se grabára en mi audaz fantasía:
De tan dulce y sonora armonía
Que hace en fuego mi sangre encender!



Muy mas suave que el suave murmullo
De estenuada corriente que pasa:
Muy mas tierno que el lánguido arrullo,
De la tórtola muerta de amor!
Muy mas dulce que un rayo de luna
Que entre nubes de nacar se pierde
O que brisa en desierta laguna,
Cuando duerme del agua en la flor!



Mas hermoso que el beso de un niño
Sobre el cáliz de cándida rosa,
Nombre lleno de uncion, de cariño,
Que disipa mi inmenso dolor:

Celestial, como un eco de gloria
Que suspiran los ángeles castos;
Y grabado en mi eterna memoria,
Con el fuego de un alma de amor!



III.

Tu nombre, mi serafin,
que en bullicioso festin
y en el florido jardin
mil veces hice sonar.
Y le aspiraron las flores,
y los árboles mayores,
en su tronco á mis amores
le consintieron grabar!

—

A las aves que han cruzado,
á las nubes que han volado,
á los rios que han pasado
se le canté con placer.
Y el ave le repetia,
y entre las ondas corria,

y en las nubes su armonia
me llegaba á suspender!

—

En mis ayes le exhalaba,
en mis cantares sonaba,
en mis dolores quedaba
impreso en mi corazon:
Y en mis sueños voluptuosos,
y en mis dias tormentosos,
y en mis recuerdos dichosos
de ventura y de pasion!

—

Siempre grabado en la mente,
y en el alma tenazmente,
y en el pensamiento ardiente,
ligado con mi existir:
Unido á mis padeceres,
y á mis risueños placeres!
Mi hermosa, entre las mujeres,
con tu nombre he de morir!

—

Y no te admire mi amor,
que eres mi angel guardador,
recuerdo consolador,
de esa virgen del Edém.
Gloria á mi afán prometida,
palma de Dios bendecida;
el paraiso en la vida
para mi que te amo bien!

—

Y tan hermosa doncella
como es de Venus la estrella;
como el rayo que destella

del alba el primer albor;
Como esa luna de estío,
como la brisa del rio,
como el recuerdo, bien mio,
de nuestro feliz amor!

—

Acaso ese nombre angélico
con que el alma se estasía,
cuando llegues á ser mia
resonará en el altar:
O acaso tambien ¡ay mísero!
en el féretro profundo,
cuando duermas para el mundo:
y en el cielo al despertar!

Abril.—1837.





EN EL ALBUM

de la Señorita Doña P. B.



Gozad, gozad las horas deliciosas
De la lozana y bella juventud,
Antes que sirvan del amor las rosas
Para adornar el fúnebre atahud!



Porque de frescas y aromadas flores
Se corona á las víctimas tambien;

Y sus guirnaldas rompen los amores
Para ceñir la moribunda sien!



Triste es entonces en la frente ajada,
Y sobre el seno yerto y sin calor,
Sentir la gota suave, embalsamada,
Que del rocio conservó aun la flor!



Y su aliento y su aroma delicado
No poder con los labios aspirar,
Y sobre un corazon ya marchitado
Su capullo llegarse á deshojar!



No, no aguardeis para el fatal momento
Las guirnaldas hermosas á escoger,
Que cual las nubes arrebata el viento
Las horas lleva el tiempo del placer!



Estos son los instantes de la vida
En que aun el alma conservais en flor;
Y en que á la aurora del placer convida
El pálido crepúsculo de amor!



Jóvenes, entusiastas, lisonjeros,
Vuestros ensueños para el alma son;
Los pensamientos dulces y hechiceros
Porque les dá su mágia la ilusion.



Señora, para vos la vida empieza;
Y es hermosa la vida, al despertar
La joven virgen de inmortal belleza,
Que el astro del amor vé despuntar.

Pasasteis la temprana edad, dormida,
Adivinando el lento porvenir,
Gozandoos en las glorias de la vida
Que os hizo el alma en sueños presentir.

Llegó por fin á descorrerse el velo
Que sofocaba el virgen corazon:
Gozad, gozad con delirante anhelo
Las horas tan fugaces de ilusion!

Hermosa sois, señora; su tributo
Debeis al mundo, y al feliz placer;
arbol feliz de delicioso fruto,
Para amar ha nacido la muger!

Gozad, gozad de la existencia vana,
Antes que el alma marchiteis en flor!
Hora que anuncia tan feliz mañana
Tan hermoso crepúsculo de amor!

Setiembre.—1840.





PLEGARIA.

¿Qué fuera el sol sin fulgores,
ni esos cielos sin colores,
ni sin ambiente las flores?
¿Qué fuera el mundo sin luz?
Lo que sin padre, seria
de nuestra orfandad un dia:
sálvale, ó virgen María,
por tu amargura en la cruz!

Sus hijos son los que lloran
y por un padre te imploran:
por su vida, en que atesoran
su encanto y suerte mayor!
Tú, Señora, has de acogernos,
escucha votos tan tiernos,
y haz tú sus años eternos
Como eterno es nuestro amor.



Los tiernos hijos te encantan
cuando á sus padres levantan;
y cuando en su obsequio cantan
ángeles son para ti:
A ser ángeles llegamos,
hoy que por él te rogamos:
por esa vida que amamos,
toma cuatro que hay aqui!

Octubre.—1839.

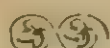




La Conquista de Granada.

«Boabdil, Boabdil,» repite en las montañas
El eco de una voz ronca y doliente,
Que despedaza aguda las entrañas
De la madre que llora amargamente.
«Hijo del corazon, luz de mi vida,
En mal hora embrazaste
La ponderosa lanza de la guerra,
Y el noble corazon aprisionaste
Bajo la triple malla que me aterra!
La senda por do fuiste

Ya, nunca, nunca, á mis cansados ojos
Parecerá encantada,
Ni esa vega do al fin despareciste,
Ni aun con ser esa vega de Granada!
Mas ya ven que ese *Rey de los harenes*,
Como por mengua tuya, hijo querido,
Te llamaban los moros,
Alza en el campo las soberbias sienes,
Ufanoso y erguido:
Y que como ellos cierran con los toros,
Esfuerzo lleva, corazon y manos
Para cerrar audaz con los cristianos.
Cuál se aumenta el estruendo y vocerío
De la tremenda lucha!
Entre el denso y confuso polverío,
Conteniendo sus moros perseguidos,
La voz de Boabdil tronar se escucha.
Vencidos tornan, vive Alá, vencidos!



Zorayma corre á ver tu noble esposo
Guarecerse del foso!
Ven Zorayma, á gozarte en sus laureles.
Oyes el rechinar de los cerrojos?
Ni aun seguros se vén en la muralla;
Esos los Mazas son y los Gomeles!
Los Zegries huyendo la batalla,
Yertas sus manos y húmedos sus ojos!
Ah! Boabdil, el Zogoibi llamado
Tu destino será bien desdichado!
Yo ansiaba entre mis brazos acogerle,
Pero abrazarle triunfador queria:
Hoy, cadáver mas bien quisiera verle,
Que huyendo el que heredó la sangre mia!

Mira, pobre Zorayma, esos leones
Soberbios de Castilla,
Llegando hasta tocar las férreas puertas,
Y en sus bronces la lanza haciendo astillas.
¡Qué seguro tendremos, desdichadas,
Si ya dejan abiertas
Esos cristianos fieros,
Por el hueco que hicieron sus aceros,
Las bocas por donde entren sus armadas!
—«Templa, sultana, el hondo sentimiento.
—Ha sido un rayo el que rasgaba el viento?
—No, que ha sido una lanza, despedida
Por aquel caballero.»
—«Que ha de llegar hasta la Alhambra infiero.
Le conozco, es Pulgar: el noble altivo
Que clavó en la mezquita
Aquella enseña celestial, bendita,
Y á quien los nuestros le dejaron vivo!
Ese que con acero valeroso
Su gloria, y nuestra afrenta,
En esa torre á cintarazos labra,
Es D. Diego de Córdoba, el famoso
Y buen conde de Cabra.
El conde de Tendilla,
Ese que amarra esclavos musulmanes
Como perros cobardes en trahilla;
Giron y Ureña aquellos capitanes.»
—«¿Y ese doncel, que levantando el brazo,
Con la estendida lanza, apenas toca
El friso mas humilde de esta roca?»
—«Es Garcilaso, el de la ilustre hazaña,
De tan reciente plazo.
El de Toledo, el de la flor de España;

Nuevo Goliat que derrocó al jigante,
A nuestro Tarfe, el poderoso Atlante
Que á Granada en sus hombros sustentaba;
Y que con ira ciega,
Por vengar una Virgen que adoraba,
Muerto á sus pies nos les tendió en la Vega!
Oh vergüenza!—Corramos
A entusiasmar nuestra vencida gente:
Si algun fuego en sus almas encontramos,
El brotará con nuestro lloro ardiente.»



En Vivarambla los cansados restos
De las desechas haces,
Están clamando, á recibir dispuestos
De los reyes Católicos las paces.
Boabdil mustio y pensoso,
Sostiene el cuerpo en su dorado acero,
Y apoya del turbante poderoso
La rica seda á un paredon grosero.

A esta sazon llegando
La sultana, y del rey la triste esposa,
Quedáronse turbadas, escuchando
La voz fatal de la morisca ansiosa.
«Cobardes, ¿qué pedís con tantos gritos?
Les habló la sultana entusiasmada:
«Moros infames y de Alá malditos!
¿Sabeis á cuánta costa compraremos
Esa paz anhelada,
Y que al ganarla, en ella perderemos
La pura luz de la oriental Granada?
Aqui, en esos jardines y florestas
Tranquilas y sombrosas,
Del rojo sol las abrasadas siestas
Pasaron vuestras madres amorosas!
Al pié de esos naranjos encarnados,
En las noches de estío,
Dormiais dulces sueños encantados,
Al grato son del bullicioso rio!
Esos fueron los campos y raudales
Que dieron blanda á vuestro amor su cuna;
Esos los miradores de cristales
Que oyeron vuestras trovas orientales,
Y está tambien vuestra querida luna!
¿No llamais tan hermoso el fértil suelo
De la hermosa Granada,
Que juzgais que la parte de ese cielo,
Que cubre el campo en su azulado velo,
Es de Mahoma la feliz morada,
Y que son las estrellas,
De sus blancas houris las almas bellas?
¿Consentireis que otra nacion estraña
Venga á cantar vuestra derrota un dia,

En vuestra propia y paternal cabaña?
¿Qué al rumor de sus fuentes salladoras
Descansen sus escuadras vencedoras?
¿Qué esos cedros, del Líbano arrancados,
Y esas altas adelfas y laureles,
Dén sombra á sus indómitos soldados,
Y reparo y solaz á sus corceles?
Será, infeliz, que ni aun morir podamos
Donde dichosas por Alá nacimos!
Si es forzosa la muerte, aqui muramos!»

Calla Boabdil, y callan sus secuaces,
Mas en breves momentos,
Cual rudo son de embravecidos vientos,
Mil voces repitieron: «tregua y paces.»
«Cuidad, clamó la esposa acongojada,
De arrepentiros tarde,
Si tan poco estimais vuestra Granada,
Que la vendeis con ánimo cobarde,
Y á costa de vuestra honra mancillada!
Madres teneis, y las dejais llorosas;
Hijos de vuestro amor, y aun en su cuna,
Sentirán el rumor de las cadenas;
Vuestro lecho nupcial, vuestras esposas,
Oh mengua! oh moros; llorareis agenas!
Las vírgenes sin freno atropelladas,
Las mezquitas por tierra:
Si por ellas luchais; hay duda alguna
De que es santa y forzosa nuestra guerra?»

Igual silencio á su clamor responde.
Solo Muza afrentado se estremece,
Y el rostro altivo de vergüenza esconde,

Y esclama, al fin, turbado: «Bien merece
Nuestro ejército el nombre de cobarde;
Mas, fama de guerrero cobró un dia
Por sus hazañas de arrogante alarde!
Hoy la perdió ¡y te pierde patria mia!
Tened presente, oh moros granadinos,
Los hechos mil de vuestra antigua gloria:
Recordad esa puente de los Pinos,
Donde los dos alcaides
Compraron con su sangre alta memoria!
Ilustres Abenzaides;
Sacad de nuevo el ardimiento á plaza:
La sierra de Habalcol pronto olvidásteis,
Y los campos de Loja, y las llanuras
De Albohacén, y de Baza,
En que sus escuadrones arrollásteis:
Y del Genil la orilla
Donde á ese mismo conde de Tendilla,
Y al de Medinaceli poderoso,
Que hoy fieros lanzearon la muralla,
Y aun á su rey Fernando el animoso,
Vencisteis, con su riesgo en la batalla!
Acordad que tambien nobles esclavos
Besaron vuestras plantas, reverentes,
Cual D. Pedro de Silva, entre sus cabos
Bien principal, y el conde de Cifuentes!
Rodrigo Ponce de Leon, que há poco
Chocó con su caballo en nuestras puertas,
Y Alonso de Aguilar, que osado ú loco,
Quiso salvar del foso las compuertas,
En los montes de Málaga, perdidos,
Deshechos y vencidos,
Con muerte el de Leon de dos hermanos,

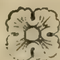
Y tres sobrinos, prez de sus cristianos,
Huyeron por temer vuestra venganza,
En la cuesta que es hoy de la *Matanza*!
Los campos de Lucena, eran llamados
La huerta de Aliatar, porque no hay dia
En que no la corriesen sus soldados.
Hasta el conde de Cabra, que hoy venia
Tan jactancioso, retador, y altivo,
En Moclin, el Zagal le perseguia,
Y á poco el irse entre sus garras vivo!
En fin, moros ilustres de Granada;
Por siete veces ciento
Y aun mas número de años, fué temida
Vuestra guerrera y prepotente armada.
Esa nacion que hoy vence, fué vencida;
No os falte el ardimiento,
Cuando os sobra mas gloria en la jornada!»



La turba se dispersa amotinada,
El rey Chico, al Alcázar se retira;
El acento de Muza fué el postrero
Canto de gloria que lloró á Granada!
«Esclavo, prorumpió, verán no muero!»
Por la puerta de Elvira
Partióse, y nunca mas tornó el guerrero!



Treinta soles despues, en la ancha Vega,
Lucidos bandos de cristianas haces,
De Darro acampan en la verde orilla.
El rey infiel de la morisca ciega,
En rehenes seguros de sus paces
Con los ilustres reyes de Castilla,
Cuatrocientos guerreros
Envia, de sus moros caballeros,
Y dos corceles de batalla, en prenda
De que por firme su alianza entienda.



A la otra aurora en medio en la llanura,
Cubiertos de estándartes y pendones,
Y entre moriscas tocas y cimeras,
Dos reyes se estrechaban con ternura,
El uno, algo inclinado,
Con muerta voz y con razones graves,
De aquel su paraiso afortunado
Al vencedor le encomendó las llaves.
A la sazon por la nevada sierra
Se oyó el clamor de gente vencedora,
Y en las murallas de la Alhambra mora
Las enseñas de guerra,
Las cruces de los rojos estandartes
Y el pendon de Santiago relucian
:

En los mas elevados baluartes;
Las voces que se oian,
Zumbaban en la torre de la Vela:
«Castilla por Fernando y su Isabela!»
Con tumultuosa aclamacion rugian.



Pocas horas despues, con paso lento,
Junto al postigo de la Alhambra hermosa
Por la puerta que es hoy de los *Molinos*,
La cuesta de los *mártires*, famosa,
Traspuso Boabdil, con otros ciento
De sus vencidos moros granadinos.
Siguiendo los caminos
Que al Alpujarra dán fácil entrada,
Y en la cima de un monte
Que término no encuentra á su orizonte,
Quiso Boabdil clavar una mirada,
Que el llanto á su pesar le oscurecia,
Sobre aquella hermosísima Granada
Que para siempre el infeliz perdia!
Y al punto en que la via,
Sonó ronca descarga pavorosa
De cien armas de fuego, que tronando,
Anunciaban gloriosa
La toma y posesion del gran Fernando!
Lanzó el moro un suspiro,
Tan muerto, y de tan honda pesadumbre,
Que el ancho monte estremeció en su cumbre.
La sultana le dijo: «No me admiro

Que reyes como tú, que entre placeres
Ganaron solo aplausos y renombres,
Solo sepan llorar como mugeres,
Lo que temieron defender como hombres!»

Febrero.—1841.





PROFECIA A ESPAÑA.



Yo la vi descender de las alturas,
Blanca la nube', cual flotante tul:
Rauda girando en mágicas figuras,
Globo de nacar sobre mar de azul.

—

Con torrentes de luz innunda el suelo
Cual si abrasára el español confin:
Suenan cantares bajo el móvil velo,
Que rasgó con su mano un serafin.

—

Dentro en la nube, en trono de esmeraldas,
Sublime potestad se apareció,
Coronada la frente de guirnaldas
Que en ademan bizarro levantó.

—

Del serafin entre las alas de oro
Un clarin desprendiendo la deidad,
Del Septentrion hasta do habita el moro,
El sonido vibró en la inmensidad.

—

Pronto, otra nube, nacarada y bella,
Rauda desciende al celestial clamor;
Noble matrona en su cerviz descuella,
Aunque hermosa, abatida de dolor.

—

Un leon á sus plantas, aprisiona
Dos mundos coronados de un laurel,
Y sostiene en sus crines la corona,
Prosternado á las plantas de Isabel.

—

La matrona pregunta: «¿Quién me llama?»
El serafin la respondió veloz:
«¿No conoces los ecos de la fama?»
La diosa entonces desplegó su voz.



«España ilustre, la inmortal Castilla,
De tantos buenos la fecunda orilla,
La mas hermosa que ilumina el sol!
»La noble cuna del honor precioso;
La madre altiva del valor glorioso,
De ese valor que solo es español!

✣✣✣



»La gran colonia que abortó los Cides,
La poderosa en las sangrientas lides,
La cuna de un Cortés, noble infanzon!
»La que abrasó á Occidente con un rayo,
La que triunfó de Oriente con Pelayo,
Y con Cárlos dió al orbe admiracion!



»Cuyos hechos son mas que mis cantares,
Cuyos nombres son mas que mis altares;
¡España mia: la que tanto amé!
»Oye la voz sublime de la Fama:
A mas altura el porvenir te llama;
Con tu entusiasmo cuento y con tu fé!



»Valientes triunfadores no te faltan,
Que con su sangre tu corona esmaltan,
Y eternizan su nombre y tu valer:
»Mas el brillo que arrojan esos Martes,
Ha eclipsado á las ciencias y á las artes,
Que el olvido en su manto va á envolver!



»La voz de ilustracion que el alma encierra
Enmudeció á los gritos de la guerra,
Y en sangre se ha anegado su esplendor!
»La gloria de las artes ya no es gloria;
Ni aun vuela un ay! á su perdida historia:
Solo, acaso, las llora un trovador!



»Mira mi templo; antorchas á millares,
Coloran los magníficos altares,
Donde las lanzas brillan y el pavés:
»Mas donde no hay escudos ni broqueles,

Donde el ídolo son libros, laureles,
Allí sin luz, y tan desierto ves!



»Mira ese ara de pórfiro y de plata,
Apenas triste lámpara retrata
De un cadáver marmórea fundacion.
»Ya no hay quien vele á revivir la llama
Ni á disipar la nube que derrama,
Y esa estátua fué un tiempo CALDERON!



»A su lado otras lámparas espiran;
Y sus reflejos pálidos retiran,
Y ennegrecen su imágen y su altar.
»LOPE DE VEGA allí! Sombras errantes
Envuelven su corona. Allí CERVANTES!
Las lámparas se empiezan á apagar.



»Y qué, ¿será que desparezcan luego
Y que á tu vista se consuma el fuego
Consagrado á su digna adoracion,
»Sin que llegue á su altar una plegaria,
O una lágrima ardiente y solitaria
Que con su luz alumbre la oracion?



»Y ellos fueron tambien conquistadores,
Y lucharon cual nobles lidiadores!
Armas fueron su voz y su cantar!
»Si tus huestes rendian las naciones.
Su canto las vencia con razones!
Cuál era, España, tu mayor triunfar?



»Rica fué á tu corona, la jornada,
Del rey Fernando en la oriental Granada,

Al eclipsar las lunas con su cruz!
»Pero te conquistaron mas tesoros,
Los que inspiraron á los presos moros
De nuestra santa religion la luz!



»Esos que abriendo enfurecidos mares,
Del otro mundo en los ocultos lares
Fijaron tu estandarte triunfador;
»No valen mas, oh España! que valieron
Los que á su gente indómita escribieron,
«Hermanos sois, y vuestra herencia amor!»



»Los que en tierras esclavas te servian,
Los que tu nombre, España, maldecian,
Y acusaban de infame tu opresion:
»Los vates al oir que te ensalzaron,
Que tus hazañas y poder mostraron,
Hijos tuyos los hizo su cancion!



»De los perdidos tiempos de tu historia,
¿A quién debes tan sola una memoria
Que acuerde al mundo tu grandioso ayer?
»De este hoy, fecundo en glorias y en hazañas,
¿A quién debes que á tierras tan estrañas
Tu nombre llegue, y haga estremecer?



»El ruido de las armas pavoroso,
Aunque celebra tu renombre hermoso,
Pasará cual relámpago veloz!
»¿Para ese porvenir que te intimida,
No habrá un bronce en que quedes esculpida?
No habrá una historia que alzará su voz?



»Preciosos son, España, tus momentos;
Tus salvadores son esos talentos
Que hasta ahora miraste con desden!
»El poder de la guerra adquiera palmas,
El influjo del genio nobles almas,
De doble lauro ceñirás tu sien!



»Serás mas grande que lo fuiste un dia!
Toma mi trompa de oro, España mia,
A tus hechos mi voz responderá!»
Sonrió la deidad: blanco querube
Dijo á la España, al remontar la nube:
«Serás famosa, porque escrito está!»

Marzo.—1838.





A UN NIÑO.

Pobre niño, por qué lloras?
tanto te aquejan tus horas
y acabas, ay! de nacer!
Mas si; que son tus auroras
auroras de padecer!

—

Seca esa lágrima hermosa
que tu frente ruborosa,
cual turbio nublado, empaña;
y que cual perla vistosa
aun vacila en tu pestaña.

Sécala; tu sien tan pura,
quema esa lágrima amarga:
la vida el llanto asegura,
que aun la mas breve es tan larga
que las lágrimas apura!

—

Y con el tiempo has de ver
que hasta el poderlas verter
te parecerá un encanto,
y hallarás ya seco el llanto,
porque no te dé un placer!

—

Ah! pobre niño, no llores:
que aunque el duelo y las querellas
son de esta vida las flores,
son tan tristes sus colores
como pesadas sus huellas!

—

Una lágrima rodó
sobre tus sienes, solo una,
y sus matices robó,
y oscura sombra importuna
sobre tus ojos vertió!

—

Si una lágrima ha bastado
para eclipsar el color
de tus labios, delicado,
y de tus ojos de amor
el suave brillo inspirado;

—

Ya ves, que si flores son
pardiez que lo son mezquinas:
brillan por ostentacion,

pero allá en el corazon
dejan clavadas espinas!

—

Espinas que luego crecen,
con el correr de la vida:
y como en llanto florecen,
sus raices se engrandecen
y al par del alma la herida!

—

Ah! pobre niño inocente,
presto el amargo caudal
se vá agotando en tu frente!
Dios te liberte del mal
que esa lágrima presiente!

Abril.—1839.





TUS GRACIAS.

(GLOSA.)

Flérida para mi dulce y sabrosa,
Mas que la fruta de cercado ageno;
Mas blanca que la leche, y mas hermosa
Que el prado por abril de flores lleno!

Garcilaso de la Vega.

Grata tu frente de espresion divina,
Bellos tus ojos cual la Cipria diosa,
De tus virtudes el poder fascina,
Flérida para mi dulce y sabrosa!



Destilan miel tus labios olorosos,
Y su aroma en los mios es veneno:

Y tus besos parécenme sabrosos
Mas que la fruta de cercado ageno!



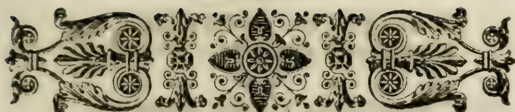
Pura como la brisa de occidente,
Como la perla de Ceylán preciosa,
Dulce como el susurro de la fuente,
Mas blanca que la leche, y mas hermosa



Que el sol brillante, de mi Dios traslado,
Ay! me parece tu fragante seno;
De mas hechizos, por Amor ornado,
Que el prado por abril de flores lleno!

Octubre.—1840.



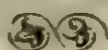


LA INFANCIA.

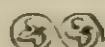
I.

Un niño es un crepúsculo que nace
Y anuncia la mañana de la vida:
Blanca niebla que el sol en luz deshace,
Ser infeliz que al padecer renace
Renaciendo al vivir!
 Es un árbol de mas en un sombrío;
Es una flor entre infinitas flores;
Es una arena entre las mil de un rio;

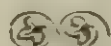
Es una gota que perdió el rocío
Y empieza á relucir.



Niño infeliz, errante peregrino,
Angel que el cielo condenó al dolor,
Vás á emprender el áspero camino:
Vives, pero es la muerte tu destino
Y precario tu ser!
Pasarás como el sueño de la mente;
Pasarás como nube en las alturas:
Como pasan las aguas de la fuente,
Como pasan las horas fugazmente
Que nunca han de volver!

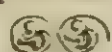


Encanto, confusion, dulce armonía,
Esperanzas de amor mecen tu cuna:
Te embriaga en su luz el sol del dia,
De las aves el canto, la ambrosia,
La gala de una flor.
Una madre te alhaga con desvelo
Y adivinas el mundo entre sus brazos,
Hermoso y rutilante como el cielo,
Que una madre es la Virgen del consuelo,
Y es un cielo su amor!

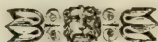


Un beso á tu dormir sobre tu frente,
Un beso al despertar sobre tus labios,
Suave como la brisa de occidente,
Tu corazon conmueven solamente,
Y sueñas en gozar.
Y caricias, desvelos, y cuidados,
Y encantos mil, y tiernos desvarios,
Dán solaz á tus miembros delicados,

Dán placer á tus ojos estasiados;
Mas teme el despertar!



Que hermoso es, en tu frente despejada
La imájen ver de la inocencia pura!
Que hermosa es tu sonrisa delicada,
Y que hermosa tu cándida mirada,
Tu pudorosa sien!
No es mas bella del alba en la mañana
Al despuntar por el oscuro oriente
La escasa luz de púrpura y de grana!
No es mas bella la imájen soberana
De un angel del Edém!



II.

El sol que vela en tu lecho
tu blando sueño de amor,
derrama ahora en tu pecho
su inflújo consolador.



Tambien la pálida luna,
y de la noche la estrella,

vierten su luz en tu cuna
y esmaltan tu frente bella;



Tu inocencia, tu ternura,
tu angelical corazon;
alumbran tu faz, mas pura
que tu primera oracion!



Tu labio rojo y sereno,
tu cándido sonreir:
que aun no corröe tu seno
el aspid del porvenir!



Un dia, quizás mañana,
muy pronto, niño, ha de ser,
verás en su luz profana
la antorcha del padecer.



Alumbrará tus dolores
entonces y tu ambicion;
alumbrará tus amores,
tu delirio y tu pasion!



Alumbrará tu esperanza
ahora hermosa y ya engañada:
tus celos, ó tu venganza,
tu loca ilusion burlada.



Tu incertidumbre, tu pena,
y la carga de vivir:
y es tan pesada cadena,
que menos pesa el morir!



Quién no te dará sostén
al verte tan desvalido ?
yo , niño , te quiero bien ,
mas siento el que hayas nacido !



Te quiero , pues miro en ti
aquel aura embalsamada
que agita el rojo alhelí ,
y la violeta morada!



Pues al crear el poeta
el aura leve y fugaz ,
para que fuese perfeta
de un niño la dió la faz.



Los ángeles que sustentan
al Señor en nubes de oro,
cual niños los representan ;
por eso tambien te adoro!



Angel eres en el cielo ,
y mas que angel para el hombre ,
cuando por *Dios* de consuelo
te dán del amor el nombre.



Que por símbolo de aquella
diosa feliz del cariño ,
buscando una imájen bella ,
la mas celestial fué un niño.



Y asi, cuanto mas te adoro ,
se acrece mi amarga pena ,

al ver que un engaste de oro
cubre el hierro á tu cadena.



Porque eres débil tambien
me intereso por tu amor,
que á quién no interesa, á quién
la hermosura sin valor!



Sin apoyo la inocencia,
y entre el vicio la virtud,
sin consejos, ni esperiencia,
que á sus nieblas dén la luz!



Entre mares agitados
de mentira y de placer,
sobre abismos ignorados
donde al fin se ha de perder!



Pobre niño, si; en mis brazos
que salvé de la tormenta
ya rendidos y en pedazos,
tu inocente cuello asienta!



Y en mi seno adormecido,
de mi ardiente corazon
te dirá cada latido
de este mundo una leccion!



Y en mi ejemplo escarmentado,
quizá estudiarás en mi.
Que ahora vivo desgraciado,
aunque dichoso naci!

III.

Tu eres un astro que arrojó á este suelo,
El que los soles cria.
Hay un espacio hasta ascender al cielo,
Debes vivir un dia.



Mas quien adivinára un rey, un trono
En esa pobre cuna?
Debilidad, miseria, y abandono
Parecen tu fortuna!



Y es un trono esa cuna; y de este mundo
Naces, ó niño rey:
Pues de la tierra al ámbito profundo
El hombre dá la ley!



Ay! tu primera voz es un lamento
Y tu grito un gemido!
Tu primera impresion un sentimiento.
Débil rey has nacido!



De tu madre el abrazo cariñoso
Es tu primer placer:
Y separarte á su regazo hermoso
Tu primer padecer!



Tu alma encontró el secreto de la vida,
Su arcano sabes ya:
Huir del mal, buscar enardecida
Lo que placer nos dá!

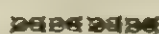
Setiembre.—1840.





La Misa del Gallo.

Ya llegó á la mitad de su carrera
Esa noche de gloria y bendicion:
Almas cristianas y de fé sincera,
Abrid al entusiasmo el corazon.



Entrad en el santuario misterioso
Que el pueblo innunda en rápido tropel,
Vereis el sacrificio milagroso
Del Dios que besa á su verdugo cruel!



Llevad el alma en ilusion de gloria
Encendida, y purísimo fervor;
Absorto el pensamiento en la memoria
De un Dios crucificado por amor!

Y allí fervientes, tiernos, inspirados
En tan sublime y celestial verdad;
Ante las aras del Señor, postrados,
«Hosana, Hosana!» al que nació cantad.

Mas, ¿qué pretende esa furiosa gente
Que miro en loca confusion vagar,
Con ademan impío, irreverente,
Mancillando las gradas del altar?

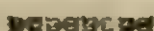
¿Qué quiere esa caterva amotinada
Que ruge con la furia del leon,
Y suelta la ruidosa carcajada
Aun al pie de esa cruz de redencion?

Si busca acaso de su torpe orgía
Prolongar los delirios hasta allí,
Y á la luz de esa efigie de María
Ostentar su impudente frenesí!

Pretende que el helado pavimento
Que el polvo de los muertos guardará,
Y que empapado en llanto de tormento
Y penitencia, aun húmedo estará,

Sirva de alfombra á su grosera planta?
¿Y hollará con estúpida irrision,
La sepultura de sus padres santa

Donde duerme su santa religion?



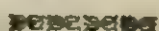
¡Profanacion! Las bóvedas sonoras
Retumban del impío el blasfemar;
Y al fin entre sus risas tentadoras
Del sacerdote el rezo va á espirar!



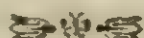
¿Por qué ese fuego que incendió á Sodoma,
Rayo de su justicia vengador,
Jehová poderoso no desploma
Sobre la sien del falso adorador?



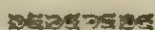
Almas que aun abrigais fé y esperanza,
Y que de la miseria y hediondéz
De esa raza, una parte que os alcanza,
El rostro os hace avergonzar tal vez,



Huid, huid del templo profanado!
El desierto sus sombras os dará,
Y por sus dulces auras consolado,
De todo el corazon se olvidará!



Y allí en tan blando y quieto apartamiento
Fuego divino os brotará en la sien,
Que os muestre en delicioso arrobamiento,
Las glorias de esa noche allá en Belém!



De esa noche de encanto y de armonía
En que una antorcha apareció de amor,
A herir la sombra tenebrosa y fria
De un mundo envuelto en nieblas de dolor!



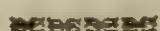
De esa noche, en que un angel de ventura
Bajó al desierto á sostener la fé
Del hombre, que en el valle de amargura
Ciego de llanto el porvenir no vé!



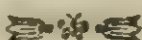
De esa noche, en que un Dios omnipotente,
Señor del cielo, de los mares rey,
Padre del universo, hundió su frente
¡Ay! entre el polvo de la inmunda grey!



Venid en pos de mis humildes cantos.
Yo aliviaré vuestro doliente afán,
Mostrando á vuestros ojos los encantos
Del solitario valle de Abrahám.



Y allí Jerusalem la poderosa
Del desierto confin reina oriental;
Que allá, hácia el norte, su corona hermosa
Oculta entre las nubes de coral.



Y al poniente las cumbres de Judea,
Y al levante los tumbos de ese mar
Muerto, que entre sus ondas aun humea,
La sombra de Gomorra por quemar.

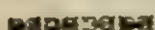


Ved al subir junto á la peña viva,
El manantiál fecundo y saltador;
Y el sitio en que á la sombra de una oliva
Suspiraba el profeta del dolor!



Ese es el campo de la antigua Rama,
En que una noche de martirio cruel,

La madre ansiosa por sus hijos clama.
Hoy guarda las cenizas de Raquel!



Ya distinguis el valle florecido
De la *Fructuosa*, celestial Belém:
Que parece un amante adormecido
A los pies de la gran Jerusalém.



Alli un pesebre miserable, un dia
Fué cuna y trono que acogió feliz
El dulcísimo fruto de Maria,
Que vino al mundo donde el rey David!



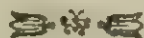
Del cristianismo la piadosa mano,
Sobre el pesebre un oratorio alzó:
Trócole en ruinas el famoso Adriano,
Y la estátua de Adonis las cubrió!



Años despues, en que su atroz cadena
Rompió la combatida religion,
Templo suntuoso la cristiana Helena
Consagró á tan feliz recordacion.



Entrad: bajo esos mármoles divinos
No os herirá el estruendo mundanal;
Aunque vereis de santos peregrinos
Cubierto de la iglesia hasta el umbral.



Mas no percibireis de tantas gentes
Sino el vago rumor de una oracion,
Que forman en mil voces diferentes
Un solo ¡ay! y de un solo corazon.

Joyas, preseas, lámparas, conciertos,
Inundan de armonía y de placer:
Y por nubes de aromas, entreabiertos
Los cielos vé el cristiano aparecer.

Orad allí. Donde dobleis la frente
Rindieron antes su soberbia sien,
Los poderosos magos del Oriente,
Los humildes pastores de Belém.

Mezclad vuestra oracion con su plegaria;
Soñad que vuelve el tiempo que pasó,
Y que os guia la estrella solitaria
Que á los gloriosos magos alumbró.

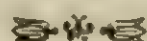
Que acorren al establo los pastores;
Que el canto de las vírgenes feliz
Por el aire, entre vagos resplandores,
Suspira con el arpa de David.

Clavad vuestra mirada en ese niño,
Fuente de vida y manantial de luz;
Blanco como las pieles del armiño,
De nuestra enferma humanidad salud;

Gloria de la purísima María,
Angel de los Querubes del Edém,
Que por morir en el Calvario un dia,
Nació en el pobre establo de Belém!

Sí: soñad con su gloria y su grandeza.
No os cureis de este mundo de impiedad,

Donde el alma, en un lago de impureza
Se mancha su sublime castidad!



Soñad: porque tambien la poesía
Es hija de la hermosa religion;
Y el entusiasmo que en su fé la guia
Nace del cielo en la inmortal mansion.



Oid del ave vigilante el canto
Que marca de la noche la mitad,
Y anuncia al mundo el sacrificio santo
Recuerdo de tan gran Natividad.

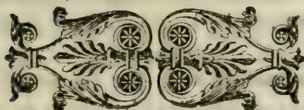


Del gallo alerta se repite el grito:
El fué terrible acusacion despues,
Que confundió al Apóstol que contrito
Regó con lloro de Jesus los pies.



Soñad en esa noche de bonanza,
En que el oriente la argentina luz
De una estrella, fué el rayo de esperanza
Que un Dios, con sangre nos ganó en su cruz!

Marzo.—1841.





La Tumba de mi Madre.

Llorad, ojos mios, regad esa losa
Recuerdo funesto de amargo dolor.
De aquella infelice, mi madre amorosa,
Tan solo esa tumba le queda á mi amor!

¿Do estás, madre mia, que asi me abandonas,
Tú, que eras mi árcangel hermoso de luz?
¿Por qué de mis flores las blancas coronas
Tan solo entretejen tu fúnebre cruz?

¿Por qué á mis abrazos tu pecho se esconde?
¿Por qué tus caricias no acallan mi afán?
¿Por qué á mis suspiros tu voz no responde?
¿Tu amor, madre mia, tu fé dónde están?



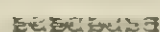
Tú fuiste la estrella que el rumbo me guia.
¿Por qué me dejaste perdida en el mar?
Confusa, entre escollos, no vés, madre mia,
Que el frágil esquife se puede anegar!



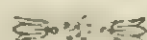
¡Si el sol en tus ojos miraban los mios,
Su lumbre eclipsada, que puedo yo ver!
Los anchos espacios del mundo vacios,
Y eterna una noche de gran padecer!



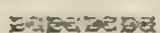
Ya no hay quien sostenga mi trémula planta,
Ya no hay quien caliente mi pálida sien;
La voz ya no exhala la débil garganta;
Sin fuego se hiela mi sangre tambien!



Tú sola en el mundo, mi madre adorada,
Pudieras al pecho tornar su calor!
Tú sola en el mundo, la rama tronchada,
Hacer que brotára con nuevo verdor!



Un leve suspiro, pacífico, yerto,
Que mudo lanzase tu fiel corazon:
Que allá de tu fosa, cruzando el desierto,
Llegase hasta mi alma, sedienta en pasion,



Bastára, ah! bastára, mil veces lo juro,
El solo á volverme del cielo la luz;
Bañando en raudales del gozo mas puro,

El alma mas triste que besa tu cruz!

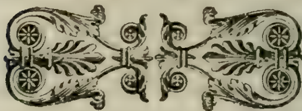
Mi dulce esperanza, mi Dios en el cielo,
Mi gloria en el mundo, mi vida, mi amor!
Oh madre del alma, mi solo consuelo;
Piedad, madre mia, de tanto dolòr!

¿No diste á mis venas tu sangre preciosa,
Tu aliento á mi aliento, tu ser á mi ser?
Y aun mi alma, oh mi madre, no fué que amorosa
La tuya me diste en prenda al nacer?

Entonces, sin duda, me falta la mia;
Y á Dios de tiranò le acusa mi amor!
Morir es preciso, vivir no podria,
Un cuerpo á quien falta del alma el calor!

Mis ojos se hielan, mirando tu blanca
Fatal sepultura. ¡Mi madre perdí!.....
O tanta amargura del pecho me arranca,
O deja, Dios mio, blasfeme de tí!

Febrero.—1841.





LA NOCHE.

En formas mágicas,
vapores húmedos,
envuelven rápidos
la faz del sol!
Las torres árabes.
los campos fértiles,
los montes áridos
cubren de horror!

—

Anuncia el Héspero
la noche próxima:
refresca el céfiro;
pasando vá
La tarde plácida,
de nubes cárdenas
la oscura admósfera
cubierta ya.

—

El son pacífico
del santo címbalo,
revibra un místico
lejano son:
Y del crepúsculo
la luz suavísima,
alumbra el cántico
de la oracion.

—

Estrellas trémulas,
con luz tristísima,
las nubes pálidas
bañan de albor.
Con rayos lánguidos,
la luna cándida,
al hombre mísero
muestra su amor,

—

Tinieblas fúnebres,
del mundo lóbrego,
desierto páramo
formando ván.
Las brumas crécense;
las nieblas frágiles

condensa el ímpetu
del huracán.

—

Observo atónito
la noche lúgubre,
su faz magnífica,
su blanda paz;
Y en ella, el símbolo
de un Dios benéfico,
que ostenta espléndido
su inmensidad!

—

Del sol las ráfagas
despareciéronse:
la sombra ocúltalas
en su capúz.
Solo entre móviles,
nieblas fantásticas,
luceros débiles
quiebran su luz.

—

Momentos plácidos,
horas dulcísimas,
que en sueños célicos
nos consolais,
Huid, que al ánima
llorosa y tímida,
en vez de júbilo
tormento dais!

Enero.—1839.





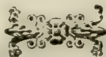
LA ORACION.



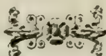
Escuchad, piadoso Redentor del mundo,
De la triste virgen la oracion sentida!
Para siempre llora su ilusion perdida,
Para siempre busca su refugio en vos!
De su sien desprende las mundanas galas,
Su cabello enluta con el santo velo:
Si su cuerpo débil pertenece al suelo,
Religiosa el alma se consagra á Dios!



Si me dais, Dios mio, desventura tanta,
Para prueba amarga de mis tiernos años,
Si merece tristes, duros desengaños,
Del amor mas puro la leal pasion,
Consolad al menos, y acoged benigno,
En ofrenda el alma; pero no os asombre,
Si la imágen bella encontrais de un hombre,
Grabada con sangre en mi corazon!



El plácido aroma de vuestros altares
Respiro, cual aura de paz y bonanza!
La lámpara oscura, cual luz de esperanza,
Las sombras ahuyenta de tantos pesares!
Mis lágrimas tristes corrieron á mares;
Ingrato! ¡Pagarlas con tanto rigor!
¿Por qué de la guerra buscar los azares,
Que en premio á tus glorias la muerte te han dado,
Dejando mis brazos, do hubieras hallado,
Eterna una vida de paz y de amor?



Perdonad, Díos mio, el postrer desvelo
Que al amor consagro: santa es mi oracion!
En las aras cuelgo mi profano velo:
Ya soy toda vuestra, alma y corazon!

Abril.=1840.





LA PALOMA.



Ave tierna y cariñosa,
la mas bella de las aves,
la mas bella, bien lo sabes,
aunque no presumas, no:
Imágen del alma mia,
pues es mi alma su hermosura;
en tu blanca imágen pura
sus recuerdos amo yo!



Yo te bendigo, paloma,
ya bendecida del cielo;
nuncio de paz y consuelo,
y mensajera de amor,
Cuando al hundirse del mundo
en las soberbias espumas,
bajo tus cándidas plumas
vino el angel del Señor.

—

De entonces, holgarte puedes
con atributos de diosa,
que aquella oliva preciosa
te coronó por deidad.
Y te selló por emblemas
paz, inocencia, y dulzura:
y te vistió de hermosura,
y de amor y de humildad.

—

Dejaste la etérea nube,
y tu grandeza olvidando,
buscaste el murmullo blando
del solitario espesor:
Y estrellas, y sol, y nubes,
y tu mensaje, y tu fama,
trocaste por una rama
y por un nido de amor!

—

Ah! tú conoces sin duda
de un tierno amor el hechizo,
que estimar en poco te hizo
de ese cielo el arrebol!
Tú comprendiste inspirada
que el amor es en la vida,

esa gloria bendecida
mas bella que cielo y sol!

—

Quisiste tambien, paloma,
despojarte hechizo tanto
como en tu lúbrico manto
le plugo al cielo pintar.
Pues como el Iris nacia
al dar tu el santo mensaje,
quiso tus plumas de encaje
con sus colores bordar.

—

Pero no; quedaste hermosa,
y por humilde mas bella.
Sentida y triste querella
elegiste por cancion.
El dolor adivinaste
que era herencia de la hermosa,
y ensayaste lastimosa
tu voz en tan triste son!

—

Si fueran solo pesares!
Si solo fuera el sentirlos;
por el placer de decirlos,
hay penas que dán placer!
Pero al valle á que desciendes,
y llaman de desventura,
la mas sencilla amargura
no dá solo un padecer!

—

Herencia, rica en tormentos
el hado legarte quiso:
la llaman el Paraiso,

y otros Infierno y sufrir!
Son tus queridos *amores*;
vás á sentir sus cadenas,
vás á vivir con sus penas,
y con sus glorias morir!

—

Mas no temas, inocente,
para tí no habrá martirios,
ni congojosos delirios
que atormenten tu pasion;
Tus alas ruedan el carro
de aquella diosa terrible,
que te imprimió lo sensible,
sin su desesperacion.

—

Y asi amarás sin tormentos,
sin amargos sinsabores:
tiernos serán tus amores
como tu tierno quejar!
Cuanto el amor será bello,
con solo ilusiones bellas,
si aun entre duelo y querellas
es tan hermoso el amar!

—

Suaves serán tus placeres
como el rumor de la fuente,
cuando mas lánguidamente
baja al valle á suspirar.
O como el plácido aroma
de las florestas de Atala,
que el aura tímida exhala,
sobre tu pluma al pasar.

Dulces serán y tranquilos,
como el campo misterioso,
de cuyo cesped frondoso,
solo el rocío al caer
Conmueve con blando impulso
las hojas del manto espeso,
clavando un tímido beso
que las hace estremecer.

—

O cuánto envidio ese lecho
de tu rama hospitalaria,
ó la torre solitaria
que te abriga con su cruz!
Y tus cándidas delicias
y tus quietas soledades,
y en tan dulces libertades,
ver el campo y ver su luz!

—

Quién pudiera transformarse
en tu ser, blanca paloma,
y trocar ay! la carcoma
que nos roe el corazon
Por un alma sin mancilla,
sin temor, sin esperanza,
que su bien supremo alcanza,
en gozar de su pasion!

—

Ah perdona, oh! Dios, si ofendo,
con mis ayes tu grandeza!
Soy ingrato á la nobleza
que prestaste á mi alto ser.
Pero no, no; yo ambiciono
lo que á tí te he merecido;

solamente, ó Dios, te pido
sea breve el padecer!

—

Brillante han formado el sol
para hacer la noche oscura.
Dicen nació la amargura
para dar brillo al placer:
Si es asi, sin duda el cielo,
que hizo al hombre, bien sabria
que sin penas, moriria
por amor de una mujer!

—

Paloma, imájen sincera
de la que es alma á mi vida:
siempre serás mi querida,
porque tú quieres tan bien:
Porque en tu imájen la adoro;
y en tu manto su nobleza,
y en tus plumas su pureza
y su hermosura se vén.

—

Respira tú sin afanes,
sin amargos sinsabores;
goza tus tiernos amores
sin horas de suspirar!
Yo amaré toda mi vida,
tambien, sin horas tan bellas:
que aun entre duelo y querellas
es muy hermoso el amar!

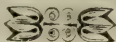
Abril.—1839.



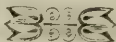
Cancion Morisca.

«La de los ojos azules,
¿por qué llorais, mi señora?»
cantaba á su linda mora
un moro de los Gazules;
y en tanto ya por Sevilla
suena el toque á bota-silla:
y en andaluces corceles
la hueste moruna brilla
de caballeros Donceles
que ván corriendo á los llanos,

para cerrar de embestida
con los ginetes cristianos,
que cargan de arremetida.



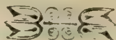
La mora está en un andén
con resaltos de oro y gules;
debajo el que la ama bien,
el moro de los Gazules:
un corcel relincha al lado,
todo encaparazonado:
la lanza estrivando al muro
y un eunuco á su cuidado.
Volvió á tronar mal seguro
el clarin de la batalla;
una lágrima sentida
cayó en su cota de malla,
al tocar de arremetida.



«Ah no lloreis, Agelora,
que es desconfiar de mi;
y huyendo jamás, señora,
á vuestros ojos volví!
Vos mis armas rebruñisteis,
á mis hombros las ceñisteis
como ofrenda religiosa:
y asi es que en ellas me disteis
los arneses de una diosa.
Es imposible sucumba,
si ellas defienden mi vida!
Adios que el timbal retumba,
y suben de arremetida!



No temais, blanca paloma,
la hurí de mi hermoso Edém:
la que envidiára Mahoma,
para su divino Harém:
No temais me falten brios;
que aunque pierdan por ser mios,
pasan ya por inmortales,
en lances y desafios
con cristianos y orientales,
con quienes siempre triunfante
quedó mi lanza temida.
Pero, ah! que menos distante
zumba ya su arremetida!



Decís que no apunta el bozo
sobre mis labios? Pardiez,
que ese es defecto de mozo,
no falta de intrepidéz.
En cambio sobre mi sien,
las cicatrices se vén
que hay profundas y cruzadas.
Y á fé que me sientan bien,
y que son las mas sagradas,
y de mas honra estas cruces!
Mas ah! no veis de vencida
ya mis moros andaluces?
Yo corro á su arremetida!



A dios!..... Pero, no lloreis.
Aun resisten mis Gomeles!
Ni aun muriendo me perdeis,
pues viviré en mis laureles!
¿Veis las huestes nazarenas
triunfadoras y serenas?
Aun no es suya la victoria;
si á mis lanzas agarenas
les recuerdo yo su gloria!
Mas si en lágrimas bañada,
os dejo en dolor sumida,
¿cómo resistir mi espada
su choque de arremetida?



Mis galas de hierro son:
¿fuerte me juzgais por ellas?
No, no hay fuerte corazon
para lágrimas tan bellas!
Esas trompas y añafiles
de escaramuzas hostiles,
desde el nacer me arrullaron:
ni en mis años mas pueriles
otro impulso me escitaron
que ardimiento generoso;
y una lágrima perdida,
hoy me hace oir temeroso
el clarin de arremetida!



Crece el denso polverio,
truenan cerca sus timbales,
y el estruendo y vocerio

de triunfantes atabales.
Son vencidos mis hermanos!
Vencedores los cristianos!
Agelora, adios, ya es tarde,
esos hierros de sus manos
son cadenas del cobarde!
Yo lo he sido por tu lloro!
Yo maldigo de mi vida.
De Gazul, te acuerda, el moro
que temió su arremetida!



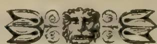
Montó Zayde en su alazano;
cogió al eunuco su lanza,
y al ejército cristiano
se fué gritando: «Venganza.»
La mora con su mirada
sigue el brillo de su espada,
escucha un sordo gemido,
y el choque de una lanzada,
y el caer de un hombre herido.
Distinguió á Gazul en tierra
muerto; y miró desfallida,
de Cristo el pendon de guerra,
delante en la arremetida.

Noviembre.—1839.





INVOCACION A LA PAZ.



¿No escuchais rutumbar en la montaña
El victorioso estruendo de los bravos,
Y el noble grito triunfador de *España*
Zumbar como la voz del huracán?
Ellos son, los guerreros de Castilla,
Hijos ilustres de la patria hermosa;
Los que fama inmortal por su cuchilla
Ganaron en las cumbres de Arlabán.



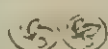
No es, no, su pavoroso clamoreo
El presagio de muerte ó de esterminio;
Uno es el fiel y universal deseo
Que alienta su fogoso corazon:
Himnos son de esperanza bienhechora,
Himnos de libertad y de entusiasmo;
Los que entona la hueste vencedora,
Himnos de paz y de ventura son!



Paz celestial, del hombre bendecida,
Madre dichosa de los pueblos tristes,
Hija de Dios, amparo de la vida,
Ven á reinar en mi infeliz nacion!
Ven á estender tus inmortales palmas
Sobre las llagas de la patria mia,
Por ver si entre ellas los dolores calmas
De su despedazado corazon!

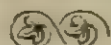


Que mucho, en luengos años de tormentos,
De guerra y hambre, asolacion y ruinas,
Que ya, desnivelados sus cimientos,
Estuviesen á punto de rodar!
Que mucho, en tantos años de quebranto,
Y de mil opresores desgarrada,
Que mire al fin su soberano manto
Roto, y sin que la valga á resguardar!



Ven, paz hermosa, á reparar sus males,
Tú que eres angel de los pueblos tristes,
Y á descansar tus palmas inmortales
Sobre el laurel de su sangrienta sien.
Tus suavisimas luces derramando
Sobre las sombras que abortó la guerra,

Vayan el triste mundo iluminando,
Y los altares del saber tambien.



A esos gritos de muerte, enmudecieron
Las sacrosantas voces de la ciencia;
Sus aras á la vez se estremecieron
De las batallas al marcial fragor:
El humo del combate oscurecia
La antorcha que al saber se consagraba,
Y entre sus pardas nieblas envolvia
Del génio el renaciente resplandor.



Llegó por fin el suspirado instante,
Cesó el vapor de la tremenda lucha;
De vivísima luz astro brillante
Las brumas de la noche disipó.
Las artes y las ciencias que la guerra
Desterró, abandonadas al olvido,
Hoy que la paz amaneció en la tierra
Buscan la España que nacer las vió!

Setiembre.---1840.



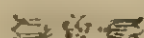


La Amapola.

I.

Flor bella y misteriosa,
amapola encarnada,
por qué tan triste y sola
llorando tu dolor?
Si éres de alguna hermosa
la sombra abandonada,
bien te eligió, amapola,
emblema de su amor!

Como ella tú lamentas
al pié de esa laguna,
tu abandono y tu olvido
que el ser bella causó!
Como ella tú le cuentas
á la templada luna,
que escuche tu ay! perdido,
ya que los hombres no!



Naces en los desiertos,
los recios vendabales
orean tu capullo
y arrugan ay! tu flor;
Y forman tus conciertos
torrentes desiguales,
que apagan con su arrullo
tus querellas de amor.



Te abortan los ardores,
los ardores te abrasan,
mas siempre en el estío
te miro revivir:
Siempre llorando amores
tus breves horas pasan;
tambien yo lloro el mio
pero es hasta morir!



Y al menos, la esperanza
de cobrar nueva vida,
aunque al pesar renace,
consuela tu espirar:
Mas ni esta gloria alcanza
á mi pasion perdida,

el hombre cuando yace
ni aun despierta á llorar!

Los vientos deliciosos
que tornan los abriles,
no vierten en tus hojas
su suave respirar:
Ni en búcaros preciosos,
ni en plácidos pensiles,
la fuente y su murmullo
te alhagan al pasar.

Ni emblema eres de amores,
ni tocado de hermosas,
ni prenda que recuerde
ensueño seductor:
Ni aroman con tus flores
las cuadras suntuosas,
ni en tu boton se pierde
un beso encantador.

Que á tí solo te orean
las recias tempestades,
y el sol que tornasola
sus rayos sobre tí;
Los tristes te desean,
flor de las soledades:
tu eres triste, amapola,
yo tambien, ay de mi!

II.

Es la aurora del nacer
la aurora de los dolores,
y alivia mi padecer,
como triste, el escoger
la mas triste de las flores.



Y tú lo eres en verdad,
pues habitas los desiertos;
y solo muestras tu faz,
y dejas la soledad,
para coronar los muertos.



Por lo pobre y mal ceñida
de tus coloradas hojas,
pareces sombra ofendida,
de un amor arrepentida
en que, infeliz, te sonrojas.



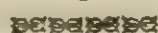
O con besos te abrasaron
ó tus lágrimas lo hicieron;
ello en fin te abandonaron:
pobre flor, te avergonzaron,
pues tan roja te pusieron!



O será sangre, el color,
de algun amante perdido,
y tú querrás, triste flor,
mostrar que dura tu amor
hasta en tus galas vestido!



O eres un ay! exhalado,
que al partir de un corazon
en su fuego se ha abrasado,
y en tu flor se ha trasformado,
encendiendo tu boton.



O alguna ilusion ardiente
que al abortar..... espiró:
ó la imájen trasparente,
de una esperanza que miente
y que en flor se marchitó.

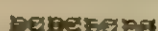


Ello eres hermosa, sí,
aunque perfumes no exhalas,
ni azul, nacar ó rubí,
se visten tus pobres galas
sino oscuro carmesí.



Eres la flor de los tristes,
y peregrinas verdades
con tu dolor descubristes:

y á mi soledad tu asistes
flor de aquestas soledades!



Misteriosa y olvidada
tú me encantas, oh amapola:
sí, tú estás enamorada,
pues solo al amante agrada
vivir olvidada y sola!



Por eso en la noche oscura
cuando la luna riela,
sobre un hueco de verdura,
cual en mustia sepultura
estás amapola en vela.



Y yo te he visto tambien,
acaso cuando te irrita
un recuerdo de tu bien,
que al lejos tu roja sien
las puntas de sangre imita.



Y otra vez vuelvo á soñar,
triste amapola, en tu ayer
y en que te pudo formar,
que tú, flor, me haces pensar
en algun hermoso ser.



O quien sabe si serás
un pensamiento atrevido,
que luchando siempre estás
contra el poder del jamás
y la fuerza del olvido!

No, mas bien tu debes ser
el genio de un trovador:
tú imitas su padecer,
su desventura en nacer,
su soledad..... y su amor!



Si solo flor has nacido,
aunque pobre te vestiste,
por mas bella te he elegido:
porque amor lloras y olvido,
que son los que lloro, ay triste!

Mayo.—1841.





MEMORIAS PERDIDAS.



(A mi amigo D. Francisco Gonzalez Elipe.)

Tiernas memorias, dulces, amorosas
Que á la par os perdí con mi ilusion;
Volved, volved, amigas cariñosas,
Volved á consolar mi corazon!



Venid ornadas de las ricas galas
Que amor un tiempo con usura os dió!
Venid trayendo en vuestras blancas alas
Aquel placer que para mí se huyó!



Pasad medrosas, susurrando suaves,
Los dulces nombres de mi amante bien!
Pasad ligeras, como raudas aves
Que ván volando á su feliz Edém!



Ansioso os brinda el triste pensamiento
Su trono inmenso en que podais reinar:
Volved, y aunque brilleis solo un momento,
Venid mi corazon á fascinar!



No receleis porque vengais contando
Tambien las horas del ingrato afán;
Pues voy solo mis bienes olvidando,
Que aqui mis males, en el alma, están!



Los largos sueños de amargura intensa,
Las noches lentas de vijilia cruel,
Aqui en mi pecho, y en su herida inmensa,
Continuo vierten su ponzoña y hiel!



Aquellas siempre de despecho llenas,
Lágrimas tristes que vertió mi amor,
En mis megillas pálidas, serenas,
Ocultas queman con eterno ardor!



Los recuerdos de luto y de tormento
Que la desdicha me clavó en la sien,
Olvidarlos no puede el pensamiento;
Solo olvidó los de consuelo y bien!



Tiernas memorias, gratas, amorosas
Que á la par os perdí con mi ilusion,

Volved, dulces amigas cariñosas,
Volved á consolar mi corazon!



Dejad impresa vuestra blanda huella
Sobre esta frente que dobló el pesar:
Clavad un beso de ternura en ella
Que se sienta en el alma resonar!



Los rayos mil de vuestra luz divina
Las sombras lancen de mi ardiente afán;
Como arrastra la pálida neblina
Sobre el monte, tronando el huracán.



Aqui en mi corazon, yermo escampio,
Brotan abrojos que sembró el dolor;
Memorias, sed el bienhechor rocio,
Que anime el cáliz de la muerta flor!



Las noches largas del helado invierno
Que en vano insomnio pasaré ¡ay de mi!
Sus tristes horas de desvelo eterno,
Que vuestra imájen las consuele, si!



Que en esas dulces ilusiones bellas
Que en un recuerdo nos presenta amor,
El alma se entusiasme, y que halle en ellas
Al menos un ensueño encantador!



Dulce será de la niñez hermosa,
Que sin llegar á disfrutar perdi,
De la inocencia de mi edad de rosa
Que se pasó tan breve para mi,

Guardar como un depósito sagrado
Una memoria al pobre corazon,
Que bañará mi pecho desgarrado,
Cual bálsamo de paz y bendicion!



Los gratos juegos de inocencia pura,
Los nobles lauros de estudioso afán,
Las horas bellas de infantil ternura,
Que para mi jamás renacerán,



En ilusion magnífica y dichosa
Los haga mi memoria aparecer:
Y aquella vida que anunció amorosa
Con tanta flor mi juventud crecer!



No fui entonces tan pobre de ilusiones,
Pues muchas veo que podrán tornar,
Y el fuego en que se abrasan mis pasiones
Con sus aguas purísimas templar!



Vuelvan ¡ay Dios! las que soñaba un dia,
Y ellas para consuelo bastarán!
Mas que consuelo, encanto y alegría,
Ay! con el tiempo á mi dolor serán!



Porque es bien poco lo que el alma espera
En las glorias del mundo y su placer:
Y por dichoso en consolar se diera,
El mal presente con el bien de ayer!



Antes que vuelva el dolorido acento
Sus inútiles quejas á exhalar,
Venid, memorias, entre el raudo viento

Mis pasadas venturas á contar!



No os separeis un punto de mi lado
Porque otra vez me matará el sufrir!
Si os vais despues de haberme consolado
Solo queriais, ¡ah! verme morir!



Asi á mi lado, compañeras mias,
Amigas de mi bella juventud,
Solaz y amor de mis primeros dias,
Imájenes de paz y de virtud!



Asi, conmigo; y siempre, eternamente,
Acariciad mi pobre corazon!
Dormid sobre mi pecho, y en mi frente
Vuestras alas tended de compasion!



Yo, por jamás os lamenté perdidas;
Al recobraros hallo mas placer,
Que el que encanta á las madres afligidas,
Al ver un hijo de su amor nacer!



No me dejeis ni por el bosque umbrío;
Ni por el valle que tan triste está;
No se renueve mi dolor impío
Con su silencio sepulcral quizá!



Acompañadme por la vega hermosa,
Y por las calles del feraz jardin;
Porque alli, otra memoria peligrosa
Podrá poner á vuestro encanto fin!



En medio del bullicio y las funciones

No me dejeis tampoco de asistir;
Que á sus fuegos se inflaman mis pasiones
Y me puede su incendio consumir!



Los festines, las músicas, las bellas,
Aun me llaman con plácido clamor:
Dulces memorias, olvidadme de ellas!
Sed los únicos sueños de mi amor!



Alumbradme en las sombras del camino
Solo vosotras, con la blanda luz,
Con que guia al piadoso peregrino
Del campanario la brillante cruz!



Solo os quiero sentir! Vosotras solas
Para consuelo celestial bastais!
Placeres de la tierra, sois las olas
Que á los abismos del pesar llevais!



Solo quiero vivir en lo pasado:
Nada anhelo en el hondo porvenir!
Por recordar lo que dejé olvidado,
Quiero olvidar cuanto podré sentir!



Temo rasgar el tenebroso velo
Que hay del amor de una mujer en pos;
No quiero ver si su caricia, el cielo
Nos hace hallar que nos promete Dios!



Tiemblo seguir la vaporosa sombra
De una beldad que se me puede huir:
Que aunque la muerte al infeliz no asombra,
Si soy dichoso sentiré morir!

¿Por qué entre las memorias deliciosas,
Que hoy me acuerdan el tiempo que pasó,
Unicas para mi flores gloriosas
Que el arbol de mi vida floreció,



Aun vive este recuerdo de amargura
Del mal presente que sufriendo estoy?
¿Por qué destruye el sueño de ventura,
Que aqui en mi mente componiendo voy?



De este recuerdo la segur temida
Hiende mi entraña con intento vil;
Como nace entre rosas, escondida
La venenosa planta en el pensil!



Este recuerdo absorve mis sentidos,
Mis pensamientos, toda mi ambicion,
Y cual esclavos míseros rendidos,
Le adoran alma, vida, y corazon!



No hay pensar sino en él y eternamente;
Es inútil, memorias, que vengais:
En vano calentais mi yerta frente,
Soy ya un cadáver que espirando hallais!



Es mas fuerte su voz que vuestros cantos:
Vuestro placer le eclipsa su dolor:
Con ser de amor vuestros hechizos tantos,
Es el recuerdo de este amor mayor!



Huid, huid, memorias deliciosas,
Que á la par os perdí con mi ilusion!
Compadeced mis horas lastimosas:

No, no os puede acoger mi corazon!



Para abrigar su amor aun no es bastante
Y eso que es sola la que reina en él!
Tan portentosa, mágica, y brillante,
Es la ilusion de mi cariño fiel!



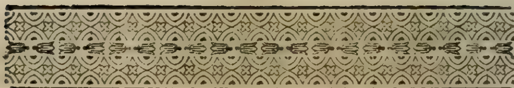
Yo la idolatro, y mi querer desdeña,
Mas no es razon para olvirla, no!
La lluvia ahueca la marmórea peña,
Con lloro acaso sus entrañas yo!



Huid, memorias; vuestro amor divierte
Mi inmenso afán, y yo quiero sufrir!
Quiero obligarla con mi triste muerte,
Ya que tan poco alcanzo con vivir!

Enero.—1841.





EL AVENTURERO.



En palafren polvoroso,
con caparazon de acero
acuchillado y mohoso,
cabalga un aventurero
orillas del Ebro undoso.



Era noche de verano;
blanca brillaba la luna,

y su rayo soberano,
del soldado de fortuna
bañaba el rostro tirano.



Sesenta eneros curtieron
su tosca nerviosa frente,
y sus nieves no pudieron
helar la espresion ardiente
que sus ojos despidieron.



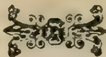
El cabello encanecido
orna su tez requemada;
y su vigote torcido,
sobre la boca taimada
oculta un desden fingido.



De bronce casco pesado,
cubre aquel rostro de fiera:
lleva el almete abollado,
y quebrada la visera,
y el penacho despojado.



Entre el galopar lijero
con que el suelo el corcel pisa,
del anciano aventurero
suena este canto guerrero
al par de la blanda brisa.



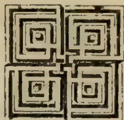
«En la India oriental nací á la vida;
Mi cuna en sus desiertos se meció,

Y mi rostro curtieron sus ardores,
Y curtieron tambien mi corazon.
Jamás recuerda la memoria mia
El dulce nombre del feliz amor;
Ni mi pecho albergó mas esperanzas,
Que esperanzas amargas de dolor!
De madre tierna y cariñoso padre
Jamás entre los brazos dormi yo;
Y en vez de blando seno, en las arenas
Abrasadas, mi sien se reclinó.
En vez de blanca leche de su pecho,
Silvestres yerbas que agostára el sol,
Formaron mi alimento; y como piedra,
Alma y cuerpo á la par se endureció!
En vez de sus palabras de consuelo
El rugido escuchaba del leon,
O el viento que mugia en las montañas,
O de la tempestad la bronca voz!
Asi corrieron mis primeros años:
Un juramento el labio pronunció,
Fué la venganza el pensamiento mio,
Y á ajecutarla me lancé veloz.
Cuántas madres lloraron á sus hijos,
Que á su vista inmolaba mi furor!
Estrechaban temblando entre sus brazos
Los esposos la prenda de su amor;
Y he visto yo en su alcázar al magnate
Estremecerse al nombre de Carol!
Mas tambien mis venganzas han cedido
A la sola frenética pasion,
Que triunfa del mortal, y ya las muertes
Olvidé, por pensar en la ambicion.
Donde mayor botin, alli volaba;

Nunca monarca tuve, ni nacion;
Donde mas oro habia, allí presente!
No hay para mí otra idea ni otro Dios!
Esta lanza, blandida por mi diestra,
Que cien triples corazas traspasó,
Que aunque movida por ancianas fuerzas
Lleva el poder de un joven corazon,
Me basta á mi sustento. En todas partes
Se ambiciona un valiente como yo.
Vuela, pobre corcel, amigo mio,
Mi leal compañero y servidor,
Hoy sufres, yo mañana te prometo
Si hay botin, duplicada la racion.»

Mientras esto cantaba, el negro cuello
Acaricia del noble corredor,
Y desgarra su hijar con las espuelas,
Y el agorero canto prosiguió:
«De tus pasos el eco, á muchas millas,
Apostaré que inspira ya pavor.»
El soldado y sus cantos se perdieron,
Trepando un monte su corcel veloz.

Octubre.—1837.





¡UNA LAGRIMA!



Señora, si las trovas dolorosas
Del triste y melancólico cantor,
Os recuerdan las horas deliciosas
De algun ensueño celestial de amor;



Y si acaso una lágrima furtiva,
Mis tristísimos cantos al leer,
Viene á borrar lo que mi mano escriba,
Trémula por amor de una muger;



Dejadla, por mi bien, que se derrame,
Aunque pueda formar negro borron,
Y su frescor suavísimo embalsame
La llaga de mi herido corazon!



Feliz, si es que merezco á la hermosura
Una lágrima al menos de piedad!
Feliz, si de un suspiro de ternura
Oigo el eco en mi triste soledad!



Que si me dá en tributo cada hermosa
Una lágrima sola de dolor,
Despues, sobre mi tumba silenciosa,
De cada gota nacerá una flor!



Y mi sepulcro unidas sombreando,
Serán guirnaldas de mi muerta sien;
Y al son murmurarán del aire blando:
«Sí, coronemos al que amó tan bien!»

Setiembre.—1840.





La Estrella del Amor.



¿Qué luz es esa que alumbra
mi ventana solitaria,
y á mi amorosa plegaria
corresponde con su albor?
¿Qué estrella es esa que arroja
tan melancólicos rayos,
é infunde al alma desmayos,
y á mi pensamiento amor?

—

¿Qué hace tan sola en el cielo
sobre los vientos mecida,
y entre las nubes perdida
como una vela en el mar?
¿Qué mano oculta la guia?
¿De qué resplandor se enciende?
¿Por qué mis ojos suspende
su misterioso brillar?

—

¿Por qué mi trémula vista
hasta su incendio no alcanza?
Si alumbra, ay Dios! mi esperanza,
¿por qué tan lejos de mí?
Si es el fanal que me anuncia
la blanda arena del puerto,
¿por qué entre nubes cubierto
á mis miradas le ví?

—

No hay duda, esa blanca estrella
que en débil luz se deshace,
es la del alba que nace
y anuncia un sol brillador.
Ella á mis penas presagia
mas lisonjeras auroras,
y el fin de tan tristes horas,
y el principio de mi amor!

—

Me acuerdo: la vez primera
que ví sus lánguidos ojos,
los rayos lánguidos, rojos,
ví de otra estrella tambien!
La vez primera que tierno
su corazon suspiraba,

blanca otra estrella radiaba
sobre su pálida sien!

—

Las dulces sentidas trobas
que sus gracias me inspiraron,
de los luceros tomaron
calor á su inspiracion!
Los ayes de amor primeros,
y mis primeras querellas,
á la luz de otras estrellas
suspiró mi corazon!

—

En una noche sombría,
á sus serenos destellos,
en sus hermosos cabellos
un beso clavé al pasar!
Y en otra noche, aun me acuerdo,
á su dulcísima lumbre,
de amor y de pesadumbre
sentí su llanto abrasar!

—

De modo que siempre ha sido
una estrella misteriosa,
de mi pasion deliciosa,
dulce amiga, celestial:
Y á sus pacíficos rayos,
los breves sueños han sido
de aquel amor, que he sentido
tan de veras, por mi mal!

—

De aquel amor que no acaba
ni con la noche ni el dia:
que al fin la estrella moria

del claro sol al nacer.
 Pero mi pasion fogosa
ni se estingue ni se pasa,
y cada vez mas abrasa
mientras consume mi ser.

—

 Para el trance, ay Dios! terrible,
en que el corazon gastado,
y el sufrimiento apurado,
y el alma sin jugo esté;
 Cuando esté seco ya el llanto
en los ojos y en el pecho,
y el frio sepulcro un lecho
para descansar le dé;

—

 Para entonces no habrá un alma
que le pregunte á esa estrella,
por aquel que á su luz bella
iba á suspirar de amor!
 Por aquel náufrago triste,
entre los escollos muerto,
y á quien tan plácido puerto
le aseguraba su albor!

—

 No habrá quien lance un suspiro,
que hasta la estrella llegando,
la acuerde el murmullo blando
de mis suspiros tambien:
 Ni quien la cante los ecos
de mis dolientes clamores,
ni muestre á sus resplandores
las lágrimas de mi sien!

—

Entonces, ay Dios! entonces,
de mis amores la historia,
ni una olvidadá memoria
en su pecho encontrará;
Y se borrarán de su alma
mi fé, mi amor y mi pena,
como una huella en la arena
que levanta el huracán!

—

Entonces huirá la senda
de la floresta enramada,
donde mi tumba olvidada
asombre su corazon:
Y aun temerá hácia los bosques
volver su pálida frente,
por si aun murmura el ambiente
de un cadáver la pasion.

—

Entonces tú, blanca estrella,
sobre mi urna cineraria,
aun brillarás solitaria
sobre el punzon de mi cruz!
Y serás la única amiga
que en la noche irás vagando,
y estarás, triste, velando
mi sepulcro con tu luz.

—

Entonces mi voz helada
por el frio de los muertos,
por esos anchos desiertos
hasta tí no ha de llegar;
Y no podrá agradecida
á tu amoroso consuelo,

ni bendecir tu desvelo,
ni ante tus rayos rezar!

—

Por eso ahora te ofrezco
mis mas humildes plegarias,
mis canciones solitarias,
que al alma inspiró tu albor!
Mis bendiciones mas puras,
y hasta el alma agradecida,
para entonces, de su vida,
hoy te confia su amor!

—

De hoy mas contaré á ti sola
mi afán, mi amor, mis contentos,
mis quejas, mis pensamientos,
mis esperanzas, en fin:
Y ella ignorará, la ingrata,
que tú su amor me entretienes,
y culpará mis desdenes,
y amor tan mudable y ruin!

—

Ignorará la idolatro
mas en cada hora del dia;
que llega la idolatria
de mi exhalada pasion
Hasta desear la muerte,
por dar solaz á su vida;
solo á ti, estrella querida,
abriré mi corazon!

—

Y á ti confio me vengues
de su crueldad y enojos;
y que tus rayos, sus ojos

quemen cual vivo volcán!
Que tus destellos la pinten
mi sombra vaga pasando;
al son de las auras blando,
doliendose de su afán!

—

Y si alza al cielo sus ojos
para contemplar su gloria,
siempre, mi amante memoria
recuerde en tu blanca luz!
Y si el mal que me ha causado
en tus vislumbres la aterra,
y los vuelve hácia la tierra,
espanto la dé mi cruz!

Enero.—1841.





LA AUSENCIA.



Paréceme oscuro el dia
y la noche me dá enojos,
desde que el sol de tus ojos
no amanece para mí;
Llorando me ven las horas,
sin descanso sobre el lecho,
y saltándose del pecho
el corazon hasta tí!



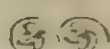
¿No sientes zumbar un eco
por las nubes, apagado,
y en fuego el aire impregnado
quemar tu frente de amor?
Pues ni el fuego, ni los ecos,
son de esas brisas que pasan,
sino mis ayes que abrasan,
y te cuentan mi dolor!



En vano estiendo mis brazos
y te ofrezco el labio mio:
solo el espacio vacío
viene á helar mi corazon!
Huye ilusion maldecida
que asi mientes mi deseo!
Mas no, en ti sola la veo:
no huyas, bendita ilusion!



Vén, no tardes, dulce amiga,
ven á calmar mis congojas,
y á que en tus lábios recojas
los besos que al aire doy!
Ven, que si tu consolabas
mi amargura y mi desvelo,
desque perdí tu consuelo
la vida perdiendo voy!



Para dos almas amantes
di ¿no es la muerte la ausencia?
Di ¿no te falta en paciencia
lo que te sobra en pesar!
Deja ese pais: yo anhelára,
te lo juro por mis años,

mas que reir entre estraños,
con los mios suspirar!



Sincero, puro, ardoroso
te aguarda mi amante seno,
solo con tu imájen lleno,
y con tu hermosa amistad:
El tuyo esperan mis brazos
para ver si en él me encuentro:
pero si, que encierras dentro,
tú, de mi alma la mitad!

Setiembre.—1840.





TEMORES DE LA INOCENCIA.



Por mi mal, edad ya tengo
para temer la falsia,
que el mundo en sus tratos cria
y su torpe adulacion!
Ya sé que el lloro es la herencia
que á la muger ha quedado!
Y soy mujer! Padre amado,
guarda tú mi corazon!



¿Ves esa nube lluviosa
que fecundiza la tierra?

Tambien en su seno encierra
el rayo de destruccion.
¿Si dá su jugo á las plantas
por qué las abrasa luego?
Guarda, mi padre, te ruego,
guarda tú mi corazon!



¿Ves esa rosa del prado
de hermosura tan divina?
Oculta crece la espina
junto al fragante boton.
Deslumbra al lejos su encanto;
me acerco, y me siento herida!
Padre mio de mi vida,
guarda tú mi corazon!



¿Vés de los mares sonoros
las verdes ondas serenas,
y el canto de las sirenas
que vuela por su estension?
Pues ese canto es de muerte,
y esas ondas un abismo!
Guarda mi padre, tú mismo,
guarda tú mi corazon!



No ves, en fin, de unos ojos
la dulce y lánguida calma,
que apenas muestran, que un alma
dá á su luz emanacion?
Pues, ay! que esa luz se agita,
y consume como el rayo!
Padre, en tu sien me desmayo,
guarda un pobre corazon!

Estoy huérfana de madre,
por mi mal! Destino impío!
Y de qué madre, Dios mio!
Cual fué por mi su pasion!
Busco otro amor y otro seno
como el seno de mi madre,
solo hallo el tuyo, mi padre;
guarda tú mi corazon!

Agosto.—1837.





MI BOSQUE SOLITARIO.

Hay un bosque frondoso y desierto,
Muy cercano á la orilla del mar,
De cipreses y sauces cubierto,
Cuya sombra convida á llorar.



Donde apenas la trémula luna
Vierte un rayo de pálida luz:
Donde al pié de una turbia laguna
Se levanta una fúnebre cruz!



Pocas flores esmaltan la arena
Porque es suelo que nunca las dió:
Solo crece la mustia verbena,
Pero siempre marchita creció!



A ese bosque apartado y sombrío,
Y á su dulce y feliz soledad,
Mis pesares amargos confio,
Mis recuerdos de amor y de paz!



De sus sombras mi sueño alimento;
Con sus brisas refresco mi sien,
De mis cantos el dulce lamento,
En sus ramas se quiebra tambien.



Y su calma apacible y serena
Tan profundo consuelo me dá,
Que adormece el dolor de mi pena,
Hasta el punto de amarla quizá!



Son tan dulces allí mis querellas,
De sus hojas el tardo rumor!
Son tan puras las blancas estrellas
Al través de su oscuro espesor!



Tan callada la brisa murmura,
Tan sonoros los tumbos del mar,
Y tan suave la luna fulgura,
Que á su sombra es un bien suspirar!



Creo yo, que en las noches de estío,
Cuando muestra la luna su albor,

Sobre el vasto ramaje sombrio
Derramando sus luces de amor,



Que entre el blanco vapor de la niebla
Lindas fadas descienden allí,
Y su canto dulcísimo puebla
Los espacios en torno de mí!



Leves risas y mágicas danzas
De la sombra entre el pardo vapor,
Me prometen con voz de esperanzas
Lisonjeras caricias de amor!



Otras veces, sus arpas divinas
Enlazando á un florido laurel,
Cual vibraban las viejas encinas
Otro tiempo el oráculo infiel,



Me repiten con ecos dolientes
Que una mano invisible vibró,
«Que la gloria es un sueño que miente;
»Que el laurel de las tumbas creció!»



Yo no acierto á espresar el encanto
De ese bosque que alivia mi afán,
Cuyos árboles altos, del llanto
de mis ojos crecidos están!



Su retiro me aparta del mundo,
Sin peligro en sus sombras estoy;
Solitario, en mi olvido profundo,
Ni un recuerdo á sus pompas le doy!

De las orgias los falsos placeres
No penetran jamás hasta allí;
Ni la voz de esas bellas mujeres,
De belleza infernal para mi!



No hay miradas que quemen mis ojos,
No hay suspiros que matan de amor;
No hay querellas, ni eternos enojos,
Que la vida marchitan en flor!



Al través de los rudos ramajes,
Solo pasa un destello de luz,
Que ilumina entre negros follages,
Esa santa y pobrísima cruz!



No hay mas cantos, armónicos, suaves,
Que entusiasmen mi muerto anhelar,
Que el clamor de las lánguidas aves,
Que el estruendo confuso del mar.



Cuando un dia, cruzando el camino
Que circunda su vasto espesor,
huya al bosque el feliz peregino,
Abrasado de polvo y de ardor,



En su hondura, y de abrojos cubierto,
Un cadáver acaso halle ya!
Sea bendito, si en este desierto
Sepultura á mis restos le dá!

Marzo.—1841.



PAULINA!

Ya el oriente se ilumina
del sol rojo con la lumbre:
que á mi triste pesadumbre
brille el alba de tu amor!
Vén, y al son de mis querellas,
bendigamos esa aurora,
que en tu sien bella, colora
la inocencia y el candor!

—

Tú en la aurora solo miras
y en sus májicos colores,
á la diosa de las flores
mensajera del favor:
Para tí la luz del cielo
solo alumbra paz y hechizo,
pues tu encanto aun no deshizo
la vergüenza, ni el dolor!

—

Para tí las claras fuentes,
los caudales de los rios,
solo son espejos frios
que retratan tu primor:
La mancilla de tus ojos
no reflejan sus cristales,
pues sus rayos virjinales
son del fuego del pudor!

—

Las sombrosas arboledas
con su triste son perdido,
nunca forman un gemido
que despierte tu temor:
Para tí, solo hay frescura
en sus sombras misteriosas,
y en sus ramas sonorosas,
solo un plácido clamor!

—

El suspiro de los vientos,
para tí alegre resuena:
el crujido de la arena
que ensordece bramador,
Ni te asombra el pensamiento,
ni te ofusca las miradas;

para ti son de las fadas
el suavísimo vapor!

—

Deliciosa edad que pasa
por el medio á la tormenta,
y en que el rayo no amedrenta,
ni el abismo en derredor!
En que no se vé el sepulcro,
sino en él si brotan flores;
y en que se oyen los dolores,
sin saber lo que es dolor!

—

Compañera de mi infancia,
dulce amiga, á quien adoro;
de mis bellos sueños de oro
angel mio inspirador!
Vèn, y unidos nuestros brazos,
bendigamos esa aurora
que en tu sien bella, colora
la inocencia y el candor!

—

Diez y nueve años, tu frente
ha alumbrado sin mancilla;
hasta aquella última orilla
ah! no pierdas su esplendor!
Vida, encanto, gloria, hechizos,
tu inocencia te asegura,
en un valle de amargura,
donde el llanto es lo mejor!

—

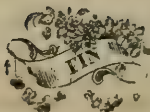
Guardala: preciosa herencia
es de Dios la virtud santa!
De tan rica, hermosa planta,

dulce paz nace por flor!
Aunque no siempre la dicha
la virtud noble acompaña,
porque el llanto mi sien baña,
que jamás manchó el rubor!

—

Si, yo sufro, y no maldigo
la injusticia de mi estrella;
me bastará, ver en ella
de un crepúsculo el albor,
Que anunciára un nuevo dia
á mis noches de desvelo,
y alentase desde el cielo
la *Esperanza* de mi amor!

Agosto.—1840.



INDICE.

